NO OLVIDES EL PASADO
JUDE DEVERAUX



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

-Parezco un pastel de chocolate y merengue -dijo Kady, haciéndole una mueca a su reflejo en el alto espejo de tres cuerpos. Con su cabello oscuro y su piel de marfil luciendo sobre el espumoso vestido de bodas, tenía el aspecto del chocolate con claras batidas a punto de nieve. Ladeando la cabeza, corrigió-: O, mejor, buñuelos de pollo. No sé.

A su espalda, Debbie, que había sido compañera de Kady en la escuela de cocina, rió quedamente, pero Jane no.

-No quiero oír una sola palabra más en ese sentido -dijo Jane con severidad-. ¿Me has oído, Kady Long? ¡Ni una sola palabra más! Estás espléndida, y tú lo sabes muy bien.

-En efecto, Gregory lo sabe -dijo Debbie, mirando a Kady en el espejo con los ojos dilatados.

Como era una de las damas de honor de la novia, había volado a Virginia desde el norte de California la noche anterior, y había conocido al novio de Kady esa mañana. Todavía estaba aturdida por la experiencia. Gregory Norman era un hombre de extraordinaria apostura: tanto la cara como el cuerpo era todo ángulos y planos, tenía cabello negro y ojos que miraban a las mujeres como diciendo que tendría gran placer en hacerles el amor. Cuando se llevó a sus labios bien esculpidos los dedos de Debbie y los besó, el labio superior de la muchacha se perló de sudor.

-¿Cómo voy a avanzar por el pasillo de la iglesia con este aspecto? -preguntó Kady, levantando lo que parecían ser casi cincuenta metros de grueso satén-. Y con estas mangas: son más largas que yo. ¡Y la falda!

Con expresión de horror, bajó la vista hacia los metros de satén blanco que se desparramaban alrededor y a los dieciocho centímetros del ribete incrustado de perlas.

-Cualquiera de estos vestidos se puede modificar -dijo la vendedora alta y delgada.

Con su postura rígida, indicaba a Kady que no le gustaba demasiado que se criticasen las creaciones que ofrecía en su salón.

Kady no había querido ofenderla:

-No es el vestido: soy yo. ¿Por qué el cuerpo humano no será como la masa de pan, para que una pudiese darle la forma que quisiera? Agregar un poco aquí, quitar un poco allá...

-Kady -le advirtió Jane.

Se conocían y se querían de toda la vida, y no podía soportar que Kady dijese cosas denigrantes de sí misma: la quería demasiado para tolerarlo.

Debbie, en cambio, rió con disimulo.

-O que se pudiera estirar como la masa de la pizza -dijo, mirando a la amiga en el espejo-. Así, podríamos alargar lo que es corto, y dejar abultado lo que queremos abultar.

Kady rió, y Debbie se sintió muy complacida consigo misma. Habían ido juntas a la escuela culinaria de Nueva York, pero Debbie siempre había admirado a Kady. Mientras los otros alumnos trataban de aprender las técnicas, de aprender a mezclar sabores, daba la impresión de que Kady ya lo sabía. Le bastaba mirar una receta para saber qué sabor tendría; comía una sola vez algo que no hubiese preparado ella, y luego podía recrearlo con exactitud. Mientras los demás discípulos falsificaban recetas e intentaban recordar entre dulces y galletas, Kady echaba ingredientes en un cuenco, ponía la mezcla en una placa, la metía en el horno, y salía sensacional. No es necesario aclarar que era la preferida de los profesores y la envidia de todos los alumnos. Debbie se sintió halagada más allá de toda medida cuando Kady le preguntó a ella si quería ir al cine, y de ese modo había comenzado la amistad.

Y ahora, cinco años más tarde, las dos tenían treinta años. Debbie se había casado, tenía un par de hijos, y sus talentos culinarios se limitaban a untar. emparedados con mantequilla de cacahuete y asar costillas en la parrilla los fines de semana. La vida de Kady, en cambio había transcurrido de una manera diferente. Al terminar la escuela, Kady había sorprendido -y horrorizado- a todos sus compañeros de estudios y a sus maestros al aceptar un empleo en un ruinoso restaurante que se especializaba en bistecs: Onions, en Alexandría, en el Estado de Virginia. Los profesores intentaron convencerla de que aceptara una de las numerosas ofertas de trabajo que recibía de, los lujosos restaurantes de Nueva York, Los Ángeles, San Francisco e incluso París, pero ella las rechazaba de plano. Y todos comentaban que era una lástima que una persona con el talento de Kady se desperdiciara en un insignificante restaurante de bistecs.

Pero Kady, fue quien rió la última, porque convirtió Onions en un restaurante de tres estrellas. La gente acudía de todas partes del mundo para comer allí. Si un diplomático, un miembro de la jet-set, o incluso un

turista que estuviese al tanto, iba a la costa este, nunca dejaba de visitar el Local de Kady, como se lo llamaba cariñosamente.

Y lo que más provocaba las envidias en el mundo culinario era que Kady lo había hecho a su modo. Estaba resuelta a atraer a la gente hacia su comida, no al restaurante en sí mismo. En la actualidad, Onions aún necesitaba ser remodelado: era pequeño y sólo cabían veinticinco personas, y no admitían reservas. Tampoco había menú. Los clientes iban, formaban fila, y esperaban hasta que se desocupara una mesa para comer lo que Kady hubiese decidido cocinar esa noche.

Debbie jamás olvidaría las imágenes aparecidas en las noticias de las seis de la tarde, que tanto divirtieran a Peter Jennings. Se veía al presidente Clinton esperando en la fila, ante la puerta de Onions, conversando con el rey de cierto país africano, rodeado de turistas hambrientos y de gente del lugar, bajo la mirada desorbitada de los miembros del Servicio Secreto, que temían algún peligro.

En ese momento, observando a Kady con el vestido de novia, Debbie sólo veía a su bella e inteligente amiga. Además de ser una cocinera extraordinaria, Kady tenía uno de los rostros más bellos que hubiese visto jamás. Hasta donde sabía, Kady no tenía idea de cómo aplicarse máscara para pestañas, pues ¿para qué necesitaba saberlo, con esas pestañas tan espesas y negras?. Y el cabello largo y grueso, tan brillante que casi se podía usar de espejo. «Es la buena dieta» explicaba siempre Kady, cada vez que alguien le decía que era bella, poniendo la lengua contra la mejilla.

Si bien tenía un rostro notablemente bello, Kady tenía lo que las revistas de moda calificaban como un «problema de silueta».

Medía un metro y cincuenta y siete centímetros, tenía una talla amplia en la parte de arriba y de abajo, y una cintura minúscula. En la escuela llevaba siempre el delantal de cocinero y una chaqueta cruzada que le llegaba casi a las rodillas, ocultándole la cintura, y que le daba la apariencia de una cara hermosa colocada sobre un burrito. Sólo cuando en la escuela se celebró la fiesta de Halloween, Kady asistió en ropa de calle, y todos pudieron ver su, figura de reloj de arena. A partir de esa noche, varios estudiantes varones le hicieron insinuaciones, pero, más adelante, cuando les corrigió los soufflés y las crepes, la dejaron en paz.

-Siempre da resultado -le murmuró Kady a Debbie, y agregó que estaba esperando a un hombre al que amara tanto como amaba cocinar.

Y lo había encontrado. Gregory Norman era el apuesto hijo de la viuda propietaria de Onions, la mujer que había tenido la sabiduría de contratar a Kady. Se rumoreaba que cuando Kady se negó a permitir que el presidente de Estados Unidos entrase en el restaurante antes que una

familia de turistas procedentes de Iowa, la señora Norman necesitó aspirar sales para volver en sí. Pero después, cuando la señora Norman recibió una nota manuscrita del presidente en la que les daba las gracias a ella y a Kady por esa comida tan maravillosa, el modo en que la dueña, a su vez, había dado las gracias a Kady consistió en pagar, sin, protestar y sin un solo comentario irónico, la descabellada cuenta de las trufas blancas que la cocinera había encargado. Se decía que a la señora Norman le había costado cinco años de su vida mantener la boca cerrada.

-Lo que es seguro es que no puedes ponerte ese vestido -dijo Jane con tono práctico-. En realidad, no puedes dejarte ver con ninguno de ésos. -Mientras hablaba, miraba con acritud a la vendedora, como desafiándola a hacer un comentario-. Vamos, quítate eso y vayamos a desayunar.

-He oído hablar de un sitio nuevo, que está a poco más de treinta kilómetros... -empezó a decir Debbie, pero Jane la cortó.

-Ni lo intentes. Nuestra Kady no comería en ningún lugar que no fuese un American Deli. Nadie es capaz de cocinar algo lo bastante bueno para ella, ¿no es así, señorita exigente?

Mientras forcejeaba para quitarse el voluminoso vestido, Kady rió.

-¡Ja! Lo que pasa es que no te gusta cómo cocina nadie. Ven, vámonos.

A Debbie la escandalizaba la actitud autoritaria de Jane hacia Kady, pues, para ella, era casi una celebridad, al menos en lo que se refería al mundo de la cocina, pues había sido mencionada en esas maravillosas revistas de cocina, «Pornografía culinaria» -como las llamaba Kady-. Pecaminosamente rica, demasiado deliciosa para nuestra sociedad, tan preocupada por el peso.

Veinte minutos más tarde, las tres mujeres estaban sentadas a las minúsculas mesas de un frenético deli, comiendo emparedados de pechuga de pavo.

-¡Bueno! -dijo Jane-. Me siento un poco culpable por haber llegado unos días antes, así que ¿por qué no le cuentas a Debbie algo de tu novio? En realidad, yo he olvidado toda la parte romántica.

Eso hizo que Kady pusiera los ojos en blanco. Jane era contable y durante dos días sus principales preocupaciones habían sido las finanzas del restaurante y la cuenta bancaria de Kady.

-Sí, cuéntame -la animó Debbie-. Cuéntame cosas sobre Gregory. Kady, de verdad, es el más guapo de los hombres. ¿Es modelo?

-Más importante que eso -dijo Jane, con expresión misteriosa-, ¿cómo está con un velo en el rostro?

-¿Qué? -preguntó Debbie, inclinándose hacia delante, intrigada.

-Desde que era niña, Kady... -Jane se interrumpió y miró a su amiga-. Abandona esa expresión de gato que se comió al canario, y cuéntanoslo todo. ¿Fue amor a primera vista?

-Más bien, amor al «primer mordisco» -dijo Kady sonriendo con ojos soñadores, como siempre que pensaba en el hombre que amaba-, Como sabéis, Gregory es el único hijo de la señora Norman, pero él vive en Los Ángeles, donde tiene negocios inmobiliarios muy importantes. Se ocupa de la compra y venta de esas casas de cinco millones de dólares para las estrellas de cine, así que está muy ocupado. Ha vuelto a Virginia sólo una vez en los cinco años que yo llevo aquí. -Al decir esto miró a Jane para cerciorarse de que la había escuchado, porque la solvencia económica era para Jane el rasgo más importante de un hombre-. La única vez que estuvo aquí, además, fue la semana que yo fui a Ohio a visitar a mis padres, y por eso no lo conocí.

Recordándolo, Kady sonrió.

-Hace seis meses, un domingo por la mañana, temprano, yo estaba en el restaurante con mis cuchillos y...

Al oírla, Jane resopló de risa, y Debbie rió entre dientes: Kady nunca, jamás, permitía que nadie tocara sus preciosos cuchillos. Los tenía tan afilados que eran capaces de cortar un pelo en el aire, y que el cielo amparase a aquel que tomara uno y lo usara para hacer algo como, por ejemplo, raspar una tabla de cortar.

-Está bien -dijo Kady sonriendo, y se dirigió a Debbie-. Hace años que mi querida amiga, aquí presente, intenta convencerme de que existe una vida fuera de la cocina. Y yo le he dicho que debido a una cosa llamada hambre, la vida va a la cocina.-Miró de nuevo a Jane-. Y fue. Apareció en la forma de Gregory Norman.

-Y qué forma -dijo Debbie con un suspiro, haciendo sonreír a Kady.

-Como iba diciendo antes de ser tan groseramente interrumpida, yo estaba en la cocina del restaurante, y entró Gregory. Yo supe enseguida quién era, porque la señora Norman me había mostrado por lo menos tres millones de fotos de él, y me había contado todo lo referido a él desde que nació. Sin embargo, creí que él no sabía quién era yo.

-Creyó que eras la fregona, ¿no es cierto?-preguntó Jane-. ¿Qué llevabas puesto? ¿Esos vaqueros desgarrados y esas chaquetas informes que sueles ponerte?

-Por supuesto. Pero Gregory ni lo notó. Había llegado por la noche, tarde, desde Los Ángeles, y como había salido a correr estaba sudado y hambriento, Me preguntó si yo sabía si había algo para que él pudiese desayunar. Entonces le dije que se sentara, que yo le prepararía algo.

Kady hizo una pausa y dio un mordisco al emparedado, con una expresión como si no fuera a contar nada más.

Debbie rompió el silencio.

-¿Tus tortitas?

-Más bien crepes. Con fresas.

-Pobre hombre -dijo Jane, sería-. No tuvo salvación. -Se inclinó hacia delante-. Kady, querida, comprendo que se haya enamorado de ti, pero ¿tú estás enamorada de él? ¿No te casarás con él porque elogia efusivamente tu comida?

-No he aceptado casarme con los otros que después de haber probado mi comida me pidieron en matrimonio, ¿verdad?

Debbie rió:
-¿Tantos ha habido? Contestó Jane:

-Según la señora Norman, hay uno por noche, y provienen de todo el mundo. ¿Qué fue lo que te ofreció aquel sultán?

-Rubíes. En opinión de la señora Norman, menos mal que no me ofreció una huerta de hierbas porque temía que en ese caso me hubiese ido con él.

-¿Qué te ofreció Gregory?

-Sólo a sí mismo -respondió Kady-. Por favor, Jane, deja de preocuparte. Amo mucho a Gregory. -Cerró un instante los ojos-. Los últimos seis meses han sido los mejores de mi vida. Gregory me ha cortejado como en una novela, con flores, bombones, y atenciones. Presta atención a todas mis ideas con respeto a Onions, y le ha dicho, a su madre que me dé carta blanca en lo que se refiere a la compra de ingredientes. Aunque no se lo dije a nadie, en los meses anteriores al regreso de Gregory estuve pensando en irme de Onions y abrir mi propio restaurante.

-Y ahora, te quedas. ¿Eso significa que Gregory va a marcharse de Los Ángeles y vivir aquí, contigo? -preguntó Jane.

-Sí. Hemos comprado una casa en Alexandria, una de esas bellas casas de tres plantas, con jardín, y Gregory va a ocuparse de negocios inmobiliarios aquí en Virginia. No ganará tanto como en Los Ángeles, pero...

-Es amor -afirmó Debbie-. ¿Planes de tener hijos?

-En cuanto sea posible -dijo Kady con tono tierno, ruborizándose y clavando la vista en su ensalada de col, que tenía demasiado hinojo.

-¿Y cómo le queda el velo? -insistió Jane.

-Tienes que decírmelo -dijo Debbie, viendo que Kady no respondía de inmediato-. ¿De qué se trata eso del velo en la cara?

-¿Puedo? -preguntó Jane, y cuando Kady asintió, continuó-: La madre de Kady, que era viuda, tuvo diversos empleos, así que Kady vivía con nosotros buena parte del día, era un miembro más de la familia. Solía tener... -Miró a Kady con una ceja levantada-. ¿Todavía los tienes? -Kady asintió-. Kady ha tenido toda la vida un sueño con un príncipe árabe.

-No sé quién es -contó Kady, mirando a Debbie- Es sólo un sueño. No es nada.

-¡Nada, ja! ¿Sabes lo que hacía durante todos esos años? Colocaba velos tapando la mitad inferior de las caras, en las fotos de cualquier hombre que veía. M padre solía amenazarla de muerte, casi, porque cuando abría la revista Time o Fortune, si Kady la había leído antes, se encontraba con que estaba tapada la mitad inferior del rostro de todos los hombres. Llevaba consigo los rotuladores negros a dondequiera que fuese. -Jane se inclinó hacia Debbie-. Cuando fue mayor, llevaba los rotuladores en el estuche de los cuchillos.

-Todavía los lleva -dijo Debbie-. En la escuela, todos nos preguntábamos para qué serían esos rotuladores negros. Una vez, Darryl dijo...

Echándole un vistazo a Kady, se interrumpió.

-Sigue -dijo Kady-. Puedo soportarlo. Cada vez que me oía decir que no sabía ni freír un pollo, Darryl no se sentía demasiado amigo mío. ¿Qué decía de mis rotuladores?

-Que los usabas para escribirle cartas al diablo, porque ése era el único modo en que podías cocinar como lo hacías.

Kady y Jane rieron.

-Cuéntamelo del hombre del rostro velado -la instó Debbie, y esta vez Jane hizo un gesto impulsando a Kady a contar su propia historia.

-No es real. De adolescente, estaba obsesionada por encontrar a este hombre. -Miré a Jane-. Y ahora creo que lo tengo. Gregory se parece mucho a él.

-¿A quién? -dijo Debbie, frustrada-. ¡Si no me lo cuentas, te haré comer queso procesado!

-Nunca pensé que tuvieras semejante veta de crueldad -dijo Kady, secamente-. Está bien, está bien. He tenido ese sueño recurrente, siempre igual. Estoy en mitad de un desierto, y está ese hombre en un caballo blanco, uno de esos hermosos caballos árabes. El hombre lleva una túnica de lana negra. Está mirándome, pero yo sólo puedo verle los ojos, porque tiene la mitad inferior de la cara cubierta con una tela negra.

Por un momento, la voz de Kady se volvió muy queda, al pensar en el hombre de su sueño que había formado una parte tan fuerte de su vida.

-Tiene ojos almendrados, poco comunes, y los párpados superiores apenas entornados, que le dan un aire de tristeza, como si él hubiese visto más dolor del que una persona pudiese soportar.

Kady volvió con brusquedad al presente, y le sonrió a Debbie.

-Él nunca dice nada, pero estoy segura de que quiere algo de mí, de que espera que diga algo. Siempre me frustra no saber qué quiere. Después de un momento, me tiende la mano. Una mano bella, fuerte, de largos dedos y piel bronceada.

Pese a sí misma, contando la historia Kady sintió la fuerza del sueño. Si lo hubiese soñado sólo una o dos veces, habría podido olvidarlo, pero, desde que tenía nueve años, nunca había pasado una semana sin que tuviese el sueño. Siempre era exactamente igual, sin la más mínima variación.

La voz de Kady se volvió tan queda que Jane y Debbie tuvieron que inclinarse hacia ella para oírla.

-Siempre trato de tomar su mano. Lo que más quiero en el mundo es saltar sobre ese caballo y marcharme con él. Estoy dispuesta a ir a

dondequiera que él vaya, de estar con él para siempre, pero no puedo. No alcanzo su mano. Lo intento, pero hay demasiada distancia entre nosotros. Al cabo de un rato, en los ojos de él aparece una tristeza infinita, retira la mano y se aleja con el caballo. Galopa como si formara parte del caballo. Después de un, rato largo, detiene el caballo, se vuelve un segundo, y me mira como si aún esperase que yo cambiara de opinión y me fuera con él. Cada vez, yo le grito que no me deje, pero nunca me oye. Su expresión se vuelve más triste todavía, y entonces se da la vuelta y se va.

Kady se reclinó en la silla.

-Y así termina el sueño.

-Oh, Kady -dijo Debbie-, me pone carne de gallina. ¿Y crees que Gregory será tu príncipe árabe de la vida real?

-Es moreno como él y, desde el primer momento nos sentimos mutuamente atraídos, y desde que me propuso matrimonio he tenido el sueño todas las noches. Me parece una señal, ¿no crees?

-Lo que me parece es que se trata de una señal para que abandones tu vida de comida y hombres montados en sementales blancos en los sueños, y te integres al mundo real -dijo Jane.

-Nunca miré -replicó Kady.

-¿Qué?

Nunca miré la parte de abajo del caballo para saber si era un semental o no. Podría ser una yegua. O un castrado. ¿Y cómo sabría que ha sido castrado?

-Estoy segura de que, si estuviéramos acostumbrados a comer carne de caballo, lo sabrías -dijo Jane, haciéndolas reír.

Debbie lanzó un gran suspiro.

-Kady, me parece la historia más romántica que he oído jamás. Estoy convencida de que deberías casarte con tu príncipe árabe.

-Lo que quiero saber es qué vas a hacerle llevar al pobre Gregory para la boda. ¿Una túnica negra?

Kady y Debbie rieron, Y luego la primera dijo:

-Mi querido Gregory puede usar tanto o tan poco como quiera para la boda. El no pesa casi catorce kilos de más.

-Y tú tampoco -le espetó Jane.

-Díselo a la vendedora de vestidos de novia.

Jane iba a replicar, pero en ese momento un empleado se puso a limpiar la mesa, insinuando, sin mucha discreción, que la necesitaban y que tendrían que dejarla. En pocos minutos, las tres mujeres estaban de vuelta en las calles de Alexandria. Jane miró el reloj.

-Debbie y yo tenemos que hacer unas compras en Tyson's Corner, así que, si te parece, nos encontramos otra vez contigo en Onions, a las cinco.

-De acuerdo -dijo Kady vacilante, e hizo una mueca. Tengo una lista de cosas que se supone, tendría que comprar para la casa nueva. Cosas que no van en la cocina.

-¿Te refieres a sábanas, toallas, y esas cosas?

-Sí -dijo Kady con suavidad, esperando que Jane y Debbie se ofrecieran a ayudarla con esa tarea incomprensible.

Pero la fortuna no estaba con ella.

-Debbie y yo tenemos que unir nuestros fondos y conseguir algo bonito para tu regalo de boda, y no podemos hacerlo contigo cerca. Vamos, no te pongas tan triste. Mañana te ayudaremos a elegir sábanas.

-¿No hay aquí, en Alexandria, una buena tienda de utensilios de cocina? -preguntó Debbie, convencida de que su amiga prefería ir a comprar ese tipo de cosas con Kady que ir a elegir el regalo junto con Jane.

-Creo que sí hay -dijo Kady, riendo-. Nunca lo he pensado. Tal vez pueda encontrar el modo de mantenerme ocupada.

Era evidente que estaba bromeando y que, desde el principio, tenía intenciones de visitar la tienda de utensilios de cocina.

-Ven -dijo Jane, tomando del brazo a Debbie-. Estoy segura de que el pobre Gregory dormirá sobre sábanas de galleta y se secará con papel encerado.

-Papel pergamino -dijeron al unísono Debbie y Kady, broma interna de los chefs que hizo gemir a Jane, al tiempo que arrastraba a Debbie.

Sonriendo, Kady vio cómo las amigas se iban, y exhaló un suspiro de alivio. Hacía años que no veía a Jane, y había olvidado lo autoritaria que era. Y también cómo la adoraba Debbie.

Contemplando a su alrededor la bella puesta del sol, por un momento no supo qué hacer consigo misma. Disponía de horas de libertad. Y esa libertad se la había concedido su querido, queridísimo Gregory. Así como Gregory era un cielo, amable y considerado, la madre era intratable.

Como la señora Norman nunca se tomaba una tarde libre, no se le ocurría que Kady necesitara ese tiempo.

Aunque, a decir verdad, Kady no tenía demasiadas cosas que le interesaran fuera de la cocina. Los domingos y los lunes, cuando Onions estaba cerrado, Kady se quedaba en la cocina experimentando y perfeccionando recetas para el libro de cocina que estaba escribiendo. Por eso, aunque ya hacía cinco años que vivía en Alexandria, no conocía muy bien la ciudad. Por supuesto, sabía dónde estaba la mejor tienda de utensilios de cocina, dónde comprar toda materia prima imaginable, y quién era el mejor carnicero, pero ¿dónde se compraban sábanas? Más, ¿dónde se compraban todas las cosas que Gregory decía que necesitaban para la casa? Dijo que eso lo dejaría por cuenta de ella, porque sabía lo importantes que eran esas cosas para una mujer, y Kady le había dicho:

-Gracias. -Y no le aclaró que no tenía idea de dónde comprar cortinas y alfombras.

Con todo, había pasado cierto tiempo diseñando de nuevo la cocina de la casa nueva, convirtiéndola en una obra de arte de dos ambientes, con un área para hornear y otra para «quemar huesos», como, llamaban los cocineros pasteleros al trabajo de los chefs especializados en entradas. Los dos recintos, uno en forma de L y otro en U, tenían a ambos lados grandes mesas con tapas de granito, donde Kady podía aporrear la masa de los brioches sin dañar nada. Había muebles abiertos y cerrados para almacenar, y...

Interrumpió el hilo de sus pensamientos y suspiró. Tenía que dejar de pensar en cocinar y en cocinas, y pensar en los problemas que tenía que resolver. ¿Qué diablos se pondría para la boda? Estaba muy bien eso de estar enamorada de un hombre tan apuesto, pero no quería oír decir:

-¿Qué ha visto un pedazo de hombre como ése en una chica regordeta como ella?

Aunque tuviesen que regresar seis semanas después para la boda misma, Debbie y Jane habían tenido la generosidad de volar hasta Virginia para acompañarla a probarse vestidos de novia y ayudarla a elegir. Aun así, entre las tres no habían llegado a nada. Al verse esa mañana en el espejo, Kady tuvo ganas de abandonar todo. ¿Acaso no podía casarse con la chaqueta de cocinera? Era blanca.

Mientras pensaba, las piernas la llevaron a cierta tienda de utensilios que nunca le fallaba: siempre tenía algo que Kady podía utilizar. Una hora después, salió con un molde para tarta francesa en forma de manzana. Si bien no era un velo de novia, duraría más, se dijo, mientras se dirigía al estacionamiento donde había dejado el automóvil. Todavía era temprano, pero siempre había algo que hacer en el restaurante, y además, tal vez estuviese Gregory.

Sonriendo, se puso a caminar, pero se detuvo ante una tienda de antigüedades. En el escaparate había un viejo molde de cobre en forma de rosa. Como hipnotizada, abrió la puerta, haciendo tintinear la campanilla. Pasando ante una antigua mesa y un gato de hierro forjado, sacó el molde del escaparate, y viendo que era algo que podía pagar, buscó a algún empleado que le cobrase.

No había nadie en la tienda. ¿Y si fuera ladrona?, pensó. Entonces oyó voces en el fondo y pasó al otro lado de una cortina, al almacén. A través de una puerta abierta que daba a un patio, oyó una voz de mujer, aguda de enfado y frustración:

-¿Qué voy a hacer con todo esto? Sabes bien que no tengo espacio ni para la mitad de estas cosas.

-Creí que iban a gustarte, nada más -repuso una voz de hombre-. Pensé que estaba haciéndote un favor.

-Podrías haberme llamado y consultado.

-No había tiempo, ya te lo dije. Oh, al diablo -dijo el hombre, y se oyó el sonido de la grava que crujía bajo sus pies.

Kady se quedó inmóvil en el almacén, esperando que entrara alguien, pero, como nadie entró, se asomó por la puerta. En el patio había una camioneta cargada hasta el tope con viejos baúles sucios y cajas cerradas con cinta adhesiva. La puerta trasera de la caja estaba baja, y en el suelo había media docena más de cajas metálicas y cajones de madera. El conjunto daba la impresión de haber estado almacenado durante un par de siglos en algún galpón con goteras.

-Disculpe -dijo Kady-. Quisiera saber si puedo comprar una cosa.

La mujer se dio la vuelta y miró a Kady, pero no respondió:

-¡Hombres! -dijo por lo bajo-. Mi esposo iba a una ferretería, y vio un cartel -que decía «Subasta», así que se detuvo y, al ver que el lote número tres dos siete era «Miscelánea de baúles sin abrir», lo compró todo. Todo. Ni miró, ni preguntó para saber cuántas había, se limitó a levantar la

mano y comprar todo por ciento veintitrés dólares. Y ahora, ¿qué voy a hacer yo con todo esto? Y por el aspecto que tiene, la mayor parte es basura. No tengo espacio ni tiempo para guardar la mitad de estas cosas para protegerlas de la lluvia.

Kady no sabía qué responderle, y estaba de acuerdo en que las pilas de canastos y baúles no parecían muy prometedoras. Quizá «Miscelánea de baúles sin abrir» insinuara la idea de un tesoro escondido, pero era difícil imaginarse un tesoro escondido en cualquiera de esos baúles.

-¿Quiere que la ayude a meterlos dentro?

-Oh, no, él volverá y lo hará. -Con un suspiro, la mujer se volvió hacia Kady- Lo siento. Usted es una cliente. Ya ha visto lo alterada que me he puesto, como para dejar sin cerrar la puerta principal. ¿En qué podría ayudarla?

Mientras la mujer hablaba, Kady había estado observando los baúles. Sobre la caja de la camioneta, bajo tres canastos cubiertos de telas de araña, había una vieja caja metálica que en otro tiempo contuviera harina. En algunas partes estaba oxidada, y la leyenda casi no se veía, pero aun así tenía buen aspecto, en un estilo rústico. Se la imaginó sobre el techo de alguna de las alacenas de su cocina nueva.

-¿Cuánto me pide por la caja? -preguntó, señalándola. ,

-¿Esa oxidada que está abajo de todo? -preguntó la mujer, evidentemente convencida de que Kady era idiota.

-Tengo visión de rayos X, y veo que la caja contiene un tesoro pirata.

-Entonces tendrá que cargarla usted. Diez dólares.
-Hecho -dijo Kady, sacando treinta dólares de la billetera, diez por la caja y veinte por el molde en forma de rosa.

Mientras la mujer se metía el dinero en el bolsillo, Kady sacó la caja del camión y la sacudió.

-En verdad, hay algo dentro.

-Todas tienen algo dentro -replicó la mujer, exasperada-. Fuera quien fuese el dueño de estas cosas, jamás tiró un papel. Y las han visitado los ratones a casi todas, además del moho y de asquerosas criaturas reptantes. Adelante, llévese la caja. Si tiene algo valioso dentro, es suyo. Yo creo que todavía está llena de harina.

-Si así fuera, podría hacer pan antiguo -dijo Kady, haciendo sonreír a la mujer, que sujetó la caja de un lado para ayudarla a levantarla.

-¿Puede con ella? Podría comunicarme con mi esposo para...

-No, gracias -respondió Kady con los antebrazos bajo la caja, que era más grande de lo que le había parecido; casi no podía mirar por encima-. Me vendría bien que me enganchara el molde en el bolso.

Mientras lo hacía, miró a Kady con aire reflexivo.

-¿Sabe?, creo que haré una venta del tesoro el sábado. Les haré una buena limpieza a estas cosas y las venderé como «Contenido desconocido». A diez dólares cada una, todavía podría sacarles algún provecho.

-Si lo hace, su marido se quedará con todo el mérito -dijo Kady, sonriendo por encima de la caja.

-Y jamás volverá a pasar ante otra subasta sin comprar lo que está a la vista. Tendré que reconsiderarlo -dijo riendo, mientras acompañaba a Kady por la tienda, hasta el callejón-. Por ahí, todo derecho, está la calle. ¿Está segura de que no le pesa demasiado? Es casi tan grande como usted. Quizá tendría que traer el automóvil hasta aquí.

-No, está bien -dijo Kady, porque tenía brazos fuertes gracias a años de alzar botes de cobre llenos de materia prima y de amasar montañas de masa de pan.

Pero, por fuerte que fuese, después de haber caminado las tres calles hasta el automóvil y puesto la caja metálica en el maletero, le dolían los brazos. Contemplando la vieja caja oxidada, se preguntó qué diablos la había impulsado a comprarla. Aunque Gregory trasladaría parte de los muebles de su casa de Los Ángeles a Alexandria, le había dicho que, para él, en la casa nueva hacían falta muebles de verdad, no los grandes sofás y, sillas de campo que él tenía, de modo que pensaba vender casi todo.

Cerró el maletero y suspiró.

-Muebles de verdad -dijo, para nadie en particular-. ¿Dónde está Dolley Madison cuando uno la necesita?

Mientras se acomodaba al volante, se le ocurrió que podría probar con conejo en vino tinto para la cena de la noche siguiente, algo propio del siglo dieciocho.

2

Eran las once de la noche, y cuando entró en su pequeño y aburrido apartamento amueblado, Kady estaba en extremo cansada. Había elegido ese lugar porque estaba cerca de Onions, y porque no necesitaba comprar muebles.

Aunque le fuese la vida en ello, no imaginaba qué era lo que le pasaba esa noche. En teoría, todo había salido bien. Gregory había estado encantador como nunca, y Kady valoró el esfuerzo que hizo para recibir a sus amigas; Hasta tal punto era así que hasta Jane estaba impresionada, y le comentó que ni su propio marido se sentía obligado a conversar con sus amigas y lo que hacia era esconderse detrás del periódico. En lo que se refería a Debbie, estaba tan deslumbrada por haber comido la comida de Kady y por la atención de un hombre con la apariencia de Gregory que casi no podía hablar.

-Estás cansada -dijo Gregory de pronto, al ver que Kady contenía el quinto bostezo durante la cena-. Has estado de pie todo el día. Tienes que ir a tu casa a descansar.

-Creo que la libertad no me sienta bien -dijo Kady, sonriendo, soñolienta-. Tendría que haber pasado el día en la cocina.

Gregory fijó los ojos oscuros en las otras dos mujeres.

-¿Podríais hacer algo con ella? Jamás he visto a nadie trabajar tanto como ella. Nunca se toma tiempo libre, nunca hace otra cosa que no sea trabajar.

Mientras hablaba, tomó la mano de Kady y la acarició, mirándola de un modo capaz de hacerla derretirse.

Pero cuando Kady volvió a bostezar, Gregory rió:

-Ven, mi amor, o vas a estropear mi reputación de devorador de mujeres. ¿Qué van a pensar de mí Debbie y Jane?

Kady rió, como siempre le pasaba con Gregory. Se volvió hacia sus amigas y sonrió:

-Es el mejor hombre del mundo. Es muy excitante, y todo eso; el problema soy yo. No sé lo que me pasa esta noche. Tengo la sensación de haberme quedado sin energías.

-Es probable que sea por haber tenido que elegir muebles -dijo Gregory poniéndose de pie e izando el cuerpo laxo de Kady de la silla. Era bastante más alto que ella, y así como el rostro de Kady era todo curvas suaves, el de él era todo planos bien cincelados.

Gregory miró sonriendo a las otras dos mujeres:

-La llevaré a la casa, y después volveré a gozar del postre que haya hecho Kady, cualquiera que sea.

-Frambuesas con kirsch, y... -

Al oír que los otros tres reían, se ruborizó y guardó silencio.

-Está bien, sólo estoy cansada, no muerta.

Colgándose del fuerte brazo de, Gregory, Kady salió de la casa nueva y fueron caminando hasta donde ella vivía, sin hablar, simplemente con el brazo de él rodeándola, protector. Ante la puerta, la abrazó y le dio el beso de buenas noches, pero no le pidió que le permitiera pasar la noche con ella,

-Como veo que estás exhausta, te dejaré. -Echándose hacia atrás, la miró-. ¿Todavía quieres casarte conmigo?

-Sí -contestó, sonriendo, y apoyó la cabeza en el pecho duro-. Tengo muchas ganas. -Lo miró-. Gregory, la verdad es que soy un desastre para comprar muebles. No tengo idea en lo que se refiere a cortinas y sábanas, y...

Se interrumpió cuando la besó.

-Contrataremos a alguien. No pierdas un minuto más pensando en ello. Tengo un negocio en marcha en Los Ángeles, y en cuanto esté cerrado, podremos permitimos cualquier cosa. -Le besó la punta de la nariz. Todas las ollas de cobre que quieras.

Rodeándole la cintura con los brazos, lo abrazó estrechamente.

-No sé lo que he hecho para merecer a un hombre como tú. Siento mucha culpa de que dejes tu empleo en Los Ángeles para vivir: aquí, conmigo. -Lo miro-. ¿Estás seguro de que no preferirías que yo me mudara allá? Podría abrir un restaurante, y...

-Mi madre no dejaría Onions, tú lo sabes. Ese negocio lo levantó junto con mi padre, y está lleno de recuerdos para ella. Está envejeciendo. Tal vez parezca que tiene la energía de una adolescente, pero disimula mucho. Para mí es más fácil mudarme aquí, y así estaremos los tres juntos. -Hizo una pausa-. A menos que te sientas desdichada aquí, y quieras marcharte. ¿Es eso?

Kady volvió a apoyar la cabeza en el pecho de él.

-No, estaré feliz dondequiera que estés tú. Nos quedaremos aquí, nos ocuparemos de Onions. Escribiré libros de cocina, y tendremos una docena de hijos.

Gregory rió.

- Sin duda, serán unos comilones bien alimentados. -Poniéndole las manos sobre los hombros, la apartó-. Vete a la cama. Duerme un poco. Mañana tus amigas te llevarán a una tienda de alfombras para elegir algunas para la casa.

-¡Oh, no! -dijo Kady, apretándose el estómago-. Siento que está a punto de atacarme la peste bubónica. Creo que mañana tendré que quedarme en la cocina y prepararme un remedio de hierbas.

Riendo, Gregory abrió la puerta del apartamento con su propia llave y la empujó dentro.

-Si no te comportas como es debido, contrataré a Una «asesora de novias» para que te «organice» Tendrás que responder a preguntas sobre cubos de basura y cubreasientos de excusado con monograma.

Rió más fuerte al ver que Kady palidecía de sólo pensar en semejante horror. Aún riendo, cerró la puerta con llave y la dejó para que pudiese dormir.

Kady estaba con la espalda contra la puerta, y paseaba la vista por el ambiente, bonito pero sin personalidad. En verdad, agradecía que Gregory entendiese su falta total de aptitud para elegir mobiliario. No se trataba de que no quisiera vivir en un lugar agradable; lo que ocurría era que no tenía idea -tampoco interés, era cierto- sobre elegir sillas y esas cosas.

-Soy la mujer más afortunada del mundo -dijo en voz alta, recordando que ese día se había encontrado dos veces con Gregory.

Pero, cosa extraña, en cuanto se alejó de la puerta, pareció que recuperaba la energía. Al sentir que el cansancio la abandonaba, pensó que podría prepararse un poco de cacao y leer un libro, o ver si había alguna película en la televisión.

Sin embargo, todavía pensándolo, su mirada se posó en la gran caja de metal que estaba instalada en el centro de la sala. Aunque casi no podía admitirlo, la verdad era que la vieja caja oxidada había estado todo el tiempo en el fondo de sus pensamientos. Mientras fundía el glaseado de una asadera, pensaba: ¿Qué habrá dentro de esa caja?

Se negaba de plano a pensar que el cansancio había sido una excusa para alejarse de los otros y volver a donde estaba la caja, con su tesoro escondido.

-Es probable que haya un nido de ratas dentro -dijo en voz alta, al tiempo que iba a la minúscula cocina a buscar en un cajón una espátula fuerte y corta y un punzón para hielo.

Sabía que le costaría cierto trabajo quitar la tapa de la oxidada caja.

Media hora después había logrado raspar parte del óxido y levantar la tapa lo suficiente para meter los dedos. En el forcejeo se hizo daño, y se sintió bastante disgustada consigo misma por sus desesperados empellones y rasqueteos. A fin de cuentas, como había dicho la mujer de la tienda, seguramente el único tesoro que habría dentro sería harina, llena de gorgojos muertos.

Metiendo los dedos bajo el borde de la tapa, Kady dio un tirón tan fuerte que salió proyectada hacia atrás, mientras la tapa caía al suelo con estrépito. Se enderezó, se inclinó sobre la caja y, al espiar dentro, vio papel tisú amarillento.

Encima había un pequeño ramillete de azahares secos, que sin duda había puesto allí una mano amorosa, y que nadie había tocado durante años.

Kady supo de inmediato que lo que había bajo el papel era algo muy especial. Y muy privado. En cuclillas sobre los talones, comprobó que las flores estaban sujetas al papel porque todos sus esfuerzos por abrir la tapa no las habían desplazado,

Se quedó largo rato vacilando. Una parte de su ser le gritaba que volviera a cerrar la caja y no volviese a abrirla nunca más... que la pusiera sobre la alacena de la cocina, la mirase por fuera y se olvidara del interior. O mejor aun, que se deshiciera de la caja y olvidase que alguna vez la había visto.

-Eres ridícula, Kady Long -dijo-. Quienquiera que haya puesto esto aquí ha muerto hace mucho, mucho tiempo.

Con lentitud, disgustada al ver que le temblaban un poco las manos, despegó las flores, las dejó a un lado, y apartó el papel tisú. Supo de inmediato qué era lo que estaba mirando.

Plegado con esmero, protegido durante muchos años de la luz y el aire, había un vestido de novia: satén blanco perfecto, con profundo escote cuadrado bordeado de volantes de la misma tela. Los botones de piedras falsas parecieron hacerle guiños.

Todavía tenía cierta sensación que la impulsaba a volver a colocar la tapa y cerrarla para siempre. Pero la desagradable experiencia de ese mismo día, con la infructuosa búsqueda del vestido de novia, y ver después que llevada por un impulso, había comprado una vieja caja de harina que contenía un vestido de novia, se le ocurrió que era demasiado extraordinario para dejarlo pasar. Casi con amor, pasó las manos bajo los hombros del vestido, y lo levantó.

Pesaba mucho, parecía tener muchos metros de bello satén blanco, que los años habían tornado del color crema mas perfecto. El corpiño terminaba debajo de la cintura, y la falda era lisa y recta por delante, seguida por metros de tela llevada hacia atrás, en una cola muy fruncida que debía de extenderse como diez metros detrás de la novia. Embellecía la falda y la parte superior de la cola una orla de flecos anudados a mano. Debajo, había unos pocos pliegues y unas adorables rosas hechas a mano.

Sosteniendo el vestido a la luz, Kady se maravilló. Ese mismo día se había probado como seis vestidos de novia, pero no vio nada semejante. Comparado con éste, los vestidos modernos parecían ropas de campesina, sin adornos, sin un diseño pensado: era producción en masa frente a una creación única.

Kady no podía apartar la vista del vestido. Las largas mangas terminaban en puños abotonados, con diminutos bieses en los bordes; y terminaba en lo que sería, sin duda, encaje hecho a mano.

Sujetando el vestido, Kady miró dentro de la caja y contuvo el aliento:

-Un velo -exhaló.

Con reverencia, extendió el vestido sobre el sofá y se arrodilló junto a la caja.

Si fuese posible convertir un suspiro en tela, eso sería lo que estaba mirando. Estiró la mano hacia el tenue encaje y la retiró, casi temerosa de tocar una cosa tan encantadora; luego, haciendo una inspiración profunda, deslizó las manos bajo el encaje. Era tan liviano que parecía ingrávido, sin sustancia, como si estuviese hecho de luz y de aire. Se puso de pie y dejó colgar el encaje sobre los brazos, sintiendo esa excelsa suavidad sobre la piel. No hacía falta conocer la historia del vestido para saber que ese encaje había sido hecho a mano, y que el dibujo de flores y enredaderas había sido realizado con agujas diminutas, y si no se equivocaba, con amor.

Con gran cuidado, extendió el velo sobre el sofá, convencida de que era casi un sacrilegio dejar que esa tela fabulosa tocara el moderno tapizado sintético.

Volviéndose hacia la caja, se puso a vaciarla con cuidado y lentitud del contenido. Fue como si supiera exactamente lo que encontraría dentro: zapatos, guantes, corsé, enaguas de algodón fino, calzones con ligas bordadas. Un abotonador. Más flores secas.

Con gestos reverentes, fue depositando cada artículo, para luego volver a la caja y mirar el resto de los tesoros.. En el fondo había un estuche de satén que tenía cosida una cinta blanca formando un lazo. Cuando levantó, le martilleaba el corazón porque, por cierto, instinto, supo que dentro de él debía de estar la clave, la causa por la que ese bello vestido había estado tanto tiempo en una caja de lata tan ordinaria. Al levantar el estuche, comprobó que lo que había pesaba.

Apoyando la espalda contra el sofá, puso el estuche sobre el regazo y tiró con lentitud de un extremo de la cinta para desatarla; luego, con más lentitud aún levantó no la solapa superior del estuche, metió la mano y sacó una antigua fotografía. Era el ferrotipo de un hombre, una mujer y dos niños: todos rubios, de dulces rostros con expresiones felices, que formaban una familia muy hermosa.

Kady no pudo contener la sonrisa. El hombre tenía aire muy severo, como si el alto cuello rígido lo incomodase. A su izquierda, con la mano de él en el hombro, había una mujer bella y menuda, con un brillo travieso en los ojos, como si la idea misma de la foto le resultara una gran broma. De pie, a la derecha, delante del hombre, se veía al niño alto y apuesto, de unos diez u once años, con algo de la severidad del padre, y también de la expresión alegre de la madre. Sobre el regazo de la mujer había una niña de unos siete años, una verdadera belleza en ciernes. Sin duda, al crecer destrozaría unos cuantos corazones.

Al dar vuelta la foto, vio que en el dorso estaba escrita una única palabra: Jordan. Kady dejó la foto a un lado y, metiendo la mano en el estuche, sacó un pesado reloj de hombre, de oro. Era tan grande que ocupaba toda la palma de Kady. Sobre la gastada tapa también se leía Jordan y, en uno de los bordes, por encima de los goznes, había una honda melladura, como si el reloj hubiese caído sobre algo muy duro.

-O recibido un disparo -dijo Kady, preguntándose por qué había dicho eso-. Demasiadas películas del Oeste por televisión -murmuró, pasando el pulgar por la hendidura, que tenía estrías como si en verdad hubiese recibido un balazo.

Esa profunda muesca hacía difícil abrir el reloj, pero con persistencia, logró hacer funcionar los goznes. Al abrirlo, comprobó que

la esfera del reloj era bella, con ornamentados números romanos y complicadas manecillas. A la izquierda de la caja había otra foto, de la mujer sola. Era imposible confundirla, con sus chispeantes ojos y su expresión feliz. Hasta en la foto se notaba que parecía una mujer enamorada y feliz.

Kady sonrió al cerrar el reloj. Se preguntó qué fue lo que la había puesto nerviosa. No cabía duda de que ése era el vestido de una mujer que había sido muy feliz: un esposo que la amaba y dos bellos hijos.

Aún sonriendo, Kady puso el reloj junto a la foto y si, había algo más dentro del estuche. Saco un par de pendientes de amatista, y las piedras violáceas relucieron la luz artificial.

Apoyó con cuidado los pendientes sobre el estuche de seda, se reclinó contra el sofá, y contempló todo. En un impulso, o quizá por costumbre, levantó la foto y colocó el borde de la mano sobre la mitad inferior del hombre. No, ningún rubio podía ser el príncipe árabe.

Gregory lo era, pensó, mirando la ropa extendida alrededor y sonriendo, y luego pensó: ¿Qué voy a hacer con todo esto? ¿No tendría que llevarlo a un museo?

En un momento se preguntaba qué haría con todo eso; al siguiente, se imaginó caminando por la nave, en su propia boda, vestida con ese atavío maravilloso. Con energías renovadas, se levantó de un salto y recogió el vestido, sosteniéndolo con los brazos estirados.

Ese era diferente de los vestidos modernos: no lo habían hecho para una mujer de un metro setenta de estatura, de piernas kilométricas, sin caderas, sin pechos, y con la cintura de un muchacho. Ese pensamiento la hizo sonreír. En su vida había conocido varios hombres que hicieron comentarios muy placenteros sobre su silueta de reloj de arena.

-Este me quedará bien -dijo Kady, dando la vuelta al vestido y sujetándolo contra el cuerpo, para comprobar que, en efecto, el largo era perfecto.

Enseguida supo que lo único sensato que podía hacer era irse a la cama; al día siguiente hablaría del vestido con Debbie y con Jane. Qué suerte que estuviesen allí y pudieran darle sus opiniones sobre algo tan importante como la opción entre un vestido de novia de cien años de antigüedad y uno moderno. Kady no tenía idea respecto de esas cosas. ¿Qué se hacía? ¿Se reirían de ella en la iglesia?

Mientras repasaba esos pensamientos tan cuerdos, se dirigió hacia el baño, se metió en la ducha y se lavó el cabello. Mientras se aplicaba

acondicionador, se dijo que no podía usar un vestido con polisón para su boda. Era demasiado escandaloso para pensarlo siquiera.

De pie ante el espejo, en bata, empezó a arreglarse el cabello. En el restaurante, lo apartaba de la cara y lo sujetaba en un moño para que no cayese sobre la comida. Nunca era demasiado audaz con el cabello y, a decir verdad, con su apariencia en general, pero en ese momento deseó estar lo mejor posible. Con un peine, un cepillo redondo y como un kilo y medio de horquillas, logró recogerse el cabello espeso y ondeado en un alto moño, apartarlo de la cara, dejando caer largos rizos oscuros por la espalda.

Cuando terminó se miró en el espejo y esbozó una breve sonrisa.

-Nada mal -se dijo, dándose un toque de maquillaje a los ojos y los labios.

Después de haber hecho lo mejor que pudo con su cabeza, fue a la sala y empezó a tratar de deducir cómo usar el ajuar. Le pareció que había una cantidad escandalosa de prendas interiores, y le costaba resolver en qué orden iban.

Sobre la piel se puso una enagua bonita pero informe, junto con un par de enormes calzones largos. Agachándose, estiró las calzas hechas de fina seda tejida y se las ajustó por encima de las rodillas, con ligas bordadas de capullos de rosa. Se le ocurrió que era conveniente calzarse en ese momento, pues supuso que en cuanto se embutiera en el largo corsé no podría inclinarse.

Sintiéndose como Cenicienta, metió los pies en los zapatos de cabrito de color crema, altos hasta el tobillo, que le quedaban perfectos, y usó el abotonador para ajustar los pequeños botones de perlas que tenía en la parte delantera.

Después de habérselas ingeniado para abrocharse el corsé con ballenas, para lo cual fue preciso contener el aliento, se miró en el espejo que estaba junto a la puerta principal.

-Dios mío -exclamó.

El corsé le empujaba los pechos casi hasta la barbilla, y al mirarse tuvo que admitir que esas prendas tenían sus ventajas.

Había un par de medias enaguas de algodón, luego una pequeña camisa que, al parecer, iba encima del corsé.

Cuando le tocó el turno al vestido, Kady tenía puesta más ropa que cuando nevaba.

Una vez puesto el vestido, tuvo cuidado de no mirarse en el espejo hasta estar completamente lista. Después de colocarse los pendientes, levantó el velo de encaje con ademanes reverentes y se lo sujetó en la cabeza. El encaje era liviano, como un soufflé, y le llegaba casi hasta las rodillas ocultando el largo cabello negro que le caía por la espalda, pero al mismo tiempo exponiéndolo Lo último fueron los guantes.

Al terminar de vestirse por completo, se volvió y dio unos pasos hasta el espejo de cuerpo entero. Mientras lo hacía, se asombro de comprobar que ni el vestido ni las numerosas prendas que iban debajo le provocaban extrañeza. Aunque el peso de la ropa debería hacerla sentirse recargada o, al menos, constreñida, no era así, Por alguna razón, el vestido parecía estar en el lugar justo.

Los hombros echados hacia atrás, la cabeza erguida, y manipulando la cola como si hubiese nacido usándola, Kady caminó hasta detenerse ante el espejo.

Por unos instantes, se contempló en silencio, sin sonreír, sin pensar, en realidad mirando, simplemente no era la misma persona que veía siempre. Ni era una mujer del siglo veinte jugando a vestirse con ropa antigua Era como si tuviese el aspecto que estaba destinada a tener.

-Sí -susurró-. Esto es lo que me pondré para mi boda.

No necesitaba pedirle permiso a nadie, porque sabía sin lugar a dudas, que éste era el vestido que tenía que usar para casarse.

Sonriendo un poco, caminó hasta el sofá y levantó la foto de la familia Jordan.

-Gracias -dijo con voz queda a la mujer de la foto.

Sabía que ése debía de ser el vestido de ella, que sin duda lo habría amado y guardando con cuidado para que ninguna mujer, en ninguna época, lo usara.

Con la foto en una mano, Kady levantó el reloj y abrió la tapa para poder ver la otra foto de la mujer:

-Muchas, muchas gracias -dijo, sonriéndole a toda la familia-. Gracias, señora Jordan.

Con ambos objetos en las manos, al pronunciar el apellido Jordan, de pronto se sintió mareada.

-Debe de ser el corsé -dijo, dejándose caer pesadamente en el sofá, foto y reloj olvidados sobre el regazo-. Tendría que quitarme este vestido. Tendría que...

Se fue perdiendo la voz al tiempo que sentía que la energía la abandonaba, como si se hubiese quedado dormida, pero, al mismo tiempo, la debilidad le daba una sensación diferente: de que ese aturdimiento no era algo a lo que quisiera entregarse. Pensó que, a toda costa, tenía que luchar contra él.

¡Tenía que abrir los ojos!

-Yo digo que colguemos a ese canalla -oyó decir a un hombre.

-Sí. Librémonos de él de una vez por todas.

-¿Lo oyes, Jordan? Haz las paces con tu Hacedor, porque son tus últimos minutos de vida.

-No -susurró Kady, sin fuerzas-. No le hagan daño a Jordan. Es un vestido tan bonito. No tienen que hacer daño a ninguno de ellos.

Por un momento, casi logró abrir los ojos e incorporarse, pero entonces oyó otra voz, una voz masculina.

-Ayúdame, Kady. Ayúdame.

Lo único que veía tras los párpados cerrados era oscuridad, pero supo que si hablará el príncipe árabe, el, hombre que había visto miles de veces en sueños, -ésa sería su voz.

-Sí -dijo, y dejó de esforzarse para incorporarse-. Sí, te ayudaré.

Un segundo después, caía sobre el sofá, sin saber dónde estaba ni quién era. La mano cayó, laxa, a un costado, y se entregó a la intensa sensación de estar metida en un remolino que la transportaba.

3

Al abrir los ojos, Kady quedó cegada por la luz del sol, y se sujetó para no caerse cuando la inundó otra oleada de mareo.

-¡Ay! -dijo, protegiéndose los ojos del resplandor.

Se miró la palma, donde tenía un rasguño que sangraba, por haberse caído contra una roca cubierta con un arbusto espinoso. Mareada y débil, se reclinó contra lo que creyó que era el sofá y en realidad era piedra.

Pasaron varios minutos hasta que dejó de sentir que la cabeza y el cuerpo le daban vueltas y, entrecerrando los ojos, trató de ver dónde estaba. Hacía unos instantes, era de noche y estaba en su apartamento, pero al parecer ahora estaba de pie ante un montículo de enormes peñascos, con achaparrados robles que trataban de crecer entre las grietas, y era pleno día.

Apoyando el dorso de la mano sobre la frente, Kady se puso a la sombra, y se sentó sobre la roca más pequeña.

-Si cierro los ojos y cuento hasta diez, despertaré -dijo.

Y contó, pero, cuando abrió los ojos, las piedras seguían allí, el sol también, y no estaba en su apartamento.

Alrededor, había álamos que le impedían observar a lo lejos, y vio un sendero estrecho, rocoso, que sin duda descendía lo que no podía ser otra cosa que una montaña. No hacía falta ser experto en botánica para advertir que esa no era la lozana vegetación de Virginia. Estaba en lo alto de una montaña desértica. Cuando oyó a lo lejos el grito agudo de un pájaro que volaba por el cielo, alzó la cabeza.

-He estado trabajando demasiado -dijo Kady, alisando la falda del vestido de novia que aún llevaba-. Y como he trabajado demasiado, estoy soñando.

Cuando intentó ponerse de pie, se mareó otra vez y tuvo que afirmarse en un peñasco. ¡Sin duda, las rocas parecían reales!

-Muy reales -dijo en voz alta-. Sí, desde luego es el sueño más vívido y realista que ha soñado alguien, y si tuviera un ápice de sentido común, lo disfrutaría, Lo que haría sería... -Miró en derredor-. Sí, observaría todo, y así podría contarle a Gregory una historia maravillosa.

No era fácil concentrarse, porque el mareo le llegaba en oleadas, y le costaba respirar hondo con el corsé apretado. Pensó en aflojar las ballenas, pero tuvo miedo de no poder mantenerse erguida si lo hacía. En ese momento, tenía la sensación de que las ballenas eran lo único que la sostenía de pie.

-No me asustaré -se reconvino con severidad-. Este es un sueño y, por lo tanto, no sufriré ningún daño. No sufriré daño verdadero, genuino, real -precisó,

Al observar las rocas, vio que bajo una pequeña enredadera rala que colgaba de lado sobre una piedra arenisca había algo y apartó la enredadera.

-Petroglifos -dijo, pasando el dedo enfundado en el guante de encaje por los antiguos símbolos.

Figuras de hombres hechas con trazos simples, con arcos y flechas, cazaban lo que parecía ser un alce. Un hombre estaba caído, y los otros tres perseguían a los animales que huían.

Cuando tocó las figuras, fue como si, de pronto, en medio de las rocas, apareciera una entrada y a través de ella pudiese ver su propio apartamento. Ahí estaba el sofá, los pantalones vaqueros y la chaqueta de cocinera sobre él y, en el suelo, la vieja caja de metal donde había estado el vestido.

Kady no había visto jamás una visión tan tentadora como su propio apartamento. Sin molestarse en colgar la cola del vestido sobre el brazo, dio los dos pasos que la separaban de esa entrada. Pero, al llegar al umbral, su pie se detuvo en el aire; oyó lo que parecía un disparo, fuerte y claro en el aire límpido. Al volverse y mirar hacia los árboles, no vio nada y se dirigió otra vez hacia la entrada que la llevaba a su apartamento.

Sin embargo, esta vez, allí estaba él. El árabe sobre el caballo blanco, con la cara y el cuerpo ocultos tras grandes pliegues negros. Kady hizo una brusca inspiración. Si bien había visto a ese hombre muchas veces a lo largo de su vida, cada aparición era una sorpresa. Y al verlo, siempre sentía el anhelo de algo que era incapaz de describir ni de explicar.

Esta vez fue diferente, porque lo veía más claro, más real, como si no, fuese un sueño neblinoso sino un hombre de verdad, presente ante ella.

-¿Quién eres? -susurró-. ¿Qué quieres de mí?

La miró por encima del manto oscuro que le cubría la mitad inferior del rostro, con unos ojos cargados de tristeza.

-Estoy esperándote -susurró.

Era la primera vez que Kady le oía la voz, que le produjo escalofríos en la espalda, y carne de gallina en los brazos.

-¿Cómo? -le preguntó, inclinándose hacia él, diciéndolo todo con una sola palabra.

No dudaba si debía irse con él o no, sino sólo preguntaba cómo encontrarlo.

Alzando el brazo, el hombre la señaló con un dedo largo, y luego levantó más el brazo, señalando por encima de su cabeza. Kady se apresuró a volver la cabeza y mirar otra vez hacia los árboles, pero tampoco vio nada.

Cuando miró de nuevo el hombre estaba todavía allí; tras él veía su apartamento vacío, como una gran fotografía de fondo. En ese momento supo que lo que el hombre pretendía de ella era que bajara por el angosto sendero y le diese la espalda a todo lo que representaba su apartamento. En ese instante, Gregory apareció fugazmente ante sus ojos, y evoco el modo en que le sonreía, en cómo se sentía cuando él la abrazaba. Pensó en Onions, en los clientes, y en la madre de Gregory. Y en la boda, en Debbie y en Jane.

-No -dijo sin vacilar-. No, gracias. -Y dio un paso hacia el apartamento.

En esa fracción de segundo, todo desapareció el apartamento, el árabe a caballo, todo. En su lugar sólo quedaba la roca de superficie desigual y Kady aplastada contra ella, como si hubiese querido atravesarla.

-¡No, no, no, no! -dijo, girando la cara y apoyándose contra la piedra. Este sueño era demasiado real, y si era real, era una situación que ella no deseaba-. Quiero ir a mi casa -dijo, con expresión terca en los labios. ¡No me iré de aquí!

Cruzó los brazos sobre el pecho encorsetado, y decidió que no se movería, pasara lo que pasase.

Aun así, mientras lo decía, algo dentro de ella la impulsaba a bajar por el sendero. Una vez más, el mareo casi la dominó hasta el punto de que temió perder la conciencia. Afirmándose contra la roca para no

perder el equilibro, esperó a que pasara la compulsión, pero sólo perdió algo de intensidad, sin abandonarla del todo.

Le pareció oír unas voces masculinas acercadas por el viento, y alzó la cabeza. Intentó resistir la sensación, pero había una fuerza externa que le decía que tenía que bajar ese sendero, que no podía quedarse donde estaba. Y tenía que ir en ese mismo momento.

Todavía aturdida, y cada vez más a medida que transcurría el tiempo, dio un paso hacia el sendero y se detuvo, porque su pie topó con algo. En el suelo había un sobre de satén pulcramente atado, con, un bulto que revelaba la presencia del reloj. Cuando se agachó para recogerlo, estuvo a punto de desmayarse, y tardó unos momentos en poder incorporarse.

Oyó otro disparo, y esta vez fue como si sus pies tuviesen voluntad propia y la arrastraran dando los tumbos por el camino. El sendero se bifurcaba dos veces, y aunque su mente estuviese desordenada y confusa, sus pies parecían saber adónde ir. Apretando con fuerza el sobre, con la cola echada sobre el brazo, avanzó deprisa. Dos veces creyó que se desmayaría, y en ambas abrió los ojos y se encontró aún corriendo montaña abajo. Una vez, se salió del camino y avanzó a tropezones sobre rocas y leños caídos hasta que encontró otro camino que bajaba la montaña.

De repente, salió de la sombra de los árboles a la luz brillante del sol.. Tambaleándose, se reclinó sobre un peñasco e intentó aclararse la visión. Unos metros más abajo, vio una escena que parecía de película. A caballo, las manos atadas a la espalda, con la cabeza caída de lado como si estuviese inconsciente, había un hombre con una soga en torno del cuello, y esta soga, estaba atada a la larga rama de un árbol. Diez segundos más, y el hombre sería ahorcado.

Cerca de él había tres hombres a caballo, con las pistolas sujetas a las caderas por medio de correas, y en los semblantes, muecas de regocijo. Kady no sabía quién tenía razón, quiénes eran los buenos y los malos, pero las caras de esos sujetos no le gustaban. Desesperada, miró alrededor buscando un modo de detener el espantoso hecho que estaba a punto de ocurrir antes de que el pobre hombre a caballo quedara colgando.

Le pasaron mil pensamientos por la cabeza, y ninguno de ellos le pareció digno de ser llevado a la práctica. Por alguna razón, no creía poder acercarse a los hombres y pedirles por favor que detuviesen su acción. Tampoco estaba convencida de que prometiéndoles pasteles y budines de chocolate los hiciera desistir de ahorcar al hombre inconsciente.

Titubeó unos segundos y después casi saltó fuera del corsé al oír una breve risa odiosa debajo de ella, a la izquierda. Al volverse, vio a un hombre de pie, con el rifle entre los brazos cruzados, que reía por anticipado ante el sangriento espectáculo que estaba a punto de producirse.

Tal vez fuesen los miles de programas de televisión que Kady había visto, o las películas violentas, lo cierto es que no pensó en absoluto. Por puro instinto, se deslizó tras el hombre, levantó una piedra grande y la abatió sobre la cabeza del sujeto.

El hombre se derrumbó silenciosamente, y Kady le arrebató el rifle. ¿Y ahora, qué?, pensó, mirando el objeto. ¿Cómo lo disparo? ¿Qué tengo que...?

No pensó más, porque, al parecer, el rifle se disparó solo y la reacción empujó a Kady hacia atrás, a una grieta profunda entre dos rocas, y el hombre al que había golpeado quedó a sus pies.

Sin soltar el rifle, con los ojos dilatados, atónita, escupió por entre las matas a los hombres que estaban a unos metros. Un árbol se interponía entre ella, y los hombres, y comprendió que, gracias al ángulo, ellos no podían verla, aunque el ruido y la confusión le indicaron que había logrado, distraerlos, Sujetando el rifle contra el estómago cubierto con el corsé, Kady tiró otra vez del gatillo, pero no pasó nada., Amartíllalo sonó una voz dentro de su cabeza, y recordó que, cuando veía películas de televisión, los hombres tiraban de un pasador en la parte superior del rifle, y luego apretaban el gatillo. Después de varias maniobras torpes, logró hacerlo y disparó de nuevo. Esta vez, se oyó un grito de dolor y, para su horror, supo que le había acertado a alguien.

El ruido de los cascos de los caballos y tres tiros dirigidos hacia el lugar en que ella se encontraba la obligaron a saltar tras las rocas y arrastrarse hacia una pequeña cueva formada por árboles caídos y pequeños arbustos. Conteniendo el aliento por el miedo, Kady oyó que los caballos galopaban hacia ella.

-¿Y qué hacemos con él? -gritó uno de los hombres, tan cerca de Kady que podía sentir el calor de los caballos.

Entendió que «él» era el pobre hombre que habían estado a punto de ahorcar.

-Dispárale al caballo para que se caiga y larguémonos de aquí, por todos los diablos.

Kady tuvo dificultades para no gritar «¡No!» pero su instinto de autoconservación la hizo quedarse donde estaba, haciéndose lo más

pequeña que podía, sosteniendo la cola del vestido bien cerca del cuerpo para que no la viesen. Se oyó otro tiro a continuación, para su horror, vio el sobre de satén en el camino y rogó que los hombres no lo viesen.

Pero, en cuanto pudieron echar sobre un caballo al hombre que ella había abatido, se marcharon. Una parte de Kady quería correr fuera del escondite, pero otra quería quedarse hasta que alguien fuese a rescatarla.

Sin embargo, la preocupación por el hombre al que casi habían ahorcado dominó su miedo. Se desenredó de los matorrales, se colgó la cola del vestido sobre el brazo, agarró el sobre, y echó a correr hacia donde estaba el hombre.

En cuanto salió al sol, vio que el hombre estaba todavía sobre el caballo, aún con el lazo al cuello. Era evidente que el disparo había asustado al animal, que se había movido dejando al hombre tan estirado como su cuerpo lo permitía.

Cuando Kady llegó junto a él, comprendió que no podía perder tiempo. Le habló con suavidad al caballo, acariciándole la nariz, instándolo a retroceder unos pasos, para aliviar parte de la presión en el cuello del sujeto. Una vez logrado, apoyó una mano en la pierna del hombre y alzó la vista hacia él.

-¿Caballero? -dijo, pero vio que estaba inconsciente, al margen de todo.

Se preguntó cómo haría para bajarlo. Era un hombre grande, de un metro ochenta por lo menos, y debía de pesar unos cuantos kilos. Tenía las manos atadas, y estaba como muerto en vida, y si no le quitaba pronto la gruesa cuerda que le rodeaba el cuello, pronto estaría muerto del todo.

-Señor -lo llamó, sacudiéndolo por la pantorrilla.

El hombre no respondió, pero el caballo volvió la cabeza, giró los ojos hacia ella y avanzó un paso. Si se impacientaba y se le ocurría alejarse, dejaría colgando al jinete, y Kady supo que debía actuar de inmediato.

Se quitó lo más rápido que pudo la pesada falda con su cola, todas las medias enaguas, el adorable velo y los guantes de encaje, y sólo se quedó con los calzones, largos y las ligas, y las elegantes botas, que entraron sin dificultades en el estribo, junto a la bota del hombre.

Dando un gran impulso, se alzó hacia la parte de atrás de la montura, detrás del desmayado.

-Estupendo -dijo, en cuanto se acomodó. La cuerda aún quedaba a más de treinta centímetros sobre su cabeza, y aunque hubiese tenido un cuchillo, era tan gruesa que le llevaría una hora cortarla. Lo que necesitaba era un par de cortantes afilados-. O un serrucho para pan -dijo, mirando la cuerda.

-No podrás despertarte y ayudarme con esto, ¿verdad? -le dijo al hombre, apoyándole la cabeza en la espalda, pero no recibió respuesta. Asomándose tras la ancha espalda, miró al caballo-. Mira, voy a ponerme de pie sobre esta montura, y necesito que te quedes muy, muy quieto. ¿Lo has entendido? Como no soy acróbata de circo, te pido que no salgas a perseguir conejos. O lo que sea que persigan los caballos. ¿De acuerdo?

El caballo volvió la cabeza para mirarla, y eso puso un poco nerviosa a Kady. Utilizando el cuerpo del hombre a modo de escalera, se incorporó con cuidado, sin apresurarse, hasta quedar de pie sobre la silla detrás de él, apoyando la mayor parte de su peso contra el hombre, para sujetarse mientras estiraba la mano hacia la cuerda.

El caballo se removió, y si Kady no se hubiera sujetado rodeando con los brazos el cuello del hombre, se habría caído.

-¡Quieto! -le ordenó entre dientes al animal, que tuvo el buen tino de obedecerla.

No fue fácil aflojar el traicionero lazo que rodeaba el cuello del hombre. Daba la impresión de que la cuerda se le había incrustado en la piel, y necesitó tironear y jalar mucho para poder, por fin, sacárselo.

En cuanto quedó suelto, se cayó sobre las piernas de Kady, que estuvo a punto de caerse del caballo, a su vez se acuclilló y lo estrechó con fuerza, reclinado contra ella, y sujetándolo le pareció que estaba soportando la mitad de su peso, que debían de ser unos noventa kilos. Se las ingenió, con gran, dificultad, para no caerse ella ni dejarlo caer a él, y se acomodó otra vez, sentada sobre la montura, detrás del hombre.

La cabeza del hombre estaba echada hacia atrás, al lado de la de Kady, los ojos cerrados, la respiración imperceptible.

-Despierta -le dijo, levantando una mano y dándole una fuerte palmada en la mejilla.

No se atrevió a abofetearlo, aunque, a decir verdad, no creía, que una bofetada lo despertase.

-¿Cómo te llevo a ver a un médico? -preguntó al desmayado que tenía en los brazos.

En vez de seguir intentando reanimarlo, le apartó el grueso cabello de los ojos. Era rubio oscuro, la piel algo bronceada y por primera vez, notó que era un hombre muy apuesto.

-No del tipo de Gregory -dijo en voz alta-, pero no está nada mal para una mujer.

-Basta -se regañó-. Hay asuntos más urgentes que resolver que cierto sujeto al que le gusta pasar los días jugando a los vaqueros.

Con un esfuerzo sobrehumano, Kady empujó al hombre hacia delante hasta que quedó apoyado sobre el cuello del caballo, y se dispuso a forcejear con la cuerda que le amarraba las manos. Como no tenía cuchillo y tuvo que deshacer el apretado nudo, le llevó más tiempo del necesario.

Por fin, logró desatarlo; entonces, lentamente, sujetándolo con los brazos para que no se cayera, se apeó del caballo, bajando al suelo. En cuanto estuvo abajo y miró hacia arriba, le pareció tan alto como la montaña, y más o menos del mismo ancho.

Ahora lo único que le faltaba hacer era recuperar el rifle, por si regresaban aquellos horribles sujetos, y también la falda, volver a montar el caballo y cabalgar hasta el pueblo más cercano, en busca de un hospital. Simple.

Pero, en cuanto fue a buscar el rifle, oyó un ruido a sus espaldas, miró, y vio con horror que el robusto sujeto caía directamente sobre ella.

Si bien no tuvo mucho tiempo, se preparó lo mejor que pudo para el impacto. Separando bien los pies, se puso firme. Pero no había firmeza que pudiese prepararla para el choque de ese cuerpo pesado que cayó sobre ella. Se abatió con fuerza, haciéndola caer despatarrada sobre un lecho de hojas y grava que se le clavó en las piernas, cubiertas por las delgadas medias.

Por un momento, se quedó como estaba, parpadeando con la vista en el entoldado que formaban las hojas de los álamos, pero la necesidad de respirar la alertó sobre la urgencia de la situación. Tenía cada gramo del peso del hombre echado sobre ella como una gran manta tibia, tan pesada que no la dejaba respirar.

Al ver que no lograba moverlo empujándolo por los hombros, supo que así no resolvería nada. Usando la fuerza que le quedaba, hizo todo lo posible por salir de debajo de él retorciéndose; cuando logró sacar la mitad superior de su cuerpo, hizo una pausa para hacer varias inhalaciones profundas, deliciosas, y, por fin, consiguió sacar también la mitad inferior del cuerpo.

-Y ahora ¿qué haré contigo? -se preguntó en voz alta, mirando al hombre que dormía con la inocencia de un niño.

«AIimentarte», se respondió con vivacidad.

Se levantó y empezó a revisor los bolsillos de la silla en busca de algo para cocinar.

4

Una hora más tarde, Kady estaba convencida de que había hecho todo lo que podía para salvar a ese hombre. Aparentemente respiraba bien, pero no había recuperado la conciencia. Como no había modo de que pudiese subirlo otra vez al caballo para llevarlo al hospital, se dispuso a acampar para pasar la noche.

Había registrado los bolsillos de la montura en busca de algo para cocinar, pero sólo encontró carne vacuna seca, una cantimplora con agua y una taza de hojalata. Cubrió al hombre con la única manta y preparó el fuego, cosa que hacía con bastante habilidad porque había cocinado bastante a menudo al aire libre.

En unos minutos había preparado un caldo de carne seca con mostaza silvestre y algunas plantas verdes que había encontrado cerca, tras entibiar el caldo para que no lo quemase, puso la cabeza del hombre sobre su regazo y se dispuso a intentar hacer pasar el líquido por la garganta lastimada. Forcejeó con ella hasta que le habló con severidad y le dijo que le ataría las manos si no bebía el caldo y se comportaba como era debido. Al parecer, la voz severa tocó al niño pequeño que había en él, porque hizo una mueca, pero bebió.

Después lo dejó dormir y fue a sentarse sobre un peñasco, a pocos metros, tratando de reflexionar sobre lo que le había pasado en las últimas horas.

Estaba segura de que ya no se encontraba en Virginia, pero no sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí. Abrió otra vez el estuche de satén Y contempló la fotografía, porque el instinto le decía que tenía algo que ver con lo que le había sucedido.

No le costó mucho deducir que el hombre herido que yacía en el suelo, ante ella, era el niño de la fotografía. Hasta con los ojos cerrados, unos años mayor, era el mismo. Una vez, mientras Kady intentaba hacerlo beber, abrió los ojos y ella vio que eran de color azul oscuro como zafiros.

Claro, era imposible que ese hombre fuese el niño de la foto porque esa foto tenía cien años de antigüedad. Si lo fuese, eso significaría que, al pasar a través de la roca, Kady había manipulado un poco el tiempo. Y eso, desde luego, era imposible.

Después de un rato, se acercó al hombre y le revisó los bolsillos del pantalón. Encontró media docena de monedas, todas fechadas en la década de 1870, y ningún billete. En el bolso de la montura había una carta fechada en julio de 1873, donde decía que Cole Jordan debía veinte dólares de ganado. Las iniciales de la montura eran C.J.

«Imposible -pensó, volviendo a guardar los objetos-. Será mejor que deje de pensar en esto.»

El sol estaba bajando, estaba refrescando, y Kady tembló, cubierta sólo con el corsé y los calzones. Cuando se acercó a remover el fuego, el hombre empezó a agitarse y a farfullar algo. Al menos trató de decir algo, pero tenía la garganta demasiado lastimada para producir demasiado ruido.

Kady se inclinó y le pasó la mano por la frente.

-Está bien -le dijo en voz suave-. Estoy aquí, se encuentra a salvo. Nadie va a volver a hacerle daño.

No entendió cómo podía tranquilizarlo, si, en verdad, ella misma estaba tan asustada. -¿Y si regresaban los sujetos que habían tratado de colgarlo? ¿Y si eran buenos muchachos y este hombre era un asesino, y por eso querían ahorcarlo? Tal vez hubiese hecho algo espantoso para que esos hombres tratasen de colgado sin juicio.

Pero, cuando acarició la frente del hombre rubio, éste se echó a temblar y, aunque lo arropó mejor en la manta, siguió temblando. Entonces hizo lo único que se le ocurrió hacer: se acostó a su lado.

De inmediato, los brazos fuertes la rodearon, acercándola a él, y le pasó una de sus grandes piernas por encima de las de ella, mucho más pequeñas. Al principio, Kady protestó, pero luego la dominó la fatiga: ya hacía veinticuatro horas que estaba despierta. Y aun así, empezó a empujar al hombre por costumbre, porque no le gustaba dormir con nadie cerca. En las raras ocasiones en que Gregory pasaba la noche con ella, cada uno se mantenía en su lado de la cama. Kady siempre decía cosas tales como:

-Si rodara sobre ti, te aplastaría.

Librodot

Pero no había el menor peligro de que aplastara ninguna parte del cuerpo de ese hombre. Más aún, se le ocurrió que muy bien podía dormir debajo del caballo.

Ese pensamiento la hizo reírse, y el hombre, con la cara y el aliento tibio cerca de ella, sonrió en sueños. Él dijo algo, pero no le entendió bien. Sonaba parecido a «Ángel».

Fuera lo que fuese, Kady apoyó la cabeza en el músculo del brazo, y se durmió.

Despertó lentamente, sintiendo que alguien la besaba con suavidad en los labios y, sin despertar del todo, sonrió y retribuyó el beso. La mano del hombre subía por el muslo de la mujer, pasaba por la cintura, y se posaba en el pecho. Adormilada, movió la pierna de manera, que el muslo de él estuviese entre los de ella; se adelantó para estar más cerca. Los besos de él eran muy placenteros, no eran urgentes ni frenéticos, como si quisiera terminar rápido para ir a trabajar, sino como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Los labios se posaron en el cuello de Kady y ella se arqueó hacia él, que le puso la cara entre los pechos, levantados por el corsé.

-Oh, sí -murmuró la mujer, tratando de acercarse mas.

El caballo lanzó un ruido que la hizo abrir los ojos un instante, y luego cerrarlos.

Un segundo después, los abrió de nuevo, sobresaltada. Desde luego, eso no era su dormitorio, y los árboles con las montañas nevadas al fondo no formaban parte del paisaje de Virginia.

Y si ése no era su dormitorio, y no estaba en Virginia, lo más probable era que el hombre que tenía la cara hundida entre sus pechos no fuese Gregory.

Arqueando la espalda en un intento por apartarse, lo empujó por los hombros, pero la cara del hombre estaba pegada a sus pechos, que por alguna razón, estaban casi al descubierto, y...

El recuerdo regresó a ella:

-¡Quíteme las manos de encima! -gritó, casi, sobre la cabeza rubia.

Él dejó de besarla al instante, pero tardó en levantar la cabeza para mirarla. Entonces Kady vio a un hombre con la mirada más inocente que hubiese conocido. Es un niño cantor, pensó. Un enorme y muy apuesto

niño cantor, fresco como un manantial Pero qué peligroso, se advirtió a sí misma, al recordar los labios sobre su piel.

-Eres preciosa -le dijo, haciendo una mueca por el dolor de garganta.

Kady se alegró de que la mueca le impidiese ver su expresión de alarma, porque la voz tenía el mismo timbre rico y profundo que había oído la noche anterior, en el príncipe árabe. No podían existir dos hombres más diferentes, pero sin duda las voces eran similares.

-¿Podría soltarme, por favor? -dijo, empujándolo por los hombros, porque las manos de él todavía estaban sobre su cuerpo.

-Sí -jadeó-. Discúlpeme. Pensé que estaba... -Tragó con dolor-. Pensé que era usted mi sueño convertido en realidad.

Le dedicó una de esas sonrisas de lado, que casi la impulsó a volver a sus brazos.

Pero se controló, y se apartó rodando, para ponerse de pie con los brazos en jarras mirándolo. La expresión del hombre la hizo mirarse a sí misma y tomar conciencia de su estado de semidesnudez. Si un hombre estaba acostumbrado a ver mujeres que sólo usaban largos vestidos como los de las abuelas y, de pronto, veía a una llevando un bikini, seguramente tendría una expresión como la del hombre. De acuerdo con las normas de finales del siglo veinte, Kady estaba completamente cubierta, con excepción de los pechos que desbordaban el escote del corsé. Pero tampoco eso hubiese impresionado a un hombre moderno.

¿Por qué habré pensado eso? se preguntó. ¿Por qué no lo habré considerado un hombre moderno?

Se apresuró a recoger las enaguas y a ponérselas, luego el pesado corpiño y la falda de satén, bajo la mirada fija del hombre. Para su pesar, la bella falda estaba sucia en algunas partes, y hasta tenía un desgarro en un costado, de cuando había tenido que saltar entre los peñascos.

Cuando ya estaba cubierta, el hombre seguía mirándola con expresión maravillada, y Kady se convenció de que nunca había visto a un hombre tan atractivo como ése. En ese momento, supo que tenía que volver al hogar. A la seguridad... y a Gregory.

Terminó de vestirse, enderezó los hombros y miró al hombre, esforzándose por parecer lo más severa y práctica posible.

-Ahora que ya sé que está usted bien, me iré -dijo y girando sobre los talones, emprendió la marcha hacia las piedras.

Bastaba con que encontrase la roca con los petroglifos y pasara a través de ella, hacia su apartamento. Como ya había hecho todo lo que suponía que debía hacer para salvar la vida del hombre, estaba segura de que podría regresar.

Sólo había andado unos metros, cuando él la tomó del brazo: no lo había oído llegar desde atrás.

-No puedo dejarla ir -le dijo-. ¿Quién la cuidaría?

-Yo puedo cuidarme sola. ¿Me suelta, por favor?

El hombre se llevó la mano a la garganta, con la frente contraída, esforzándose por hablar.

-Tendría que hacer que un médico le revise la garganta -le dijo, haciendo el gesto de rodearlo.

-No puede irse -pronunció, con la voz áspera-. ¿Dónde vive? Yo la llevaré, a su casa.

-Ahí -respondió, señalando las rocas-. A poca distancia de aquí.

El hombre miró a donde señalaba, y luego a ella, con una expresión que parecía decir: ¿Está loca?

-Por ahí no hay más que montañas, no hay ranchos, ni granjas, nada más que rocas y víboras -La tomó otra vez del brazo-. La llevaré a donde usted vive, sea donde sea.

-Vivo allí -repitió, con énfasis-. De cualquier modo, no es asunto suyo dónde vivo. Y ahora, por favor, apártese.

Se interpuso en su camino.

-¿Acaso pretende decir que arriesgó la vida para salvarme, se quedó conmigo toda la noche para asegurarse de que estuviera a salvo, y ahora yo me iré y la dejaré a usted sola en la montaña, sin pensar más en usted ¿Lo he entendido bien?

-Lo ha entendido a la perfección.

Intentó pasar junto a él otra vez.

Pero él la levantó en brazos y la cargó otra vez hasta el campamento, sin que los forcejeos de Kady lo hicieran vacilar.

-Suélteme o gritaré.

-¿Y cree que la oirá alguien?

La dejó sobre un peñasco, el mismo donde se había sentado el día anterior para tratar de entender lo que le había sucedido. Cálmate, se dijo. Tenía que alejarse de ese hombre y encontrar la entrada en la roca por donde había llegado a este sitio tan extraño.

Parte de Kady sabía que estaba sola con ese hombre en medio de un lugar desconocido, y que el día anterior alguien había intentado ahorcarlo. Era probable que fuese violador, asesino loco escapado, o cualquier cosa por el estilo, y a ella le convenía ser prudente.

Sin embargo, cierto instinto le decía que él sería incapaz de hacerle daño y que si era necesario, la protegería con su vida.

Pero, fuera lo que fuese, quien fuese, no importaba. La única preocupación de Kady era la necesidad de alejarse de él y de volver a la abertura. Miró alrededor buscando algo con que distraerlo para que no siguiera allí de pie, mirándola, ceñudo.

-Tengo bastante hambre. ¿Y usted? Si encuentra algo para comer, yo lo prepararé...

Sonriéndole como sonríen los hombres cuando creen que han ganado una discusión, dijo:

-Es una excelente, idea. Encontraré un par de conejos para nosotros.

Kady le sonrió con dulzura.

-Muy bien. -Como le había registrado la montura y los bolsillos del pantalón, sabía que no tenía ninguna arma de fuego-. Ahí hay un rifle.

Para su sorpresa, el hombre palideció y con la velocidad de un rayo, aferró el rifle que estaba apoyado contra un árbol y, antes de que Kady pudiese tomar aliento, lo estrelló contra una piedra haciéndolo pedazos.

-¿Qué hace? -casi gritó-. ¿Y si regresan los hombres que querían matarlo?

Cuando vio el rifle hecho pedazos en el suelo, el hombre soltó el trozo de cañón que le quedaba en las manos como si fuese algo repugnante.

-No me gustan las armas -susurró, ronco.

-Es evidente. -Cuando lo miró, le pareció que se tambaleaba-. ¿Está bien?

-Sí -respondió.

Pero cerró los ojos un instante, y Kady se puso de pie, lo empujó a la sombra de un álamo y, aunque se resistió, lo hizo sentarse en el suelo.

Afligida, se arrodilló junto a él con la cara cerca, y cuando le palpó la frente para saber si tenía fiebre, comprobó que no. Le sonrió.

-Creo, que no le hace bien colgar de los árboles, por eso, pienso que no debería volver a intentarlo.

La miró, con expresión intensa en los ojos oscuros.

-¿Quién es usted, y qué hace aquí, cerca del Árbol del Ahorcado, a kilómetros del pueblo, vestida de novia?

-Yo... eh... estaba... en mi apartamento, probándome el vestido porque voy a casarme dentro de pocas semanas; entonces oí algo y.. eh...

Lo miró.

-No sabe mentir.

-Por fortuna, no he tenido muchos motivos para aprender a mentir. -Levantó la mirada y observó las rocas que había al pie de la montaña, hacia el lugar donde había bajado por el sendero-. Usted no sabrá dónde hay un petroglifo, ¿no es cierto?

-¿Ese quién es? ¿Su... -titubeó, y sus labios perfectos adoptaron una mueca desdeñosa-. ¿El hombre con el que pensaba casarse?

-Los petroglifos son dibujos tallados en la roca. En este caso, se trata de hombrecillos de trazos simples, cazando un alce. Y el hombre con el que voy a casarme se llama Gregory Norman.

Tras esta explicación, y para su horror, Kady estalló en lágrimas.

Al instante, los fuertes brazos la rodearon, y ella apoyo la cabeza contra el pecho duro y amplio.

-Lo siento -dijo-. No suelo...

-Shhh, cariño, llore todo lo que quiera -dijo, tranquilizándola, mientras le acariciaba el cabello.

Kady lloró, pero no durante mucho tiempo; cuando acabó e intentó apartarlo, él siguió abrazándola. No necesitó demasiada presión para convencerla de que se quedara en sus brazos pues, al parecer, ahora que había pasado el peligro inmediato, se asustó por lo que había sucedido.

-¿Quiere contarme la desgracia que se ha abatido sobre usted? Sé escuchar.

-No lo sé -dijo Kady, con la cabeza contra el pecho del hombre-. En realidad no sé lo que me sucedió ni dónde estoy. Y no sé por qué esos hombres querían ahorcarlo. ¿Es usted bueno, o malo?

Acompañó la pregunta mirándolo con expresión interrogante.

-¿Qué? -le preguntó, con una ceja arqueada; entonces sonrió y le apoyó otra vez la cabeza contra su pecho. Soy de los buenos. Diácono de la Iglesia. Incluso canto en el coro todos los domingos.

Levantó la pierna, se recogió la pernera del pantalón y saco de la bota lo que parecía ser un pequeño cuchillo de caza. Incrustado en el mango, había un pequeño medallón.

Le entregó el cuchillo a Kady, que contempló el medallón.

-Un año -leyó, y vio que había, una cruz en el centro-. ¿Un año de qué?

-Un año de servicio a la iglesia, sin faltar ni una vez. -Le dedicó de nuevo esa sonrisa ladeada-. Incluso una vez fui con varicela y contagié a casi todos los niños de la escuela dominical.

Kady rió al ver que, por costumbre, pasaba la mano por la hoja del cuchillo, preguntándose si lo habría afilado él mismo.

No estaba muy bien, ella podía hacerlo mejor, pero se hubiese sentido peor.

-Y si es un modelo de virtudes, ¿por qué esos suje-tos querían colgarlo?

-¿Ha oído hablar de la codicia?

-Creo que sí -respondió, sonriendo-. ¿Codician algo que usted posee?

-Unas cabezas de ganado y un trozo de tierra.

-Ah, uno de ésos. ¿Millones de cabezas y millones de hectáreas?

El hombre rió.

-No tanto. Lo último que he sabido es que las Rocosas de Colorado no son las mejores tierras de pastoreo.

Levantando la cabeza, Kady miró alrededor.

-¿Ahí es donde estoy? ¿En Colorado?

Cuando lo miró de nuevo, vio que en sus ojos había una expresión intensa.

-¿Quiere contarme lo que está pasando? ¿Por qué está aquí? ¿Quién la ha abandonado? ¿Acaso ese Gregory...?-Resopló con desdén-. ¿La ha dejado plantada?

-¡Desde luego que no! -exclamó, iniciando el movimiento de levantarse, pero él la hizo sentarse otra vez.

-Está bien, discúlpeme. Es que no es frecuente ver a una mujer vagando por las montañas, sola, ataviada con un vestido de novia de seda. -Bajó un poco la vista, y su voz se puso un poco ronca-. Sobre todo, si es tan bella como usted.

Kady se sonrojó.

-No soy bella. Peso como catorce kilos de más, y jamás presto atención a mi aspecto. Por lo general, llevo puestos unos pantalones abolsados y un guardapolvo sucio. Tengo un solo par de zapatos de noche, y media docena de pares de zapatillas. Yo...

Se interrumpió al ver que el hombre se reía de ella.

-¿Acaso mi situación le parece divertida? -le preguntó, con cierta irritación

-¿Qué clase de hombre conoce que no esté convencido de que usted es la más bella de las mujeres? Jamás he visto a una mujer tan hermosa como usted. Su rostro y su... -La recorrió con la vista, y cuando alzó otra vez la mirada tenía una expresión de embeleso-. Todo en usted es perfecto., No existe un hombre tan ciego que no vea en usted la Afrodita que es.

Por un momento se quedó mirándolo con ojos agrandados, y la boca dibujando una pequeña O.

-Ya entiendo -logró decir al fin-. Así que.. -Se apartó un poco-. Creo, que será mejor que me vaya.

El hombre se puso de pie al instante, ofreciéndole la mano para ayudarla a incorporarse.

-Tiene que decirme adónde quiere ir, y yo la llevaré.

Mirando esos ojos azules, Kady sintió que se inclinaba hacia él, pero se obligó a permanecer derecha. ¡Contrólate!, se dijo. ¿Qué es lo que te pasa? Estás comprometida con un hombre sueñas con otro y, ahora, parece que estuvieras pensando en arrancarle la ropa a un tercero.

-¿Hay autobuses por aquí? ¿O un aeropuerto?

No tenía ni una moneda, y no podía preocuparse por cómo iba a pagar, pero, en cierto modo, la expresión confundida del hombre no la sorprendió.

-¿Qué es un aeropuerto? -le preguntó.

Por un motivo que no podía definir, la pregunta volvió a provocarle mareos.

-No, no me toque -dijo, al ver que hacía el gesto de acercarse. Tenía que controlar la situación-. Mire, aprecio toda su caballerosidad a la antigua, y le agradezco que me haya prestado el hombro para llorar, pero ahora debo marcharme. En realidad, quiero volver a mi hogar.

Y no involucrarme aquí, pensó. Ni quiero averiguar por qué ignora lo que es un aeropuerto.

Con toda la dignidad que pudo reunir, se colgó la cola del vestido en el brazo y echó a andar hacia las rocas donde sabía que estaba el camino que la llevaba a la entrada hacia Virginia... de regreso a Gregory.

5

- No la siguió, y Kady no supo si eso la alegraba o la aterraba. ¿Y si no encontraba la abertura? ¿Y si el vaquero la dejaba sola en esas montañas, y no podía encontrar nunca el lugar por donde salir?,

En ese momento, no estaba dispuesta a dejarse do-minar por las emociones. Pero le pasó por la cabeza la pregunta: «¿Por qué a mí?» ¿Por qué le había sucedido algo sobrenatural a ella? Era una persona muy común, y lo único que quería era lo que ya tenía: la cocina, el matrimonio con Gregory y quizás un par de hijos.

Como era evidente que el vaquero que había salvado era el hombre de la foto, supo que lo que había pasado tenía el propósito de evitar que fuese ahorcado. Pero ahora que estaba a salvo, ¿por qué no regresaba de inmediato a Virginia, a Gregory?

Iba ascendiendo el sendero que serpenteaba, cada vez más alto en la montaña, pero le bastaron unos minutos para saber que no tenía idea de dónde estaban los petroglifos. Cuando bajó la montaña, se sentía confusa y mareada. Y ahora no estaba mucho mejor, porque hacía muchas horas que no comía.

-Patatas asadas -dijo, en voz alta a las rocas que la rodeaban-. Maíz con mantequilla y pollo picado sobre tostadas. Bistec poco hecho; salmón escocés. Tarta de fresas. Trufas de chocolate.

Preparar un menú imaginario mientras avanza trabajosamente por el sendero que se bifurcaba en diversas direcciones a la vez la hizo sentirse peor. El bello vestido se enredaba en los arbustos, y ella se tomaba el tiempo necesario para desenganchar la tela, pues conservaba la esperanza de usarlo para la boda con Gregory. Tal vez constituyese un acto de desafío usarlo, haberse visto obligada a ir donde no quería por habérselo puesto.

No supo cuánto tiempo había caminado, pero a cada paso perdía la esperanza. Jamás encontraría la entrada de regreso al hogar. Moriría de hambre, o congelada o devorada por el animal desconocido que acababa oír gritar. O quizá regresaran los sujetos que habían tratado de ahorcar al vaquero, y... y...

Se sentó sobre una roca, sintiéndose completa y absolutamente sola. Quizás éste fuese el castigo por haber gozado de una vida tan maravillosa y feliz. Treinta años, y ningún problema demasiado serio. Ni una infancia disfuncional, nadie que hubiese intentado sofocar su carrera, y tenía el amor de un hombre apuesto que la trataba como a una princesa.

En un arranque de energía, se levantó y martilló roca con los puños, furiosa.

-¡No, no, no, no! -gritó-. -No cederé. ¡No lo haré! ¿Me oyen? ¡No me rendiré!

Claro que nadie le respondió, ni la oyó siquiera, tras un momento se dejó caer sobre la roca, abatida, con la cabeza entre las manos, y rompió a llorar. Quizá había sabido apreciar lo suficiente su vida en Virginia, por eso la había perdido.

En pocos minutos, se le agotó la energía y reclinándose contra las rocas, cerró los ojos. Quizá, si concentraba, la fuerza de voluntad la llevaría de vuelta al apartamento, a los brazos de Gregory. Quizá, si... Se quedó dormida.

Despertó lentamente, más consciente del estómago que de ninguna otra parte del cuerpo. ¿Lo que olía era carne asada? Sonrió, con los ojos aún cerrados. ¿Pollo? No, claro que no. Era la fragancia inconfundible del conejo. Conejo cocido en vino, o en pastel, o cubierto con puré de patatas pasado dos veces. Guisantes frescos, sacados de sus vainas. Tomillo, y mucha pimienta.

-¡Oh! -exclamó, a punto de caerse de la roca.

Una mano grande le impidió caer. Cuando abrió los ojos, al principio se desorientó, no supo donde estaba, hasta que vio los ojos azules del vaquero.

-¿Hay hambre? -le preguntó, ofreciéndole el sombrero.

Estaba recubierto por dentro con hojas de roble y encima, trozos de conejo.

Kady tenía tanta hambre que agarro un trozo de pata y muslo y empezó a comer, casi sin fijarse en que la carne no estaba bien cocida: se había usado un fuego demasiado alto y la carne estaba seca por fuera y casi cruda por dentro. Pasaron varios minutos hasta que pudo alzar la vista del hueso, que había dejado limpio.

Con una sonrisa, el hombre le ofreció otro trozo y la cantimplora llena de agua.

-¿Encontró lo que estaba buscando? -le preguntó, mientras ella iba por la tercera porción.

Estaba sentado sobre una piedra, enfrente de ella, reclinado en pose lánguida, las largas piernas tan exten-didas que sus botas casi tocaban la falda de Kady.

-No -respondió, sin querer mirarlo a los ojos.

No quería aceptar ayuda de él, no quería estar en deuda. Para ser sincera, no quería meterse en líos con él porque era demasiado atractivo.

-Se dejó una cosa -le dijo el hombre, tendiéndole el estuche de satén.

Kady no respondió, y se concentró en el conejo.

-¿Querría explicarme por qué lleva consigo una foto de mi familia y el reloj de mi padre?

-No -contestó, sin mirarlo, sintiendo la mirad del hombre sobre ella.

-¿Quién es usted y dónde vive? -le preguntó con suavidad.

Cuando hubo terminado la tercera porción, Kady alzó la vista.

-Elizabeth Kady Long -contestó-. Pero la gente me llama Kady.

Miró alrededor, en busca de algo con que limpiarse las manos grasientas. El vaquero sacó del bolsillo un pañuelo, lo humedeció con el contenido de la cantimplora, e inclinándose hacia ella le tomó una mano y se dedicó a limpiársela. Kady trató de apartarse, pero él no la soltó.

-Puedo hacerlo sola -le dijo y él no le hizo caso

Una de dos: o ella necesitaba fortalecer su confianza en sí misma, o este hombre necesitaba un curso que le enseñara a creer en la autonomía de las mujeres.

Cuando las manos estuvieron limpias, el hombre se echó atrás, y Kady hizo ademán de levantarse.

-Podría ser que tuviera que quedarse, pues no tiene adónde ir. Aquí sólo hay montañas por tres lados; Legend está en esa dirección, y Denver está a dos días a caballo, más allá.

-Entonces será mucho mejor que empiece a caminar -dijo, levantándose, pero la pierna del hombre le bloqueó el paso.

-¡Apártese de mi camino! -le exigió.

-No lo haré, hasta que me dé algunas respuestas. Escuche, señorita Long, usted me ha salvado la vida, y me siento en deuda con usted. Es mi responsabilidad cuidarla y procurar que esté a salvo.

-¿Cómo puedo estar a salvo con un hombre que está a punto de ser ahorcado? Puede que vuelvan esos hombres y nos cuelguen a los dos.

-Es posible, y es uno de los motivos por los que me gustaría mucho marcharme de este lugar y regresar al pueblo. Pero no voy a dejarla. Si me dijera quién cuida de usted, yo la llevaría con sumo placer, pero no pienso montar y dejarla aquí sola. No es capaz de alimentarse siquiera.

Al oírlo, los ojos de Kady se agrandaron. Lo último que esperaba oír respecto de sí misma era que no podía alimentarse. La acusación era tan absurda que le arrancó una sonrisa y una fugaz carcajada.

-Así está mejor -dijo el hombre-. Y ahora ¿por qué no se sienta y me cuenta qué desgracia la ha obligado a vagar por las Rocosas, vestida de novia?

Kady se sintió tentada. Muy tentada. Sin embargo, sabía que no le convenía contarle sus problemas a este hombre. Un sexto sentido le impedía contarle nada, porque no quería que su vida se viese entrelazada con la de él. Lo único que quería era regresar a su hogar, y no volver a verlo más.

-¿Es usted el niño de la foto? -preguntó, tratan-do de distraerlo.

Quizá, sí pudiera obtener algunas respuestas, des-cubriría por qué estaba allí.

-Sí -le dijo; con la mandíbula tensa, como si no quisiera hablar de eso.

Esa actitud despertó la curiosidad de Kady.

-¿Es éste el vestido de boda de su madre? -le preguntó con suavidad.

-No lo sé. No estuve en la boda.

Kady rió, a pesar de la situación, y el hombre sonrió.

-Estoy segura de que su hermana se convirtió en una verdadera belleza.

El guardó silencio durante unos instantes, y sacó lentamente la foto del sobre.

-Nadie lo sabrá. La mataron cuando tenía siete años.

Kady contuvo, una exclamación.

-Lo siento. Yo... -Se miró el vestido, y recordó que la mujer de la foto le había parecido muy feliz. Su madre...

-También está muerta -dijo el hombre con frialdad, y miró a Kady con mirada dura, todavía llena de desdicha después de tantos años. Ésta es la última fotografía que se tomó. Pocos días después, hubo un robo en un banco, en Legend, y cuando los ladrones huían del pueblo, los buenos ciudadanos abrieron fuego.

Kady vio cómo sus labios se curvaban en una mueca

-Cuando se despejó el humo, mi hermana y mi mejor amigo estaban muertos. Mi padre y mi abuelo sa-lieron a perseguir a los ladrones, y dos días después ellos también estaban muertos. Mi madre murió de pena al año siguiente.

Por un momento, Kady sólo atinó a mirarlo en si-lencio, atónita.

-Lo siento mucho -susurró-. Por eso odia las armas, ¿no es cierto?

El hombre hizo un breve gesto de asentimiento.

Kady supo que esa tragedia tenía algo que ver con el hecho de que ella estuviese allí. Pero esa misma idea la convenció más de regresar a su apartamento, de pasar por la roca y salir de ese embrollo, cualquiera fuese. Se puso de pie, caminó hasta el borde del sendero, y se volvió para mirarlo.

-Necesito encontrar los petroglifos -dijo con suavidad-. ¿Sabe dónde están?

-Hay montones de tallas indias en estas montañas -respondió-. Podría buscarlos el resto de su vida y no encontrarlos.

-¡Pero tengo que encontrarlos! -dijo, vehemente-. No lo entiende. Usted no entiende nada.

-Estoy dispuesto a tratar de entender, si me explica cuál es la importancia de unas tallas indias.

Kady empuñó las manos a los lados. No iba a llorar otra vez.

-Yo nací en mil novecientos sesenta y seis -dijo, feroz.

-Pero, si así fuese, tendría siete años, nada más -replicó él, confundido.

-No en mil ochocientos sesenta y seis sino en mil novecientos sesenta y seis.

Kady observó cómo pasaban por ese rostro apuesto, tostado por el sol y por años de estar al aire libre, diversas emociones.

-Ya veo -dijo, al fin.

-Yo veo que no me creé -dijo Kady, con la boca apretada-. Tampoco lo esperaba. -Lo miró, ceñuda-. ¿Qué está pensando? ¿Que he escapado

de un manicomio? ¿Está pensando en encerrarme para que no pueda hacer daño a nadie? ¿Está...

-No es muy hábil para leer los pensamientos, ¿eh? Estaba pensando que, sin importar cuándo ha nacido, en este momento lo que necesita es alguien que cuide de usted. Necesita alimento y cobijo y otra ropa que ponerse. Creo que tendría que casarse conmigo, y así yo...

Eso hizo reír a Kady.

-Los hombres siempre son iguales ¿no es cierto! Solucionan todo invitando a acostarse con ellos. Una noche de sexo estupendo hará desaparecer los problemas de una mujer.

El hombre estaba ceñudo, la expresión casi furiosa.

-Si lo único que me importara fuese el sexo, ya podría haberlo obtenido con usted. Por aquí no hay nadie lo bastante fuerte para impedírmelo.

Esa afirmación borró la sonrisa de Kady. Le dio la espalda, y dio un paso por el camino. Pero no había ido muy lejos cuando la voz del hombre la detuvo.

-La llevaré al pueblo- le dijo, en un tono que reveló sus sentimientos heridos.

La madre le había dicho a Kady que jamás se riera de una propuesta de matrimonio, por absurda que le pareciera.

Se volvió. El hombre seguía repantigado sobre la roca, los ojos en el reloj del padre, dándole cuerda, comportándose como si nada hubiese sucedido, y sin embargo, Kady veía que estaba ofendido.

-Discúlpeme -le dijo, acercándose a él-. No ha tenido más que bondades para conmigo, y me siento en deuda con usted. Lo que sucede es que...

De repente, el hombre se puso de pie y su estatura hizo que Kady se callara. La superaba mucho en altura y además, el vestido armado sobre el corsé la hacia sen-tirse especialmente femenina.

-No, señorita, Long, soy yo el que está en deuda con usted. -No la miró mientras hablaba-. Mi conciencia no me permitiría dejarla aquí, sola, en las montañas, de modo que la llevaré a Legend. Estoy seguro de que allí encontrará lugar donde vivir y podrá volver aquí a buscar sus dibujos indios en cuanto sea posible ¿Le parece aceptable?

-Sí -dijo vacilante.

Era perfecto y sin embargo, la sugerencia la hizo sentirse como si hubiese perdido algo. ¿Un amigo tal vez?

-¿Tendría la amabilidad de seguirme, señorita Long? -le preguntó con frialdad, haciéndola crisparse.

Tenía muchos deseos de compensarlo por haber sido tan despectiva con la propuesta de matrimonio, aun cuando hubiese sido formulada por un sentido del deber.

-Señor Jordan... -empezó a decir, y se interrum-pió al ver que él la miraba con suspicacia, comprendiendo que no le había preguntado el nombre-. El nombre Cole Jordan está escrito, en... quiero decir...

No quiso que supiera que había estado revisando sus pertenencias.

La miró de un modo que la hizo sonrojar, y se sin-tió una enana.

-La ventaja de usted es que al parecer, sabe mucho de mí, y yo, en cambio, sólo sé su nombre. -La boca esbozó una leve sonrisa-. Y su fecha de nacimiento, claro.

Esa sonrisa petulante evaporó la culpa de Kady

-Como le he salvado, la vida, supongo que, por lo menos me debe la cortesía de llevarme al pueblo. -Hizo una inspiración, profunda y lo miró-. Mire, señor Jordan, creo que tenemos que dejar las cosas claras entre nosotros. No importa si cree que soy de otro tiempo o no. La verdad es que estoy comprometida para casarme con un hombre al que quiero mucho y no voy a casarme con otro sólo porque necesito tener un techo sobre mi cabeza. Las mujeres se cuidan solas en mi país y de hecho, resulta que soy cocinera, así que puedo conseguir empleo donde sea. En cualquier momento. Así que, por favor, perdóneme; no he querido ofenderlo y me gustaría conservar su amistad. Pero nada más.

Mientras ella le espetaba ese discurso, él la observa-ba, con expresión inescrutable, pero luego, con una lenta sonrisa, la persuadió de que debía alejarse lo más posible de él. Si bien estaba comprometida, también era humana.

-Está bien, señorita Long, seremos amigos -le dijo, ofreciéndole la mano para que la estrechase.

En un instante, pasó de estar exageradamente preo-cupado a ser lo que ella quería: un amigo. En silencio, lo siguió montaña abajo, donde habían acampado, cosa que le dio a Kady tiempo para pensar.

Es preferible que no hurgue en lo espantoso de la situación, y que lo vea como una aventura, se dijo. Como al parecer por el momento no podía regresar a su hogar, haría lo que él le había sugerido, y conseguiría empleo, lugar donde vivir y como Cole... eh, el señor Jordan había dicho, pasaría los fines de semana buscando los pe-troglifos que le indicarían la abertura en la roca.

Y mientras buscaba, no se relacionaría seriamente con nadie, porque no cabía duda de que había algún motivo para que ella hubiese sido enviada allí. Lo que sucedía era que no le importaba averiguar cuál era ese motivo, y no tenía intenciones de mezclarse en ello.

Cuando llegaron al campamento se sentía mucho mejor ¡No dejaría que esta situación la derrotase!

-Tal vez quiera montar a caballo sola -le dijo Cole, cortés-. No querría inmiscuirme en su independencia.

Cuando se dio la vuelta, Kady le hizo una mueca a la espalda del hombre y luego, se volvió hacia el caballo. Ya había trepado al lomo del caballo cuando le salvara la vida a ese hombre ingrato, incapaz de apreciar, insoportable, etcétera. Pero, en aquella ocasión, llevaba varios kilos menos de ropa. Montar a caballo con cuatro kilos y medio de satén encima, además de la cola, era cosa para expertos, y Kady no lo era.

Mientras ella se afanaba por impulsarse hacia arri-ba, y caía una y otra vez al suelo, Cole se atareaba destruyendo las huellas del campamento. Cuando terminó, se apoyó contra el tronco de un álamo, sacó un cuchillo y empezó a recortarse las uñas.

-Está bien -concedió Kady, sin mirarlo-. Necesitaría un poco de ayuda.

-No quisiera interferir. No hay prisa.

Kady se volvió y lo miró, con los ojos entornados.

-¿Por qué querían colgarlo esos hombres?

Vio que Cole trataba de contener la sonrisa; después sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo, éste volvió a guardar el cuchillo en la vaina del cinturón y fue caminando lentamente hacia ella. Por unos momentos se quedó mirándola, intrigado.

-No quisiera presumir de nuestra amistad; ¿podría tocarla?

Kady lo miró ceñuda y alzó los brazos para que él la levantase. Lo hizo, depositándola sobre la montura con tal fuerza que le hizo rechinar

los dientes. Kady se aferró al pomo de la montura para sujetarse mientras él montaba detrás. Estaba en la incómoda posición de costado en la montura, y tenía la sensación de que en cualquier momento podía caerse. Si la voluminosa falda no le hubiese retenido las piernas, habría podido pasar una de ellas sobre el cuello del caballo.

Después de haberse acomodado tras ella, Cole la rodeó con los brazos y tomó las riendas pero mantuvo los brazos a respetuosa distancia. Sin embargo, su cuerpo grande y fuerte estaba apretado contra el de ella, y Kady sintió ganas de reclinarse contra él. Para distraerse se le ocurrió hablar.

-¿Cómo es ese pueblo de Legend?

-Como cualquier otro pueblo minero.

-Nunca he visto un pueblo minero.

-Ah, por un momento lo olvidé. Usted sólo ha visto... ¿Qué es lo que ha visto en...? ¿Qué año es ahora en su mundo?

-Mil novecientos noventa y seis -dijo entre dientes-. Le agradecería que no se riese de mí. Un niño cantor como usted no sobreviviría en mi mundo.

-¿Niño cantor? -le preguntó, con aire divertido-. Dígame, ¿acaso en el futuro se han inventado otros crímenes además del asesinato y de la guerra?

-No, simplemente los han refinado. En mi época, tenemos drogas ilegales, bombas atómicas y críticos culinarios. Tenemos automóviles que viajan a velocidades fantásticas y chocan entre sí, asesinos en serie y contaminación del aire. Y tenemos hombres que... -Se interrumpió, porque no quería pensar en las cosas de las que se enteraba todos los días en los informativos-. Mi mundo es muy veloz.

-¿Y quiere volver a él? Salvo por unos ladrones de caballos, mi mundo es un sitio muy aburrido.

-Cierto. Ustedes sólo tienen bandas de linchamiento. Y viruela, fiebre tifoidea y cólera. Y tuberías externas.

-Parece que sabe bastante de esto.

-He visto mucha televisión.

-¿Y qué es televisión?

Mientras andaban, Kady se había reclinado contra él y se sentía muy cómoda. Mirando las increíbles montañas de Colorado tan bellas que cortaban el aliento, tuvo la sensación de que no recordaba qué cosa era la televisión. Hasta entonces no había visto las Rocosas, e ignoraba que fuesen tan bellas. Tal vez ella y Gregory podrían abrir allí un restaurante. Quizá podrían convencer a la madre de él de que dejara, Onions y viniese aquí.

-Bonito, ¿verdad? -dijo él, corno si le hubiese leído el pensamiento.

-Precioso -respondió Kady-. Yo me crié en Ohio, fui a la escuela en Nueva York, y he trabajado en Virginia. Nunca había visto esto.

Aunque Cole no le respondió, percibió que lo complacía que a ella le gustara el paisaje.

-De verdad: ¿por qué querían ahorcarlo esos hombres?

El movimiento del caballo y la fuerza del hombre que la sujetaba la hacían sentirse tan segura que comenzaba a sentir sueño.

-Trataron de llevarse parte de mi ganado, y yo protesté.

-¿Tiene muchas vacas?

Titubeó antes de responderle:

-Muy pocas. Ya le dije que las Rocosas no son buenas tierras de pastoreo.

-Entonces ¿trabaja en una mina?

-No.

Es uno de esos vaqueros, parcos en palabras, pensó, suspirando para sus adentros, y echó de menos a Gregory. El siempre estaba dispuesto a hablar de sus negocios y de escuchar las historias de Kady acerca de lo que había sucedido en el restaurante.

-¿Cómo es ese Grover? -dijo Cole, con un tono claramente despectivo.

Si bien Kady sabía que no era psicológicamente co-rrecto el deseo de provocarle celos a un hombre, fue una sensación muy grata. Siempre había estado demasiado ocupada aprendiendo a cocinar y no había pasado mucho tiempo con hombres. Antes de Gregory, era asombrosa la escasa cantidad de citas que había tenido.

-No conozco a nadie llamado Grover -dijo con exagerada inocencia-. No imagino a quién se refiere.

-Ese con el que piensa casarse.

-Aaaah, Gregory. Bueno, es muy apuesto, con cabello renegrido, ojos oscuros, piel del color de la miel, y...

-¿Tiene cerebro? -preguntó Cole, rígido.

Se licenció en la Universidad de Virginia... en economía, para lo cual es muy bueno. Compra y vende tierras en California. En realidad, es casi rico y me ha comprado una casa de tres pisos en las afueras en Alexandria. ¡Oh! -exclamó, cuando el caballo pisó un hoyo y casi se cayó.

Pero los brazos de Cole la sujetaron... y así permanecieron.

-¿Y qué me dice de usted? -preguntó con dulzura-. ¿Tiene esposa o prometida? ¿O una novia?

-Ninguna -dijo-. Somos sólo Manuel, mi viejo cocinero, y yo.

-¿Y es muy buen cocinero?

-Sí, si a uno le gustan los guisantes y el chile tan calientes que le hagan ampollas la lengua. A usted no le gustaría trabajar para mí, ¿no? Podría pagarle... -Se interrumpió-. No, usted quiere ser independiente, tener su propio empleo. Dígame, ¿todas las mujeres dentro de cien años serán como usted?

Era evidente que estaba burlándose de ella, y que no creía que hubiese visto alguna vez el siglo veinte.

-La mayoría. Desarrollamos carreras, y ganamos tanto dinero como los hombres. Las mujeres podemos hacer cualquier cosa, ¿sabe?

Eso lo hizo lanzar un resoplido.

-Entonces ¿quien cuida a los niños? Kady abrió la boca para responder, pero al pensar en una discusión sobre guarderías de día y niñeras, dudó que fuesen argumentos valederos.

-Tener hijos es una elección y se los cuida.

Por desgracia, pasaron por los ojos de su mente ciertas espantosas imágenes de abuso a niños que había visto en los informativos de las seis de la tarde.

-Pero, si las mujeres trabajan durante todo el día, ¿quién...?

-¿Ese es el pueblo de Legend? -preguntó, cambiando de tema.

-No, es una formación rocosa.

-¿No es asombroso que parezca igual que...?

-No es que lo cree, pero si es de otro tiempo, ¿por qué está aquí? ¿De dónde sacó la foto de mi familia y el reloj de mi padre? Los suponíamos perdidos.

-¿Por qué el plural?

-Mi abuela y yo. Es la única pariente que me queda. -Cambió de posición los brazos, apretándola un poco más-. Tiene usted una habilidad asombrosa para cambiar de tema. ¿Qué hacía con la foto de mi familia?

-Compré una antigua caja de harina y cuando la abrí, dentro estaba este vestido y en él fondo había un estuche con la foto y el reloj.

Como no agregó nada más, Cole preguntó:

-¿Qué pasó después?
-No lo sé -dijo Kady con voz queda.

No quería pensar en esos horribles momentos en que había oscilado entre dos mundos. Todavía esperaba despertar en cualquier momento y encontrarse en el apartamento. Fuera la hora que fuese, llamaría a Gregory, le diría que lo amaba y...

-Siga -dijo Cole con suavidad-, no se acobarde ahora. No olvide, que usted es la pequeña Señorita Independiente, y puede hacer todo sola. ¿Tiene miedo de contarme lo que ha sucedido?

Por el tono, supo que estaba burlándose.
-¡Puedo cuidar de mí misma, si a eso se refiere! -dijo, enfadada.

Riendo, Cole le dijo:

-Eso, así está mejor.

Pasaron unos momentos en silencio.

-¿Por qué me pidió que me casara con usted? -le preguntó Kady.

No le contestó enseguida.

-Para protegerla. Porque estoy en deuda con usted. En este momento no estaría vivo si no fuera por usted. Me parece que el viejo Harwood la creyó un fantasma, viniendo de las montañas con ese vestido blanco ¿sabe?

-¡Creí que estaba inconsciente! ¿Cómo pudo ver algo?

-Estaba ahorrando fuerzas.

Girando hacia él sobre la montura, lo miró con ex-presión severa.

-¡Si estaba, consciente, podría haberme ayudado a salvarlo!

-Aja -fue lo único que dijo y Kady vio la sonrisa que trataba de disimular.

Se volvió otra vez.

-Cuando se cayó del caballo, podría haberme aplastado.

En lugar de responderle, él le apartó un rizo de la cara y se lo metió detrás de la oreja.

En cierto modo, el simple gesto de ponerle el cabello detrás de las orejas fue más íntimo que ninguna de las cosas que había hecho y Kady frunció el entrecejo. Sí, no cabía duda de que tenía que, alejarse de ese hombre.

6

El pueblo de Legend no era lo que había imaginado. Tal vez por desconfianza innata, esperaba ver mugre y cantinas. Si bien de niña había creído en los bellos escenarios de las películas donde aparecían pequeñas casas con cercas de estacas blancas, al crecer comprendió que las mujeres de esas películas de vaqueros habían pasado tres horas sometidas a peluqueros y maquilladores. Y que el personal barría las calles todos los días.

Pero cuando entró en el pueblo a caballo delante de Cole, tuvo que cambiar de opinión, pues Legend parecía un lugar creado por Walt Disney. Era limpio y pulcro, la, gente iba bien vestida y circulaba sonriente.

Anduvieron por una calle que como le informó Cole, se llamaba Eternity Road, y luego giraron a la izquierda, por una ancha calle bien cuidada, llamada avenida Kendal. Pasaron ante tiendas limpias y bien

arregladas, un hotel, el almacén de mercaderías, un establo para caballos de diligencia y una gran heladería que parecía salida de una película de Judy Garland. Vio una sola taberna, con el aspecto de un lugar al que uno podría llevar a los niños un sábado por la noche. Entre los edificios había terrenos vacíos, muchos de ellos bien parcelados.

Lo que más la asombró fue que no vio una sola arma de fuego por ningún lado. Ni un solo hombre llevaba armas. De hecho, en su mayoría parecían limpios, prósperos y muy apacibles. Tal vez la historia que le había contado Cole sobre las muertes en la familia la hizo imaginar Legend como un poco... un poco más peligroso.

-Caramba con el Salvaje Oeste -murmuró, y recordó haber oído que era un mito.

Si era cierto, Legend era la prueba de ese mito.

-¿Dónde quiere que la deje? -le preguntó Cole.

-En cualquier lugar donde necesiten una cocinera -le respondió.

Al paso de ellos dos, todos los vecinos habían interrumpido lo qué estaban haciendo para mirarlos. ¿Sería por el cegador vestido blanco, o los impresionaba ver a una mujer y a un hombre tan juntos en un sitio público? Por la apariencia de ese pueblo de película, el único pecado en ese lugar debía de ser quedarse levantado después de las nueve de la noche.

-¿Qué le parece el Palace Hotel? -le preguntó Cole.

Pesarosa, notó que las palabras de Cole le provocaron una oleada de pánico que la recorrió entera. Iba a quedarse sola. Sola en un pueblo desconocido, en una época desconocida, por añadidura. No sabía nada, nada en realidad; ¿cómo iba a arreglárselas, pues? Por un segundo, estuvo a punto de arrojar los brazos al cuello de Cole y rogarle que no la dejara sola.

Sé fuerte, Kady, se dijo.

-Eso estará bien -le respondió, inspirando hondo para que no le temblase la voz.

Cole se detuvo ante un hotel de tablas, de dos plantas, que tal vez fuese el edificio más grande del pueblo. Y como los otros, su aspecto era limpio y pulcro, con cortinas de encaje en las ventanas.

Tras desmontar, Cole alzó los brazos para ayudar a Kady a apearse, y se quedó un rato mirándola.

-¿Está segura de que no quiere cambiar de idea? Yo podría cuidarla.

Durante unos instantes, Kady se sintió inclinada hacia él, pero confiaba demasiado en sí misma para ceder a sus impulsos. Siempre se las había arreglado sola, y no podía empezar ahora, a los treinta, a depender de un hombre para que la cuidase.

-Estoy segura. -Enderezó la espalda y le tendió la mano-. Señor Jordan, gracias por todo lo que ha hecho por mí, y agradezco su preocupación.

Cole aceptó la mano que le ofrecía y la estrechó con solemnidad. Estaba serio.

-Yo jamás he hecho nada semejante a esto. Usted es una mujer bajo mi cuidado, y no puedo dejarla sin ninguna protección. ¿Qué pasa si no consigue trabajo?

Kady sonrió con autosuficiencia.. Tenía una confianza completa en que le bastaría con cocinar para alguien para que la contratasen.

-¿No dijo que éste es un pueblo minero? Debe de haber muchos hombres solos y seguramente, algunos de ellos querrán una cocinera. Y ahora, por favor, váyase -dijo, sintiendo que recuperaba la confianza.

¿Cómo no iba a encontrar empleo?

-Está bien -dijo, no muy convencido-, pero quiero que me haga un favor.

Precavida, preguntó:

-¿De qué se trata?

-Mañana, a las dos, quiero que se encuentre conmigo frente a la iglesia. Es por ahí, cerca del final de la calle: no puede equivocarse. Quiero que vaya allí mañana y me asegure que todo está bien, de modo que yo pueda quedarme tranquilo. ¿De acuerdo?

Kady le sonrió.

-De acuerdo, es un trato. Estaré allí a las dos en punto, y le hablare de mi maravilloso empleo nuevo, y quizás hasta haya encontrado a alguien que sepa dónde están los petroglifos.

-Buena idea -dijo Cole, con una sonrisa- Por -aquí hay varios antiguos buscadores de minas que conocen las montañas como la palma de su mano. Puede ser que ellos recuerden el lugar. -Aún reteniendo su

mano, le dio un apretón-. Y ahora, pórtese bien, y le deseo toda la suerte del mundo.

Con un leve tirón al ala del sombrero, se dio la vuelta y se alejó por la acera bien barrida.

Sería difícil describir la hondura del vacío que sintió Kady cuando vio la espalda de Cole Jordan. Hacía sólo un día que lo conocía, pero era la única persona que conocía en ese lugar.

-La única persona que conozco en este siglo -dijo, viéndolo detenerse juntó a un grupo de niños.

Estaban jugando a las canicas en la tierra, y Cole los interrumpió para darles algo que sacó del bolsillo. Como sabía lo que tenía en los bolsillos, estaba segura de que no les había dado caramelos. Entonces ¿qué estaba dándoles?

Pensó que podía ser dinero al ver que los chicos se miraban las palmas y salían corriendo en dirección a la heladería, que ella sabía que estaba a la vuelta del camino

-Niño cantor -se dijo.

Se echó la cola del vestido sobre el brazo, y entró en el hotel. Quizá tendría que haberle pedido a Cole que le comprase un vestido nuevo. Pero no, era mejor un corte limpio.

El interior del hotel era como lo había imaginado: concurrido pero tranquilo, lleno de hombres y mujeres bien vestidos, del brazo, hablando en tonos bajos. Por una entrada vio una zona llena de muebles tapizados de pelo de caballo, y una enorme alfombra persa en el suelo. A la izquierda había un alto mostrador, con casilleros para el correo a espaldas de un agradable joven que escribía en un enorme registro.

Sonriendo, se dirigió al empleado.

-¿Podría ver al gerente? O al encargado de personal? -preguntó con cortesía.

El hombre observó el vestido de seda blanca, y alzó una ceja. ¿Pensaría que la habían abandonado en su boda?, se preguntó Kady, incómoda. La prioridad en su lista era comprarse un vestido nuevo. Tal vez consiguiera un adelanto de sueldo.

***

«La una», pensó Kady, alzando la vista hacia el reloj de la torre, en, lo alto del cuartel de bomberos. Faltaba una hora para el encuentro con Cole y, desde donde estaba, podía ver la iglesia.

¿Qué iba a decirle? ¿Tendría, que ponerse de rodillas y suplicarle que le pagase una comida? Ante la sola idea de la comida, le gruñía el estómago. A causa de lo poco que había comido desde que pasara a través de la roca, podía ceñirse el corsé unos centímetros.

Poniéndose de espaldas -al cuartel de bomberos, echó a andar hacia la. iglesia, pero tuvo que detenerse. «No tan rápido -se dijo-, ahorra energías.» Tratando de mantener los hombros erguidos y el orgullo intacto, caminó con lentitud por la calle polvorienta, haciendo todo lo posible por ignorar a los vecinos del pueblo que pasaban junto a ella.

Kady estaba segura de que, a esas alturas todos sabrían quién era, con cuánta arrogancia le había dicho al gerente del hotel que era mejor cocinera que cualquiera que hubiese tenido en el hotel, Con la misma arrogancia, -el gerente le dijo que no quería mujeres en la cocina, pues eran capaces de incitar a los hombres quién sabía a qué. No se detuvo a considerar, siquiera, la posibilidad de darle un empleo a Kady.

«Vaya con la igualdad de derechos», se dijo, mientras salía del hotel. La rechazaron en el primer lugar en el que había probado. ¿Y qué? Tenía todo un pueblo lleno de oportunidades de empleo, y encontraría algo en algún lado.

Pero, a medida que se acercaba la noche y veía que aún no tenía un lugar donde dormir, empezó a perder la esperanza de que alguien le diese trabajo, y el desánimo fue creciendo. Cuando comenzó la fría noche de Colorado, recordó con gran añoranza cómo la había abrazado el cuerpo cálido de Cole durante la noche anterior.

Hacia el anochecer, ya había probado en todas las tiendas del pueblo. Incluso había llegado hasta la mina Tarik y pedido trabajo allí. Para su gran humillación, cuando el administrador de la mina le dijo que una mujer con su aspecto provocaría riñas entre los hombres, había estallado en lágrimas. Por un momento, la miró como si estuviese a punto de ceder, pero echó una mirada a otro hombre, que negó con la cabeza, y el administrador la rechazó. Sin embargo, le dijo que podía volver al pueblo en una de las carretas llenas de mineral metalífero.

Mientras caminaba hacia la carreta con los dos hombres, vio una carpa abierta instalada bajo los árboles, dentro de la cual había mesas de caballete cubiertas de comida. Por el olor, todo había sido frito en la misma grasa que usaban para lubricar las ruedas de la carreta, pero en ese momento a Kady se le hacía agua la boca por el olor de cualquier comida.

Hizo a un lado el orgullo:

-Podrían darme algo de comer? -preguntó, y por la mirada del administrador, supuso que iba a decir que sí.

Pero el otro, el capataz, su brujo malo, como lo consideraba Kady, la tomó con firmeza del brazo y le dijo que el campamento minero no era lugar para una dama. Antes de que pudiese pensar una respuesta lo bastante malvada, el sujeto casi la levantó hasta el duro asiento de la carreta e indicó al conductor que arrancase.

En pocos minutos estuvo en el pueblo, y el carretero la dejó en el almacén, donde se pesaría el mineral antes de transportarlo montaña abajo. Enfrente estaba la lavandería, y Kady entró a preguntar si necesitaban ayuda. No se sorprendió en lo más mínimo cuando le dijeron que no.

Al otro lado de la calle, detrás de la heladería, había un gran parque con grandes álamos y prados de hierba. En un extremo, había algo que parecía un campo deportivo, con graderías.

Cuando llegó al campo, había caído la noche, y Kady estaba temblando. A la luz de la luna pudo ver lo que parecía una perfecta escuela, con un campanario en la cima del edificio y un pequeño porche en la parte delanteras. Tambaleándose de hambre y de agotamiento, Kady se dirigió hacia el edificio, y cuando encontró sin llave la puerta principal, pronunció una plegaria de agradecimiento y entró. Comparado con la temperatura de afuera, el interior de la escuela era un paraíso de tibieza. En el pequeño guardarropa encontró unos abrigos oxidados y una manta de caballo, los extendió en el suelo, se acostó encima, se envolvió en ellas y se durmió.

A la mañana siguiente, cuando despertó, el sol estaba alto y le llevó cierto tiempo recordar dónde estaba. Cuando lo recordó, no quiso dejarse llevar por la autocompasión. Su madre le había dicho que la autocompasión era un pozo sin fondo y que, cuando alguien caía dentro, seguía cayendo para siempre.

-Como no oyó niños clamando por entrar, Kady supuso que sería sábado, o quizá domingo. Si no podía saber cuál era el año, mucho manos el día de la semana.

Dedicó cierto tiempo a registrar la escuela, en pos de algo para ponerse. Quizás el vestido, tan implacablemente blanco, fuese el motivo que le impedía conseguir trabajo. O no le daban ocasión siquiera, para que demostrase que podía realizar el trabajo, reflexiono con amargura.

Cuando estaba a punto de salir de la escuela, vio un espejo en la pared más alejada y al acercarse para mirarse casi gritó de horror. ¿Esa era la mujer a la que el administrador de la mina había dicho que podría provocar problemas entre los hombres?

Su cabello, que solía llevar limpio y bien recogido, estaba sucio y enredado como confitura de cabello de ángel que se hubiese enfriado. Tenía una mancha negra en una mejilla.

-¿Cuánto hará que la tengo? -preguntó en voz alta, frotándose la suciedad.

En lo que se refería al vestido, se parecía poco a la bella creación que había sacado de la lata de harina. La costura de un hombro estaba rota, de cuando se le había enganchado al huir rápidamente del aserradero. Todo un costado de la falda, donde se había rozado con una estufa manchada de hollín en la oficina del periódico, estaba negra. Un joven, con un lápiz detrás de la oreja, le había preguntado en tono agresivo sobre las razones de su presencia en el pueblo y su relación con Cole Jordan, el lugar donde vivía, si sabía algo con respecto a los recientes robos, por qué hacía preguntas por el pueblo, y si era miembro de la banda, quién la había abandonado en la boda, si el novio había descubierto su vinculación con los ladrones, dónde habían enterrado el botín, y que...

Kady había huido tan rápido de la oficina que casi volcó la estufa. Gracias al cielo, no estaba encendida, pues, de lo contrario, ella se habría prendido fuego.

-Al menos, podría haber cocinado algo -murmuró, avanzando pesadamente por la calle.

Tras la fría noche en la escuela, no mejoró su suerte la mañana del segundo día. Empezó a llamar a las puertas de las casas. En una ocasión, mirando a los ojos a una mujer de cabellos grises, le pidió algo para comer. El semblante de la mujer reflejó piedad, y Kady sintió que estaba a punto de hablar, pero apareció el marido junto a ella, miró, a Kady con el ceño fruncido y dijo:

-No nos caen bien los mendigos en el pueblo. -Y le cerró la puerta en la cara.

Ahora, Kady caminaba hacia la iglesia para encontrarse con Cole. ¿Qué actitud debería adoptar? ¿decirle que todo estaba bien y que no necesitaba ayuda? ¿Debería preservar su orgullo a toda costa?

Era notable cómo desaparecía el orgullo cuando se trataba del estómago. Cuando volviese al siglo veinte, podría escribir un libro titulado: Viaje en el tiempo: El nuevo método para bajar, de peso.

«Dignidad», se dijo mientras caminaba por la calle, tenía que mantener la dignidad. Detrás del cuartel de bomberos había una gran colina atravesada en el camino, con un seto corto que recorría la loma. Mientras Kady subía la colina y pasaba ese borde, el pueblo parecía diferente. La parte de Legend que había. visto era hermosa, pero al otro lado de ese seto daba la impresión de que el pueblo le convertía en un paraíso. El camino se bifurcaba a izquierda y derecha, y la iglesia quedaba a la izquierda. A la derecha, había un edificio perfecto con un gran porche, y ventanas terminadas en arco. Delante, un cartel indicaba que se trataba de la Biblioteca de Legend. A la derecha de la biblioteca había un largo sendero de tierra que subía una colina baja, y lo que Kady vio al final del sendero la hizo. parpadear. Amenos que se equivocara, el bello edificio blanco con la cúpula característica era una mezquita.

¡Jamás había oído hablar de una mezquita en el Viejo Oeste! Se volvió hacia la iglesia. A un costado del camino, que estaba cuidado a la perfección, había flores, y el prado de la iglesia era una manta de diminutos capullos azules en medio de la hierba lujuriosa. Era evidente que, si Legend podía darse el lujo de mantener en estado sus edificios públicos, las minas debían de resultar prósperas.

A medida que se acercaba a la iglesia, oyó cantar, y sonrió. Quizá la gente de la iglesia tuviese más compasión de su situación. Quizá pudiese hablar con el pastor, y él la ayudara a conseguir empleo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Subió lentamente los peldaños de la iglesia y se sentó pesadamente a la sombra del alero del porche, a esperar a Cole. Pensó que, sin duda, él le pagaría una comida, y sonrió ante la perspectiva.

No tuvo que esperar demasiado, pues lo vio llegar a caballo unos minutos después, y al verlo sintió alivio. Era su amigo; la ayudaría.

-¿Llego tarde? -le preguntó, ansioso-. Pensé que debíamos encontramos a las dos.

-No -respondió Kady, sonriendo, deseando de todo corazón tener el cabello limpio u otra cosa que ese vestido de novia sucio y desgarrado-. Yo he llegado temprano.

Cole no se dio prisa. para desmontar, subió lentamente la escalera, y titubeó, como si le costara decidir qué hacer.

-Tengo que ensayar mi solo para el servicio de mañana. El pastor se marcha del pueblo por un par de semanas, así que necesitamos música para ocupar el tiempo. Después de que yo cante un par de canciones, rezaran para que él vuelva.

Le sonreía, como si no tuviese la más mínima preocupación, como si no viera que ella estaba hecha un desastre.

Dio un paso hacía la puerta, luego se volvió y se sentó en el escalón, junto a Kady.

-¿Está bien?

Una parte de Kady quiso decir que sí, que todo iba magníficamente, pero su estómago protestó y no la dejó mentir.

-No, no estoy bien.

Tomó la mano sucia de Kady en la suya, tibia y limpia.

-¿Quiere contármelo? ¿Cómo va el nuevo empleo?

-¡No tengo ningún empleo! -exclamó con vehemencia, pero al ver que Cole echaba una mirada hacia la puerta abierta de la iglesia, bajó la voz-. Nadie me da empleo. Nadie, en ningún sitio, ni en una cocina pública ni privada. Hasta me presenté en la lavandería, y también me rechazaron.

-Propiedad familiar -le dijo él, provocando en Kady una mirada interrogante-. La lavandería es del señor Simmons y como tiene seis hijas, no quiere pagar a un desconocido.

Kady lo miró con dureza. ¿Acaso no la entendería?

-No he podido encontrar empleo -dijo sin alterarse-. Nadie ha querido

-¿Ha probado en las minas?

Kady parpadeó, y dijo con tono lento y firme, como si le hablase a un idiota:

-He probado en la mina Tarik, pero no fui a otras porque estaban muy lejos. Voy a pie. Y con vestido es un poco difícil moverse.

-Ah, sí. Seguro que el administrador fue amable pero el capataz la rechazó.

-Sí -respondió, mirándolo asombrada al ver seguía sin entender cuál era el problema de ella.

-El mes pasado, la novia del capataz se casó con otro hombre y, bueno, él está un poco sentido con las mujeres en este momento. No quiere ver a ninguna. -Cole le puso la mano sobre el regazo-. Mala suerte que haya probado primero en Tarik. Estoy seguro de que en Lily o en Amaryllis necesitan cocinera-. ¿Y en la cárcel? Está a unos kilómetros del pueblo, camino a Denver, pero quizá necesiten a alguien. -Miró hacia la puerta de la iglesia-. Ah tengo que irme. Gracias por venir, y me alegro de que está bien.

Por un momento, Kady se quedó muda, perpleja No podía ser que la dejara así, ¿cierto?

-¡Cole! -siseó, haciéndolo darse la vuelta cuando ya tenía medio cuerpo dentro de la iglesia.

-¿Qué, señorita Long? -susurró, para no molestar a la gente que cantaba en la iglesia.

-No estoy bien -le dijo-. No estoy bien en absoluto.

Para su disgusto, se echó a llorar. Volvió la cara para que él no la viese, y miró hacia atrás cuando él le alcanzó un pañuelo limpio. Se había sentado junto a ella y estaba con el entrecejo un poco fruncido. Sin duda, de estar enfadado con ella por hacerlo perderse el ensayo del coro. ¡Ella estaba en peligro de morir de hambre, y a él lo preocupaba llegar tarde al ensayo!

-No quisiera retenerlo aquí, pero... necesito ayuda -dijo, con palabras que le resultaban extrañas.

Incluso en la cocina se negaba a pedir a los hombres la ayudasen a levantar las grandes ollas de cobre; le gustaba hacer las cosas por sí misma.

-¿En qué puedo ayudarla?, -le preguntó con suavidad.

-No puedo encontrar trabajo -repitió-. Nadie necesita cocinera; nadie me da la oportunidad de demostrar que sé cocinar.

El hombre guardó silencio.

Kady se limpió la nariz.

-¿No va a decir nada?

-No sé qué decir. Usted dejó bien en claro que no quería que yo la protegiese, así que nada puedo hacer,

No puedo obligar a nadie a darle un empleo, ¿no es cierto? A fin de cuentas, no soy el dueño del pueblo.

El pensamiento lo hizo reír.

-Pero podría recomendarme...

-Si hiciera eso, después usted me odiaría. Pensaría que me inmiscuí en algo que no me correspondía, y me detestaría, señorita Long. Valoro demasiado su amistad para hacer algo que la ponga en riesgo.

Le palmeó la mano, miró hacia la puerta de la iglesia, y se dispuso a marcharse otra vez.

Kady lo agarró del brazo,

-No lo odiaría por nada. Usted ha vivido aquí toda su vida, y..

-En realidad, vine aquí cuando tenía cuatro años.

-¡No importa! -jadeó. Tomó aire para calmarse-. Lo único que le pido es que hable con algunas personas.

La miró con simpatía.

-El problema es que hay diez aspirantes para cada empleo. Cuando necesitábamos una nueva maestra, todas las esposas y la mitad de las hijas de los habitantes del pueblo querían el puesto. El consejo tuvo grandes dificultades para elegir a una. Es por la plata, ¿entiende? Legend es bastante rica en plata, y todos quieren instalarse aquí, con la esperanza de hacerse ricos. -Se le iluminó la cara-. Podría llevarla a Denver. Quizás allí podría encontrar...

-¡No! No puedo irme de aquí, porque debo encontrar las rocas por donde entré. Si quiero volver alguna vez, ése es el modo.

Dándose la vuelta, Cole miró el hermoso prado que había frente a la iglesia.

-Ah, sí, Gilford.

-Gregory -dijo Kady-. El nombre del hombre que amo es Gregory.

Cole mantuvo la cara hacia el otro lado, pero Kady vio la leve sonrisa que jugueteó en las comisuras de sus labios, como sí lo que ella decía fuese una gran broma

Pero, para Kady, nada de eso era divertido, y otra vez hundió la cara entre las manos.

-Tiene que ayudarme. Tengo hambre. No he comido nada desde hace...

Se interrumpió, porque Cole soltó un sonoro eructo

-Le ruego que me perdone -dijo, llevándose mano a la boca-. Son las habas. Es lo único que Manuel sabe cocinar. Habas para el desayuno, el almuerzo la cena. Habas y...

-Yo sé cocinar otras cosas, además de habas -dijo Kady, animada, mirándolo con ojos suplicantes- Puedo cocinar cualquier cosa.

Cole la miró con la expresión de alguien que debe explicar los conceptos más simples de la vida.

-Usted es una mujer independiente, que se mantiene a sí misma, y yo lo respeto. Sé que extrae un gran orgullo del hecho de ser capaz de mantenerse sin ayuda de nadie sobre la tierra, así que ¿cómo podría...?

-¡Basta! -lo cortó-. No tiene por qué recalcármelo. Tenía usted razón. Por lo menos en esta época y en este lugar, estaba en lo cierto.

-¿Es ésa una disculpa? ¿Una disculpa completa o a medias?

-Es la única que va a obtener, así que debería agradecerla.

Cole le sonrió.

-Deje de mostrarse tan complaciente, y págueme la comida más grande que sea capaz de ofrecer este pueblo. Será mi última comida antes de que me convierta en su esclava cocinera.

Cole arqueó una ceja.

-¿Al contrario de qué otra clase de esclava?

-Simplemente, déme de comer y vayámonos.

Pero Cole no se movió, y la expresión divertida se esfumó de su cara.

-Kady, no puedo darle empleo.

-¿Porque dije que ... ?

La tomó de las manos y la miró a los ojos:

-Tal vez haya notado que Legend no es como otros pueblos mineros. No, cierto que usted dijo que nunca ha estado en un pueblo minero y, por lo tanto, tendrá que creerme cuando le digo que es diferente. En otros pueblos, no hay legislación con respecto a cosas que nosotros no permitimos en Legend.

No entendió:

-¿Es ilegal que yo cocine para usted?

-No, desde luego que no. El problema es el lugar donde vivo.

Al escuchar eso, Kady lo miró. Cole estaba limpio y su camisa de algodón azul estaba tan almidonada que le quedaba separada del cuerpo. En cierto modo, era incapaz de imaginarlo viviendo en una cabaña.

-Vivo en un lugar que está lejos del pueblo, hacia allá -dijo, señalando hacia el este-. Cerca de la da no hay otras casas y, bueno, señorita Long, no seria correcto que viviéramos solos con la única compañía del viejo Manuel y unos pocos peones. -En sus ojos apareció una expresión triste-. Después del ensayo del coro, la llevaré a comer, y en realidad, no sé qué otra cosa puedo hacer. No puedo obligar a nadie a contratar una cocinera que no necesitan. Le daría todo el dinero que poseo pero, en ese caso, todo el pueblo lo sabría al instante, y su reputación quedaría dañada. -Bajó la voz-, Este pueblo está lleno de hombres, y si aceptara dinero de mí, podrían considerarla una mujer diferente de lo que en realidad es.

Kady tuvo una visión de vaqueros borrachos, muy ebrios después de haber hecho una ronda, que echaban abajo la puerta de su cuarto en un hotel barato, y... Sacudió la cabeza para disipar esa imagen.

-Demasiadas películas, Elizabeth Kady -oyó la voz de su madre en la cabeza.

Cole le apretó la mano.

-En realidad, no sé cómo ayudarla. -Miró hacia la puerta de la iglesia-. Ahora tengo que irme. Cuando termine el ensayo, podremos seguir hablando. Quizá pueda convencer a alguien de que la tome. En el pueblo hay personas que me deben favores así que, tal vez...

Kady hizo una mueca que lo interrumpió.

-Caridad -dijo por lo bajo, imaginando lo incómodo que sería vivir como huésped no deseada en casa de desconocidos.

Fue en ese momento cuando Kady cambió de actitud. Situaciones extraordinarias exigían soluciones extraordinarias. Viendo relampaguear ante sus ojos el rostro apuesto de Gregory, pensó en el contraste que había entre el colorido oscuro de su prometido y el de Cole, rubio y de ojos azules, con su rostro abierto e inocente.

Amaba a Gregory, lo amaba mucho, pero él no estaba ahí. No había nacido siquiera, y no estaría haciéndole ningún favor si por orgullo, se moría de hambre antes de poder volver a él.

Inhaló una honda bocanada de aire para darse coraje, irguió los hombros y miró los ojos azules de Cole.

-¿Sigue en pie la propuesta de casamiento? -le preguntó, viendo la expresión perpleja que aparecía de inmediato en su rostro.

-Está comprometida para casarse con otro.

-Los momentos desesperados exigen medidas desesperadas.

Cole le echó una mirada que quería decir: Muchas gracias.

-Usted sabe lo que quiero decir.

Cole le miró las manos, que aún reposaban en las suyas.

-Yo le ofrecí matrimonio al calor del momento. Estaba agradecido de que me hubiese salvado la vida, pero ahora me pregunto qué diría la gente. Me temo que ...

-¡Pedazo de canalla, mentiroso, rastrero! -gritó, apartando las manos-. Yo estoy muriéndome de hambre, ¡muriéndome, oiga bien!, y lo único que se le ocurre es pensar en lo que diría su atildado pueblo. Señor Jordan, déjeme decirle que este pueblo no vale ni un pensamiento, si es capaz de dejar morir de hambre una mujer antes de manchar su prístina reputación.

Estaba tan furiosa que olvidó el hambre y la fatiga se puso de pie, cosa que le permitió mirarlo hacia abajo.

-En este momento desearía no haber salvado su cuello musculoso. ¡Y cuando me encuentren muerta en algún callejón, mi muerte caerá sobre su cabeza!

Tras ese imponente discurso, aferró la cola del vestido, se la echó al brazo y empezó a bajar los escalones. Por desgracia para su autoestima,

tropezó sobre el enorme pie de Cole y cayó hacia delante. Pero él atrapó en sus brazos y la hizo sentarse sobre su regazo.

Kady estaba tan enfadada que no lo miró, y se mantuvo tan rígida como pudo.

-Supongo que le debo un favor.

-Nadie tiene por qué hacerme el favor de casarse conmigo -dijo, con los dientes apretados-. Y bájeme antes de que alguno de sus santos «Legendarios» nos vean juntos.

El juego de palabras con el nombre del pueblo hizo sonreír.

-Demasiado tarde -repuso él, ensanchando la sonrisa.

Kady giró la cabeza y vio al coro completo de Legend, Colorado, amontonándose en la entrada para mirarlos a ella y a Cole con franca fascinación.

-Me temo que ahora no tendré más alternativa que casarme con usted -le dijo-. Ahora que he...

-Que Dios lo ayude si dice que ha echado a perder mi reputación: soy capaz de vomitar.

Por un instante, Cole la miró, medio divertido, medio escandalizado. Luego miró al coro, que seguía observándolos como si fuesen nativos viendo el primer espectáculo escabroso.

-Si nos disculpan, la señorita Long y yo debemos discutir ciertos asuntos en privado.

Cuando se fueron los curiosos, Cole miró a Kady, movió la boca para hablar, pero se quedó contemplándola. Por el modo en que estaba ubicada en sus brazos, la parte superior de los pechos asomaba fuera del vestido, a punto de salírsele por el escote. Y el ajustado vestido delineaba cada curva de la silueta voluptuosa de la mujer. Aunque a fines del siglo veinte se la considerase una mujer con «problemas de peso», el tiempo que llevaba este siglo le permitía saber que las mujeres tenían que tener aspecto de serlo.

-Si me toca, lo mato -siseó, con la nariz a unos milímetros de la de él.

Por un momento, Cole se limitó a mirarla; luego, con un suspiro de resignación, la dejó sobre el escalón del porche, junto a él.

-Tiene razón -dijo, al cabo de unos instantes-. Estoy en deuda. Le debo mi vida, y es cierto que le propuse matrimonio, de modo que debo...

Se interrumpió al ver los labios apretados y el ceño fruncido de Kady.

-Me honraría casarme con usted -dijo con solemnidad-. Me honraría y me complacería. Y quiero que sepa que respeto su insólita situación y por eso considero que no tiene obligación de cumplir sus deberes conyugales. A menos que quiera, por supuesto -agregó. En realidad, Kady no había pensado hasta ese punto. En ese momento, lo que quería era una comida, un baño y una cama, en ese orden. La rabia hacia ese hombre, estaba consumiéndole las últimas energías.

Hizo una inspiración profunda, pero, por mucho que se esforzaba por calmarse, la voz sonó con un temblor nervioso.

-Sí -dijo, con voz débil.

-¿Cómo dice? No la oigo.

Lo miró, furiosa.

-No sé definir qué es, pero hay algo en usted que me desagrada. Sólo el miedo de morir de hambre hace casarme con usted.

Cole le dedicó una breve sonrisa de complacencia.

-Quizá pueda encontrar a otro hombre que ocupe de usted. Estoy seguro de que alguien, en alguna parte, querrá casarse con usted.

Kady ignoró el malicioso comentario, y no pensar en lo que podría sucederle si se casaba con hombre que no tuviese una insignia por su constante asistencia a la iglesia.

-Quiero recordarle que está en deuda conmigo -dijo con calma-. Le salvé la vida, y en cuanto a deberes conyugales, si trata dé obligarme a hacer a que no quiero, yo...

La interrumpió con voz colérica.

-Yo no obligo a las mujeres ni las daño de manera alguna -dijo, con la mandíbula tensa-. Me caso con usted como un modo indispensable de protegerla. Como usted dice, estoy en deuda. Y ahora, si ha termina de desacreditarme, ¿quiere entrar en la iglesia y casarse, o no? -le preguntó-. Si no quiere casarse conmigo, es libre de irse.

Kady comprendió que la había puesto en su lugar. Quizás estuviese agrandando la situación. Él le ha dicho que la consideraba hermosa,

pero eso no lo lanzó a una lujuria incontrolable. Como él dijo, podía haberla forzado cuando estaban junto al Árbol del Ahorcado, y no lo había hecho.

Una oleada de culpa la desbordó.

-El matrimonio es muy serio, y debe saber que yo volveré a mi casa en el mismo instante en que pueda -le dijo-. ¿No está comprometido con alguna chica con la que preferiría casarse? Puede ser que alguna mujer se ponga furiosa al descubrir que el hombre que consideraba suyo se ha...

-La mayoría de las mujeres del pueblo están enamoradas de mí -dijo, solemne-. Hasta las casadas quisieran enviudar para poder casarse conmigo. Las mujeres me siguen por la calle como patitos a su madre. Tengo que cambiar el lugar en que duermo todas las noches para impedirles encontrarme porque todas quieren seducirme...

Kady le agarró el brazo.

-Cállese, y terminemos con esto. Cuanto antes lo hagamos, antes podré comer.

-Después de usted -dijo Cole, sonriendo y riendo hacia la puerta de la iglesia-, señora Jordan -dijo por lo bajo.

7

Kady despertó porque le picaba desesperadamente la cabeza y algo le dificultaba la respiración. Cuando abrió los ojos, le llevó un tiempo enfocar el techo, hecho con postes puestos uno junto a otro. Trató de recordar cuándo el dueño le había cambiado la decoración, y por qué se le ocurriera darle estilo rústico a un apartamento en la ciudad de Alexandria, Virginia.

Al volver la cabeza, observó el lugar mientras se frotaba los ojos y trataba de despejarse de las toneladas de sueño que los pegoteaban. «Una cabaña -pensó-, una cabaña en la montaña.» Una sola habitación, muy limpia, todos los muebles hechos en casa, cortinas de percal azul en las ventanas.

Se incorporó de golpe, cuando la memoria volvió a ella. Ya no estaba en Virginia sino en las montañas de Colorado, y era el año 1873.

Hundió por un instante la cara en las manos y recordó todo lo que le había sucedido en los últimos días, sobre todo el anterior. Cole Jordan,

un hombre que casi no conocía, había entrado con ella en la iglesia, que estaba casi aplastada bajo el peso de las flores que la adornaban. Cuando miró los lirios, las rosas y las grandes guirnaldas de flores silvestres que colgaban de toda superficie imaginable, se le agrandaron los ojos.

-Más tarde hay una boda -le había dicho Cole, sonriendo, contemplando la cara sucia de Kady-. O lo mejor las flores son para nosotros.

-En ese caso, deberían de estar todas muertas -dijo- con voz queda, sin querer que él la oyese.

Pero la oyó y se sintió mal al ver la ofensa refleja en el rostro de Cole. En verdad, era amable por su parte que la ayudase de esa forma; lo que pasaba era que Kady no esperaba eso para su matrimonio. Habría querido que estuviesen presentes sus amigas Jane y Debbie, y quería estar guapa, no como si hubiese pernoctado en una carbonera.

Mientras avanzaba por el pasillo, levanto la vista hacia Cole, vio el modo en que el sol se reflejaba en su cabello rubio, y estuvo a punto de salir corriendo de la iglesia. Quería caminar por el pasillo con Gregory, con el hombre que amaba y no con este desconocido.

Frente al altar, bajo un encantador arco de vegetación y diminutas flores blancas, estaba el ministro. hubiese sido la boda de otra persona, Kady se habría maravillado, con lo hermoso que estaba todo. El coro cantaba, pero casi no podía oírlo. Para la boda con Gregory, había pensado en llevar a una soprano de la Compañía de ópera de Nueva York.

Como no supo cuándo había empezado el ministro con la ceremonia, tampoco supo cuándo terminó. Lo único que sintió fue la mirada de todos los presentes sobre ella.

Sujetándola aún del brazo con tanta fuerza como si tuviese miedo de que huyera si la soltaba, Cole le entregó un pañuelo. No tenía idea de cuándo había empezado a llorar, ni de los ruidosos sollozos que sentía dentro del cuerpo, sólo de las lágrimas calientes que le bajaban por las mejillas en una corriente continua.

-No me, haga caso, siempre, lloro en las bodas -le dijo al ministro, que, tras una seña afirmativa de Cole, siguió adelante.

En algún momento, durante la breve ceremonia, Kady dijo lo que se esperaba de ella y, en el momento oportuno, oyó las palabras que la declaraban casada con ese hombre. Hizo acopio de valor, esperando que la besara: tenía derecho, ¿no?

Pero Cole no la besó. Lo que sí hizo fue recibir felicitaciones de los miembros del coro, sin soltar en ningún momento el brazo de Kady y poco después, éste la llevó fuera de la iglesia, al porche. Allí les arrojaron arroz, les desearon a Cole y a la novia la mejor de las suertes y felicidad eterna. También que tuviesen cientos de hijos.

Entre las risas de los amigos, nadie notó que Kady no decía una palabra.

Cole la ayudó a montar a caballo y después, eludiendo aún la lluvia de arroz, guió al animal alejándose de la iglesia, giró a la derecha y siguió una profunda hondonada hasta llegar a un racimo de construcciones de troncos. A la derecha, había una gran abertura en la ladera de la montaña que sólo podía ser una de las minas de plata de Legend.

-La mina Lily -dijo Cole.

Eran las primeras palabras que le dirigía desde el «matrimonio»... si a esa ceremonia despojada de amor podía llamársela así. Cole desmontó, habló un instante con un par de hombres, y luego se dio la vuelta para ayudar a Kady a apearse.

La condujo a una estrecha tienda blanca, dentro de la cual había una mesa pequeña cubierta con un mantel blanco, en el centro un florero de cerámica roto y vuelto a pegar, con flores silvestres.

-En un mínimo le traeremos de comer -dijo uno de los hombres, que había entrado tras ellos-. Usted sólo digamos qué es lo que necesita, señora Jordan, y haremos lo posible por conseguirlo .

Fue el apellido lo que casi la venció -. Había sentido ansiedad de oírse llamar señora Norman y al oír, en cambio, que la nombraban por ese apellido extraño, dijo:

-Gracias. -Pero las lágrimas que le corrían por las mejillas aumentaron de volumen.

-Bueno, eh, sí, los dejaré solos -dijo el hombre, saliendo de espaldas de la tienda, nervioso.

Cuando Cole le alcanzó una silla, Kady casi se cayó sobre ella. Se sentía capaz de venderse por un plato de gachas, pensó, con la cabeza entre las manos.

Cole extendió el brazo sobre la mesa y le tomó una mano.

-No soy tan malo como usted piensa -dijo con suavidad-. En serio.

Kady sonrió un poco, a desgana

-Lo sé. Sé que soy ingrata, y le pido disculpas. Si usted hubiese aparecido en mi época, no sé si yo habría tomado a pecho su situación del modo que usted lo ha hecho con la mía. Yo no habría hecho el mismo sacrificio personal que usted. Se lo agradezco.

-Bien -dijo él, sonriendo-. ¿Qué quiere como regalo de bodas?

-Jabón -dijo, sin vacilar-. Y un baño caliente.

-Sabia elección -le respondió, serio, provocando en Kady una pequeña sonrisa.

- Kady estaba a punto de decir algo más, -pero se abrió la puerta de la tienda y entró la comida en enormes cantidades, que fue depositada sobre la mesa hasta hacerla casi romperse bajo el peso.

Kady no perdió tiempo en investigar, metiendo el tenedor en cada fuente, ni se molestó en ponerlo en el plato desportillado que le habían puesto delante. Cole también comió, pero le interesaba más observar a Kady.

-¿Le gusta la comida de Colorado? -preguntó.

-Me gustaría ver la sartén de ese hombre -dijo, con la boca llena.

-¿La sartén?

-Me imagino que el cocinero tiene una lo bastante grande para freír una oveja entera, con cabeza, cascos y todo y que llenó el recipiente con la grasa del tocino y que cocinó toda esta comida en esa grasa.

Cole la miró, parpadeando.

-¿Qué otra cosa cocina usted?

Kady, tenía la cabeza tan llena de información, que no supo cómo decirlo. Se limitó a seguir comiendo, una verdura, una carne imposible de distinguir de la otra. Hasta las galletas hechas con polvo de hornear estaban fritas en grasa. Pero, en ese momento, tenía tanta hambre que dejaría para después la preocupación por sus arterias.

Cuando hubo comido todo lo que era capaz de retener, Kady se sintió dominada por la somnolencia. Bostezando, dijo:

-¿A qué distancia está su casa?

-Cerca -dijo, de un modo que habría irritado a Kady si no hubiese estado tan cansada.

Lo dijo como su la ubicación de la casa fuese un secreto, un misterio.

No lo miró a los ojos porque no quería ver lo que ya se imaginaba. A Cole avergonzado por ser un pobre vaquero que tal vez tuviese un solo caballo y media docena de vacas de su propiedad. A pesar de la ropa limpia, se preguntó si viviría en un lugar algo mejor que una choza.

-Está bien -dijo con suavidad-. No importa dónde viva. De todos modos, no me quedaré mucho tiempo aquí.

Cole le sonrió, le puso un rizo detrás de la oreja.

-Dónde vivamos nosotros -dijo, apartando la mano cuando Kady se echó atrás, con expresión de temor.

Antes de que Cole se alejara, Kady le vio la expresión herida. «No pensará que lo nuestro será un verdadero matrimonio, ¿no?», pensó. Después de las cosas que ella le había dicho, no era posible. Después...

-¿Lista para irnos? -le preguntó, apartando la silla.

Siguiéndolo hacia el caballo, se le ocurrió que, por lo menos, tenía modales agradables. Afuera se veían las estrellas, la noche era bastante fresca y cuando montó delante de él la posición le resultó casi familiar. Le parecía bastante natural reclinarse contra ese cuerpo sólido y sintiendo los brazos fuertes alrededor se quedó dormida.

Eso fue lo último que recordaba antes de despertar esa mañana en la cama y mirar el techo de la cabaña, Cuando recordó, apartó la pila de mantas y vio que estaba con la ropa interior, como estaba la primera vez que vio a Cole. No era necesario un gran detective para ver que el espacio junto a ella, el que quedaba entre ella y la puerta, estaba marcado por un cuerpo grande y pesado que había dormido allí.

Saliendo de la cama, Kady supo que tenía que dejar de mirar hacia el pasado, a lo que podía haber sido, y empezar a mirar hacia el futuro. Tenía que hacer todo lo posible para regresar a su hogar.

Colgado sobre el respaldo de una silla de pino estaba el vestido de novia que le había acarreado tantos problemas y por un momento, tomó la prenda desgarrada y sucia y levantó la mano para arrojarla al hogar de piedra, donde ardía alegremente un pequeño fuego. Pero algo la contuvo. Tal vez fuese la convicción de que se trataba del vestido de la madre de Cole. Ni la madre ni él merecían que fuese tan irrespetuosa con ese vestido que había sido hecho pensando en la felicidad.

Contra una pared había un arcón de madera y Kady se acercó a él y levantó la tapa, con la intención de guardar allí el vestido, fuera de la

vista. Pero cuando lo dejaba en un extremo del arcón, vio algo que parecían ropas de niño: camisas, pantalones gastados, ropa interior, e incluso botas y calcetines. Estaba segura de que nada en el mundo la hubiese puesto tan contenta como ver esa ropa limpia y suave. Y si ahora pudiese encontrar una barra de jabón y un arroyo, estaría limpia por primera vez en varios días.

Pero por más que buscó, no encontró jabón. Sí halló un interesante conjunto de alimentos que pensaba explorar luego, si bien el jabón, que era lo que más quería, no aparecía por ningún lado.

-Vaya con el regalo de bodas -dijo, yendo hacia la puerta de la cabaña vestida con la ropa interior y con la que encontró en el arcón sobre el brazo.

Por un segundo, con la mano en el pasador, pensó que quizá la puerta estuviese cerrada con llave. Pero al ver que el pestillo se levantaba con facilidad, se reconvino por lo ridículo de sus temores. Cole Jordan era un hombre muy agradable, que cantaba en el coro de la iglesia, no un monstruo que mantenía prisioneras a las mujeres.

En el fondo estaba el excusado, sobre una pequeña colina o más precisamente, un poco más arriba en la falda de la montaña. Dentro, la intrigó ver una cuerda unida a una pared, con un gran lazo de percal azul. La cuerda pasaba por un agujero en la parte de atrás de la pequeña y sólida construcción.

Cuando salió del excusado, rodeó la parte de atrás y vio que la cuerda pasaba entre los árboles y cada pocos metros, había lazos azules sujetos a ella.

Curiosa, Kady siguió la línea, preguntándose adónde le llevaría. ¿Cole habría planeado una emboscada? ¿Quizás una cita amorosa en el bosque? A cada paso que daba, aumentaba su curiosidad, vacilando de vez en cuando, echando miradas alrededor por si él salía de atrás de un árbol. Como ahora estaban casados, pensaría que tenía todo el derecho de hacer con ella lo que quisiera, ¿verdad?

Cuando llegó al final de la cuerda, se detuvo y miró con la boca abierta, sin creer lo que veía. Siempre había oído decir que en Colorado había fuentes de agua caliente y sin duda, ese delicioso estanque que veía ante sí era una de ellas. Del agua tibia brotaba vapor. Alrededor de las piedras que formaban los costados del estanque había ramilletes de flores silvestres y lo que debían de ser...

- ¡Oh, delicia!- por lo menos seis barras de jabón. Y había tres toallas azules apiladas sobre una piedra, junto al estanque.

A Kady se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡En verdad, Cole Jordan era el hombre más agradable!, pensó, casi arrancándose con las manos los broches de la ropa que llevaba puesta. Le pasó por la cabeza que tal vez él estuviese espiándola, pero en ese momento no le importaba. Cuando se desenganchó el corsé y cayó a sus pies, exhaló un gran suspiro de alivio, y aspiró tantas bocanadas del aire de montaña que se sintió mareada.

Rápidamente se despojó del resto de la ropa y ya desnuda, metió con cautela un pie en el estanque. ¡La temperatura del agua era perfecta!

Kady jamás había disfrutado tanto un baño como gozaba con éste. Alimentaba el estanque una fuente subterránea, que lo llenaba constantemente. Se enjabonó el cuerpo y la cabeza, metiéndose bajo el agua para enjuagarse.

Pasó al menos una hora en el estanque, hasta que la piel se le arrugó y su cabello estaba tan limpio que chirriaba. Salió con desgana, y tomó una toalla para envolverse el cuerpo desnudo. Cuando cayó un peine de la primera toalla, no la sorprendió en lo más mínimo, pues al parecer Cole había pensado en todo.

Cuando volvió a la cabaña, era una mujer nueva. Las ropas de niño le quedaban bastante bien, si ajustaba el cinturón bien apretado para que no se le cayeran y se enrollaba los bajos para que no se arrastraran por el suelo. Aunque su busto era demasiado grande para andar sin sostén, no estaba dispuesta a volver a ponerse el corsé.

En parte, esperaba que Cole estuviese en la cabaña, pero no había señales de él, así que Kady se dispuso a organizar los alimentos. No había mucha variedad: harina, habas, tocino, patatas, frutas desecadas, guisantes secos.

-¿Cómo voy a hacer pan sin levadura? -preguntó en voz alta, y lanzó una exclamación de deleite al sacar la espita de un pequeño barril y descubrir que contenía cerveza- ¡Biga,! -exclamó, dándole el nombre italiano a la mezcla de levadura que podría usar para hacer pan.

También podría usar las patatas para hacer la levadura, pero con la cerveza sería más rápido. Bajo los sacos de harina había una cazuela con mantequilla y un cesto con huevos.

En pocos minutos, tenía la comida en marcha. Con la cerveza y la harina hizo una mezcla que formaría levadura, refregó la cafetera esmaltada con arena y la usó para clarificar la mantequilla, que así duraría más.

Después de sacar agua de un gran barril que había en un rincón, puso a remojar los guisantes en una cacerola de hierro. Tenía que fabricar su propio polvo de hornear con soda y crémor tártaro, para poder luego preparar una tanda de galletas. Subiéndose a la cama, sacó de un anaquel que estaba alto en la pared una vasija india y se alegró al ver que tenía el interior vidriado. Puso en remojo las frutas secas dentro de ese recipiente.

Después de hacer todo eso, se preparó una tortilla. No había cocinado mucho en una hoguera al aire libre, pero siempre le gustaba probar nuevos utensilios y nuevos alimentos, y disfrutó de sentir el calor en la cara. Había un trébede, una especie de horno holandés con patas, oxidándose a un costado del hogar y tras limpiarlo y untarlo con grasa, Kady puso las galletas a hornear en el rescoldo. Cuando estuvieron hechas, las sacó e hizo un postre con las frutas secas.

Ya habían pasado horas, y Cole aún no había regresado. Kady no tenía reloj, pero, por el modo en que entraba el sol por las ventanas, supo que eran las últimas horas de la tarde. «No me habrá instalado en esta cabaña para luego irse y dejarme, ¿no?», pensó, y se dijo que no era posible.

Pasó media hora más, y como aún no había señales de Cole, sacó los huevos del cesto y lo llenó con lo que había cocinado hasta ese momento. Encontró una botella de vinagre, de manera que, si hallaba algo para convertir en escabeche, podría preparar guarniciones para cualquier carne de caza con que se topara.

Con el cesto al brazo, una manta sobre los hombros, y con cierta sensación de Caperucita Roja, se introdujo en el bosque para buscar al Lobo Malo. La idea la hizo lanzar una pequeña carcajada, pero se dijo que esa actitud no era correcta. Tuvo que recordar que su principal propósito en la vida era salir de ese lugar. No tenía tiempo de hacer pan y escabeches. No tenía tiempo de vagabundear por el bosque oliendo el aire limpio y puro que jamás había conocido las emanaciones de un motor diesel.

No le fue difícil encontrar a Cole. A pocos metros de la cabaña, bajando una cuesta abrupta, había un arroyo ancho y profundo. Allí estaba él de pie, desnudo hasta la cintura, con una caña de pescar en la mano, concentrado en lo que hacía. Al verlo, Kady casi perdió el aliento: ¡era un hombre hermoso! Los músculos parecían esculpidos en el torso, los hombros y el pecho eran anchos y el cuerpo se afinaba hacia la cintura, que no debía de medir más de ochenta centímetros.

-¿Ha pescado alguna vez? -le preguntó en voz baja, sin volverse, demostrándole a Kady que sabía desde el principio de su presencia allí.

-Estoy más familiarizada con lo que se hace con los pescados después -dijo, intentando disimular el efecto que le provocaba ese hombre. Apartando la vista, bajó la cuesta y deteniéndose en un pedazo de terreno plano, cubierto de hierbas, junto al arroyo, extendió la manta y apoyó el cesto.

Cuando miró otra vez a Cole, no pudo contener una exclamación involuntaria. Lo que no pudo ver desde la cima fue que tenía no menos de media docena de horribles cicatrices redondas en el torso, que parecían haber sido causadas por balas.

Como si no supiera que era lo que había provocado la exclamación de Kady, Cole se miró el pecho, y luego a ella.

-Alcánceme la camisa y me la pondré -dijo, mirándola con expresión interrogante.

-No, está bien. No era mi intención observarlo- dijo, volviéndose. Pero no pudo contenerse y se dio otra vez la vuelta de repente-. ¿Quién le hizo eso? ¿Los mismos que trataron de ahorcarlo?

Cole estaba mirando el agua, tirando del sedal, pero la leve sonrisa indicó a Kady que lo complacía la preocupación de ella.

-No, sucedió cuando yo era niño. Cuando les dispararon a mi hermana y a mi amigo, también me dispararon a mí. -Titubeó- Yo me salvé; ellos, no -dijo con suavidad.

Mirando las cicatrices, Kady no quiso imaginar el dolor que debió de haber sufrido para sanar de semejantes heridas.

-Me han dicho que los besos curan todas las heridas -le dijo Cole, y cuando lo miró vio que estaba bromeando y que le brillaban los ojos.

-Me da la impresión de que hasta ahora no han dado demasiado resultado -replicó, dándole la espalda.

-Supongo que nunca me los ha dado la mujer adecuada - Había salido del agua y caminaba tras ella.

¿Qué hay en el cesto?

Como estaba demasiado cerca, Kady se apartó.

-Sólo tocino, galletas y... -Bajó la voz-. Un postre de frutas.

-¿Ah, sí? -Se acercó otra vez a ella-. Se ha lavado el cabello, ¿eh? ¿Le ha gustado el jabón que le conseguí?

-Muy agradable. -Se volvió hacia él, con el entrecejo fruncido-. Póngase de ese lado de la manta, y no se me acerque.

Por cierta razón, la declaración lo hizo reír, mientras se acercaba al arroyo y sacaba un largo cordel con truchas ensartadas.

«Las ahumaré», pensó Kady, y luego se corrigió,

Como iba a marcharse a su casa, no tendría tiempo de ahumar pescado.

-Prepare el fuego; yo iré a buscar la sartén y unas cebollas silvestres que he visto, y almorzaremos.

-Sí, señora -lo oyó decir, mientras subía corriendo la colina, recogiendo al paso las cebollas.

«Qué desafío culinario», pensó, mientras corría. Aquí no tenía todos los ingredientes conocidos en su mundo al alcance de la mano, como en Virginia. Ni yerbaluisa, ni anís estrellado, ni siquiera aceite de oliva. «Me

pregunto si podría hacer ... », pensó, y se interrumpió. No iba a estar el tiempo suficiente para hacer nada.

«Sé firme, Kady -se dijo-. Tienes que exigirle a Cole que mañana te lleve a las rocas. Y, si se niega, tendrás que ir por ti misma.» Al mismo tiempo que lo pensaba, comprendió que, si no conocía el camino de regreso al pueblo, mucho menos el que iba hasta un amontonamiento de rocas talladas. Para cuando volvió con la sartén, Cole ya había encendido el fuego y holgazaneaba sobre la manta comiendo la tercera galleta con mantequilla. De inmediato advirtió que no se había tomado la molestia de limpiar el pescado, pero no importaba, pues Kady tenía su propio método para limpiar y despinar truchas.

-¿Qué necesita? -le preguntó Cole unos minutos después, cuando ella tenía el pescado en la mano y alzaba la vista hacia la cabaña de la colina, como fastidiada de tener que trepar otra vez.

-Un cuchillo.

-¿Qué clase de hoja?

La pregunta la hizo sonreír. Teniendo en cuenta la pereza con que descansaba, era muy gentil de su parte ofrecerse a volver a la cabaña a buscar un cuchillo, si bien ella no había visto nada más que un viejo y oxidado cuchillo de mondar.

-Un cuchillo de deshuesar, de ocho pulgadas, de hoja larga y fina -dijo, sonriendo con petulancia.

¡A ver si lo encontraba!

Un segundo después, un cuchillo de hoja larga y fina oscilaba, clavado en el suelo, a milímetros de la mano de Kady. Sobresaltada, miró al hombre, preguntándole con la expresión de dónde lo había sacado.

Cole apartó la vista, y la sonrisa le indicó que esperaba esa pregunta. Pero Kady prefería morir antes que rogar información.

-Gracias -dijo, y se dispuso a limpiar el pescado y a rebanar las patatas.

El trabajo de tantos años en el restaurante le había enseñado a ser rápida y eficiente. En cuestión de minutos, puso delante de Cole una sartén llena de patatas salteadas, enriquecidas con cebollas silvestres, y truchas perfectamente cocinadas, con una salpicadura de vinagre y de pasas de uvas.

La mirada que le dirigió Cole tras probar el primer bocado de pescado fue todo el elogio que Kady necesitaba. Sentada sobre la manta, lo más lejos de él que podía, flexionó las rodillas junto al pecho y las abrazó, Una cosa era cocinar para el presidente, acostumbrado a la comida excelente, y otra cocinar para un hombre que estaba habituado a una dieta monótona, insulsa. Cole contemplaba su comida como si fuese ambrosía, sólo digna de dioses.

Kady permaneció en silencio, contemplando el agua clara, sin contaminar, mientras Cole rendía un último tributo a la cocinera, al limpiar el plato.

Cuando la sartén quedó vacía, Cole la dejó en el suelo, y contempló el perfil de la mujer.

Kady le sonrió y empujó el cesto hacia él.

-¿Le queda espacio para el pastel de frutas?

Cole se tomó su tiempo para dar cuenta del postre y cuando terminó, se apoyó sobre los codos y clavó la vista en el agua.

-Si no estuviese ya casado con usted, ahora le pediría su mano -dijo, tan serio que hizo reír a Kady. Mientras Kady se atareaba limpiando la sartén y alcanzándole a Cole una jarra llena de agua cristalina del arroyo, le dijo: -¿A qué hora saldremos mañana por la mañana para encontrar la roca por la que vine?

Como no le respondió, Kady apretó los labios y se sentó en la manta, junto a él, preparándose para pelear. Sin que se lo dijera en palabras, sabía que él no quería que se marchara.

-Kady -empezó-, usted me gusta. Nunca he conocido otra mujer cuya compañía disfrutara tanto como la de usted. Tiene un sentido del humor maravilloso, es inteligente, es bella. Y.. y esto... -Hizo un ademán hacia el cesto, como si su talento culinario fuese indescriptible- Nunca he conocido a nadie como usted. Por favor, quédese conmigo unos días. Luego la ayudaré a regresar. Le juro que haré todo lo que pueda para ayudarla a ir a donde usted quiere. Moveré cielo y tierra para hacerla regresar. Sólo le pido unos días. Tres. Eso es todo lo que le pido.

Kady sabía que no podía hacer eso. Para cualquier mujer era demasiado tentador un hombre al que le agradaba el sentido del humor de una, que afirmaba que una era inteligente. Amaba a Gregory pero a cada hora que pasaba, lo sentía más lejos. No quería quedarse en esta época sin servicios médicos, sin cuartos de baño, sin ... Sin Gregory.

-Nunca he probado algo como esto -le dijo con el asombro reflejado en la voz.

-No puedo -dijo con suavidad- Gregory puede estar buscándome.

-No le consta que esté haciéndolo. Podría ser que usted se quedara aquí seis meses, diez años, o incluso una vida, y después, trasponer esa roca y aparecer en su casa con ese vestido blanco, sin que hubiese pasado un solo momento.

A Kady le resultó extraño que no le hiciera muchas preguntas con respecto a su afirmación de que provenía de otra época. Nunca había buscado verificación, y ella no tenía idea de si le creía o no. Lo que sí creía, al parecer, era que si encontraba las rocas, desaparecería.

-Pero no lo sé, ¿verdad? Por lo que sé, es probable que Gregory esté buscándome, desesperado. Puede que haya policía buscándome.

-Entonces, cuando regrese, estará doblemente contento de verla.

-ja! -exclamó Kady-. A esas alturas, podría haber trescientas mujeres ocupando mi lugar. Usted no ha visto a Gregory. Hasta Debbie, mi dama de compañía, que está casada y tiene tres hijos, se ha enamorado de él. Se sienta ahí, y lo mira fijamente.

-¿Y usted?

-Yo no me siento y lo miro fijamente, si a eso se refiere.

- Tengo la impresión de que, en cierta medida lo hace. ¿Le tiene miedo?

- Miedo de Gregory? -exclamó- Qué absurdo. Gregory no mataría una mosca. Es amable, bondadoso, y... y sexy. -Miró a Cole: tenía la camisa colgada de los hombros, pero mostraba el estómago, duro como una tabla de lavar, y se lo veía muy atractivo-. Sí -dijo con vehemencia-. Gregory es muy, muy sexy, y estoy loca por él. -Hizo un esfuerzo para calmarse- No quiero pasar tres días a solas con usted ni con ningún otro hombre, quiero volver a mi hogar, con Gregory.

Cole tardó un momento en responder.

-Está bien, la llevaré de regreso por la mañana -le dijo con lentitud, inclinándose para quitarle una hoja que le había caído en el cabello.

Pero, cuando se le acercó, Kady saltó como si fuera a golpearla.

-No me imagino qué puedo haber hecho para que no pueda tenerme confianza -le espetó.

-El único modo en que confiaría en usted sería si fuese eunuco -murmuró Kady, quitándose la hoja del cabello.

Por un momento, Cole no reaccionó al comentario, pero luego, para su profunda sorpresa, vio que se le dilataban los ojos y que se había puesto pálido.

-¿Cómo lo ha descubierto? ¿Quién se lo ha dicho?

Kady se sintió confundida.

-¿Que quién me lo ha dicho? No sé a qué se refiere.

Cole no dijo nada, se puso a recoger con rapidez y con movimientos airados los elementos de cocina. Kady no entendió qué era lo que pasaba.

-Lo siento -dijo, observándolo- No sé qué he dicho que lo ha alterado tanto. ¿Qué es lo que tiene que haberme dicho?

Cole volvió a sentarse sobre la manta.

-No es por usted, es por mí -dijo- Es que no puedo soportarlo cuando una mujer lo descubre. Sé que le parecerá horrible de mi parte, pero cuando una mujer hermosa como usted se aparta de mí, temerosa de lo que podría buscar en ella, me gusta. Odio que las muchachas del pueblo se sientan tan a salvo conmigo. Me tratan como si fuese otra amiga.

Kady ya no podía abrir más los ojos.

-No sé de qué está hablando. ¿Cómo puede sentirse a salvo una mujer con un hombre tan apuesto como usted?

-Qué ironía, ¿verdad? -dijo, girando un poco la cabeza hacia ella y alzando una ceja- Una pequeña broma del Señor. Me hizo crecer al tamaño de un hombre, pero me arrebató mi virilidad.

-¿Su ... ? ¿Su ... ?

Aunque lo intentó, no pudo evitar mirarle la unión de las piernas.

Cole apartó la vista de ella.

-Las balas... Éstas -dijo, señalando las cinco heridas que estropeaban la parte superior de su cuerpo-. También me acertaron en la mitad inferior del cuerpo -dijo, con voz queda.

Kady se dejó caer sobre la manta.

-¿O sea que no puede ... ?

Cole se volvió para que ella no le viese la expresión.

-¿Si no puedo concebir hijos? No, no puedo. Por, eso tengo treinta y tres años y no me he casado. Las mujeres que me conocen no me aceptan, y las que no, bueno, no sería justo para ellas, ¿verdad? Las mujeres quieren tener hijos.

-No todas las mujeres en mi mundo quieren tener hijos.

Cole se volvió y la miró con severidad.

-Bueno, pues en este mundo, todas lo desean.

Kady vaciló. Por supuesto que había leído artículos que aconsejaban qué hacer si un hombre es impotente: ser comprensiva, bondadosa y amable encabezaban la lista.

-¿Es sólo infértil, o también... impotente?

Cruzó el rostro de Cole una fugaz expresión de confusión, pero luego dijo:

-Todo -e inhaló una profunda bocanada-. Kady, sé que cuando la traje a esta cabaña hice algo muy malvado, y estoy seguro de que seré castigado en el más allá, pero no pude evitarlo. Tenía la esperanza de convencerla para pasar tres días conmigo. Solos. Nosotros, sin nadie más. Puede que esto haga que me odie, pero había pensado varios argumentos para tratar de convencerla. Aunque tardase tres días más en volver, ¿estaría tan mal que el hombre que la ama se vuelva loco de preocupación? ¿No sería más dulce el recibimiento si lo hiciera esperar? Usted es mi única oportunidad de tener una luna de miel, ¿entiende? Podría encontrar a una mujer que se casara conmigo, pero me odiaría en cuanto descubriese la verdad. Con usted, en cambio, gracias a sus circunstancias, pensé que usted y yo podríamos, bueno, fingir por unos días que estamos enamorados. Una falsa luna de miel, por así decir. Usted no estaría furiosa conmigo por el futuro, y no dependería de mí que tuviese hijos o no. Al final de la luna de miel, podría regresar junto al hombre que ama, y nadie saldría perjudicado.

Kady lo miró, y vio la tristeza en sus ojos, ¿Por eso había sido transportada al pasado? ¿Para brindarle a este hombre solitario tres días de amor? ¿Para darle algo que de otro modo no podría tener? ¿A quién haría daño si se quedaba?, eso le había preguntado. Si volvía junto a Gregory, Cole llevaría muerto más de cien años. Además, si regresaba a Virginia y decía que había tenido un idilio con un vaquero impotente, ¿quién le creería?

No sabía si era verdad lo que Cole había dicho: que podía regresar a través de las rocas diez años después y no habría pasado el tiempo, pero en el fondo pensaba que le haría bien a Gregory si no sabía dónde encontrarla durante tres días. En una ocasión, risueño, Gregory les había dicho a unas personas, en una cena, que él siempre sabía dónde estaba Kady: en la cocina, en Onions ¿Qué pasaría si pasaba tres días sola con este hombre inofensivo? Podrían hablar sobre sus respectivos mundos. Quizás algunas de las cosas que él o ella supieran podrían

ayudar al mundo del otro. Tenía que haber una razón para que ella hubiese retrocedido en el tiempo; entonces ¿no debería, al menos, hacer un esfuerzo por descubrir de qué se trataba, antes de regresar?

Hizo una profunda inspiración.

-Tres días -dijo- Tres días, y en la mañana del cuarto, me llevará y me ayudará a encontrar esas rocas.

Pareció que mil expresiones a la vez cruzaban el rostro apuesto de Cole, y que cada una de ellas era una forma de éxtasis.

-Oh, Kady -susurró-, me ha hecho el hombre más feliz del mundo.

Antes de que pudiese reaccionar, la había rodeado con los brazos; la estrechó contra su pecho y derramo una lluvia de besos sobre la coronilla de la mujer.

La sensación que recorrió a Kady fue tan fuerte que lo empujó con más vehemencia de la necesaria.

-Lo siento. No quería hacer eso -le dijo él soltándola.

Kady sintió que el corazón le latía en la garganta. Parte de ella le decía que no tenía que besarlo, pero otra parte le recordaba que en la vida real, estaba comprometida, no casada. Al parecer, el resto de Norteamérica se acostaba con tres hombres diferentes por noche, y si era así, ¿por qué no podía besar a otro antes de casarse? Además, era sólo por tres días, y la situación de Cole hacía imposible que le fuese infiel a Gregory ¿verdad?

Decidida, Kady puso la mano tras la cabeza de Cole, y apretó los labios contra los de él. No era un gran beso, pues a pesar de ser una mujer moderna y estar comprometida, en realidad no tenía mucha experiencia en besos.

-Estamos de luna de miel, ¿recuerdas?

Con una bella y tierna sonrisa, Cole le pasó un mechón detrás de la oreja.

-¿Sabe, señora Jordan? Creo que podría enamorarme de usted.

Kady le puso un dedo en los labios.

-No digas eso. No digas ni hagas nada que me haga sentir culpable cuando te deje. Si pienso que mi alejamiento te hará daño, tendré que irme ahora.

-No -dijo, atrayéndola hacia sí-. Tres días, es lo único que pido.

8

Cole se levantó temprano; encendió el fuego en el hogar, y acercó una silla para poder sentarse a contemplar a Kady mientras dormía. Estaba estupefacto por lo mucho que la amaba. Más aún, no podía recordar lo que había sido su vida antes de conocerla, y cuando echaba una mirada al pasado, tenía la impresión de que todo había sido esperar a Kady. Cualquier cosa que hubiese hecho, quien quiera que hubiera conocido, todo fue en preparación para ese día en que ella había saltado

de entre los peñascos y estrellado una piedra en la cabeza de uno de los hombres de Harwood.

En aquel momento, Cole estaba atado al árbol, con el cuello estirado casi hasta romperse, pero estaba lo bastante conciente para verla. Como un ángel en medio de una nube de seda blanca, saltó, aplastó la roca contra la cabeza del hombre, y se quedó allí durante unos segundos interminables, tratando de deducir cómo disparar el rifle. Cuando tocó el gatillo por casualidad, la bala zumbó tan cerca de la oreja de Cole que sintió su calor. Cole daba gracias de que su caballo hubiese recordado lo que le había enseñado y de que se quedara inmóvil. Si el animal se hubiese movido unos milímetros, Cole habría muerto.

Los disparos de la mujer impulsaron al caos a Harwood y sus hombres, al tiempo que trataban de descubrir quién estaba disparándoles. Como la reacción del primer disparo la había empujado hacia atrás, ninguno de los asesinos pudo verla. Cole, en cambio, sabía adónde mirar. Apenas estaba lo bastante consciente para abrir los ojos como meras ranuras, y vio cómo la mujer intentaba volver a disparar el rifle. Amartíllalo, amartíllalo, amartíllalo, había repetido mentalmente muchas veces.

Inundado de dicha, vio que ella lo amartillaba y disparaba otra vez. En esa ocasión, le dio al propio Harwood y en un instante, todos los hombres disparaban en la dirección general de las rocas. Cole cerró los ojos y rezó para que no descubriesen a la mujer ni la alcanzara una bala perdida. Prefería que terminasen de ahorcarlo y no que la descubriesen.

Pero Harwood y sus secuaces no tenían idea de cuántas personas estaban espiándolos, y dispararon en dirección al caballo de Cole, sin apuntar, y luego se alejaron. Una vez más, Para dicha de Cole, el caballo se quedó quieto, sin encogerse siquiera, cuando una bala le rozó el cuello. «Esta noche, ración de avena extra para ti, muchacho», pensó.

En los minutos que siguieron, Cole había perdido y recuperado la conciencia varias veces, y cada vez que regresaba al mundo real, veía cosas increíbles. En la primera, vio que la mujer estaba desvistiéndose, quitándose el vestido blanco. La siguiente, cuando volvió en sí, ella estaba sobre el caballo, detrás de él, con los pechos apretados contra su espalda. Ésa fue la ocasión en que creyó que había muerto y que estaba en el cielo, con este ángel.

Cuando despertó la vez siguiente, estaba en el suelo, y ella, debajo de él. Sonriendo, inundado de una dicha perfecta, se permitió caer de nuevo en la inconsciencia.

Al volver en sí, después, estaba durmiendo con la mujer en sus brazos.

-Eres un ángel -trató de decir, pero le dolía tanto la garganta que no pudo pronunciar las palabras.

El sol lo despertó de nuevo, y descubrió que la mujer no era un sueño sino una realidad y, como era natural, empezó a besarla. Minutos después, ella lo había apartado de sí y le contaba una historia absurda según la cual venía del futuro e iba a casarse con otro hombre, y toda clase de información extravagante.

Lo único de lo que podía estar seguro era de que no sabía dónde vivía, y de que cierto hombre había sido lo bastante estúpido para perderla de vista por cinco minutos. En lo que a Cole concernía, el que encontraba, guardaba.

Si hubiese sido por él, en ese mismo momento la hubiese llevado a casarse con ella, reteniéndola para siempre, pero la pequeña Elizabeth Kady Long tenía otras opiniones. En principio, creía estar enamorada de otro hombre. Cole tenía la suficiente sensatez para saber que cuando a una mujer se le metía en la cabeza que estaba enamorada de un hombre, nadie podía hacerla cambiar. No sin una buena cantidad de tiempo y esfuerzo... cosas ambas que estaba dispuesto a dedicar a ese proyecto.

Quizá, cuando la vio por primera vez, Cole estaba en una incómoda posición, con esa soga apretándole el cuello de modo que casi no podía respirar, pero, aun así, desde ese momento supo lo que sentía. Kady era valiente y buena; había arriesgado la vida para salvar a un hombre al que no conocía. Como le dijo ella misma, no sabía si era bueno o malo, pero, de todos modos, lo había salvado y cuidado.

Sonriendo, pensó en la manera en que hablaba, con esa construcción rara, palabras extrañas, y hasta conceptos extraños. Hasta tal punto que bastaba para convencerlo de que provenía del futuro, como ella decía. Casi bastaba.

Cualquiera que fuese el lugar de donde venía, no era ninguno que Cole conociera, del mismo modo que estaba seguro de que no había otra mujer como Kady en el Estado de Colorado. En un momento, era feroz y fuerte y, al siguiente, suave e inocente.

Como fuera, se mantenía encerrada dentro de una vaina protectora. Era como si viviese sola en el mundo, porque siempre quería asegurarse de que nadie le pagara nada ni la cuidase. Al parecer, pensaba que tenía que existir sin ayuda de nadie en el mundo.

E insistía en hablar acerca de ese... de ese hombre llamado Gregory. Con sólo pensar en ese nombre, Cole sentía desprecio. Kady no amaba a ese hombre. Era posible que Cole no fuese experto en amor, pues acababa de descubrirlo, pero sabía lo suficiente para notar que cuando

ella pronunciaba ese nombre, su voz no resonaba con el mismo sentimiento que él albergaba por ella. En realidad, más bien parecía que estuviese hablando con un socio de negocios, y no con el hombre con el que iba a casarse.

Esa mujer era de él. Suya para todo el tiempo. Minutos antes de que él muriese, le había sido enviada para salvarlo. Salvarlo de la muerte, de la soledad. Salvarlo de una vida que cada vez tenía menos sentido para él. Desde que tenía nueve años, desde aquel día infernal en que se produjo el robo al banco y los habitantes de Legend abrieron fuego, Cole no dejaba de preguntarse por qué se había salvado. Precisamente él, y nadie más. En dos días, había perdido a su hermana, a su amigo, a su padre y a su abuelo. Al año siguiente, había muerto su madre.

Como la abuela decía que no soportaba la vista de Legend, se había mudado a Denver. Cole le había rogado a su abuela, su única pariente viva, que le permitiese quedarse en el pueblo de la montaña; no podía vivir en la ciudad. La abuela Ruth tenía un corazón tierno, y por eso había permitido a su nieto quedarse en su bienamado Legend, con personas en las que confiaba.

Por más que las personas con las que se quedó habían sido buenas con él, el vacío que sintió al perder a su familia no se había llenado jamás.

Sonriendo, miró a Kady, durmiendo como el ángel que era, medio hundida bajo la pila de mantas, sobre el duro lecho. Era inocente, tan inocente como ella lo creía a él. Y, hasta donde sabía, ella creía todo lo que él le había dicho. Por difícil que fuese admitirlo, se había creído eso de que era eunuco.

La mentira fue una inspiración del momento. La palabra desató recuerdos de la infancia, de los días en que, después de haber recibido los disparos, nadie sabía si viviría o no y, entonces, él se aprovechaba de la preocupación que veía en los ojos de todos para obtener respuestas relacionadas con todos los secretos de las personas mayores y que él y Tarik habían intentado adivinar por sí mismos. Una de sus preguntas fue: ¿qué es un eunuco? La abuela le había dicho que era un hombre que no podía concebir hijos, y que ninguna mujer quería casarse con semejante individuo. Por eso, tantos años después, cuando Kady mencionó la palabra en broma, Cole se apropió de ella para urdir una historia más bien fantástica.

¡Y Kady le había creído! Le creyó, y aceptó quedarse con él. Asombrado, Cole vio cómo se le suavizaba la mirada, y percibió que se le derretía el corazón.

Si bien podía sentirse culpable por decirle una mentira tan flagrante, haría cualquier cosa para ganar tiempo con Kady. Hasta había pensado en tirarse desde un acantilado, con la esperanza de romperse un hueso y que ella se quedara a cuidarlo. Quizá, si estaba herido, y ella lo creía impotente, no saltaría cada vez que él se le acercaba.

Se preguntó qué iba a hacer con ese tiempo. Por medio de mentiras y triquiñuelas, más mentiras de las que ella podía imaginar, la había hecho aceptar quedarse tres días sola con él, también había logrado que se casara con él. Pensando en eso, sonrió: planear la estrategia que llevó a ese matrimonio le había costado cierto trabajo. ¡Pero había valido la pena! Kady ya era suya, aunque aún no lo supiera.

Lo único que tenía que hacer ahora era borrar de la mente de ella todo pensamiento acerca de ese hombre que creía amar, y demostrarle que en realidad amaba a Cole y a ningún otro.

Sólo tenía que imaginar cómo hacerlo. Una vez, había oído decir a un hombre que bastaba con susurrarle a una mujer unas palabras dulces al oído, besarla en el cuello, en el punto exacto, y le pertenecía a uno. Pero Kady tenía ese escudo alrededor que lo dejaba a él fuera, y no creía que todos los besos en el cuello fuesen a hacer que se enamorase de él.

En ese momento, contemplándola, se preguntó que habría hecho ese Gregory para traspasar ese escudo. De repente, se le iluminó el rostro. ¿Y si ese Gregory no hubiese traspasado el escudo de Kady?

¿Qué pasaría si eso era lo que a ella le gustaba tanto de él? Quizás ese Gregory no le pedía nada más que cocinar algunas comidas, sonreírles a los amigos de él, y era probable que también quisiera que ella lo dejara en paz. Aunque no estaba seguro, Cole adivinaba que Kady no debía de ser la clase de esposa que insistiera demasiado preguntando dónde había estado el marido la noche anterior.

Si todo eso era verdad, ¿qué otra cosa querría el viejo Gregory de Kady más que su carácter dócil? Si lo único que quería el tipo era no ser interrogado, ¿por qué le había pedido a Kady que se casara con él? Cole no imaginaba la respuesta, pero sí sabía que haría todo lo posible por averiguarlo en los próximos días.

Y haría lo que hiciera falta para ganar intimidad con ella. Mentiría todo lo que fuese necesario. Seguiría diciéndole que no tenía idea de dónde estaban esos petroglifos; le diría que no recordaba siquiera el árbol donde habían intentado colgarlo, si hacía falta. Le diría lo que fuera para retenerla junto a él, hasta que le dijera que ya no quería marcharse.

En silencio, se acercó a la cama y se arrodilló junto a ella, acariciándole con dulzura el cabello hasta que empezó a despertarse. La noche anterior, mientras ella se preparaba para acostarse, él se había

quedado afuera, dándole tiempo para que se durmiese. Cuando regresó, en la oscuridad, se desnudó hasta quedar con la ropa interior y se deslizó en la cama, junto a ella. Kady se había acurrucado contra él como un cachorro tibio, y él la había acercado a sí, con una sonrisa en el rostro.

-Te amo, Kady -susurró, antes de dormirse. Te amo, y te he esperado desde siempre.

Kady despertó lentamente, sonriendo por algún sueño que no recordaba, y cuando vio el bello rostro de Cole, con esos hermosos labios, su sonrisa se ensanchó mas aún. Estaba sentado en el suelo, junto a la cama, y tal vez hubiese debido sentirse incómoda por su cercanía, pero, en cambio, se sintió a gusto.

-Buenos días -murmuró, cerrando otra vez los ojos.

No sabía bien dónde estaba, pero olía tan bien como pan recién horneado. Y las mantas eran tan abrigadas que la tentaban a quedarse para siempre.

Precisamente cuando estaba a punto de volver a dormirse, oyó que el hombre decía:

-¿Alguna vez montaste un pony manchado cuando eras niña?

Se dio la vuelta para mirarlo y sonrió de nuevo; había pasado tanto tiempo pensando en lo encantadoras que eran las largas pestañas de Cole que pasó un rato antes de responder a la franca pregunta:

-Mi madre y yo no teníamos tiempo ni dinero para un pasatiempo tan frívolo... empezó a decirle pero se interrumpió- En realidad, sí monté en un pony moteado. Cuando tenía cinco años, uno de los niños que vivían cerca dio una fiesta de cumpleaños con un pony alquilado. Todos los niños montamos el pony, y nos sacamos fotografías sobre él.

-Llevabas puesto un vestido rojo -dijo Cole con suavidad, jugando con los rizos de Kady, enroscándolos en sus largos dedos.

-Sí -respondió Kady-. ¿Cómo lo has adivinado?

-No lo he adivinado, lo sabía. -Alzando los ojos, la miró y, cuando habló, ella sintió su aliento tibio en la mejilla-. Cuando era niño, hasta que tuve nueve años, solía soñar con una niña pequeña con un vestido rojo, que cabalgaba en un pony con manchas blancas y negras. Nunca decía nada, pero siempre estaba riéndose y yo sentía que era mi amiga.

-¿Qu... qué le pasó? -preguntó Kady, ya completamente despierta, con la mente llena por su propio sueño recurrente.

-Nada. Desapareció después de los disparos, cuando yo era niño. Al menos, así me lo pareció. Recuerdo que yo deliraba de fiebre y le decía a mi madre que la niña se había ido. Pero ahora pienso que el fin del sueño estuvo relacionado con todas las personas que murieron aquel día.

Como vio que Kady se había puesto muy triste, le sonrió y le besó la nariz.

-Eso fue hace muchos años. Veinticuatro, para ser precisos, pero todavía recuerdo a la pequeña que me sonreía. Tu me la recuerdas y como, en efecto, montaste un pony manchado, estoy seguro de que en realidad tú eras esa niña.

Kady tuvo que morderse la lengua para no contarle su propio sueño recurrente. Hubiese querido decirle que Gregory era el hombre que había visto tantas veces en sueños, pero tenía la impresión de que Cole advertiría la mentira en sus ojos. Al menos, Gregory se parecía más al hombre de sus sueños que este hombre rubio, de ojos azules.

Cole se puso de pie, sacó su mano de debajo de las mantas y tironeó de ella.

-Vamos, arriba, holgazana -le dijo-. Tenemos cosas que hacer.

Kady se permitió el lujo de cerrar una vez más los ojos, y luego sacó un pie de debajo de la manta.

-Dime si estoy cerca del suelo -dijo.

-Ven, y freiré unas hojuelas para ti.

-¿Con grasa de tocino? -preguntó, inocente.

-Con grasa de oso.

-Ah, ¿sí? ¿Y qué harás con el resto del oso?

Cole había estado mirándola, callado y tranquilo, pero al segundo siguiente, bajando el tono, gruñó:

-Me comí su espíritu y me transformé en él.

Poniendo las manos en forma de garras, Cole saltó sobre Kady, tratando de morderle el cuello con los dientes.

Kady chillaba de risa, luchando con él, diciéndole que saliera, mientras las manos en posición de garras la aferraban, la sujetaban y luego la soltaban.

-Ah, qué bien, aquí, aquí hay un sabroso trozo de su carne -gruñó, aferrando con firmeza un pecho.

-¡Cole! -gritó, empujándolo, aunque sin demasiada fuerza.

Pero cuando Cole abrió la boca y bajó la cabeza, supo adónde apuntaba. Tantos años de manipular asaderas de más de diez kilos y cacerolas de cobre lo bastante grandes para cocinar una sopa con un tonel le habían dado fuerza a Kady. Impulsando las caderas hacia arriba, lo tomó de sorpresa y lo hizo rodar y aterrizar contra la pared, con ruido sordo.

La expresión de sorpresa en la cara de Cole fue algo grandioso, y Kady le tiró la manta encima y dio un salto para liberarse. Pero él la agarró del brazo, la tiró de nuevo sobre la cama, la retuvo con una pierna y un brazo, y bajó la cara como para besarla.

Con otro gran impulso hacia arriba, y un giro, Kady salió de debajo de él y cayó al suelo, junto a la cabecera de la cama. Rodó sobre sí y se puso de pie, corriendo hacia el hogar, donde tomó un atizador y lo blandió como una espada.

-Si me toca otra vez, Señor Oso, le arrancaré el pellejo y lo usaré de alfombra.

Sentándose, Cole compuso una expresión atormentada, apretó las manos sobre el corazón y cayó de espaldas sobre la cama.

-Estoy muerto. Usted me ha asesinado. No existo más.

Kady puso de nuevo el atizador en el soporte, al costado del hogar.

-Oh, bien -dijo en voz alta- Si mi oso está muerto, tendré más tortas para mí. -Cole no se movió-. Hechas con mantequilla. -Siguió sin moverse-. Con manzanas y canela por encima.

Cole abrió un ojo.

-Creo que mi corazón ha empezado a latir de nuevo. Debo de ser inmortal para haber sobrevivido a semejante matanza.

Se incorporó sobre un codo y la miró.

-Los inmortales no comen.

-Entonces no cabe duda de que estoy sobre la tierra -respondió, levantándose de la cama y enfilando hacia Kady, que lo eludió.

-Sal a buscar leña, y así yo podré cocinar -dijo, con toda la severidad que pudo, porque Cole se había quitado la camisa para ponerse la ropa interior de lana.

Esperó a que saliera de la cabaña, y sólo entonces soltó el aliento que había estado conteniendo.

«Qué extraño», pensó, recordando la juguetona batalla con Cole. Por más que él dijese que no podía hacer el amor, no le dio la impresión de un hombre que hubiese sido emasculado, aunque no sabía cómo sería un hombre en esa situación. Más bien, era como si Cole necesitara... La idea la hizo reír en voz alta. «Una maestra», pensó. Era como si Cole necesitara una maestra.

Estás poniéndote fantasiosa, Kady, se dijo, y se concentró en la rutina conocida de cocinar; fue a mirar la biga, vio que burbujeaba bien, y entonces se puso a planear lo que haría ese día. Pasearía por la montaña para refrescar sus conocimientos sobre plantas silvestres comestibles. Luego...

-¿Qué estás haciendo? -le preguntó a Cole, que había vuelto a entrar en la cabaña con una carga de leña y estaba llenando un saco de lona con cosas como cerillas, y una lona encerada.

-Se me ocurrió que podríamos ir a visitar unas ruinas indias, a unos kilómetros de aquí -le dijo. Nos llevará un día de ida y un día de vuelta.

-¿Vamos a acampar?

La pregunta le resultó divertida.

-Sí, a acampar. Bajo las estrellas, tú y yo solos. ¿Quieres llevar alguna cosa en particular?

-¿Algo como carabina?

Cole le sonrió de lado, haciéndola darse la vuelta hacia el fuego para ocultar su nerviosismo.

«Es inofensivo», se dijo, intentando recordar la horrible historia que le había contado el día anterior. Además, tres días después estaría de vuelta con Gregory a salvo.

Al parecer, todo estuvo listo para el viaje en unos minutos. Como no había que empaquetar tiendas de nailon ni cocinas de gas, cabía todo en un pesado saco de lona que Cole cargó sobre su espalda fuerte. Para

asombro de Kady ya se había colgado un arco y un carcaj con flechas de un hombro.

-Cuchillos -dijo Kady, cuando salían al porche, con un pequeño lío a la espalda y una canasta sujeta a él.

-No necesitas esos oxidados que hay en la cabaña -le dijo, haciéndose eco de los sentimientos de la propia Kady en lo que se refería a los cuchillos- Llevo conmigo. ¿Lista?

Cuando Kady cerró la puerta de la cabaña, buscó una cerradura y luego se volvió hacia Cole y le sonrió:

-Nada de cerraduras.

-No, nada de cerraduras -dijo, divertido ante la sola idea de cerrar con llave la puerta de una cabaña en las montañas.

Cole precedió la marcha por una huella serpenteante que según dijo, había sido hecha por un alce. Después de una hora, se detuvo, le dijo que se quedara callada, sacó el arco de la espalda, colocó una flecha y se dispuso a dispararle a un bello ciervo. Tras unos segundos de incredulidad, Kady saltó sobre él, haciendo que la flecha se elevara entre los árboles.

-¿Por qué diablos has hecho eso? -preguntó Cole- Me has hecho errar. Podríamos haber comido durante semanas con ese ciervo.

Con una catarata de elocuencia, Kady le explicó que, en su época, no quedaban muchos ciervos porque los cazadores habían matado demasiados durante siglos.

Cole la escuchó en silencio, y volvió a colgarse del hombro el atado y el arco.

-No sé si me gustaría mucho tu época -lo oyó decir, echando a andar otra vez.

Pocas horas después, se detuvo y le pidió permiso para matar a un conejo.

-No habéis matado muchos conejos, ¿verdad?

A Kady no le gustó la insinuación de que ella, en persona, hubiese despojado al mundo de gamos, pero le dijo que con los conejos no había problema. En unos segundos, Cole había disparado dos flechas y abatido dos conejos. Cuando recuperó las flechas, Kady le pidió que le diese un cuchillo; en un abrir y cerrar de ojos despellejó los conejos. Como Cole

insistió en que él los cocinaría, Kady fue hacia un pequeño arroyo, afirmando que se procuraría ingredientes para hacer una ensalada.

Unos minutos después, volvió con un cesto lleno de berros, acedera silvestre, lechuga espinosa y un par de violetas. Sin aceite, lo mejor que podía hacer para aderezar era cortar unos frutos de capulí, para echar por encima. Cuando presentó a Cole esa encantadora ensalada, con sus diversos verdes, sus hojas de diferentes tamaños, salpicada con las diminutas violetas moradas y los frutos rojos, se sintió muy orgullosa de sí misma.

Pero Cole no quiso ni tocarla. Reaccionó como si cualquier otra cosa que no fuese carne pudiera destruirle los órganos. Tras hacer unos comentarios sobre lo inmaduro de sus gustos, Kady comió la ensalada ella sola, muy contenta.

Cole no le permitió ayudarlo a cocinar.

-¿No sabes, acaso, que el hombre tiene que atender a la esposa durante la luna de miel? -le preguntó, mientras le ofrecía un delicioso cuarto de conejo asado.

-No estoy acostumbrada a que me atiendan, para nada -respondió Kady-. Nadie.

-¿Y qué pasa con Garvin? ¿No te lleva regalos, no derrama sobre ti todas las chucherías que una mujer pudiera desear?

-Claro que lo hace -replicó- Gregory me ha comprado una casa en Alexandria, más todos los muebles. Es rico y generoso.

-Debe de tener pocos defectos. ¿Qué tal es en las mesas de juego?

Kady sonrió con dulzura.

-Gregory no participa en juegos de azar, ni bebe ni toma drogas. Es trabajador, lleva una vida limpia y me quiere mucho.

-¿Cómo es posible que un hombre no te quiera? Sólo quería estar seguro de que mi esposa estaría cuidada, eso es todo. Dime, ¿cómo ganó ese hombre todo su dinero?

No soy tu esposa. En realidad, no lo soy. Gregory gana dinero comprando y vendiendo tierras. Y con el restaurante -dijo-. A las personas les gusta cómo cocino, y pagan por ello.

-¿Acaso piensa retirarse y vivir a tu costa? -le preguntó, con una mirada cargada de falsa inocencia.

-Naturalmente que no. Está pensando en presentarse como candidato a alcalde de Alexandria y en su momento, a gobernador. Después, ¿quien sabe? Quizás hasta presidente. -Cole abrió la boca para volver a hablar, pero Kady lo interrumpió- ¿Por qué no hablamos de ti? ¿Cómo hiciste tu fortuna? ¿Por qué hay una mezquita en Legend? ¿Estás seguro de que esos hombres querían colgarte por unas pocas vacas? Quizá les dijiste algo horrible a esos hombres tan agradables, como para merecer que te ahorcaban.

Cole giró la cabeza, pero Kady alcanzó a ver la sonrisa que curvó la boca, y no pudo evitar sonreír ella también.

-¿Estás lista para irnos? -le preguntó, poniéndose de pie y echando tierra con el pie sobre el fuego.

Mientras la ayudaba a cargar el pequeño lío, le dio un beso en la mejilla.

-Estoy un poco celoso de ese Guwain.

-¿Ah, sí? No lo había notado.

Con ojos chispeantes, le dijo:

-Quisiera que no te fueras nunca, Kady. Nunca.

Kady le dio la espalda, con el entrecejo fruncido. No tendría que haber aceptado quedarse esos días, pues, si bien su cuerpo estaba a salvo con él, su corazón no lo estaba. Ese hombre tenía algo tan anticuado y protector que hacía surgir en ella cosas que ignoraba que tuviese dentro. Era como un niño crecido, como alguien que aún no hubiese sido golpeado por el mundo.

«Basta, Kady», se dijo. Su madre le había dicho: «Si permites a un hombre entrar en tu vida, elígelo con cuidado.» Gregory era ese hombre bien elegido, perfecto en todos sus aspectos.

Y Cole Jordan era lo más imperfecto que podía ser un hombre, y ella no lo había elegido: había sido el destino.

9

Tal vez fuese porque Kady iba tan concentrada en su vida que no prestó atención a los pies. Se había detenido para beber un trago de agua de la cantimplora, y se decía que debía apartar la vista de las diversas partes de la extraordinaria anatomía de Cole, que caminaba delante de ella. Cuando empezó a caminar otra vez, se resbaló un poco y, de inmediato, empezó a deslizarse por la ladera de la montaña, de espaldas, haciendo volar las rocas alrededor, levantando los brazos para protegerse la cara.

Cuando llegó al fondo, se quedó donde estaba, tratando de evaluar si tenía algo roto. Pero, al parecer, estaba entera, sólo un poco arañada. Cuando alzó la cabeza, miró hacia la montaña y la impresionó comprobar lo lejos que se había deslizado. Allá arriba, veía la silueta de Cole, pequeña, con el sol del crepúsculo detrás. Levantó el brazo para hacerle señas de que estaba bien, pero lo dejó caer otra vez al sentir un agudo dolor que le subía por el codo.

Suspiró y miró hacia arriba. Ahora tendría que volver a trepar por esa cuesta tan empinada.

Al segundo siguiente, giró sobre sí al oír que Cole bajaba la montaña. Nunca había visto a nadie moverse como él. No hacía el menor caso a su propia seguridad, y corría directamente hacia abajo, manteniéndose sobre los pies incluso cuando las rocas y los arbustos espinosos lo lastimaban. Kady quiso gritarle que si él resbalaba como ella a él le iría mejor, pero vio que no la escuchaba.

Le pareció que había llegado a ella en segundos, y la alzó en brazos con la ferocidad del oso que había imitado. Por lo blanco que estaba, Kady supo que estaba asustado; lo sentía temblar.

-Estoy bien -le dijo- No me he roto nada.

Le pasó las manos por el cuerpo de un modo práctico, para comprobar si había huesos rotos, y para ver si había sangre. Salvo una zona en carne viva en el codo, y un par de lugares inflamados en el muslo derecho, estaba indemne. Debió de haberse deslizado sobre el paquete y, de ese modo, la distancia entre su cuerpo y el pedregullo la había protegido.

Pero a Cole no lo había protegido nada. Tenía un rasguño ensangrentado en la mejilla, un corte en el brazo, los pantalones desgarrados.

-Quédate quieta -le dijo en voz baja, cargada de miedo-. Yo te llevaré arriba. Luego te llevaré corriendo a ver al médico, y..

-¡Cole! -dijo con voz más enérgica-. Estoy bien, no me he hecho daño.

Por la expresión de Cole, supo que no había oído una palabra, y entonces lo apartó y se puso de pie en el suelo. Como seguía con

expresión preocupada, saltó varias veces. Eso hizo que le doliera un poco la pierna golpeada, pero estaba dispuesta a morir antes que dejárselo entrever.

Cole no dijo una palabra, sino que se detuvo, echó a Kady sobre su hombro izquierdo, con paquete y todo, y empezó el largo ascenso hasta la cima.

Tras unos minutos de cargarla, Kady no se molestó en lograr que Cole escuchara su afirmación de que estaba bien. Y cuando llegó a la cima y vio lo pálido que estaba, lo único que sugirió fue que acamparan y pasaran la noche en el lugar en que se encontraban. Cole no protestó.

Tampoco protestó cuando Kady llenó la cantimplora y le dijo que se quitara la camisa para poder lavarle las heridas.

Tal vez porque al ver la espalda ancha y musculosa le temblaron las manos, se puso a hablarle de su mundo. Mientras lo limpiaba, quitando con cuidado pequeños guijarros de las heridas en los brazos y la espalda de Cole, le habló de Onions, y de que el presidente iba a comer allí. También le habló de Gregory y de su madre. Cuando le pidió que se quitara los pantalones para poder curarle una parte del muslo de donde le salía sangre, le habló de las maravillas del siglo veinte. Podía ser que si recordaba todas las invenciones milagrosas que el siglo veinte daba por sentadas, recordaría por qué sentía tal desesperación por regresar.

-Ya está -dijo al fin, estrujando el pañuelo rojo de Cole que había usado para limpiarlo-. Aunque no me parece que tengas heridas fatales, mañana estarás dolorido. Fue una verdadera estupidez bajar así la montaña. Te hice señas, y te dije que estaba bien. ¿Por qué no ... ?

Se interrumpió al ver que Cole ponía la cabeza entre las manos, como si estuviese llorando.

Sin pensarlo, se acercó a él y lo abrazó. Estaba desnudo de la cintura para arriba, y sólo llevaba puestos unos desgarrados calzones largos, en la parte de abajo. De repente, Cole se tumbó hacia atrás, cayendo sobre un retazo de hierbas, arrastrando a Kady con él, estrechándola muy cerca de su cuerpo desnudo.

-He perdido a tanta gente -dijo Cole, con acento desgarrado-. Tengo miedo de querer a alguien porque todo el que se me acerca muere. Es como si trajese mala suerte a la gente que amo.

-Shh -lo calmó la mujer, acariciándole el cabello,

-Sólo ha sobrevivido mi abuela, gracias a que se fue a vivir a Denver. Legend está maldita para los Jordan,

Sus grandes manos se hundieron en el cabello de Kady, y la atrajeron hacia él lo más cerca que podía, sin romperla.

-Tengo miedo de que, si te amo, te pasará algo horrible a ti también.

Kady trató de apartarse, pero él la sujetaba con demasiada fuerza y no podía moverse.

-No me sucederá nada, porque no soy de aquí -le dijo, y hasta a ella misma le sonó estúpido-. Cole, tú no me amas. Y yo no te amo. Voy a casarme con otro, ¿recuerdas? Ni siquiera voy a quedarme aquí. Tú vas a ayudarme a regresar, ¿no es así?

Fue como si no hubiese hablado, porque él siguió abrazándola de un modo que la hacía sentirse segura, como en familia. Kady se sintió muy soñolienta, quizá por el desusado ejercicio del día. Claro que podía levantarse, encender fuego y preparar un caldo con los huesos del conejo que había reservado y además, tendría que interponer un par de mantas entre ellos y el suelo frío y duro. Pero ninguna de esas cosas le pareció importante sintiendo el cuerpo de Cole junto al suyo. Sabía que debería recordar a Gregory y su compromiso con él, y sin embargo, en ese momento, lo único en que podía pensar era la calidez de Cole y lo maravilloso que era estar en sus brazos.

Dejando vagar la mente, comprendió que una de las cosas que más le gustaban de estar con Cole era que con él no se sentía gorda. Estando en el siglo veinte, a cada minuto del día era consciente de lo que la sociedad denominaba «exceso de grasa». Tal vez se sintiese menuda porque Cole era muy grande, no como los hombres modernos, con tan poca carne sobre los huesos que sus pómulos parecían navajas. O quizá fuese porque a la gente del siglo diecinueve no le gustaban las mujeres con cuerpos en forma de muñecas limpiachimeneas. Cualquiera que fuese la razón, Cole la hacía sentirse bella, voluptuosa y muy, pero muy deseable.

-Háblame -le susurró, con los labios pegados a la piel tibia del cuello.

Si no se distraía con algo, empezaría a besarlo.

Tuvo la impresión de que a Cole no le molestaba el frío del suelo mientras le acariciaba el cabello y la espalda, y colocaba una de sus grandes piernas sobre las de ella.

-Tres años después de la muerte de mi amigo Tarik, su padre se hizo rico con una mina de plata. Usó el dinero para construir la mezquita en honor de su hijo. Desde la muerte del padre, la mezquita no se ha usado mucho, pero yo la cuido. Tengo llave, y cuando volvamos a Legend, si quieres, te la mostraré por dentro. Es un sitio muy bello, sereno y colmado de oraciones.

Las últimas palabras se perdieron, porque Cole se quedó dormido, con los brazos alrededor de Kady. Trató de apartarse, pero no pudo aflojar los brazos. Tenía hambre, y necesitaba hacer algunas cosas, pero el calor de Cole y la quietud de la noche pronto la condujeron al sueño.

La despertó el olor del pescado frito. Sonriendo, aún con los ojos cerrados, bostezó y se desperezó, pensando que estaba en el paraíso. Cuando Cole la besó suavemente, fue de lo más normal rodearle el cuello con los brazos y devolverle el beso sobre esos dulces labios cerrados.

-Buenos días, señora Jordan -dijo, sobre los 1abios de ella- Me ha encantado dormir contigo en mis brazos. Nunca he disfrutado tanto una noche.

Kady siguió sonriendo sin abrir los ojos, con las manos aferradas al cuello de Cole. Cuando la mano del hombre le tocó la cadera y empezó a subir, exhaló un pequeño suspiro contra los labios de él.

Fue Cole el que se apartó, mirándola ceñudo.

-¡Oh! -exclamó Kady, mirándolo.

Sin duda, le había hecho recordar lo que no podía hacer. Le recordó que...

-El desayuno está listo -dijo Cole, volviéndose, ya sin ceño, y con el buen humor recuperado.

-Tienes el aspecto de una mujer que está disfrutando su luna de miel -le dijo, entregándole dos truchas fritas a la perfección.

Kady estuvo a punto de decir que, en efecto, estaba disfrutándola, pero eso habría sido una traición hacia Gregory.

Como no habían instalado un verdadero campamento, no les llevó mucho tiempo recoger todo antes de iniciar la marcha hacia las ruinas sobre las que Cole aún tenía que contarle. No habían caminado más que un par de horas, cuando los cielos se abrieron y se derramó sobre ellos una helada lluvia de montaña.

Les llevó unos minutos extender la lona encerada mientras Cole gritaba órdenes para hacerse oír por encima del estrépito de la lluvia, y aun así, cuando se metieron debajo ya estaban empapados. Mojados y fríos, se acurrucaron bajo la lona, envolviéndose en una manta

-Tengo hambre -dijo Cole.

Como si ésa fuese una llamada de clarín para Kady -y lo era-, apartó la manta y se preparó para salir a la lluvia, a recoger verduras. Sin fuego, no podría cocinar galletas ni asar nada.

Cole la retuvo por el brazo, ceñudo:

-No esperas demasiado de los hombres, ¿cierto? -dijo, con tono colérico-. Yo soy el proveedor. Yo conseguiré el alimento.

Tras lo cual tomó el arco y las flechas y salió.

-¿Y dónde vas a hacer fuego? -musitó Kady viendo la lluvia arreciar alrededor de ella.

En unos minutos Cole había vuelto con un par de conejos, y preparó fuego bajo la lona. Kady señaló que el humo flotaría hacia ellos y los sofocaría, pero Cole, con gran paciencia, le explicó que si uno era un buen hombre de los bosques, sabía cómo preparar el fuego de modo que el humo saliera hacia fuera.

La teoría funcionó a la perfección durante unos quince minutos; luego, cambió el viento y el humo viró hacia ellos. Para protegerse de él, se echaron la manta sobre las cabezas y se metieron debajo. Cuando Kady empezó a decirle: «Yo te lo había dicho», Cole se puso a besarla hasta que cayeron de espaldas, con los cuerpos entrelazados.

Tratando de recordar dónde estaba y con quien, Kady intentó apartarlo y mantuvo el cuerpo rígido.

Al ver que sus besos no conseguían relajarla, Cole apartó la manta y se apartó de Kady con las manos cerradas a los costados.

-¿Qué puedo hacer para que olvides a ese hombre? Kady, ¿tanto lo amas que no puedes ver a ningún otro hombre? ¿Qué hizo para conquistar cada partícula de tu amor?

Kady abrió la boca para hablar y luego la cerró. Si bien no era justo comparar a Cole con Gregory, en verdad nunca había tiempo suficiente con este último. Siempre sonaban los teléfonos, siempre había gente que llamaba a la puerta. Además, ella siempre estaba tan cansada de estar de pie todo el día que, la mayor parte del tiempo, no le interesaba el romance. Le bastaba que Gregory le diese un beso en el cuello mientras ella estaba cocinando.

-Está bien -dijo Cole-, no me respondas.

Kady vio que aún estaba enfadado, pues se sentó se dispuso a ocuparse del fuego. El viento había cambiado otra vez, y el humo soplaba en dirección contraria a ellos. Pese a sí misma, Kady pensó: «Se acabó eso de acurrucarse bajo una manta.»

Contemplando la ancha espalda de Cole doblada sobre el fuego, preparando comida para los dos, Kady se sintió mal por la forma en que estaba tratándolo. Había sido muy bueno con ella, cuidándola, incluso casándose con ella cuando no encontrara modo de sostenerse por sí misina. Si no hubiese sido por él, habría muerto de hambre en ese pueblo egoísta. Por su mente pasaron a toda velocidad todas las cosas gratas que había hecho por ella: dispuso un baño en la fuente, estaba siempre protegiéndola, arriesgando su vida cuando la creyó herida. Además, como él había dicho, ésa era la única luna de miel de la cual disfrutaría.

-Me gustas mucho -dijo con suavidad, a espaldas de él- Jamás ningún hombre me había prestado tanta atención como tú. Me malcrías, y me temo que eso me guste.

Por un momento, creyó que no la había oído, pero, cuando se dio la vuelta, con un trozo de conejo en la mano, estaba sonriendo como si Kady le hubiese dedicado el mayor cumplido de su vida. Avergonzada, Kady bajó la vista al regazo, para no mirarlo. ¿Por qué tenía que ser tan guapo?

Cuando tuvo su propia comida, Cole se estiró bajo la lona, se apoyó en un brazo, y sus largas piernas rodearon a Kady; luego alzó la vista hacia ella con una leve sonrisa.

-Quiero que me cuentes todo sobre ti.

La afirmación hizo reír a Kady, pero, al mirar el rostro del hombre, vio que estaba serio.

-He tenido una vida bastante aburrida y es probable que el relato te haga dormir.

-No se me ocurre nada que puedas decir que vaya a aburrirme. Quiero saberlo todo acerca de ti y quiero escuchar.

Podría ser la sinceridad de Cole, o que Kady quería poner en orden sus pensamientos y tratar de entender por qué le había sucedido todo eso, la cuestión es que empezó a hablar y a contarle su vida. Le contó que siempre había sabido cocinar, que había estudiado los alimentos en lugar de otras materias en la escuela. Podía no saber quiénes eran. los reyes y las reinas, pero conocía los alimentos de cada época, y los nombres de los chefs famosos. Había ido a la universidad para estudiar

los alimentos y luego a Nueva York, con una beca para la Escuela de Cocina de Peter Kump.

Le dijo a Cole que tenía el propósito de abrir un pequeño restaurante para experimentar con la comida y que quería viajar y escribir libros de cocina. Cuando tenía veinticinco años, la madre de Gregory la había abordado en la escuela y le habló del restaurante de bistecs que pertenecía a la familia, y que estaba en Alexandria, Virginia. La señora Norman le explicó que el restaurante era como un dinosaurio del mundo culinario y que necesitaba a alguien para modificar esa situación. Eso es lo que atrajo a Kady y se fijó la meta de trabajar durante tres años en Onions y hasta firmó un contrato por tres años.

-Y funcionó -le contó a Cole- Llevó un tiempo pero al fin, la gente empezó a ir a Onions por mi comida.

-¿Fue agradable trabajar para la señora Norman -preguntó Cole con suavidad.

Kady vaciló antes de responder.

-A decir verdad, fue difícil -dijo, y empezó a explicarle.

Pese a que la señora Norman afirmaba querer modernizar el restaurante, en realidad no quería hacer ningún cambio, y ponía objeciones a todo lo que Kady pretendía hacer. Además, era una verdadera tacaña,

como se negaba a comprar nuevo equipo, Kady tuvo que arreglárselas con una parrilla que la mitad del tiempo no funcionaba y una cocina de segunda mano comprada en 1962.

-Kady -le dijo Cole-, tú eras todo el restaurante. ¿Por qué no amenazaste con irte si no te compraba equipo nuevo?

Kady suspiró y miró hacia arriba.

-¿Por qué será que todos piensan que soy inútil? ¿Y tonta?

-Yo no pienso que...

-Sí, lo piensas, y lo mismo pensaron todos en escuela cuando acepté la oferta de la señora Norman pero yo sabía exactamente lo que estaba haciendo, me ofrecieron empleos en todos lados, pero sabía que si trabajaba con alguien como Jean-Louis, el resto de mi vida se diría que había estudiado con un maestro, y me compararían con él. Acepté el trabajo en Onions por pura vanidad. Pura y clásica vanidad. Sabía que si era capaz de cambiar un restaurante horrible y viejo como ése el mérito sería sólo mío. Y después podría conseguir empleo en cualquier parte, no como ayudante sino como jefa de cocina, o podría obtener financiación para abrir mi propio restaurante.

A modo de reconocimiento de su inteligencia y capacidad de planificación, Cole le sonrió.

-¿Qué pasó después? -le preguntó.

-Nada. Hice lo que me proponía hacer-. -Sonrió- Y, en la negociación, me quedé con el hijo de la patrona.

-¿No dijiste que habías estado allí cinco años? Cuando terminó el contrato de tres años, ¿conseguiste una cocina nueva?

Kady rió.

-Todavía no, pero estoy trabajando en eso. No creo que la señora Norman pueda negarle una parrilla a su nuera, ¿verdad?

Quiso darle un aire ligero a sus palabras, pero Cole no sonreía.

-Kady, ¿quién es el dueño de ese restaurante donde trabajas?

-No me mires así, porque sé bien adónde apuntas, Después de casarme con Gregory, como esposa de él poseeré la mitad de sus bienes.

-¿Te pidió en matrimonio antes o después de haber terminado tu contrato?

Kady tuvo ganas de sonreír, al notar la insistencia de Cole en no pronunciar el nombre de Gregory.

-Después. Pero no intentes hacer que parezca que Gregory sólo quiere casarse conmigo para que siga cocinando para él.

Las insinuaciones de Cole comenzaban a irritarla, e hizo una inspiración profunda.

-No entiendes lo que pasa entre Gregory y yo. Somos un equipo. Gregory me da libertad para que me concentre en la comida. Desde que nos conocimos, ha trabajado duro para Onions. Escribe a los críticos culinarios y corteja a periódicos y revistas para que nos concedan notas. Ofrece comidas gratis a personas influyentes para que corran la voz.

-Supongo que si todos mis ingresos dependiesen de una mujer yo también haría cualquier cosa por conservarla.

-¡Pero sus ingresos no dependen sólo de mí! Se ocupa de negocios inmobiliarios. Además, él y su madre podrían sustituirme en un minuto.

-¿Ah, sí? ¿Cuántas cocineras intentó contratar su madre hasta que tú aceptaste el empleo?

Una parte de Kady sabía que no debía contestarle pero ¿por qué debía ocultárselo? Por más que Cole dijera lo que se le antojase, lo que Kady sabía que era cierto no cambiaría.

-Diecisiete.

-¿Qué? No te oigo.

-¡Diecisiete! ¿Eso es lo que quieres oír? La señora Norman fue a tres escuelas de cocina y entrevistó a diecisiete graduados, pero ninguno quería aceptar el desafío que significaba ese restaurante. Eso se debió a que no tenían visión. Todos querían trabajar para Wolfgan, Puck o para algún. otro personaje famoso,

-Tal vez será porque se dieron cuenta de que Gregory y su querida madre intentarían hacerles lo que ti han hecho a ti.

-¡Nadie trató de hacerme nada! Soy muy feliz, Gregory y yo vamos a casarnos porque nos queremos. No sabes lo maravilloso que es él. Me ha cortejado como en las novelas, con rosas, champaña, conciertos, obras de teatro...

-Pero no ha sacado dinero para comprar una cocina nueva, ¿no es cierto? ¿Qué clase de carruaje usa?

-No creo que lo conozcas, pero usa un Porsche rojo que compró el año pasado.

-¿Y cómo es el tuyo?

- Un Ford Escort de diez años. Basta! No trabajo en cocina para ganar dinero. ¿Estás diciendo que ningún hombre podría amarme por mí misma, que si él me ama debe de ser por otra razón que no tiene que ver con el amor?

-Lo que digo es que ese hombre que crees amar está ganando dinero gracias a ti, y que si te casas con él quedarás varada detrás de esa cocina estropeada el resto de tu vida. El será la gran figura del restaurante, el que vista bien, el que reciba cordialmente a todos, y tú estarás en el fondo, haciendo el trabajo. Y ya me dijiste que tiene ambiciones políticas. Apuesto a que tu talento le permitirá conocer a personas bastante importantes.

-Basta -susurró Kady- No quiero oír eso.

Pero Cole no podía detenerse.

-Dime, ¿en el contrato de boda se incluye tu mitad del negocio?

Kady lo miró, furiosa.

-Mi contrato de boda dice que prometemos amarnos para siempre.

Cole hizo como que no la había oído.

Cole hizo como que no la había oído.

-Me parece que él tiene todo pensado con tanta astucia que si te vas, nadie conocerá tu nombre. No has forjado un nombre propio sino para el restaurante. Y has hecho tan grande ese lugar en estos cinco años que, a mi juicio, si te fueras, él podría conseguir otro chef que se hiciera cargo de lo que tú dejaras. Eso, siempre que compre una cocina nueva. Y te quedarás sin dinero para abrir tu propio local y lo único que te quedará será conseguir un puesto trabajando para otro cocinero, cosa dura después de haber sido uno su propio patrón

-¡Estás equivocado! Gregory y yo vamos a casarnos. Seré dueña de la mitad de todo!.

-¿Ah, sí? Opino que cualquier hombre cuerdo haría lo que yo hice y te pondría una sortija en el dedo en cuestión de segundos. ¿O acaso se aferra a su libertad porque ya tiene todo lo que podría desear? Por el precio de una sortija de compromiso, puede retenerte. ¡ni siquiera exiges una cocina nueva!

-¡Basta ¡Basta! -exclamó Kady.

Tal vez la ira que sentía no guardaba proporción con las preguntas de Cole, pero había dado demasiado cerca del blanco y Kady no podía olvidar lo que le había dicho su amiga Jane. Por ser contable, Jane se creía con derecho a hacerle preguntas sobre sus finanzas a todo el mundo. Acababa de bajar del avión cuando le preguntó a Kady cuáles eran las ganancias del restaurante, y cual era el porcentaje de Kady. Se quedó estupefacta cuando supo que Kady recibía lo que a su juicio, era un salario inapropiado, que no era socia, que no compartía económicamente el éxito que su cocina estaba brindándole a Onions y que, en realidad, no tenía ni idea de lo bien que le iba a Onions. Kady

había restado interés a los comentarios de Jane con una carcajada, diciéndole que cuando se casara con el hijo de la dueña lo tendría todo.

-Kady, no quisiera parecer desconfiada -le había dicho Jane-, pero si os divorciarais, tú podrías quedarte sin nada. Habrías dedicado años de trabajo en el restaurante y sin embargo, tu casa, con todo lo que contuviera, quedaría a nombre de él porque todo se compro antes del casamiento. Si hubiese divorcio, te quedarías sin nada en absoluto. Recibirías lo que llevaste al matrimonio, o sea, nada.

Aunque Kady no dio importancia a las palabras de su amiga, Jane había sembrado la duda en su cabeza.

-¡Basta! -le repitió Kady a Cole, esta vez en un susurro, ocultando la cara entre las manos- No quiero volver a oír decir a nadie que debería ponerle precio a mi amor por Gregory.

Con expresión contrita, Cole se acercó y la rodeó con un brazo.

-Eres mi esposa y yo quiero cuidarte, protegerte. ¿En tu época los maridos no hacen eso?

Kady se quitó el brazo de él de los hombros.

-¡No eres mi marido!

-Sí, lo soy -repuso, con calma, atrayéndola otra vez a sus brazos, aunque esta vez no le permitió apartarse-. Puede que yo no esté cuando regreses a ese hombre; para entonces estaré muerto, pero, desde luego, ahora soy tu marido.

La estrechó contra sí.

-Kady, ¿no puedo hacerte entender que te amo? No comprendes, acaso, que odio a ese hombre que dices amar? Diré y haré cualquier cosa para desacreditarlo. Estoy seguro de que tienes razón, de que él te ama con todo su corazón: ¿cómo podría no amarte? Pero, al menos, ¿puedo intentar hacértelo desagradable? ¡Por favor!

Durante unos momentos, en la cabeza de Kady se arremolinaron pensamientos y emociones. Nunca había sido una de esas chicas a las que los hombres tratan de impresionar, por las que se pelean para invitarlas a salir. Siempre fue regordeta y tímida y había tenido bastante poco contacto con los hombres fuera de una cocina.

-Sí, me ama -dijo en voz baja, con la cabeza apoyada en el fuerte pecho de Cole-. Me habría comprado una cocina nueva si yo hubiera insistido, pero como estamos gastando mucho dinero en la casa nueva...

-¿A nombre de quién está la casa?

Kady no pudo contener una carcajada.

-Eres perverso, odioso -le dijo.

Cole levantó la cara de Kady para que lo mirase.

-No, soy un hombre enamorado de una mujer que ama a otro. -La besó con mucha dulzura y gentileza Tendrías que agradecer que tu Gaylard no esté aquí pues, de lo contrario, me temo que cualquier noche lo atacaría, acabaría con él.

-Entonces te colgarían -dijo Kady, mirándolo, sintiendo su aliento suave sobre los labios.

En ese preciso momento, no podía recordar quien era Gregory.

Fue ese pensamiento lo que la impulsó a empujar Cole por los brazos.

-Bien -dijo, con vivacidad-. Ha dejado de llover, así que podríamos irnos. Y yo, que estaba disfrutando tanto...

Cole rió, y se lanzó a aferrar el brazo de Kady, pero ella lo eludió y salió a gatas de debajo de la lona.

-¿Podemos irnos, por favor? -preguntó, mirando a Cole, con los brazos en jarras.

-Sí, claro -respondió, él inocente, mientras empezaba a guardar todo- Vivo sólo para satisfacer todos tus deseos.

Minutos después estaba todo empaquetado, y estaban listos para caminar, pero cuando Cole se inclinó para echarse el lío al hombro, Kady creyó oír que decía «cobarde». Pensó en defenderse, pero prefirió levantar la nariz y contemplar el paisaje como si Cole Jordan existiera en ningún punto del planeta.

10

Kady caminaba detrás de él, obligándolo a retrasarse porque se detenía con frecuencia a recoger plantas, examinarlas y buscar en su memoria para recordar lo que había aprendido en la escuela sobre las plantas silvestres. Mientras estudiaba para chef durante el día, había tomado cursos sobre botánica en la universidad de la región por la noche. Siempre le habían fascinado los orígenes de los alimentos y las comidas «que salen de la tierra».

También abrigaba la profunda convicción de que había una cura para cada enfermedad sobre la tierra; que bastaba con buscar la fuente de esa cura.

De pronto, se detuvo y observó unas plantas que estaban a un lado del camino: altas, de poco menos de dos metros, con hermosas hojas delgadas.

-¡Cielos! -dijo, por lo bajo, parpadeando y sacudiendo un par de veces la cabeza para aclarársela.

-¿Qué es lo que estás mirando así? -le preguntó Cole, deteniéndose detrás de ella, sin ver otra cosa que las mismas malezas de siempre.

-Unos veinte años en una prisión turca -le respondió, con los ojos agrandados. Como la miró, interrogante, se volvió hacia él-. Marihuana -dijo- Cannabis. -Sonrió-. ¿Alguna vez has oído hablar de la marihuana?

-No puedo decirlo. ¿Ésa es otra de las hierbas que piensas hacerme comer?

-No, creo que ésta la dejaré aparte.

Cole echó a andar otra vez, y Kady lo siguió.

-¿Por qué no me hablas de esa cannabis tuya? -le dijo sobre el hombro- Y para qué sirve.

Riendo, Kady habló mientras andaban por un sendero flanqueado por las altas plantas, contándole a Cole más de lo que deseaba saber sobre los problemas del siglo veinte.

Inclinándose, Cole le susurró:

-Las ruinas están delante de nosotros, pero hay gente allí. Quiero que te quedes aquí y me esperes, mientras voy a ver quién es.

Sin vacilar, Kady obedeció, metiéndose en las sombras detrás de unos peñascos, con los dos atados a sus pies.

Cole se acomodó el carcaj con flechas a la espalda, y tomó el arco con la mano izquierda.

-Quédate aquí y no salgas hasta que yo regrese -le dijo.

-¿Y si son los que querían colgarte?

-Si soy tan estúpido como para que me atrapen por segunda vez, merezco que me cuelguen. -Al ver que Kady lo miraba como expresándole lo que pensaba de esa idea, mostró una sonrisa tan ancha que se vieron sus dientes blancos en la oscuridad- ¿Me das un beso de despedida? -le preguntó.

-Sólo con los dedos cruzados repuso ella dulcemente, devolviéndole la sonrisa.

Cole rió entre dientes, le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí. Cuando la besó, con los labios blandos, apenas separados, Kady sintió que se derretía contra él.

-¿A quién le importa quiénes son esos hombres? -murmuró, con la boca pegada a la de ella, y la acercó más-. ¿Me echarás de menos?

-Disfrutaré de la tranquilidad.

Lo oyó reír, al tiempo que se hundía en Ia oscuridad.

En cuanto Cole se hubo ido, Kady miró alrededor, oyó los sonidos nocturnos que no conocía, y tomó conciencia de que, sin él, tenía miedo. ¿Y si algo le sucedía? ¿Y si aquellos tipos volvían? ¿Y si...?

Saliendo de detrás de los peñascos lo más silenciosamente que pudo, anduvo por el sendero de puntillas, tropezando de vez en cuando con piedras y agujeros. Tras unos minutos, vio una luz que salía de una curva y cuando se acercó lo suficiente, quedó atónita con lo que vio.

Al otro lado de una pequeña hondonada había una montaña de roca pelada que se elevaba hacia el cielo oscuro. Al pie de la roca, en el mismo nivel que estaba Kady, había un profundo corte y, dentro del hoyo natural, se veían los restos de antiguas viviendas de barro. Frente a una de ellas ardía una hoguera, y alrededor se sentaban tres hombres con jarras de hojalata en las manos.

Acuclillándose, Kady escudriñó la oscuridad observando a los hombres. Estaba pensando que no parecían muy peligrosos cuando Vio algo que la horrorizó: colgando de una pared, detrás de ellos, el esqueleto de un águila. Cuando salió de detrás de un árbol para ver mejor, comprobó que había media docena de esqueletos de águila extendidos, con las grandes alas sin vida.

No pensó en lo que hacía. Se puso de pie con los brazos en jarras y gritó:

-¡Águilas! -haciendo alzar la vista a los hombres y dirigir la vista a la oscuridad, hacia donde ella estaba.

Al instante, una mano le tapó la boca, y algo la empujó hacia la oscuridad más densa. No tuvo la menor duda de que el hombre que la retenía era Cole.

-¿Por qué no me obedeciste y te quedaste donde te dije? -le gruñó al oído-. No, ahora que lo pienso, no te molestes en contestarme. Ven, vamos. Son sólo cazadores, no hacen daño a nadie.

Kady no se movió.

-¿Cómo que no hacen daño a nadie? -le dijo, en un siseo-, ¿Y qué me dices de las águilas?

Lo dijo con gran sentimiento, pero, hasta en la oscuridad, pudo ver la expresión perpleja de Cole.

-Tienes razón, son cazadores, y no hay que confiar en los hombres solos. Si no estuvieses conmigo, es probable que me juntara con ellos, pero no quiero ningún hombre cerca de ti.

Ignorando el cumplido, Kady lo miró con severidad.

-¿Vas a alejarte así de esta carnicería?

En la semipenumbra pudo ver las emociones que pasaban por el rostro de Cole, que trataba de entender. Por fin, se reflejó en él la comprensión y luego la incredulidad.

-No me digas que tienes algo en contra de los que matan a una bandada de comedores de carroña.

Kady tomó aliento.

-El águila es el símbolo de Estados Unidos. Ese pájaro...

-¿Qué? -exclamó Cole, inclinándose tanto que su nariz tocó la de la mujer- ¿Un águila simboliza nuestra gran nación? ¿Estás loca? Esas aves comen carne podrida. No son mucho mejores que los buitres. Y para los rancheros son una gran amenaza. Hay que matarlas.

Girando bruscamente sobre los talones, Kady echó a andar por el sendero. Tenía que haber un modo de cruzar la hondonada y llegar a las ruinas. No tenía idea de lo que iba a hacer o decir a esos hombres cuando llegara, pero ya se le ocurriría algo para detener esa matanza.

Cole la aferró por la cintura y la acercó a él.

-Si no me sueltas, gritaré -le dijo entre dientes, forcejeando inútilmente con el fuerte brazo.

-Si te calmas, te soltaré. -Cuando ella se aflojo, la soltó y la hizo volverse hacia él- ¡Muy bien, de modo que no apruebas que se maten águilas, y entonces...

-¿Por qué lo hacen? ¿Qué provecho sacan de matar a esas aves magníficas? Ni siquiera yo soy capaz de cocinar un águila.

-Me alegra saberlo -dijo Cole, y cuando vio que Kady empezaba a volverse, la sujetó del brazo- Muy bien, ya está hecho. Nadie puede devolver la vida a esos pájaros. Los hombres venderán las plumas y sacarán un poco de dinero; ya está.

-Ah, ¿y mañana? ¿Mañana se levantarán y matarán más águilas? -Inspiró hondo-. Cole, lo que sucede es que no sabes lo que les ha sucedido a los pájaros y demás animales en mi época. Se han construido

casas en casi todos los espacios abiertos, y por eso ya no tienen dónde anidar; usan armas automáticas contra las pobres criaturas; les...

-Me lo imagino, pero ¿qué puedo hacer yo? ¿Querrías que les pague altos precios por las plumas, para que ya no tengan motivos para cazarlas?

-Cuanto más alto sea el precio, más pájaros matarán. Sé que no puedes impedir a todos los cazadores, en todas partes, que maten aves, pero ¿no puedes detener la carnicería de estos hombres? ¿De estos tres nada más?

Mirando los grandes ojos suplicantes de Kady, Cole se convenció de que tal vez no pudiese detener a esos hombres, pero que era capaz de morir en el intento. Su cabeza hirvió de planes para detenerlos. ¿Arrojarles algunas flechas? ¿Amenazarlos con que si alguna vez mataban a otro de esos malditos pájaros, él mismo, Cole Jordan, los buscaría y los mataría? Mientras se le ocurría, comprendió que haría falta algo más que un hombre para inspirar un temor duradero a esos cazadores, El dinero, en cierto modo, hacía que los hombres se atreviesen a cualquier cosa.

Cuando se le ocurrió otra idea, Cole empezó a sonreír; sonreía de tal modo que Kady supo que pensaba hacer algo no precisamente justo y correcto. Incluso es probable que fuese ilegal.

-No pensarás en hacer daño a nadie, ¿verdad? -susurró- No pensarás usar esas flechas para...

-Quiero que me jures que vas a sentarte aquí mismo, callada, y a observar. Nada más. No te meterás. ¿Prometido?

-No puedo hacer una promesa semejante. ¿Y si esos tipos tratan de matarte?

Le pasó un rizo detrás de la oreja.

-¿Te importaría?

-Claro que sí. Si te murieses, ¿quién me ayudaría a encontrar los petroglifos para que pudiera volver junto al hombre que amo?

Kady era consciente de que se esforzaba por recordar su gran amor porque en ese preciso momento no podía recordar ningún otro mundo que no fuera éste. Y quizá tampoco pudiese recordar a ningún hombre, salvo a éste.

Cole frunció un poco el ceño, le tomó las manos y se las oprimió.

-Recuerda que me necesitas. Por favor, recuerda que, si haces cualquier ruido o un movimiento repentino, esos sujetos me dispararán. Si yo muriera, ¿quién estaría aquí para protegerte?

-Oh -dijo Kady, con los ojos agrandados. Pero al observar la expresión de Cole, pensó que tal vez estuviese bromeando. O quizá tenía miedo porque había visto demasiadas películas del Oeste, donde todos se tiroteaban con todos- ¿Qué vas a hacer?

-Algo estupendo -le contestó, con los ojos brillantes.

Kady lo miró un momento, consternada, hasta que recordó su extensa conferencia sobre los orígenes de las drogas ilegales en Norteamérica. Era probable que se hubiese desviado un poco hablando del slang, de las botas blancas, del crack y del rap. Pero antes de que

pudiese responder, él le dio un rápido y dulce beso en la boca y se deslizó en silencio hacia la oscuridad.

Se instaló como si fuese parte del público de un anfiteatro, y observó a los hombres que estaban al otro lado de la hondonada, preparándose para pasar la noche. Bostezando, Kady no pudo menos que envidiarlos, deseando poder acurrucarse junto a Cole y.. ¡No! Lo que quería era estar otra vez en su propia cama, en Virginia, y al día siguiente, ver a Gregory. No quería cobijarse en un saco de dormir con su marido... con Cole, se corrigió. Quería a Gregory, no a Cole.

Atrapó su atención un movimiento en el campamento, y se sentó erguida. Pero lo que vio la hizo restregarse los ojos: un hombre casi desnudo, con el mismo color del barro de las chozas que tenía detrás, se movía en silencio ante los hombres, ya dormidos, y arrojaba al fuego un puñado de hierbas. Después, descolgando de las paredes un par de alas de águila, empezó apantallar las llamas, haciendo que el humo envolviese a los durmientes.

Kady miraba con los ojos agrandados, sabiendo que las hierbas que ardían en la hoguera eran marihuana silvestre. Desde luego, aprende rápido, pensó, con no poco disgusto.

Mientras las volutas de humo flotaban atravesando la hondonada, Kady se tendió boca abajo y vio cómo Cole se movía en la luz. Lo único que llevaba puesto era un taparrabo, y su gran torso musculoso estaba desnudo: sólo lo cubría el barro que se le secaba sobre la piel

Le gustara o no, quisiera estar con él o no, no podía menos que admirar su belleza. ¡Es mi esposo!, pensó de pronto, y trató de sacarse la idea de la cabeza. Sólo marido por conveniencia. Su verdadero marido era Gregory... o lo sería pronto.

-¿Qué será lo que está haciendo? -susurró, viendo que Cole bajaba las alas y los cuerpos de las pobres águilas muertas y desaparecía tras los viejos muros de barro.

Tuvo la sensación de que había desaparecido durante horas y, por un rato, observó a los hombres que dormían envueltos en la nube de humo de la droga, hasta que ella también se adormiló. Era probable que a ella también le llegara el humo.

Un chillido fantasmagórico la despertó, y se levantó tan deprisa que se golpeó la cabeza contra la rama baja de un árbol; miró hacia donde había luz. De entre las viejas ruinas había saltado una aparición y, por un instante, a Kady le latió con tanta fuerza el corazón que no advirtió que esa criatura era Cole.

Un fantasma, con una vaga semejanza con un hombre, pero oscuro como la sombra, se precipitó hacia los hombres que dormían, con el cuerpo cubierto de partes de las águilas, lo que le daba la apariencia de un pájaro de noventa kilos, listo para atacar.

Se había atado unas alas a los brazos, otras a las piernas. Su cara estaba convertida en el pico del pájaro de presa, y las características plumas blancas le cubrían la cabeza y el cuello. Parecía el espíritu vengador de las muertes de sus hermanas.

Como si su aspecto no bastara, le añadía el chillido, el grito penetrante de un águila pero más fuerte, más salvaje, que cortaba el aire como uno de los cuchillos de Cole.

Los tres cazadores, sumidos en el estupor de la marihuana, se incorporaron lentamente y miraban al águila gigantesca que se cernía sobre ellos, y pareció que pasaba una eternidad hasta que recobraron el sentido lo suficiente para tener miedo.

Al parecer, Cole disfrutaba de ese papel que le permitía aterrorizar a los cazadores. Extendió las alas y las agitó sobre la cabeza de uno de ellos de tal modo que Kady tuvo pena del hombre. Los otros dos no necesitaron tan directa persuasión, pues se levantaron de un salto, chocando con las paredes en la desorientación y el terror que los dominaba. Cuando trataron de apoderarse de sus rifles y pistolas, los gritos de Cole se tornaron casi dementes, como si el águila fuese a hacerlos pedazos.

En pocos minutos, con las botas bajo los brazos, los cazadores dejaron todo lo demás y emprendieron la loca carrera montaña abajo, por el sendero. Y Cole fue tras ellos con los largos brazos extendidos, como sí el águila que representaba fuese a envolver y a devorar a los que corrían.

Tras la huida de los cazadores, Kady se quedó completamente inmóvil largo rato, con la vista clavada en la luz que ardía frente a las ruinas, mirando el campamento vacío.

Sabía que debía levantarse, ir en busca de Cole y decirle que su actuación había sido magnífica. Que debía darle las gracias por aterrorizar a los cazadores, porque estaba segura de que jamás volverían a matar un águila. Pero se quedó sentada. En la actuación de Cole había algo tan escalofriante que, en verdad, la había asustado. Fue como si realmente representara el espíritu de las águilas muertas. Fue como si hubiese lanzado un hechizo y las almas de las águilas hubiesen entrado en su cuerpo guiando sus movimientos. Hasta el grito era lo más parecido imaginable al de las aves.

Kady esperaba que Cole cruzara la hondonada hacia donde ella se encontraba, pero no lo hizo. Tuvo la impresión de estar escuchando con cada átomo del cuerpo el sendero que había a sus espaldas, pero él no se acerco.

Cuando le pareció que habían pasado horas, se puso de pie y escuchó, pero no oyó ningún ruido proveniente de los tres cazadores ni de Cole. Lo más silenciosamente que pudo, empezó a caminar hacia el final de la hondonada y encontró un pequeño puente de tierra que llevaba a las ruinas.

Estaba en el límite de las ruinas, mirando el fuego humeante y notando que el humo flotaba en dirección a ella, cuando de entre los árboles oscuros emergió Cole y se abalanzó gritando sobre ella. Tenía un cuchillo entre los dientes, y cada parte de la piel que no estaba cubierta con plumas tenía barro seco y cuarteado. Era un espectáculo formidable y, sin querer, Kady retrocedió. En ese momento, no era un niño cantor. Más bien parecía salido de la peor pesadilla que alguien pudiera tener.

Dando otro paso atrás, Kady casi se cayó en el fuego humeante. No conozco en absoluto a este hombre, pensó, y cuando se le acercó más, levantó el brazo para protegerse.

Pero Cole, riendo, la tomó en los fuertes brazos, la levantó y la hizo girar., Cuando Kady forcejeó con él, le hundió la cara en el cuello, con plumas, pico y todo, y le dijo:

-Confía en mí, pequeña esposa mía. Dame tu vida y confía en mí.

Kady seguía, rígida, en brazos de él, asqueada por las plumas y por lo que representaban, pero tal vez el humo la hubiese afectado, porque cuando Cole empezó a hacerla girar, dando vueltas y vueltas, manteniéndola apretada, empezó a relajarse.

-Déjate llevar, Kady, mi amor -le susurró- Deja que otro cuide de ti. Entrégate a mí.

-No puedo -respondió, aunque sentía que su cuerpo se tornaba más dócil en los brazos de él-. Mi vida está en otro lugar, en otro tiempo.

Aunque quiso decirlo con convicción, empezó a retribuir el abrazo, a sentir que su cara se acomodaba a la perfección en la curva del cuello de él. Comenzaba a sentir que estaba bien que ese hombre estuviera ataviado con las magníficas plumas, porque casi sintió que podía volar junto con él.

-No tienes por qué ser la mejor niña del mundo -le dijo-. No tienes que ser perfecta. No tienes que hacer nada para estar segura de que la gente te ama. Yo te amo tal como eres.

-Tal como soy -dijo, sintiendo que las cargas de la vida la abandonaban.

Había demasiado para pensar... que no tenía que ser la mejor cocinera, la mejor hija, la mejor todo en el mundo. Quizá podría ser…

¿Cuál era esa palabra que había oído pero casi no entendía? Diversión. Sí, ésa era: podría ser divertido...

Echando la cabeza atrás, Kady miró un momento a Cole, con la cabeza del águila sobre la de él, las plumas pardas del pobre animal sujetas bajo su barbilla de modo que sólo se le veía la mitad inferior de la cara. El hombre moreno de los sueños de Kady siempre tenía la mitad inferior de la cara cubierta, pero estaba segura de que, si le hubiese visto la boca, tendría unos labios como los de Cole.

Le pareció lo más natural del mundo posar su boca en la de él y besarlo.

Las sensaciones que le recorrían el cuerpo la mareaban.

Podría ser el humo, el aire de la montaña, o ese bello hombre con su gran cuerpo musculoso, lo que hacía a Kady reaccionar con tal sensualidad. Fue natural que él le pusiera las manos bajo el trasero y la alzara de modo que sus piernas le rodearan la cintura.

-Kady, te amo, te amo -murmuró una y otra vez, mientras ella echaba la cabeza atrás, brindándole acceso a su cuello.

En ese momento, Kady supo que nunca había deseado a un hombre tanto como deseaba a Cole Jordan. Tal vez no estuviese enamorada de él, quizá las nubes de marihuana la hicieran reaccionar de ese modo,

impropio de ella. Lo único que sabía era que deseaba, desesperadamente, que él le hiciera el amor.

-No es verdad, ¿no? -le murmuró, hundiendo la cara en el cuello de él-. No eres eunuco, ¿verdad?

-¿Siempre crees todo lo que te dicen? -le preguntó, estrechándola contra sí.

-Casi todo -contestó, riendo, y luego lo besó otra vez.

Desde que se conocieron, se habían besado varias veces, pero habían sido besos castos, de labios cerrados, que satisfacían a Kady porque no deseaba nada más. Pero en ese momento abrió la boca sobre la de él, deseando otra cosa que no era castidad.

Pero Cole no respondió. No retribuyó el beso. En cambio, la dejó en el suelo Y dijo:

-¿Quieres ponerte unas plumas de águila?

Kady tenía la cabeza demasiado llena de humo -y quizá, también de lujuria- para responderle.

-Yo.... eh... no, no quiero ponerme plumas de águila.

Iba a decir algo más, pero Cole se puso la mano en la frente, se tambaleó, y Kady se acercó de inmediato a él, preocupada.

-Creo que no me gusta el humo de marihuana -dijo, sentándose en el suelo, con la espalda contra la pared de las ruinas.

Sonriendo, Kady echo tierra en la hoguera con el pie para sofocar las últimas ascuas y, cuando volvió, Cole se había acostado en el suelo y dormía con la inocencia de un niño. Sin vacilar, se tendió junto a él y él la acomodó contra sí como si ella fuese un oso de peluche. Sonriendo, la mujer se durmió.

11

A Kady la despertó el olor de la fritura, pero el agotamiento emocional por lo vivido los últimos días era tan intenso que ni intentó adivinar qué estaba tratando de cocinar Cole. Sin hablar, él le entregó un cuadrado grueso y blanco, que era una mezcla entre bizcocho y galleta, con casi medio kilo de tocino. Comió un poco, no mucho. Notó que Cole debía de estar levantado hacía rato, porque se había limpiado el barro y estaba vestido. No se veía una pluma de águila por ningún lado.

Después de un rato, Cole apagó el fuego, envolvió las provisiones que habían dejado los cazadores y las guardó con cuidado en una de las casas en ruinas; luego empaquetó las pertenencias de Kady y de él, y se echó el bulto al hombro.

-¿Lista?

Fue lo único que dijo. Kady asintió y se levantó para seguirlo.

No tuvo que preguntar por qué Cole estaba tan callado, porque ya lo sabía: era hora de que ella volviera a casa.

-Cole... -empezó a decir, pero él no la miró.

-Soy hombre de palabra -dijo-, y los tres días se han terminado.

Por un momento, los ojos de Cole ardieron en los suyos:

-A menos que quieras quedarte -dijo.

Pero Kady negó con la cabeza: quería volver al hogar,

-Anoche hice algo que te disgustó -dijo con suavidad Cole.

-No, nada -mintió la mujer.

-No era mi intención quedarme dormido, pero el humo...

-No, fue mejor que te durmieses -repuso, eludiendo la mirada de él, aunque viendo que fruncía el ceño y su semblante expresaba desconcierto.

¿Qué podría haber dicho? ¿Que estaba decepcionada de que no le hubiese hecho el amor, siendo que, en realidad, no lo quería, y tal vez no estaba en condiciones físicas de hacerlo? «Kady, en estas montañas, tu cerebro está recibiendo poco oxígeno», se dijo.

En el trayecto montaña abajo, por parte de Cole, no hubo chanzas ni intentos de hacerle creer que Gregory buscaba otra cosa que no fuese la misma Kady. Caminaba delante de ella y, si bien le veía los hombros un poco caídos, caminaba con el paso de un hombre con una meta.

Como llegaron muy rápido a la cabaña, Kady comprendió que en el ascenso la había conducido por un camino indirecto que llevó más tiempo del necesario, Dándole sólo media hora para recoger las cosas en la cabaña, la alzó sobre la montura del caballo, montó tras ella, y partieron.

Ya en brazos de Cole, reclinada contra su pecho fuerte, Kady empezó a pensar que no volvería a verlo más.

-No es que no me gustes y que no quiera ser tu esposa -dijo-. Sobre todo después de haberte conocido en estos últimos días. Tampoco es imprescindible estar enamorada de un hombre para acostarse con él. En mi mundo, algunas mujeres creen que salir con un hombre significa irse a la cama con él. Lo que sucede es que yo soy diferente, y creo en la fidelidad. Estoy segura de que si tú y yo nos hubiésemos conocido en diferentes circunstancias, en este momento estaría locamente enamorada de ti. Pero estoy comprometida con otro hombre, y por eso no puede ser. Es que no quiero que te sientas mal por nada que yo pueda haber dicho...

-Kady, cállate.

Asintió, cerró la boca, e hizo lo que pudo por concentrarse en Gregory. Pero la seguridad de los brazos de Cole y el paso suave del caballo pronto la arrullaron, y se durmió.

-Hemos llegado -le dijo Cole en voz baja, en el oído.

Kady abrió lentamente los ojos y vio ante sí un amontonamiento de rocas peladas que le resultaba familiar. La luz del día se desvanecía, y aunque Kady tenía dificultades para ver, allí, casi escondidos bajo unas enredaderas, estaban los petroglifos.

Cole la ayudó a desmontar; luego se acercó junto a ella.

-¿Esto era lo que querías? -le preguntó con suavidad.

Kady no quiso oír el dolor que sonaba en la voz del hombre. Trató de convencerse de que no era posible que estuviese enamorado de ella. Lo

que sucedía era que ella le resultaba exótica, y a los hombres les encantaba lo insólito. Sintió ganas de reír ante la idea de ser exótica.

Un poco vacilante, caminó hacia las rocas, deteniéndose una vez para mirar a Cole sobre el hombro, pero él, a su vez, miraba algo que estaba sobre la cabeza de Kady. Cuando se volvió, vio que la roca parecía esfumarse, convirtiéndose en una imagen fantasmal. Como había visto tantas horas de televisión, quizá para ella no fuese tan aterrador lo que veía como para ese hombre que jamás había visto un aeroplano. Pero incluso con su experiencia, tuvo que reunir valor cuando las rocas se borraron y en su lugar apareció... apareció...

-Es mi apartamento -dijo en voz alta, volviéndose hacia Cole, con la dicha en el semblante-. ¡Ése es! Puedo volver. Puedo...

Al ver la expresión sombría de Cole, se interrumpió, compadecida. Se dijo que no lo amaba, porque estaba enamorada de otro hombre y, por lo tanto, no tenía por qué importarle la expresión de Cole. No importaba que...

Sin pensarlo, corrió hacia él, le arrojó los brazos al cuello, apoyó los labios en los de él y lo besó.

-Siempre... me acordaré de ti -susurro- Toda mi vida. Has sido muy bueno conmigo, y siempre te recordaré. Me gustaría ...

-¿Qué? -quiso saber él, estrechándola con tanta fuerza como para quebrarle las costillas- ¿Qué te gustaría?

-Que hubiese dos como yo -dijo- Me gustaría poder quedarme, y también irme. Poder vivir ambas vidas.

-No te v... -empezó -a decir, pero Kady lo interrumpió con otro repentino beso.

Luego, con un firme empujón, se apartó de los brazos de él. Cuando sus pies se posaron en el suelo, empezó a correr para transponer los escalones de entrada a través de la roca porque temía que, si no se iba en ese mismo instante, no se iría nunca.

Ante Kady estaba el apartamento alquilado, con sus muebles ordinarios. Veía en el suelo la caja de metal en la que había estado el vestido de novia, y la chaqueta de cocinera descansando sobre el sofá. En el contestador telefónico parpadeaba la luz: podría ser que hubiese llamado Gregory. Por lo que Kady sabía, hacía varios días que había desaparecido, y la policía debía de estar buscándola.

Con la mano extendida, levantó el pie para dar un paso hacia el apartamento.

Pero, de pronto, apareció allí el hombre moreno sobre el caballo blanco, y el pensamiento involuntario: «Éste es el hombre», apareció en su cabeza. No era el rubio Cole ni a Gregory, parecido a él, a quien ella amaba sino a este hombre que estaba con ella casi desde que tenía memoria.

Como siempre, llevaba. la mitad inferior del rostro cubierta. En los sueños de Kady, los ojos eran tan expresivos que ella lo entendía sin que tuviese que pronunciar las palabras. Pero ahora no entendía lo que trataba de comunicarle. Estaba frente a ella, y daba la impresión de que podía tocarlo, pero cuando de manera instintiva extendió la mano para

hacerlo, la distancia entre ambos aumentó hasta dejarlo fuera de su alcance.

Tenía la mirada triste, como si tuviese miedo de estar viendo el fin de algo, como si temiera perder a Kady. Ésta no vaciló al dar un paso hacia él, como siempre, deseando ir con él, estar con él. Pero la distancia volvió a crecer.

-¿Cómo puedo llegar a ti? -susurró, y vio que el hombre levantaba una mano como invitándola-. ¿Estaremos juntos alguna vez? -le preguntó, extendiendo la mano, tratando de alcanzarlo.

¿Habrá un tiempo para nosotros?

El hombre oscuro no contestó, pero le sonrió con los ojos, y en ellos había tanto amor que Kady contuvo el aliento y, cuando trató de sonreírle a su vez, se le quedó en la garganta. Lo que más quería era saltar sobre ese caballo e irse cabalgando con él a donde fuese.

Pero Cole la detuvo. Dando una zancada, la atrapó en sus brazos y la apartó de la entrada.

La abertura en la roca desapareció con la misma velocidad con que se había movido Cole. En un momento había una entrada para que Kady regresara a su tiempo y, al siguiente, sólo había roca sólida.

Al principio, no pudo creer lo que había pasado.

-No -murmuró, tratando de soltarse de Cole, pero él la retenía con fuerza.

-¡No, no, no! -gritó, y empezó a golpearlo en el pecho con los puños-. No quiero quedarme aquí. Quiero volver a mi tiempo. Tú... -gritó.

Comenzó a lanzarle una serie de improperios que Cole jamás había oído pronunciar a una mujer. Por la expresión de su rostro, se veía que no conocía algunos de los términos.

Cole aflojó el abrazo.

-Kady, lo siento, no quería...

Apartándolo de un empujón, se acercó a la roca y pasó las manos sobre la superficie dura, impenetrable. ¿Se abriría sólo a ciertas horas del día? ¿O sólo en ciertos días? ¿Cuál era la clave para volver a abrir la roca?

-Mira, Kady -dijo Cole, con los ojos bajos, el semblante de alguien que está verdaderamente arrepentido de lo que ha hecho. Lo siento. Lo que pasa es que no he podido soportar que te marcharas. -Ladeando la cabeza, la miró a través de las espesas pestañas-. No puedes culpar a un hombre enamorado, ¿verdad?

-Si me amaras, me habrías ayudado a hacer lo que yo quiero hacer. Cole Jordan, tú eres una persona muy egoísta.

-Si te refieres a que quiero que te quedes conmigo, y que haré todo lo que esté en mi poder para conservar a mi esposa junto a mí, entonces sí, soy egoísta. En lo que a ti se refiere, señorita Long, puedo ser el hombre más egoísta de los que están vivos.

-¿Crees que ésa será la clave?

-¿Qué clave? -preguntó, confundido.

-Que estés vivo. ¿Piensas que sí clavara uno de tus cuchillos en tu pequeño corazón egoísta tal vez se abriese la roca y yo pudiera volver a mí hogar, ¿Al hombre que amo?

Casi dijo «Hombres ... »

-Podrías intentarlo -dijo Cole, en buen tono.

Kady levantó las manos, en ademán exasperado.

-¿Y ahora qué voy a hacer? -dijo, más para sí misma que para él.

-¿Vivir para siempre feliz conmigo? -sugirió Cole, Kady lo miró.

-Entiendo. ¿Quieres volver a intentarlo mañana? -No me dejas más alternativas. -Kady dio un paso hacia el caballo y luego se volvió-. Quiero que hagas un voto solemne, sagrado. Debes jurarme que me ayudarás a llegar a mi casa.

Los ojos de Cole se iluminaron.

-Oh, sí, claro. Te ayudaré a llegar a tu hogar.

Había accedido con demasiada facilidad:

-¿Qué te traes entre manos?

-Kady, mi encantadora esposa, es tarde, y debes de estar cansada. ¿Qué te parece darte un baño en una bañera de cobre y dormir en un colchón de plumas, con sábanas blancas limpias?

Kady abrió la boca para decirle lo que podía hacer con sus sábanas blancas limpias, pero los músculos doloridos amenazaban con hacerla arrepentirse de tales palabras, y sólo pudo decir, con voz débil:

-¿Con toallas?

-Entibiadas ante el fuego.

-Te odio -murmuro.

Cole rió.

-Ya veo.

Tras lo cual la tomó en brazos, la arrojó sobre la montura, montó tras ella y emprendió la marcha por un sendero que Kady no había visto jamás.

Y si bien estaba furiosa con él, mientras bajaban le preguntó:

-¿Lo viste? -Como no le respondió, agregó-: En la entrada,

¿viste al hombre a caballo?

La expresión de Cole bastó para que Kady supiera que no había visto a nadie.

Con un suspiro, se volvió de nuevo hacia el camino.

12

Con desgana, Kady despertó oyendo voces; más concretamente, voces de mujeres enfadadas. Por un momento, creyó que aún dormía porque se sentía envuelta en un capullo de tibieza.

-Señora Jordan -oyó una voz de hombre-. Señora Jordan, han venido a verla.

Mientras procuraba salir del refugio, advirtió que estaba rodeada por un colchón de plumas de una hondura increíble, que la envolvía como si quisiera tragársela. Al arrojar dos almohadas sobre la cabeza y comprobar que eran tan livianas que no hacían ruido al caer al suelo, hizo todo lo posible por incorporarse. Pero no era nada fácil, pues con cada movimiento se hundía más en esa suavidad como de nube.

-Ya voy -dijo en voz alta al que la llamaba, quienquiera que fuese.

Se sujetó del costado de la cabecera de caoba profusamente tallada y se levantó. Pero, incluso sentada, como sólo medía poco más de un metro y medio, casi no podía mirar por encima del acolchado, que debía de tener un espesor de casi un metro:

-Deben de haber dado su vida cuando menos una especie entera de gansos para hacer esta cama -farfulló, y miró alrededor, para ver quién le hablaba.

Ahí estaba, de pie, un anciano de rostro arrugado por los años y la intemperie, que observaba a Kady con los ojos chispeando, divertidos.

-¿Sí? -dijo Kady-. ¿De qué se trata?

Entre las dos preguntas, golpeó con el puño el acolchado, que se inflaba como masa de pan levando en un horno caliente.

El viejo rió, viéndola luchar con las plumas endemoniadas.

-Las damas del pueblo han venido a hablarle del chico.

-¿El ...? -El esfuerzo de hablar había hecho que Kady se deslizara dentro del colchón, de modo que tuvo que enderezarse e intentar recuperar la dignidad. En verdad, no recordaba mucho de la noche anterior. Cole le había prometido un baño y una cama, y recordaba vagamente el agua tibia, y haber caído en ese blando colchón- ¿El chico? -preguntó.

-Cole Jordan -respondió el hombre- ¿Usted es la señora Jordan?

-Sí, supongo que sí -dijo, sonriendo por el modo en que el hombre llamaba a Cole «el chico»- Y supongo que usted será Manuel.

Dio al inflado acolchado un par de golpes fuertes con los puños y paseó la vista por el dormitorio. Ésa no era la casa de un hombre pobre. Ese cuarto solamente era tan grande como todo su apartamento, y el pesado mobiliario de caoba debió de haber costado una fortuna. Las paredes estaban forradas de damasco azul claro que, salvo que Kady se equivocase, era de seda, y sobre el tocador había un espejo enmarcado que parecía digno de la Opera de París.

En el instante en que Kady abría la boca tratando de responder a Manuel, la puerta que había tras él se llenó de mujeres que parloteaban y que se tironeaban y empujaban para ser las primeras en entrar en el cuarto.

Aunque estaban hablándole, por un momento no pudo oírlas, porque estaba contemplando las ropas. Por provenir de una época en que, al parecer, las mujeres no usaban más que negro, y el único adorno consistía en collares y pendientes de buen gusto, estas mujeres resultaban deslumbrantes. Tenían flecos en los vestidos, galones resplandecientes, botones de piedras brillantes, sombreros con plumas que se les rizaban sobre las caras; había telas escocesas, estampadas y lisas de los colores más insólitos. Kady parpadeaba, sin poder quitarles la vista de encima a las cinco.

-Y creímos que tenía que saber con qué clase de hombre está casada -concluyó una de las mujeres.

Kady comprendió que se había perdido todo el discurso, y lo lamentó, porque le habría gustado saber qué clase de hombre era Cole Jordan.

-Me parece que estoy un poco desorientada -dijo- Tal vez pudieran empezar de nuevo, y contarme todo en detalle.

Las mujeres, todas jóvenes y atractivas, un par de ellas hermosas, le sonrieron, levantaron las largas y pesadas faldas y se encaramaron a la cama con ella. El efecto fue levantarla un poco más, pero las plumas absorbieron el peso agregado, y pronto el colchón y el cobertor reptaban sobre las faldas de vivos colores.

-Sería conveniente que nos presentáramos. Soy Martha -dijo la más bonita, tendiéndole a Kady la mano enfundada en un guante de piel de cabra, para que le estrechase las puntas de los dedos,

Kady trató de no pensar en lo extraño que era recibir invitados en la cama, pero estas jóvenes no parecían tomarlo a mal. Las otras se presentaron como Mable, Margaret, Myrtle y Mavis. En la tercera M, Kady ya estaba perdida.

-Pensamos que es nuestro deber cristiano hablarle del hombre con el que se ha casado -dijo Martha, haciendo sonreír a Kady.

¿Le dirían que Cole Jordan era mentiroso y manipulador? Ya lo sabía. También sabía cuán encantador podía ser, y cuán dulce, y..

-Jamás creerá lo que obligó a todo el pueblo a hacerle a usted -dijo M Tres, atrayendo la atención de Kady.

Como las cinco M hablaban al mismo tiempo, tardó casi una hora en conocer la historia completa; finalmente entró Manuel con café y unas exquisitas sopaipillas chorreantes de miel. Sentada en la cama, Kady comía y escuchaba, cada vez más enfadada y disgustada.

Al parecer, Legend, pueblo de Colorado, no era, en realidad, un pueblo minero; era un pueblo que pertenecía a un solo hombre, y ése era Cole Jordan. Era dueño de todas las minas, todas las tiendas, de cada centímetro de tierra. Y todos los habitantes del pueblo trabajaban para Cole o, según las M, eran «esclavos obligados».

-Todos le obedecernos, pues, si no lo hacemos, nos echa.

-Mi padre ha dirigido la Reeves Mercantile durante diez años, pero no posee un céntimo de ella -dijo M Dos- Cole es dueño de todo. De todo. De modo que ya entiende por qué tuvimos que hacerle lo que le hicimos.

Lo que le hicieron, bajo órdenes de Cole, fue negarse a darle trabajo o comida siquiera, en aquellos dos días horribles en que pasó buscando cualquiera de las dos cosas. Volviendo a evocarlo, recordó que Cole les había dado algo a unos niños que jugaban a un lado del camino. Sin duda, debía de haberles dado unas monedas para que corriesen por todo el pueblo y les dijeran a todos que cualquiera que alimentara o ayudara a Kady de cualquier forma sería echado del pueblo.

-Y lo hizo mientras organizaba la boda de él, de ustedes. Hizo decorar toda la iglesia y obligó a todos los miembros del coro a presentarse para cantar en su boda. Ese día, la madre de Betty estaba enferma, pero sabía que no le convenía contradecir a Cole, porque cada bocado que come la familia depende de él.

-Le tendió a usted una trampa para casarse con usted -dijo M Uno, llevándose el pañuelo a los ojos-. Y odiamos ver a alguien de nuestro sexo tan maltratado por un hombre como Cole Jordan.

-¿Sabe cómo es, en realidad, el hombre con el que se ha casado? -dijo Martha, la única a la que Kady podía atribuir un nombre completo.

-Creo que no sé casi nada de él -respondió-. Quizás ustedes puedan informarme de algo más. Podrían decirme por qué alguien trataba de ahorcarlo.

-Ah, eso -dijo M Cuatro- La mitad del país quiere asesinar a Cole. No quiere venderle nada a nadie, En cuanto decide que algo le pertenece, lo conserva, sin importarle lo que tenga que hacer, incluido conservar el dinero. Pero si ahora mismo, con los casi treinta millones que tiene... ¿Se siente bien? -le preguntó a Kady, al ver que casi se ahogaba con un bocado de sopaipilla.

-¿Treinta millones de qué? -preguntó Kady cuando se recuperó.

-Dólares, por supuesto. La mayor parte, en oro y plata.

¿Acaso no ha escuchado? Posee tres minas de plata muy lucrativas, más todos los negocios del pueblo; por eso la gente trata de quitarle ese dinero. Como no quiere venderles nada, se sienten tan frustrados que, en compensación, deciden matarlo.

-Entiendo el razonamiento -dijo Kady. ¿Y por que no contrata guardaespaldas, hombres armados que lo protejan? -La afirmación hizo que las mujeres se echaran atrás, como si hubiese dicho algo escandaloso-.¿He dicho algo malo?

Un segundo le bastó a Kady para comprender que sólo se habían echado atrás para llenarse los pulmones de oxígeno y poder seguir con la seguidilla de frases descriptivas de Cole.

-¡¿Protección, Cole Jordan?! -se horrorizaron, y procedieron a contarle lo que Kady ya había visto.

Cole llevaba encima tantos cuchillos escondidos en cada prenda que una vez había pasado junto a unos niños que jugaban con imanes, y los imanes habían volado de las manos de los niños y se habían pegado a su cuerpo,

-¿Ha visto usted el látigo que lleva a la espalda? -preguntó M Dos-. Si bien no comulga con las armas de fuego, lo compensa con las otras armas.

-Pensar que lo creí un niño cantor -musito Kady, haciendo reír a las visitantes.

Pero el modo en que reían la hizo mirarlas, pensativa. ¿Por qué habían ido a contarle eso? Si era verdad que todo lo que tenían, en el presente, era propiedad de Cole, ¿por qué arriesgarse a sufrir su ira?

Las miró a los ojos.

-¿Cuántas de ustedes han intentado casarse con él?

M Tres no titubeó:

-Todas, desde luego. ¿Qué mujer joven no intentaría conquistar a un hombre apuesto, que vale treinta millones de dólares?

Las cinco, sentadas en la cama, miraron a Kady como si esperasen que les contestara la pregunta, pero a ella no se le ocurrió ninguna respuesta.

Martha sonrió.

-Ya veo que la hemos sorprendido. Hace dos años, las cinco perseguíamos a Cole con tal vigor que nos odiábamos entre nosotras. ¡Y él, ese canalla, jugaba a ponernos unas en contra de otras! A cada una le decía lo que había hecho la otra para conquistarlo, de modo que ésa intentara superarla. Nos vestíamos para Cole, cocinábamos para él, imaginábamos maneras de entretenerlo. ¡Nuestra vida era un infierno!

-¡Martha! -dijo M Tres, escandalizada por el lenguaje, pero las otras asintieron, con aire grave.

-Fue mi madre -dijo M Cuatro- la que nos hizo una triquiñuela para que nos reuniésemos las cinco porque, como imaginará, para entonces éramos enemigas declaradas, y nos ayudó a ver que estábamos haciendo el papel de tontas por un hombre fatal. Cole no tenía intenciones de casarse con ninguna de nosotras.

-Sí, era demasiado feliz para casarse con alguna de nosotras, porque eso habría hecho que dejáramos de cortejarlo. Nunca se puede hacer cambiar a un hombre feliz.

-Yo... supongo que no -dijo Kady, a quien jamás se le había ocurrido.

M Dos se inclinó hacía delante, muy seria.

-¿Qué hizo usted para obligarlo a hacer semejante esfuerzo para que se casara con usted?

Kady no lo sabía bien.

-Me pidió que me casara con él, y lo rechacé. Le dije que iba a casarme con otro.

-¡Ahhh! -dijeron al unísono, y miraron a Kady como si la creyeran una estratega brillante.

-No, ustedes no lo entienden. Yo no quiero casarme con él. Al menos, no quería, y, en efecto, amo a otro hombre.

«O quizás a dos», pensó, pero no lo dijo.

-Si es alguien que vive en este pueblo, Cole lo despedirá y lo echará del pueblo.

-No, el hombre que amo vive en Virginia.

«Y en mis sueños.»

Al oírla, las mujeres se miraron entre sí, y luego otra vez a Kady, como preguntándole: Entonces «¿qué está haciendo en Colorado?»

-Miren -dijo Kady- Puedo resolver esto. ¿Conocen a alguien que sepa dónde están las rocas talladas? El dibujo es algo así -dijo, usando un pedazo de pan para dibujar un alce en la miel del plato.

Como las mujeres -no dijeron nada, Kady alzó la vista y vio que no habían mirado siquiera el plato.

-¿Qué pasa? -dijo, en voz tenue.

Martha miró a las otras mientras hablaba.

-Convendría que lo sepa, señora Jordan...

-Kady, por favor.

-Kady...-Martha inhaló una profunda bocanada de aire-, Cole salió esta mañana temprano, y se ha ido por unos días, sólo el cielo sabe adónde, pues hay veces en que se hace el misterioso, y dejó dicho que usted no puede irse del pueblo.

Kady sintió que el corazón comenzaba a golpearle.

-No quiero irme del pueblo; sólo quiero salir a pasear, eso es todo. Ayer vi esas rocas, y me pareció que podría ser un lugar agradable para un picnic. Podríamos ir todas.

M Tres movió la cabeza.

-Cole ha dicho que no. Usted no debe irse del rancho. Ha puesto guardias en todo el perímetro del rancho, para que no pueda salir.

-Y también se ha llevado los caballos.

-Puede hacer venir a cualquiera del pueblo a verla, pero no puede ir a Legend siquiera.

-Tiene miedo de que robe un caballo y vaya cabalgando montaña abajo, hasta Denver.

Kady no comprendía lo que estaba oyendo.

-¿Acaso están diciéndome que soy una prisionera?

-Exacto.

-No seria mas prisionera si estuviese tras las rejas.

Kady se quedó parpadeando unos instantes.

-Un momento, esto sigue siendo Estados Unidos, ¿no? No soy una delincuente, y él no tiene derecho a retenerme prisionera. Soy una persona libre, y..

-¿Es sufragista? -preguntó M Tres.

-Soy un ser humano, con todos los derechos y privilegios que eso significa.

-En Virginia, puede ser, pero aquí en Legend, no. Aquí está usted sometida, como todos nosotros.

-¿Ah, sí?-dijo Kady, alzando una ceja-. Ya veremos. Pienso que Cole ha estado tratando con mujeres que no conocen los trucos que yo sé. ¿Ustedes cinco me ayudarían?

Las mujeres se miraron entre sí, y luego a Kady.

-No -dijo Martha- Lo sentimos mucho, pero tenemos demasiado que perder. Nuestros padres nos matarían si perdiesen sus empleos.

-Pero somos hermanas -dijo Kady, y hasta a ella le sonó estúpido.

No conocía a esas mujeres; ¿por que, entonces, se iban a arriesgar por ella?

-Entonces lo haré sola -dijo, con toda la fuerza que pudo reunir-. Saldré de aquí, ya lo verán.

Las cinco mujeres se quedaron sentadas sobre la cama, mirándola con compasión. Sus caras le decían a Kady que pronto descubriría lo que ya sabía.

Dos días, pensó Kady, con los puños apretados a los lados. Dos días sin hacer absolutamente nada. Un día más así, y estaba segura de que se volvería loca.

Esa mañana, después de que las cinco M se marcharon, Kady estaba tan desbordada de indignación que había resuelto encontrar los petroglifos y, salir de ese período para siempre. Lo único que quería en el mundo era regresar a Virginia y a Gregory.

Pero, después de un día y medio de tratar de escapar, había fracasado tan estrepitosamente como cuando intentara conseguir trabajo en Legend. Desde luego debía reconocer que cuando Cole daba una orden, lo obedecían.

Tras la partida de las M, encontró en el tocador una nota en la que Cole le decía que lo lamentaba mucho pero que había tenido que marcharse y que no volvería a verla hasta diez días después. No hacía intención de su prisión durante ese período, y tampoco tenía la cortesía de explicarle adónde se había ido y por qué.

Durante todo el primer día, Kady había intentado escapar, pero, a decir verdad, ¿adónde podía ir? Las personas a las que le preguntaba por las piedras talladas la miraban con expresión perpleja, de modo que, aunque lograse robar un caballo y montarlo, no sabría adónde ir.

La última noche se había sentido tan frustrada que le escribió a la abuela de Cole, rogándole que fuese a Legend para ayudarla a escapar.

En ese momento, la tarde del segundo día, Kady se sentaba al escritorio de lo que debía de ser la oficina de Cole, y se preguntó: «Por qué a mí?» ¿Por qué ella, había sido la elegida para esa absurda confusión de tiempos? Para empezar, Kady no estaba hecha de la materia de las heroínas. No había en su vida grandes tragedias que necesitaran reparación y, en cuanto a eso, tampoco en la de Cole. ¿Entonces por qué estaba ella allí?

Alrededor de la una de ese día, dejó de luchar. Ya había suplicado ayuda a cada persona que veía en el rancho, y todos la miraban como si estuviese loca. ¿Cómo era posible que se quejara, siendo la señora de tantas propiedades? Y Kady tenía que admitir que Cole era dueño de muchas cosas. La casa se erigía en el terreno más bello que ella hubiese visto, y la casa misma era tan hermosa que quitaba el aliento. Debía de tener unas veinte habitaciones, cada una de ellas amueblada a todo lujo, en un estilo acogedor y cómodo. Era de la casa que Kady siempre había soñado y nunca supo cómo adquirir.

Su cuarto favorito, la cocina, era un sueño: una enorme cocina con fuego de leña, una gigantesca mesa de trabajo de roble, cuatro hornos

empotrados en las paredes de ladrillo, y una alacena lo bastante grande para contener un almacén de víveres. Lamentablemente los utensilios de cocina consistían en cuatro piezas de hierro fundido, muy grasientas, y unas cucharas de madera.

-Si las cosas fueran diferentes -murmuró Kady, sentada en la biblioteca oficina, garabateando en un papel con un lápiz grueso.

Evocando tiempos pasados, recordó cómo había hecho para dar comienzo al cultivo de levadura en la cabaña, y que había pensado en hacer escabeches y confituras.

«Kady es una muchacha muy colaboradora.» Resonó en su mente la frase que le había oído decir miles de veces a la madre de Jane. Cuando ella era niña, su madre había tenido que trabajar en dos empleos, y cuando los padres de Jane le ofrecieron cuidar de la hija, aceptó sin vacilar. Nunca supo que la familia de Jane no había tratado a Kady mucho mejor que a una criada sin salario.

¿Qué fue lo que había dicho Cole?:

-No tienes que ser la mejor niña del mundo. No tienes que ser perfecta. No tienes que hacer nada para asegurarte de que la gente te ame. Yo te amo tal como eres.

-Tal como eres -repitió Kady en voz alta.

Ser aceptado tal como uno es, ¿no es una especie de libertad? En el fondo, sabía que Cole le había dicho la verdad. Podía quedarse en esa hermosa casa los próximos ocho días u ocho años, lo mismo daba, y no hacer absolutamente nada, si no quería, y él estaría igual de complacido.

Si bien no estaba segura de cómo lo sabía, estaba segura de que con Cole no tenía que ganar su amor. No tenía que limpiar cuartos de baño, como había hecho para la madre de Jane, no tenía que cocinar sin gastar demasiado, como exigía la señora Norman. No tenía que mantener la boca cerrada siquiera y no quejarse, como tuvo que hacer con su propia madre.

-Puedo hacer lo que se me antoje -dijo, levantando la vista y clavándola ante sí, en los estantes llenos de volúmenes encuadernados de cuero. De golpe, empujó la silla hacia atrás y se puso de pie- Quizá no pueda irme de aquí, pero puedo traer cualquier cosa que el Colorado de 1873 tenga para ofrecerme. -De pie ante la ventana, contemplando el paisaje de montañas y valles, murmuró-: ¿Qué es lo que quiero más que nada en el mundo, pues?

Mientras miraba por la ventana, pensó en su película preferida: El banquete de Babette. La protagonista era una gran chef que, por razones políticas, tenía que ocultarse en una aldea remota, con dos hermanas pobres. Cuando heredó algo de dinero, bastante para permitirle dejar el empleo, en vez de ser «sensata», gastó hasta el último centavo en ingredientes para preparar un banquete como nadie había comido hasta entonces.

Kady tenía la cinta de vídeo de la película, y la había visto cientos de veces. Cada vez que la veía, su imaginación se desbordaba pensando en cómo seria cocinar sin restricciones de dinero, ni la obligación de «complacer al público».

«Primero tendría que hacer un inventario -pensó- Tendría que ver qué hay aquí y qué puedo comprar. No podré ir a Denver, pero puedo mandar a otros. Luego haré cavar zanjas, construir hornos al aire libre y empezar a encurtir verduras. Necesitaré ayuda para recoger setas, verduras de hoja y hierbas. Y necesitaré … »

Al mismo tiempo que pensaba esto último, ya estaba en el escritorio haciendo notas.

-Invitaré a todo el pueblo -dijo en voz alta-. Durante tres días, comerán a expensas de Cole. -Mordió la punta del lápiz-. Si ustedes lo comen, yo lo cocinaré -escribió-. No prepararé nada hermoso ni que esté en peligro -escribió- Nada de tortugas, mapaches ni pumas. ¡Y ningún insecto!

Llevando consigo el cuaderno, salió de la biblioteca rumbo a la cocina. Y a medida que su mente volaba, sus pies corrían, y entró en la cocina como una tromba. Manuel y Dolores, la esposa, cortaban verduras con parsimonia, para las enchiladas de la cena.

-¿Ustedes saben dónde puedo contratar personas que conozcan las montañas y puedan recoger setas para mi? ¿Y que puedan ayudarme a carnear y limpiar pescados?

Manuel y su esposa se miraron entre sí, y el hombre dijo:

-En nuestro pueblo de Socorro puede encontrar personas así.

-¿Cuánta gente vive allí?

-Treinta y seis personas.

Kady sonrió:

-¿Podré contratarlos a todos?

Manuel se quedó mudo, pero Dolores habló:

-¿Para qué? Nadie matará al señor Jordan por usted.

-Juan podría hacerlo -dijo Manuel, con tono práctico.

-¿Es eso lo que quiere? -preguntó Dolores, mirando a Kady con intensidad.

Kady parpadeó, sopesando la posibilidad, y luego sacudió la cabeza:

-No, no quiero matar a Cole aunque se lo merezca. Quiero dar un banquete. Un banquete como nadie ha soñado. Quiero experimentar. Quiero crear nuevas recetas y, llegado el caso, escribir un libro de cocina, Quiero probar todos los platos que he visto, y enterarme de qué sabor tienen. Quiero envolver pescado en papel, sal, barro y hojas mojadas. Quiero marinar carne en hierbas que nadie haya utilizado aún. Quiero cometer errores y tener algunos triunfos. Quiero… quiero

-Sonrió, mirando a los dos ancianos, de rostros inescrutables Quiero libertad.

Vio que Manuel no entendía eso, y que estaba punto de decirle que no podía abandonar el rancho.

-Quiero gastar el dinero de Cole. Mucho. ¿Me ayudarán ustedes?

-Con gusto -dijo Manuel, riendo.

-Muy bien; entonces vengan conmigo y empecemos a trazar planes. Ah, y manden a alguien a buscar a los habitantes de Socorro. Díganles que les pagaré a todos diez dólares la hora.

Librodot

Al oírla, Manuel sujetó a su esposa para que no se desmayara. Aunque Kady no estaba segura, dedujo que el salario medio de 1873 debía de ser como de un dólar por semana, de modo que diez dólares la hora era una cifra mayor de lo que ellos podían comprender.

-¿Y los niños? -preguntó Dolores, sin aliento, sostenida por los brazos del marido.

-Tráiganlos también, y les pagaré como probadores. Me encantaría escribir un libro de cocina para pequeños. Vamos, estamos perdiendo tiempo.

En estado de conmoción, Manuel y la esposa siguieron a Kady a la biblioteca.

13

Cuando entró a caballo en Legend, en el Estado de Colorado, se convenció de que, en el transcurso de los diez días que estuviera ausente, se había convertido en un pueblo fantasma. Lo primero que se le ocurrió fue que había regresado la banda de Harwood y matado a todos, pero, si eso hubiese sucedido, habría habido evidencias de semejante carnicería. Cuando miró por las ventanas del hotel y no vio a nadie, pensó que quizá todos habían pasado a través de la roca junto con Kady. Pero eso no era posible, porque él había dado órdenes, y sabía que nadie se habría atrevido a desobedecer.

Si no era la violencia, entonces había sido la viruela la que los había barrido a todos. O quizá...

No se le ocurrió qué otra cosa podría haberles pasado a todos, y la extraña sensación que le causaba el pueblo vacío estaba poniéndolo nervioso. Algo espantoso había sucedido; tenía que ser así. Sin embargo, no veía signos de desastre: ni casas incendiadas, nadie vagando por ahí con expresión trágica.

Sencillamente, el pueblo estaba abandonado, y no había rastros que le indicaran qué le había pasado a todo el mundo.

-¿Hay alguien aquí? -gritó, pero su voz retumbó en los edificios vacíos y volvió a él.

Desmontó, ató el caballo y entró en la tienda del pueblo, donde su impresión se hizo más fuerte aún. Los dos tercios de los anaqueles estaban vacíos. Quedaban ropas colgadas de los percheros, y botas para vender, como siempre, pero la parte de almacén de la tienda estaba completamente limpia,- no quedaba ni un bote. Incluso habían desaparecido las latas «misterio», esas que habían caído al río y se les despegaron las etiquetas. Ni siquiera quedaban barriles de galletas y de escabeches detrás del mostrador.

Cole volvió a salir y echó a andar. La lavandería estaba vacía, en los sillones de la barbería no había clientes; frente al depósito de carga había una carreta cargada con mineral, pero no tenía caballos enganchados en ella ni un conductor en el asiento.

Cuanto más veía, más ansioso se ponía, y echó a correr. En el establo no había caballos; la pensión estaba vacía. No había nadie en la oficina del periódico ni en la de telégrafos. En la heladería no había gente, ni nada para comer. En la fábrica de hielo, en el fondo, no había leche ni nata; más aún, no había hielo.

Corrió pasando la Línea Jordan, hasta Paradise Lane, pero vio que la iglesia y la biblioteca estaban tan vacías como el resto del pueblo.

-Kady -susurró, sintiendo que el miedo se apoderaba de él.

Fuera lo que fuese lo que le había pasado a la gente del pueblo, también le había pasado a Kady. Se volvió de repente y empezó a correr por la calle, hacia donde había dejado el caballo.

¡Tenía que salvar a Kady!

Estaba tan ciego de pánico que no vio a Ned Wallace y chocó con él, de tal modo que cayeron los dos, el barrilete de cerveza que Ned llevaba al hombro se estrelló y su contenido se derramó sobre la acera.

-¡Mira lo que has hecho! -le gritó Ned-. Kady la necesitaba, ¿y ahora qué voy a decirle? ¡Maldición! Creo que no hay más barriles llenos.

Cole se había golpeado con fuerza contra el poste de atar los caballos, y sumado a las diversas heridas que había sufrido los últimos días, le llevó un tiempo recuperar la conciencia. Para cuando se le aclaró la cabeza, Ned va había vuelto a entrar en la taberna.

Cole abrió con brusquedad las puertas de vaivén, pero no vio a Ned por ningún lado.

-¿Qué diablos está pasando? -bramó.

No recibió respuesta, aunque oyó ruidos en el fondo.

En el fondo del salón había un cuarto que, por lo general, estaba lleno de botellas y barriles pero ahora estaban todos los estantes vacíos. Estaba abierta una trampilla que él ignoraba que existiese, y en el fondo vio luz. Sin perder tiempo, bajó por la escalera y vio a Ned arrojando cajones vacíos alrededor, cada vez más irritado.

-Ese era el último -dijo Ned, encolerizado-. ¿Y ahora qué va a hacer Kady? Hoy es día de pasta, y ella quería hacer una salsa con cerveza y crema. ¿Cómo diablos va a hacerla ahora?

Dejó de vociferar para mirar a Cole con expresión furiosa, como si hubiese cometido un pecado imperdonable

-Supongo que tendré que decírselo yo -dijo Ned, disgustado, y pasó junto a Cole hacia la escalera.

Cole, demasiado desconcertado para moverse, clavó la vista en la escalera.

-¿Qué diablos es «pasta»? -dijo por lo bajo.

Recogió la lámpara que Ned había dejado y subió la escalera.

Atrapó a Ned en el preciso momento en que salía por la puerta del fondo del salón.

- Wallace, por Dios; si no me dices lo que está pasando, te...

-¿Me qué? -repuso Ned, feroz- ¡Me harás perder mi día de pasta! Hoy la mezquita esta lista, y yo soy responsable de acaramelar las violetas, y Juan dice que es mi tarea el segundo lavado de los brioches, y..

Se interrumpió, porque Cole lo había aplastado contra la pared y le apoyaba un cuchillo en la garganta.

-No irás a ninguna parte. Vas a sentarte y me contarás todo.

¿Me entiendes? Si quieres volver a ver a ese tal Pasta, tendrás que hacer lo que yo te diga.

Ned miró a Cole con fastidio y murmuró algo en relación con que la pasta no era una persona y que, sin duda, Cole no era capaz de distinguir la masa bomba de la de strudel, pero volvió a la taberna vacía y se sentó. Sacó un gran reloj del bolsillo y lo abrió sobre la mesa.

-Diez minutos, es todo el tiempo que yo puedo perder.

-Puedes perder todo el tiempo que sea necesario. Quiero saber todo lo que está pasando y, para empezar, me dirás dónde están todos.

Ned hizo ademán de levantarse.

-¿Por qué no vamos al Local de Kady, y lo ves con tus propios ojos? Así no me harás perder más tiempo.

Cole tuvo que contar hasta diez antes de contestar:

-¿Y dónde está ese Local de Kady?

-En el Rancho Jordan, ¿sabes? Es... -Se interrumpió al advertir por primera vez con quien estaba hablando. Se sentó de nuevo y dio un largo suspiro. En los días que has estado ausente han sucedido algunas cosas.

-Lo supe unos dos minutos después de haber entrado en el pueblo, ¿sabes? Entonces, ¿por qué no me cuentas qué es lo que ha sucedido?

En opinión de Cole, si Kady estaba en peligro, él necesitaba saber de qué naturaleza era ese peligro para poder salvarla. Desde que había llegado al pueblo, se preparó para cualquier cosa, ya fuese un desastre natural, enfermedades, masacres o incluso la repetición de las plagas de Egipto. Para lo que no estaba preparado era para la historia que empezó a relatarle Ned Wallace. sin muchas ganas al principio, y luego cada vez con más gusto viendo el semblante de Cole, los ojos que se agrandaban, la mandíbula que caía más a cada palabra que Ned pronunciaba.

No era muy buen narrador, porque empezaba por la mitad del relato, iba en una dirección, después retrocedía y avanzaba en otra. Como si tratase de dibujar una araña, pensó Cole, mientras intentaba ordenar lo que Ned le contaba.

Por lo visto, Kady había decidido mantenerse ocupada en ausencia de su esposo, cocinando para todo el pueblo. Al principio, cuando Cole lo oyó, sonrió con indulgencia, pero a medida que se desarrollaba la historia iba dejando de agradarle.

-¿A quién besó? -preguntó.

-A Howie Aliento de Cerdo -dijo Ned, que a esas alturas había encendido la pipa y le daba hondas chupadas.

Cole estaba atónito.

-¡Pero él había ofrecido doscientos dólares a cualquiera de las chicas de Les que lo besara, y ninguna de ellas lo hizo! Se sabe que el aliento de ese hombre es capaz de tumbar a un caballo.

-A Kady no le molestó, ni tampoco cuando él apartó la lona de la carreta y ella vio las ollas y las sartenes.

Según el relato, tres días después de la partida de Cole, Kady había contratado a cuatro carreteros con sus carretas para que fuesen a Denver a comprar elementos de cocina.

-Cosas de las que nadie ha oído hablar -dijo Ned, como si Kady hubiese comprado ingredientes para el brebaje de una bruja-. Ahora todos sabemos lo que son, pausa, para cerciorarse de que contaba con la atención de Cole- Quería cosas tales como semolín, aceite de oliva y anís estrellado.

Cole se acercó más a Ned, con los ojos entrecerrados.

-¿Estás afirmando que mi esposa a besado a Howie Aliento de Cerdo?

-Ahora llego a eso, no me apresures, -Ned dio otra larga chupada a la pipa: tener a su merced al dueño del pueblo era un sueño hecho realidad-. Kady ordenó a los carreteros que le llevaran toda clase de alimentos de los que jamás hubiesen oído hablar. Les dijo que si veían a una familia italiana, china, o de cualquier otro color o religión, lo que fuese, debían pagar precios más altos por...

-¿Por qué muy altos? -lo interrumpió.

-Dijo que, si compartías la riqueza con otras personas en lugar de guardarla, contribuías a la economía nacional -dijo Ned, con los ojos brillantes.

-Sigue -dijo Cole, solemne.

-Kady dijo que los conductores tenían que comprar cualquier alimento que les sonara extraño, cualquier cosa que no hubiesen oído mencionar. Además, a cada uno le dio una lista de las cosas que quería en cantidad, como aceite de oliva y enormes barriles de harina. ¿Sabes que la harina integral, a la que no se le ha quitado la cáscara, es mejor para las personas que la blanca?

Cole lo miró, ceñudo.

-Está bien, ten paciencia, ¿quieres? Kady encargó a Aliento de Cerdo la tarea de encontrar una batería de cocina en buenas condiciones, ¡y deberías verlo! Algunos de nosotros quisimos advertirle que no confiara en Aliento, pero no nos hizo caso. Le puso en la mano un saco con oro y le dijo que dependía de él. Creímos que Aliento iba a desaparecer y estábamos seguros de que nunca más volveríamos a verlo.

Ned dio otra larga chupada.

-Pero nos engañó a todos. Llegó al día siguiente, con una historia increíble. Al parecer, un hombre de Denver decidió que quería abrir un restaurante francés, contrató a tres chefs directamente en París, y ellos llegaron con cajas llenas de ollas de cobre, -Miró a Cole con gravedad-. El cobre conduce el calor más rápido y regular que cualquier otro metal, excepto la plata. ¿Lo sabías?

-Sigue -dijo Cole, sin humor.

-Llegaron los chefs con todo su equipo (Kady lo llama batterie de cuisine), pero dos días después los cocineros desertaron para ir a buscar metales preciosos, dejando todos los cacharros. Aliento los compró todos, y cuando apareció en el rancho con una carreta cargada de sartenes y

moldes y fuentes de gratinar, Kady estaba tan entusiasmada que lo besó. En la boca.

Ned esperó la reacción de Cole a lo que, en su opinión, era una historia maravillosa, pero Cole no dio señales de haberlo oído.

-¿Quién es Juan? -fue lo único que preguntó.

-Barela -dijo Ned, en tono de falsa inocencia-. Tienes que haberlo oído nombrar.

Por un momento, Cole no atinó a otra cosa que a parpadear; luego, se levantó, y constató que estuviesen en su lugar todos los cuchillos que llevaba encima. Juan Barela era un asesino, tan capaz de matar a un hombre como de mirarlo. Nadie podía saber de cuánta violencia era responsable, y tampoco había nadie lo bastante tonto para ir a Socorro a investigar, pese a la gran recompensa que había por la cabeza del hombre.

Ned tomó a Cole del brazo y lo hizo sentarse de nuevo.

-No tienes por qué preocuparte: Kady lo tiene comiendo de su mano. Es la pura verdad. Juan es el que dirige todo el espectáculo, mantiene el orden entre los trabajadores y la gente que va a comer. Y está haciendo un trabajo estupendo, porque sólo ha tenido que dispararles a un par de personas.

-Disparar... -dijo Cole, y empezó a levantarse.

-Sólo se trata del viejo Lindstrum -aclaró Ned, haciendo sentar a Cole.

De todos los que conocían a Lindstrum, no había nadie que no quisiera matarlo. Si un ángel del cielo se acercara a Lindstrum, él tendría algo de qué quejarse.

-Como Lindstrum no quería comer ensalada de verduras verdes y decía que no eran más que malezas, Juan le disparó. Sólo lo lastimó un poco en el antebrazo; después Dolores le envolvió el brazo en un pañuelo, y Lindstrum se comió sus verduras.

-Entiendo -dijo Cole- ¿Qué opinó mi esposa de que le hubiesen disparado a un hombre por no comer la ensalada?

-Kady le dijo a Juan que no lo hiciera más pero que, a juzgar por los dientes del tipo, alguien tendría que haberlo obligado a comer verduras mucho tiempo atrás. Ella y Juan son grandes amigos.

La voz de Cole fue muy baja:

-¿Mi esposa es amiga de uno de los asesinos más famosos del país? ¿Del hombre que impone el miedo en los corazones de todos los que lo oyen mencionar?

-Kady asegura que Juan sólo trata de mantener a todo el pueblo de Socorro, y a sus hijos. Que sus métodos son malos, pero sus motivos buenos. -Ned hizo una pausa y en su rostro apareció una sonrisa soñadora-. No cabe duda de que Kady es una maravilla. Aquel primer día Juan bajó de la montaña con los demás pobladores de Socorro. Ninguno de nosotros lo había visto a él, pero él dijo que estaba dispuesto a recoger setas si se pagaban diez dólares la hora, así que...

-¿Qué? -exclamó Cole- ¿Diez dólares por una hora?

-Es lo que Kady paga a todo el que la ayuda -dijo, tratando de ocultar una sonrisa, y sin lograrlo. Hacía seis años que intentaba comprarle a Cole la taberna, pero éste no quería ni pensarlo, ni tampoco formar una sociedad-. ¿Quieres enterarte de lo de Juan o no?

-Sí, dime -refunfuñó Cole-. Pero espera un minuto, ¿estás seguro de que no hay whisky aquí? En verdad necesito un trago.

-Ni una gota -respondió Ned, alegre- Kady lo necesita todo. Bueno, con respecto a Juan. Apareció (fue la primera vez en diez años que estaba del lado de la ley), y todos nos quedamos mirándolo porque era como ver a una leyenda. Debo decir que es un tipo apuesto. Kady dice que es un «pedazo de hombre».

-¡Sigue! -explotó Cole.

-Aquel día, la población completa de Socorro bajó de las montañas, y como en la trasera de la carreta había un niño que era la viva imagen de Juan, Kady lo felicitó por tener un hijo tan guapo. Entonces un sujeto viejo, con una nariz como una patata, se puso a refunfuñar y dijo que el niño era de él. Kady se disculpó, pero, después de haber ayudado a bajar de la carreta al quinto niño idéntico a Juan, se echó a reír, miró a Juan, y él también rió.

Cole se inclinó sobre la mesa.

-¿Por qué no te limitas a los hechos? ¿Kady está bien?

-Más que bien, diría yo. ¡Oh, señor, esa mujer sí que sabe hacer trabajar a la gente! Nos ha hecho cavar zanjas y fabricar espetones, Ha puesto al herrero a preparar masa bomba, y las chicas de Les han estado estirando masa de strudel. Sabes cómo es esa cosa que hay que estirar tan fina como para que se pueda leer el periódico a través de ella, ¿no? -Hizo una pausa para reír entre dientes- No hay cosa que esa chica no sepa cocinar, ¿sabes? Les dio a unos cazadores una lista de las cosas que no podían cazar, como pumas, y esas cosas, así que al vicio Ernie se le ocurrió la brillante idea de traerle un saco lleno de serpientes. Creyó que sería una buena broma.

-¿Permitiste que alguien le diese serpientes a mi esposa? -dijo Cole entre dientes.

-No te preocupes; Juan les arrancó las cabezas a tiros, luego Kady las limpió en un periquete, marinó la carne en leche durante medio día y luego la frió. Estaban buenas, si se me permite decirlo.

-¿Has comido serpiente?

Ned se echó hacia delante, con el semblante muy serio:

-Diablos, he comido caracoles. -Después de hacer una pausa para que Cole tuviese tiempo de asimilar sus palabras, agregó-: Kady los mezcla con ajo y perejil silvestre, y no están nada mal.

-¿Caracoles? -susurró.

-Si no los comías, Juan te disparaba -arguyó Ned, en su defensa-. Además, todos hemos aprendido a confiar en Kady. Tendrías que probar lo que es capaz de hacer con una paloma. Las rellena con arroz y luego las cocina sobre carbón... Garson hizo el carbón. Como sea, esas palomas quedan crujientes por fuera, y con la carne tan tierna que hasta Dan Sin Dientes puede comerla.

Durante un largo rato, Cole guardó silencio, mirándose las manos apretadas delante de si.

-¿Qué más? -pregunto con tono suave, y como Ned no le contestó, lo miró- ¿Qué más? -preguntó, en voz más alta.

-Bueno, en el pueblo todos saben cómo engañaste a Kady para que se casara contigo. Los hizo sentirse muy mal rechazarla cuando tenía hambre, y por eso... Bueno, ellos...

-¡Vamos., dilo!

-Todos los hombres le han propuesto matrimonio. Ya sabes que es la chica más guapa que ha venido nunca a este pueblo, y si quisiera abrir un restaurante, vendrían personas de lejos sólo para comer lo que ella prepara, y por lo tanto no necesita tu dinero. Como sea, todos los hombres le han propuesto matrimonio.

-¿Y tú también? -preguntó Cole, con maldad.

-Yo fui uno de los primeros -dijo Ned, con la mandíbula tensa, preparándose para oír que estaba despedido del empleo y que se fuera del pueblo.

Pero Cole no dijo nada. Se dio la vuelta y miró por la ventana.

-No los culpo -dijo, después de un rato-. Es hermosa, y tiene algo que hace sentirse bien a un hombre. Ella ignora lo valiosa que es, ¿sabes? Y ése es uno de sus mayores encantos.

-Sí, todos lo sabemos -río Ned, entredientes-. Kady se considera gorda.

Los dos se miraron, con los ojos encendidos de risa.

-Gorda -dijo Cole, y rompió a reír, pensando en todo lo que había hecho Kady. Tal vez habría tenido que enfadarse de que hubiese alimentado a todo el pueblo a expensas de él, pero no podía contener la risa-. ¿Aliento de Cerdo? -dijo, haciendo reír más aún a Ned.

-Estaba seguro de que iba a caerse muerto allí mismo. ¡Y deberías haber visto a Juan! Kady dice que tiene la mano más liviana para pastelería que ella haya visto. Trata de convencerlo de que abra una panadería y haga algo llamado cruasants. Más mantequilla que pan, pero son muy sabrosos.

Por un momento, Cole se quedó mirando a la nada. ¿Qué le importaba el dinero? Desde los asesinatos, había tenido miedo de gastar cualquier cosa. Era como si toda su familia hubiese muerto tratando de proteger el dinero, y por eso él tenía el deber de resguardarlo. Pero Kady lo había usado para ayudar a gente que lo necesitaba y para brindar alegría. No dudaba de que todo el pueblo de Socorro podría vivir los siguientes dos años con lo que ella les había pagado esos pocos días.

-¿Estás listo para regresar? -preguntó a Ned-. Al parecer, me ha entrado mucha hambre.

-Eso es algo que Kady puede solucionar.

-Pienso que, tal vez, Kady podría resolver todo lo que está mal en mí.

-Y quizás en todo el pueblo - dijo Ned por lo bajo, para que Cole no lo oyese.

Cole poseía todo el pueblo, pero en los últimos días Kady había expresado su opinión de lo que denominaba el «obsesivo monopolio» de

Cole. Decía que creía en la «libre empresa». Y era evidente que Kady obraba de acuerdo con sus convicciones.

-Estoy listo -dijo Ned, siguiendo a Cole fuera de la taberna.

14

Lo que vio Cole cuando entró en el rancho fue un caos controlado. Primero pensó que era más el caos que el control, hasta que oyó gritos y un par de tiros disparados al aire. Por lo que oía, había sido olvidada su prohibición de armas dentro de los límites de la ciudad.

-Te he dicho que vuelvas a la fila -dijo una voz de hombre.

A continuación, le arrebataron las riendas y una mano de hombre se le posó en la pierna.

-¿Quieres soltar? -dijo Cole, con calma, mirando al hombre que ponía la mano sobre su pantorrilla.

-Oh, perdone, señor Cole -dijo el hombre-, pero Juan ha ordenado...

-Ya sé lo que te han ordenado -respondió Cole, desmontando y arrojándole las riendas a un niño que estaba cerca.

Casi tuvo que abrirse paso a empujones en medio de la gente que llenaba su propia casa. Hasta donde podía ver, Kady daba de comer a cierta cantidad de personas cada vez, y los que no comían se quedaban afuera y esperaban el siguiente turno en que se sirviera. Para que no, se desmayasen de hambre entre turnos, se les servían bandejas llenas de algo que, al parecer, se llamaban orsderves.

Por un momento, Cole pensó que iba a tener que matar a alguien para que lo dejaran pasar por la puerta principal, porque Juan había ordenado que no dejaran entrar a nadie. Pero, después de cierto intercambio de palabras, Manuel fue convocado para verificar la identidad de Cole.

-¿Qué diablos han hecho en mi casa? -preguntó Cole, ya dentro, con la espalda contra la puerta y mirando en torno.

En todos los cuartos de la planta baja habían corrido hacia un costado los muebles y las alfombras y los habían cubierto con sábanas, para poder utilizarlos como cocinas improvisadas. Daba la impresión de que había personas y harina por todas partes.

-Preparan la comida aquí, hornean lo que pueden, y el resto lo llevan a hornear afuera -dijo Manuel-. Kady dice...

Cole levantó una ceja.

-Estoy seguro de que es Kady o Juan -dijo, con intenso sarcasmo- ¿Dónde está ella?

Manuel le echó una mirada que parecía decir: «¿Acaso necesita preguntarlo?»

A grandes zancadas, Cole fue a la cocina, se detuvo en la entrada, y se quedó observando hasta que alguna de las personas que corrían de un cuarto a otro lo empujó. Cualquier general de ejército se habría sentido orgulloso de gozar de la autoridad que Kady desplegaba para

manejar unas cincuenta personas o más que se movían a toda prisa por la cocina, entrando y saliendo por tres puertas. Cole estaba admirado de ver que el lugar estaba abarrotado y sin embargo no intentaban matarse mutuamente. Se sorprendió aún más al reconocer a tres hombres que eran reclamados por la justicia.

Entró Juan Barela por la puerta que daba al exterior, llevando tres bandejas vacías. Se detuvo de golpe, se volvió y vio a Cole de pie a un costado de la entrada.

Los instintos le funcionan a la perfección, pensó Cole, y, mirando los ojos oscuros de Juan, supo que se estaba preguntando si Cole iba a causar alguna dificultad. ¿Lo entregaría al comisario?

Con el entrecejo fruncido, Cole indicó un montón de rollitos en forma de media luna que estaban en una canasta, sobre una mesa, junto a la pared.

Con una pequeña sonrisa, Juan agarró uno, se lo arrojó a Cole, y luego fue hacia los hornos, bajo la mirada atenta del dueño de casa que observaba al «asesino encallecido» que sacaba tres grandes bandejas de metal cubiertas de galletas.

Cada uno de los que estaban en la cocina empezaron a percatarse de la presencia de Cole de pie a un lado de la entrada, y en todos los rostros se reflejaba la duda: ¿qué haría? ¿Dejaría que se alimentara a todo el pueblo gratis? ¿Se Pondría tan furioso que haría algo horrible, como echar a todos del pueblo que le pertenecía?

Sin embargo, la mirada de Cole se posaba en una sola persona, y esa persona era Kady, con el cabello cayéndole por la espalda, y una de las camisas del marido cubriendo la mayor parte de su encantador cuerpo. El calor de la cocina daba resplandor a su piel; él jamás la había visto tan hermosa.

- ¡Los quemarás! -dijo, agarrando una asadera de cobre casi tan grande como ella y deslizándola sobre el lado frío de las rejillas del horno- Vigila...

Se interrumpió al ver quién era la persona encargada de la asadera y notar que no miraba la cocina.

Cuando Kady se dio la vuelta y vio a Cole allí de pie, el corazón le dio un vuelco porque él percibió en la mirada de ella que se alegraba de verlo. Tal vez no fuese el amor que él quería ver, pero no estaba enfadada con él y, desde luego, no lo odiaba.

A Kady le llevó varios segundos controlar sus emociones para poder mirarlo en la forma en que ella creía que debía mirarlo, cosa que hizo sonreír a Cole. Su pequeña Kady de los Debería, pensó, siempre haciendo lo debido.

-¿No quieres unirte a nosotros? -le preguntó con dulzura-. Vamos a comer algo. Espero que tengas tiempo de compartir una comida con nosotros.

Tras la afirmación, hubo una oleada de risas contenidas. En los últimos días, todos habían opinado que Cole era un idiota por dejar a Kady sola, aunque sólo fuesen segundos. La opinión general era que

cualquier hombre en su sano juicio reservaría todo el tiempo del mundo para una mujer como ella.

A Cole -que en realidad no estaba muy al tanto de las costumbres de las mujeres- le gustó el tono de Kady. Quizás ahora las cosas anduviesen bien. Kady ya había comprobado que Legend no era un sitio tan malo, y como ya había podido apreciar las ventajas de ser la esposa de él en lugar de regresar junto a ese Garvin, estaba seguro de que se avendría.

Aún sonriéndole a Cole, Kady dijo unas palabras a Juan, y éste salió.

-Tenemos una mesa especial, sólo para ti -dijo Kady-, y voy a preparar tu comida con mis propias manos. No permitiré que nadie más la toque.

En dos pasos, Cole atravesó el recinto hacia donde estaba su esposa. Tenía la intención de tomarla en sus brazos, pero ella retrocedió, de modo que el beso de Cole fue a dar a la mejilla.

-Ahora tienes que irte, pues, de lo contrario, nunca terminaré de preparar nada -dijo, agitando las pestañas.

Cole quiso llevarla arriba, a la cama, pero había cientos de pares de ojos observándolos, así que se limitó a asentir y salió. Ya habría tiempo para intimidades más tarde.

Bajo los álamos al fondo de la casa, había unas veinticinco mesas ya tendidas, de diferentes tamaños, cargadas con comida de aspecto delicioso. Cole se dirigió hacia la más grande, pero uno de los primos de Cole apartó una silla junto a una mesa solitaria, puesta a la sombra del árbol más grande.

Cuando se hubo acomodado, advirtió que estaba solo en esa mesa, solo bajo el árbol, y que era el centro de atención de todas las miradas. Martha y Mavis servían la comida, y de vez en cuando le echaban una mirada, pero cuando él las veía apartaban la vista. En el trayecto hasta el rancho, Ned había hecho reír a Cole contándole que Kady las llamaba las cinco M.

Kady, pensó. En sólo diez días había transformado el interés del pueblo por la plata en interés por la comida... y por ella misma. Todavía se le erizaba el cabello al recordar lo que le había dicho Ned con respecto a las propuestas matrimoniales que había recibido. ¿Qué creían que haría ella con el esposo que ya tenía?

Al cabo de media hora, Kady salió llevando una fuente cubierta con una gran servilleta, y se hizo un gran silencio entre la concurrencia. A esas alturas, todos los que estaban en el frente de la casa habían ido al fondo para poder ver lo que sucedía. ¿Qué iba a servirle Kady al marido?

Sintiéndose orgulloso, Cole miró la fuente que Kady ponía ante él, le tomó la mano y se la besó, mientras ella lo observaba apartar la servilleta.

Al principio, cuando la servilleta reveló lo que cubría, Cole no atinó a hacer otra cosa que mirar boquiabierto. En la fuente había patatas, zanahorias, rebanadas de pan con mantequilla... y una rata. Una gran rata negra, rebozada en migas de pan y frita, pero que conservaba la cabeza y la cola intactas, de modo que no hubiese modo de confundirla.

Mientras Cole miraba, incrédulo, la monstruosidad que tenía ante sí, la gente que había a su alrededor comenzó a reír. Y reír. Y reír. Era como si hubiesen estado esperando años para gastarle esa broma, y sólo entonces las risas acumuladas pudiesen liberarse.

Levantó lentamente la vista hacia Kady y vio que le sonreía como si él fuese lo que acababa de servirle: una rata para otra rata, por así decirlo.

Fue en ese momento cuando Cole cambió. ¿Por qué trataba de obligar a una mujer a que lo amara? ¿A quedarse allí, contra su voluntad? ¿Qué esperaba lograr de una mujer que no quería ser su esposa?

Con un solo movimiento se levantó de la silla, se echó a Kady al hombro y echó a andar hacia los establos. Por una fracción de segundo, Juan se interpuso en su camino, pero la expresión que le dirigió Cole lo hizo apartarse. Por mucho que fuese un feroz bandido, no quería meterse entre un hombre y su esposa.

Mientras Cole andaba entre la gente, se apartaban para dejarle paso, sin dejar de reír, pero ahora el tono de la risa había cambiado: ya no se reían tanto de él como con él.

-Bájame -le dijo Kady entredientes, pero Cole la ignoró, y ella lo pellizcó en un costado.

En retribución, Cole le dio una buena palmada en el trasero, que de manera tan tentadora tenía apretado contra su oreja derecha.

Por una vez, Cole se alegró de ver que nadie le había prestado la menor atención a su fatigado caballo, y el pobre animal estaba pastando, olvidado, entre las flores que había en el jardín del frente. Cole arrojó a Kady sobre la montura y luego montó tras ella.

-Pensé que eras capaz de tolerar una broma -le dijo la mujer cuando él se acomodó detrás de ella, y guió al caballo alejándose de la casa- No era más que eso, una broma. ¿Es que no tienes sentido del humor?

Cole no respondió y, después de un rato, Kady dejó de intentar trabar conversación con él. Pensó que, si quería enfurruñarse, lo dejaría. Cruzó los brazos sobre el pecho y decidió que dos podían jugar el juego del silencio tan bien como uno.

Sólo habían andado unos minutos cuando Kady comprendió adónde se dirigían: estaba llevándola de nuevo a los petroglifos. La iba a devolver a su tiempo!

En cuanto supo adónde la llevaba, fue como si la mente de Kady hubiese iniciado una guerra consigo misma. Claro que quería volver a Gregory, a Onions y a todas las personas que conocía y amaba allí. Bueno, a decir verdad, aparte de Gregory y la madre, no había muchas personas que conociera demasiado bien. Más aún, le había resultado difícil encontrar damas de honor para la boda. ¡Pero era el lugar al que ella pertenecía!

Sin embargo, en Legend había hecho amigos nuevos. Muchos, muchos amigos. En los últimos días había conocido personas. Había pasado todo un día sentada con mujeres, pelando y cortando verduras. No había niño ni adulto de Socorro al que no conociera por su nombre, y

ellos valoraban que les hubiese enseñado a cocinar las cosas que crecían solas en las montañas.

Además, estaba el propio Legend, un pueblo que tenia intenciones de ayudar, en cuanto se librase de la tutela de Cole.

-Henos aquí -dijo Cole con frialdad, desmontando y luego bajando a Kady y dejándola junto a él.

Como de costumbre, había tomado un atajo y ya estaban ante los petroglifos. Como Kady no rodeó al caballo para poder ver la roca, la tomó de la mano y la llevó.

Ante Kady se encontraba la abertura, ese extraño efecto como si la roca se esfumara y más allá, penumbroso y gris, veía el apartamento tal como lo había dejado, con la caja de harina en el suelo. Qué diferente le parecía visto desde el sol de Colorado que daba brillo a todo.

-Adelante -le dijo Cole, dándole un leve empujón- Es lo que querías, ¿no?

-Sí -dijo, titubeando, pero no se movió, y lo miró- Dejé unos budines cocinándose sobre el quemador de atrás, y no saqué el pan del horno. Pienso que será mejor que regrese, y..

Cole le puso las manos sobre los hombros y la hizo volverse hacia la escena que tenían delante.

-Es ahí a donde perteneces. No aquí.

-Estás enfadado por el dinero que gasté, ¿no es cierto? Y por la rata. Mira, lo siento. Te prepararé una cena que te hará saltar las lágrimas, va veras.

Cole la hizo volverse hacia la abertura y la empujo sin prisa pero con firmeza hacia ella.

Cuando el pie de Kady traspuso la abertura, vio que su pierna ya estaba en el apartamento. Las manos de Cole la empujaban por los hombros Para que no pudiese retroceder. «Quizás aparezca el hombre moreno a caballo», pensó Kady, pero no había señales de él, y Cole seguía empujándola.

Al fin, ya estaba en el apartamento; las manos de Cole ya no estaban en sus hombros, y se volvió para mirarlo. Por un momento, se le cortó el aliento por temor a no ver más que la pared, pero allí estaba él, mirándola, y el sol hacía brillar su cabello rubio.

Bajo la mirada de Kady, el pasaje a través del tiempo iba haciéndose cada vez más pequeño, y Cole parecía alejarse. De repente, fue como si mil imágenes pasaran por la cabeza de la mujer, y lo recordó disfrazado de águila. Recordó la cinta que había atado a la cabaña y cómo le había preparado el baño en la fuente de agua caliente. Que había bajado corriendo la ladera de un promontorio cuando creyó que ella estaba herida.

Viendo cómo se estrechaba la abertura, lo miró a los ojos pero no pudo leer nada en ellos. ¿Por qué no le tendía la mano?

¿Por qué no le decía que la amaba? ¿Por qué no le decía que la necesitaba y la quería como nadie en el mundo se lo había dicho nunca?

Mirándolo, vio una mancha en el hombro izquierdo de la camisa de Cole. La mancha se hacía cada vez más grande y oscura ante sus propios

ojos y, de repente, comprendió. Durante esos diez días que estuvo ausente, había tratado de mantenerla a salvo. Había ordenado que no saliera del rancho, pero no porque fuese un monstruo sino porque quería protegerla de cualquier problema que pudiera surgir. Incluso, protegerla si se daba el caso de que él no regresara. Como un perro que saltara a través de un aro en llamas, se lanzó a través del círculo que quedaba en la pared y se precipitó en brazos de Cole.

-Kady -fue lo único que Cole atinó a decir, abrazándola con tal fuerza que le hizo crujir las costillas.-¿Estás segura? ¿Estás segura?

-No lo sé -dijo, sincera-. Tengo la impresión de que ya no conozco las respuestas. -Lo besaba en la cara-. Estás herido, estás sangrando, y...

La apartó de él.

-¿Has regresado para ser mi enfermera?

Kady lo miró a los ojos.

-En realidad, no sé por qué he regresado. Todavía amo...

Para impedirle hablar, la besó.

-Puede ser que cambies de idea luego, pero ahora aprovecharé el tiempo que tengamos. ¿Le decimos que desaparezca?

Aún en brazos de Cole, Kady se volvió y vio que el agujero se había agrandado. Allí estaba su apartamento, la ropa tirada sobre el sofá, la luz encendida en su contestador automático.

-Todavía puedes irte -dijo Cole en voz baja-. No te obligaré a quedarte.

Aferrándose a él con más fuerza, le apoyó la cabeza en el cuello.

-No, creo que me quedaré -dijo-. Por lo menos hasta que me aburra contigo.

Eso lo hizo reír,

-Mientras tenga dinero, creo que podrás mantenerte ocupada.

-¿Eso es lo que piensas? ¿Que sólo me interesa tu dinero?

-Por supuesto. ¿Acaso no es eso lo que a todas las mujeres les gusta de mí?

-¡No a esta mujer! A mí me gusta cómo cuidas a las personas, y que antepones las necesidades de los demás a las tuyas. Y me gusta el modo en que...

Se interrumpió, porque lo sintió reír con disimulo.

-Eres una rata -le dijo, besándolo en el cuello.

-Vamos, volvamos a casa, que tengo hambre.

-¿Ah, sí? ¿Y quién crees que te dará de comer?

-Martha, Mavis, Myrtle y ..

No dijo más, porque Kady lo besaba y lo empujaba hacia el suelo.

Tras ellos, la abertura en la roca se cerró.

15

-Mm -murmuró Kady, sobre la taza de café.

Estaban ella y Cole solos en la cocina, y acababan de terminar el desayuno. Habían pasado momentos deliciosos durante los tres días desde que Kady decidiera quedarse, al menos hasta que la fuerza sobrenatural que la había llevado la alejase otra vez. Habían cabalgado juntos, conversado, y Cole la había llevado por todo Legend y sus alrededores. Nunca había pasado tan buenos momentos, al estilo antiguo, con ninguna otra persona.

¿Y qué si Cole nunca trataba de hacerle el amor? ¿Y qué si, cuando se besaban, jamás pasaban de la etapa de bocas cerradas? Era eso lo que quería ella, no? A fin de cuentas, aún estaba comprometida para casarse con Gregory, aunque estuviese casada con Cole. O algo así.

-Parece pecaminoso estar aquí, sentados -dijo, mirando por la ventana las bellas montañas de Colorado.

Alzando la cabeza de su taza, Cole la miró:

-¿Qué otra cosa tendríamos que estar haciendo?

-No se me ocurre nada -dijo Kady, encantada, pensando que el mundo moderno estaba controlado por el reloj y el calendario.

No sabía qué hora era, ni qué día de la semana.

-¿Seguro? -le preguntó Cole, bromeando- Podríamos ir a cabalgar.

-No -dijo Kady, al tiempo que se levantaban para volver a llenar las tazas.

-Podrías cocinar algo y nos iríamos de picnic.

Eso la hizo reír:

-Creo que el pueblo te odia.

-Sí, estoy seguro de que me odian -respondió, sorbiendo el café y contemplando a Kady con ojos de adoración.

Tres días atrás, cuando Kady decidiera quedarse con él, habían regresado al rancho Jordan, y Cole había echado a todos de la propiedad. En ese momento, fue el hombre más odiado del país, hasta que Juan se adelantó y amenazó con dispararle a cualquiera que se quejase de que Cole quisiera retener a Kady para sí.

-¿Qué hombre no lo envidiaría? -había preguntado Juan, haciendo a Cole poner los ojos en blanco y alegrarse de que Kady no hubiese oído el comentario.

Juan se ocupó de terminar de cocinar lo que estaba en preparación, Manuel se hizo cargo de la limpieza, y todos se fueron a la casa con todo el alimento que pudieron cargar, de modo que, a fin de cuentas, los vecinos del pueblo estaban bastante satisfechos.

-Podríamos... -dijo Cole, alzando la vista, la mirada divertida-. Podríamos buscar la mina Lost Maiden. Vale millones de dólares en oro, y está muy cerca de aquí.

-Ya la han encontrado -murmuró, mirando por la ventana.

-¿Qué? -preguntó Cole, mirándola con vivacidad- ¿Has encontrado la mina Lost Maiden?

-Yo no, otra gente.

Cole la miró fijo:

-¿Cómo que «otra gente»?

-Fue hallada en mil novecientos ochenta y dos, y salió en todos los periódicos y revistas. Durante un tiempo, todo el país fue invadido por la Fiebre Maiden, como se decía.

Como no agregó nada más, Cole le agarró la mano y la sostuvo apretada, mirándola a los ojos.

-Esta bien, está bien -dijo Kady. En realidad, no recuerdo mucho al respecto. Unos buscadores encontraron oro en una pequeña cueva cerca de una roca que parece la cara de un viejo. Y no te atrevas a preguntarme dónde es, porque no tengo idea. Pensé que la mina había sido hallada en Arizona.

Cole lanzó un resoplido de disgusto.

-El antiguo buscador que dijo que había encontrado la mina solía ir al salón de Legend cuando yo era niño.

-¿Qué hacías en un salón siendo niño?

-Emborracharme y hacer cosas malas con las chicas. Cuéntame más acerca del tesoro.

-No sé gran cosa, salvo... -Se volvió a mirarlo, con ganas de preguntarle cuáles eran esas «cosas malas»-. ¿Ese buscador tenía un ojo de cristal?

-Grande y feo, ¿por qué?

-La gente creía que él debía de haberla encontrado, pero como no quedaba nadie vivo que lo hubiese visto, no estaban seguros de que hubiese sido él el que hallaron en la cueva.

Kady no dijo nada más, y Cole, con un solo movimiento fluido, la levantó de su silla y la sentó sobre su propio regazo. Con la cabeza apoyada en el hombro de él y los grandes brazos alrededor, Kady suspiró, soñadora:

-Fue una historia muy romántica. Había una leyenda según la cual ese anciano había encontrado una mina custodiada por el espíritu de una bella doncella india, pero nadie le creyó.

Kady lo miró, inquisitiva, y Cole refunfuñó:

-Era borracho, hacía trampas con los naipes, además de ser un ladrón y un mentiroso. Era lógico que nadie le creyese. El periódico editó la historia porque la necesitaban para llenar el espacio.

-Es obvio que no siempre mentía, y tú deberías aprender a creer más en las personas.

-Tú crees todo lo que cualquiera te dice, por eso eres lo bastante ingenua por los dos. Dime qué tenía de romántico y cuánto podía haber.

-Dejo por tu cuenta lo de pensar en el dinero. Como sea, un par de buscadores vieron a un murciélago meterse volando en unas rocas y, cuando empezaron a investigar, encontraron una pequeña cueva. Dentro había dos esqueletos, uno de una mujer joven que tenía los restos de un vestido bordado con cuentas, y otro de un viejo con chaqueta de cuero.

Tenía un ojo de cristal y... -Levantó la vista hacia Cole- Aunque con las pruebas de carbono se demostró que el esqueleto de la mujer debía de tener unos cien años más que el hombre, se los encontró con las manos unidas.

-¿Y eso te parece romántico? ¿Dos muertos? ¿Los esqueletos son románticos? La vida es romántica.

-El problema es que tú eres hombre.

-¿Y cuándo has empezado a quejarte de eso?

Cuando Kady sonrió, Cole la besó con suavidad, y ella ya había aprendido a no poner pasión en los besos. La pasión lo hacía echarse atrás.

-Vayamos a buscarla. La mina. Vayamos a encontrar la mina.

-Pero es... -Iba a decirle que la mina ya había sido hallada, pero en 1873 eso no era cierto- ¿Para qué quieres el dinero? ¿No tienes bastante?

-No se trata del dinero; lo que quiero es la emoción.

Encontrar un tesoro. ¡Eso sería maravilloso! Espera, ¿qué hicieron con el dinero las personas que la encontraron en 1982? ¿Hicieron algunas de tus buenas obras?

Kady hizo una mueca.

-Pelearon por él. El hombre y la mujer que lo hallaron estaban comprometidos para casarse, pero después de encontrar el tesoro pasaron diez años en los tribunales, peleando por decidir quién había visto antes el interior de la cueva y, en consecuencia, quién se quedaría con la parte del león. Al final, los abogados se quedaron con casi todo. Pienso que de un total de trece millones los buscadores se quedaron con veinte mil cada uno. Y sus vidas quedaron destrozadas, por supuesto.

La mujer alzó la cabeza y lo miro.

-¿Y tú qué harías con más millones de los que ya tienes?

Cole guardó silencio un momento y luego habló con voz suave:

-Los sepultaría bajo la mezquita. Ahí no va nadie excepto yo, de modo que sería seguro; entonces, si tú vuelves a tu tiempo, podrás volver aquí y saber dónde buscarlo. Tú serías lo bastante astuta para no permitir que los abogados se queden con casi todo.

Por un momento, Kady se quedó muda porque sabía que él hablaba en serio.

-¿Me amas, Kady? -susurró, besándole la coronilla.

El rostro de Gregory relampagueó ante sus ojos, y vaciló antes de hablar. Entonces también le pareció ver al hombre de sus sueños, el hombre del rostro velado que la había perseguido casi toda la vida.

-Yo... -empezó a decir, pero Cole le puso un dedo en los labios y le alzó la barbilla para que lo mirase en los ojos.

-Algún día, quiero ver amor en tus ojos cuando me mires.

Kady iba a refutar la afirmación, pero Cole no la dejó hablar.

-Tal vez no sea experto en amor, pero sé que, cuando uno ama a alguien, lo sabe. No vacilas ni tienes que pensarlo. Tampoco surge ningún otro en tu mente cuando piensas en el amor.

La besó con ternura.

-Cuando te miro a los ojos, siempre sé lo que hay en tu corazón.

Fue tan sincero que a Kady se le llenaron los ojos de lágrimas, y hundió la cabeza en el pecho de él para que no las viese.

-¿Acaso es por mí por quien derramas esas lágrimas? -preguntó Cole, gozoso, haciéndole levantar la cabeza para que lo mirase- Creo que hasta ahora ninguna chica ha llorado por mí.

Eso hizo reír a Kady.

-Hasta donde sé, has hecho llorar a todas las mujeres de este pueblo.

-¿Yo? -preguntó ansioso, con aire inocente- Yo jamás he...

-Señora Jordan -se oyó la voz de Manuel desde afuera.

-¡Vete! -le gritó Cole- No queremos ver a nadie,

-Hace ya tres días que no vemos a nadie -le recordó la muchacha-. ¿Y si la casa está incendiándose?

-Que llamen a la brigada contra incendios -respondió Cole, besándola en el cuello.

-¿Qué hay, Manuel? -preguntó Kady, alzando la voz.

-La señora Ruth Jordan quiere encontrarse con usted dentro de una hora, en el Árbol del Ahorcado.

A Kady le llevó cierto tiempo digerir la información. Para empezar, ¿quién era Ruth Jordan? ¿Por qué quería encontrarse con Kady? Al mirar a Cole, vio que sonreía como si le hubiese leído la mente.

-Dile que no irás -la instó.

Sin hacerle caso, trató de resolver el enigma:

-¡Tu abuela! -dijo, reflejándose en su semblante el orgullo de haberlo recordado sin ayuda de él-. Olvidé que le había enviado una carta suplicándole ayuda. Oh, cielos, tendré que darle algunas explicaciones. El Árbol del Ahorcado es donde te vi por primera vez ¿verdad?

-Correcto, en todas las deducciones -le respondió, aún sonriéndole, comiéndosela con los ojos como si quisiera memorizar cada rizo de su cabellera, cada curva de su rostro.

-Voy de inmediato -le gritó Kady a Manuel, y oyó que el anciano se alejaba por el pasillo.

-Kady -dijo Cole, y ella supo que iba a tratar de disuadirla de que se quedara con él.

-¿Por qué no viene tu abuela aquí, al rancho? ¿Por qué quiere que me encuentre con ella tan lejos del pueblo?

-Se niega a poner un pie en Legend: odia este sitio.

Aunque lo dijo sin asomo de ira, Kady comprendió que debía dolerle que su única pariente viva se negara a tener algo que ver con el pueblo que pertenecía a Cole. Un pueblo que Cole amaba, ella lo sabía. Lo besó bajo la barbilla.

-Trataré de convencerla de que venga aquí, a casa, para cenar.

-Casa -susurró Cole, haciendo levantar a Kady de su regazo y yendo hasta la ventana, dándole la espalda mientras miraba hacia fuera, sin ver-. Para ella, éste no es su hogar, y por eso deja que lo recorran los espíritus de personas muertas hace ya mucho tiempo.

A pesar de la tibieza del ambiente, esas palabras hicieron temblar a Kady.

-Tienes que venir conmigo -le dijo- No puedo ir a conocer a tu abuela yo sola. ¿Cuánto hace que no os veis?

Por un momento, Cole se volvió hacia ella con una expresión de honda melancolía; luego la expresión cambió, y sonrió.

-¿Por qué no vas sola a verla, y luego la traes aquí? Podrías hacer algo maravilloso para la cena. Le gustara tener una nieta política que sepa cocinar.

Dio la impresión de que la tristeza de Cole había desaparecido cuando cruzó la cocina y se detuvo ante Kady sonriéndole con calidez, y metiéndole un rizo detrás de la oreja.

-Te amará, Kady. Y se sentirá muy dichosa de que su desviado nieto haya encontrado, al fin, una mujer a la que amar por toda la eternidad.

Kady tuvo otra vez la sensación de que algo malo sucedía.

-Creo que no iré -dijo, tomando una de las manos grandes entre las suyas- Mandaré a Manuel a decirle que tiene que venir aquí, a visitarnos a los dos.

Riendo, Cole la empujó y se inclinó para mirarla.

-¿Tú eres la mujer que se le resistió a Juan Barela, y ahora tienes miedo de encontrarte a solas con mi dulce abuelita?

-Pero ...

-Pero nada. Quiere verte primero a ti porque quiere contarte todas mis malas costumbres. Quiere asegurarse de que eres apropiada para un pillo malcriado como yo. Y querrá hablarte de dinero.

-¿Dinero?

-Oh, sí, mi abuela tiene la convicción de que una mujer debe tener su propio dinero, así que querrá establecer un fondo para ti. Además, si conozco a mi abuela, se presentará con un picnic para señoras. -Hizo una mueca de disgusto-. Tazas tan pequeñas que se romperían si trataras de sostener cuatro en una mano.

-Lo sabes por experiencia, ¿verdad? -le preguntó, riéndose.

-Demasiado bien. Mi abuela decía que yo era capaz de romper la loza con sólo mirarla. Y no debe de tener ninguna comida que valga la pena, aparte de pequeños emparedados y pasteles diminutos. Uno puede meterse toda la comida de una sola vez en la boca.

-¿Y eso también lo sabes de primera mano?

Los ojos de Kady bailoteaban de deleite ante los recuerdos de Cole, que eran los de un niño.

-Sí, ya lo creo. Tarik y yo probamos y pudimos hacerlo.

Kady rió al imaginar un elegante té para damas que un par de niños voraces hacían desaparecer para comprobar si podían meterse toda la comida en la boca de una vez.

-Creo que iré. Le contaré todo acerca de las cinco M y de cómo rivalizaban entre sí, y le diré que te preparé una rata para la cena.

De repente, Cole la tomó y la abrazó.

-¿Y qué más vas a decirle? ¿Qué cosas buenas le contarás con respecto a mi carácter?

Alzando la vista hacia él, le acarició la mejilla con la barba crecida.

-Le contaré cómo salvaste las águilas y que has hecho todo lo posible para hacerme sentir bienvenida. -Como él no se movió, comprendió que esperaba mas-. Y le diré que me amas.

Sonriendo, Cole la besó, pero, cuando ella le rodeó el cuello con los brazos indicando que quería más, la apartó.

-Mi abuela es muy puntual. Será mejor que salgas para allá.

Los ojos de Kady se agrandaron.

-Podría ponerme el vestido nuevo que me has regalado -dijo, mirándose la larga falda polvorienta y manchada de comida, como toda su ropa.

-Kady, quería mía, podrías ir desnuda y siendo la mujer mejor vestida del mundo.

Kady te sonrió, encantada, porque sabía que lo decía de corazón. Cada vez que se acostaba con Gregory procuraba ser recatada y siempre se cubría, convencida de que su cuerpo rollizo era poco atractivo. Era asombroso el modo en que el peso de una persona gobernaba toda su vida en Estados Unidos. Con Cole, en cambio, se sentía hermosa. De hecho, el pueblo entero de Legend la hacía sentirse bella, deseable y merecedora de todo.

Con sonrisa provocativa, tomó la mano de Cole entre las suyas y lo condujo escaleras arriba. Quizás antes de intentar seducirla esperara algo de ella, por ejemplo, que le dijera que lo amaba. Pero quizás esperase una señal por parte de ella.

-¿Por qué no te sientas? -le dijo, imitando la voz de Mae West, mientras iba al guardarropa y sacaba la multitud de prendas que debía usar una mujer del siglo diecinueve.

Con los ojos agrandados como si estuviese mirando un striptease, Cole se estiró sobre la cama, colocó almohadas bajo la cabeza y vio cómo Kady se vestía. Por su parte, Kady se tomó un tiempo desusado para ponerse la ropa que Cole le había comprado. Incluso puso cada pierna sobre una silla y se enfundó lentamente las medias que dejaban al desnudo la parte superior de los muslos.

Cuando terminó de vestirse, caminó hacia Cole, que en ese momento la miraba de manera extraña. Y cuando él le hizo bajar la cabeza para darle un beso profundo -por primera vez-, Kady supo qué expresaba el semblante de él. Sonriendo satisfecha, tuvo que apelar a toda su voluntad para apartarse.

-Retén ese pensamiento -le dijo, sin aliento por la pasión que había sentido en él- Yo... eh... volveré lo antes posible.

Cole la miraba con expresión tan apasionada que no estaba segura de poder escapar a él. Necesitó bastante fuerza para ir hacia la puerta y cerrar el pestillo tras ella.

-Kady -le dijo Cole mientras abría la puerta-, recuerda que te amo. -Lo dijo de un modo que hizo latir el corazón de la mujer- ¿Y tú no me olvidarás?

Eso la hizo sonreír.

-No creo -le respondió, sonriendo a su vez. No eres un hombre que una mujer pueda olvidar.

Mientras trasponía la puerta, le gritó:

-Recuerda que la verdad está en los ojos de una persona.

-Sí -dijo Kady, y se apresuró a cerrar la puerta del dormitorio.

Si se quedaba un minuto más, ya no iba a poder salir, pues se abalanzaría sobre la cama junto a él y no saldría más.

Fuera, Manuel había ensillado un caballo bueno y dócil para ella y, para su sorpresa, Kady descubrió que iría sola al Árbol del Ahorcado, sin un solo acompañante. Le parecía extraño después de tantos días de no gozar de tanta libertad, pero Manuel se limitó a indicarle dónde estaba la calle principal de Legend, y le dijo que girase a la izquierda en Eternity Road: el Árbol del Ahorcado estaba al final de ella.

Tras darle la indicación, el anciano se dio la vuelta y subió los escalones del porche; cuando Kady miró atrás, vio que él y Dolores estaban allí de pie, con el rostro desbordante de tristeza. Cuando montó, les sonrió porque imaginó que debían de estar preocupados de que ella no regresara nunca. Pero Kady sabía cómo volver a su propio tiempo, y también sabía que no iba a tornar ese camino, pues Cole estaba esperándola.

Aunque no tenía demasiada experiencia con caballos, el animal parecía saber adónde iba, así que se limitó a tomar las riendas. Alejándose, se volvió y saludó a Manuel y Dolores con la mano, y a Cole, hacia la ventana de la planta alta. Parte de los peones del rancho habían salido de los establos y ellos también la veían alejarse.

Cuando dobló la esquina y quedó fuera de la vista de ellos, miró el camino que tenía delante.

-Qué gente tan triste -dijo.

Pensó en lo grato que era gozar de libertad, al fin. Pasó ante la biblioteca y atravesó con la vista el corto sendero que iba hacia la bella mezquita, pensando en lo que había dicho Cole con respecto a que sepultaría allí el tesoro de la mina Lost Maiden.

Había un breve trayecto hasta Paradise Lane, luego un viraje a la izquierda hacia el carril principal de Kendal Avenue, otro a la izquierda hacia Eternity Road. Pasó ante el cuartel de bomberos, la oficina de telégrafos, y uno de los numerosos campamentos que albergaban a los mineros. Pasó ante la mina Amaryllis, y siguió por la ruta, alejándose de toda habitación humana, hacia las montañas.

A lo largo de todo el camino, las personas dejaban lo que estaban haciendo y la saludaban con la mano-, Kady les sonreía y respondía a los saludos.

-Creo que soy famosa -dijo, riendo- Seguramente por ser la mujer que dio de comer al pueblo.

Mientras avanzaba, se preguntó si algún día lo contaría en uno de esos folletos para turistas que se compran en los pueblos fantasmas.

Pero no le gustaba pensar en Legend como pueblo muerto y, apartando la idea de la mente, se concentró en el paisaje.

Cuando dejó atrás el pueblo, vio a lo lejos un carruaje, un vehículo encantador, con techo, y vio a un hombre desenganchando los caballos. En el suelo, sentada sobre un mantel blanco, había una mujer de

elegante apariencia, rodeada por todos los elementos de un anticuado té de la tarde. Había una tetera de plata y tazas tan finas que hasta desde lejos podía ver brillar el sol a través de ellas.

Desmontó a cierta distancia del picnic, ató el caballo a la sombra, cerca de un sitio herboso, y se adelantó para conocer a su abuela política.

16

Cualesquiera que hubiesen sido los temores que Kady pudo sentir con respecto a conocer a la única pariente viva del hombre al que había llegado a querer tanto, se desvanecieron pronto cuando Ruth Jordan le tendió una mano cálida y amistosa. Era una mujer alta y delgada, que llevaba un exquisito vestido blanco con grandes mangas y una falda estrecha, blanda, y Kady comprendió lo pasadas de moda que eran las amplias faldas de Legend. Cuando la anciana sonrió, vio que sus ojos se parecían a los de Cole. Lo que halló en esos ojos fue dolor, y recordó la horrible tragedia que se había abatido sobre la familia de Cole. En poco tiempo, esa mujer encantadora había perdido todo y, por su expresión, aún no se había recuperado de las pérdidas.

-Ven, querida mía, debes sentarte y contarme todo lo que haya que contar con respecto a ti y a mi nieto. Quiero saberlo todo -dijo con gracia, indicando el mantel.

Una vez que Kady se sentó y Ruth sirvió el té, por unos momentos se hizo un incómodo silencio entre las dos. Luego, al levantar la taza, Kady sonrió.

-¿Te divierte mi elección de vajilla? -preguntó Ruth, envarada.

-No, claro que no -se apresuró a responder la joven- Estaba pensando en lo que me contó Cole con respecto a que él y Tarik se metían todos los emparedados y los pasteles de una vez en la boca. ¿De verdad era un niño tan horrible?

Observando a Ruth -por alguna razón, no podía pensar en ella como la señora Jordan-, vio que se ponía pálida como si estuviese a punto de desmayarse.

Kady se apresuró a dejar la taza y extendió la mano, pero Ruth la apartó:

-¿Está usted bien?

-Sí -respondió la anciana en voz queda, mirando a Kady de la misma manera intensa en que lo hacía Cole-. Mi nieto debe de amarte mucho si te nombró a su amigo. Por lo general, no habla de... de Tarik.

-A decir verdad, Cole y yo conversamos mucho, Tiene mucho que decir acerca de todo.

Ruth apoyó la mano sobre la de la joven.

-Soy una mujer mayor, y hace muchos años que no veo a mi nieto, así que, por favor, cuéntamelo todo, Desde el principio.

Kady rió al oírla.

-No me creería si se lo dijera.

Los ojos de la mujer eran tan intensos como los de aquellas águilas que Cole había salvado.

-Sí, lo entenderé -replicó- Tienes que confiar en que nada de lo que me digas me espantará ni me llevará a descreer de ti. Tengo que saberlo todo.

Kady tenía en la punta de la lengua decir que si quería saber más acerca de su nieto debía tragarse el orgullo y visitarlo. O, mejor aún, vivir con él. Con nosotros, se corrigió.

Sin embargo, al mirar a la mujer a los ojos, no pudo decidirse a darle ese consejo. Además, ¿quién era ella para juzgar a una mujer que había pasado por todo lo que pasara ésta?

Respiró profundamente.

-Nací en mil novecientos sesenta y seis.

Al decirlo, observó a la mujer para ver si iba a refutarla, pero ni siquiera parpadeó, y Kady sintió como si se abriese un dique dentro de ella. No tenía conciencia de lo mucho que deseaba hablar con alguien de lo que le había sucedido.

Una vez que empezó, creyó que no podría detenerse, y debió seguir hablando durante horas. Ruth era la mejor oyente del mundo, llenaba de nuevo la taza cada vez que la vaciaba, sin perder en ningún momento la expresión interesada, tan intensa que parecía consumirla. De vez en cuando, formulaba alguna pregunta cortés como:

-¿Mavis Bensons? -y sonreía ante la respuesta.

Tuvo que contener la risa cuando Kady le habló de Juan Barela, como si supiera algo que la joven ignoraba.

Cuando, por fin, Kady llegó al final del relato, ya había pasado la tarde y, al mirar los platos vacíos, se sintió avergonzada.

-Al parecer, me he comido todo y he ocupado todo su tiempo, sin percatarme de que debe de estar ansiosa por ver a Cole.

Lo dijo como si no supiera que Ruth Jordan había prometido no volver a pisar Legend.

Ruth no se movió y permaneció sentada sobre el mantel de damasco blanco, con las manos plegadas sobre el regazo, la cabeza baja, los ojos ocultos a la mirada de Kady. Cuando alzó la vista, esos ojos contenían tanta angustia que Kady, por instinto, se echó hacia atrás.

-Te creo -dijo Ruth, después de un momento.

Kady sonrió.

-No sé cómo puede creerme. Viajar a través del tiempo no es algo que suela pasarle a una persona, pero esta vez ha sido así.

Ruth agitó una mano desechando la explicación, Y sus sortijas chispearon al sol.

-El viaje a través del tiempo es la parte fácil de creer. Lo difícil es aceptar que has conocido a mi nieto.

¿Por qué es difícil de entender? Ah, ya entiendo. Es difícil de creer que, de todos los personajes de la historia que podría haber conocido, llegué a su nieto. -Se inclinó hacia Ruth- Yo también me lo he preguntado, ¿Por Cole? Jamás he conocido a nadie que me necesite

menos. Es rico, apuesto, y montones de mujeres mueren por él. Después de todo, es fácil de amar.

-¿Y tú lo amas?

Kady se miró las manos.

-¿Es posible amar a dos hombres? -Bajó la voz ¿Tres, incluso?

Como Ruth no contestó, Kady la miró y vio que sonreía.

-Oh, sí, puedo asegurártelo -dijo Ruth con los ojos brillantes- Yo soy la prueba viviente de que una mujer puede amar a más de un hombre.

Durante largo rato, Ruth miró a lo hondo de los ojos de Kady.

-Eres muy joven, querida mía. Muy joven e inocente. Cuando te miro a los ojos, no veo dolor. Nada ni nadie te ha herido tan profundamente que tu alma haya quedado dañada.

Frunciendo el entrecejo, Kady dijo:

-He perdido a mis padres y...

Ruth la interrumpió:

-De muerte natural. No te han arrebatado a nadie que no debieras haber perdido.

-Si esto es un concurso, espero perder -respondió Kady, aún ceñuda.

Ruth guardó silencio unos momentos, luego se volvió y dijo en voz mas alta:

-¡Joseph! -De las sombras de unos árboles cercanos salió un hombre alto, de sienes encanecidas, con un uniforme plateado-. El coñac, por favor, Joseph

En pocos segundos, aparecieron en manos de Ruth un frasco de plata y dos tazas diminutas. Llenó una y se la dio a Kady.

-No, gracias -dijo Kady- Beber por la tarde me hace dormir o me da dolor de cabeza.

-Quiero que bebas, porque vas a necesitarlo.

Kady se puso alerta.

-Le ha pasado algo a Cole? No, claro que no. Acabo de dejarlo, y nadie ha venido a decirnos nada.

-Quiero que bebas esto -dijo Ruth, firme.

Kady se inclinó hacia ella.

-¿Qué está pasando? Yo le he contado todo acerca de mí, y por eso pienso que me debe la cortesía de contarme lo que sea, sin pensar que voy a necesitar un trago de coñac para soportarlo.

Como tomando coraje, Ruth hizo unas inhalaciones profundas y luego habló:

-Ahora estamos en el año mil ochocientos noventa y siete. Mi nieto murió cuando tenía nueve años, en mil ochocientos setenta y tres. -Dirigió a Kady una mirada dura-. Hace veinticuatro años que está muerto.

Primero, Kady se sintió perpleja, luego sonrió, y por último se echó a reír.

-Eso es muy raro. Me parece que quienquiera le haya dicho que su nieto murió le dijo una flagrante mentira. Dejé a su nieto hace unas tres horas, y puedo asegurarle que estaba bien vivo.

Por un momento, Ruth permaneció sentada, con la copa de coñac en la mano, y luego lo bebió de un trago.

-Está bien, querida mía, ¿nos vamos?

-¿Adónde? -preguntó Kady.

-A visitar a mi nieto, desde luego. La invitación a cenar sigue en pie, ¿no es cierto?

Kady vaciló, no muy convencida de ir a ningún lado.

Poniéndose de pie, Ruth le tendió la mano a Kady.

-Ven, querida mía, iremos a visitar a mi nieto.

Kady se puso de pie, pero se apartó de Ruth Jordan. Quizá las tragedias ocurridas años atrás la habían dejado demente. De repente, lo único que le pareció importante fue volver junto a Cole. A Cole el hombre, no el niño de nueve años.

Dándose la vuelta, corrió más allá del Árbol del Ahorcado, a la zona de hierba donde había dejado atado al caballo. Pero el caballo no estaba.

-¿Ahora quieres el coñac? -le preguntó Ruth Jordan a Kady, en voz baja.

Como la joven no le respondió, se lo acercó a los labios y la obligó a beber.

-No -dijo Kady, volviéndose, jadeando, y tratando de no mirar las ruinas de lo que otrora fuera el próspero pueblo de Legend, en Colorado.

Ruth, en el coche, había alcanzado a Kady, que corría hacia el pueblo. Con actitud desafiante, la joven había subido junto al cochero. Y mientras iban hacia el pueblo, comenzó el horror. Hacía unas pocas horas, Kady había salido a caballo de un pequeño y bello pueblo lleno de personas que la saludaban con la mano y la llamaban por el nombre. Pero ahora sólo había un pueblo fantasma, lleno de casas en ruinas que además, jamás habían sido sólidas.

El primer lugar ante el cual pasaron fue la mina Amaryllis, que ahora estaba hundida y cerrada con tablas, con un cartel roto en el que decía: «La mina 930.»

-¡Pero ésa es la Amaryllis! -exclamó Kady.

-Amaryllis se llamaba la hermana menor de Cole, que fue asesinada del mismo modo que él -dijo Ruth con suavidad.

Ruth ordenó al cochero que recorriese un callejón tras otro, y Kady vio que todo era diferente en el pueblo. Cada calle, cada casa, cada edificio había cambiado. Lo que más abundaba en el pueblo eran tabernas y, sobre ellas, inconfundibles burdeles. La escuela no era el agradable edificio que Kady había visto sino un cobertizo ruinoso. No estaban los campos de deporte ni la heladería. El encantador Mace Hotel era una choza de tablas que, a juicio de Kady, jamás había tenido cristales en las ventanas. No había aceras ni espacios vacíos, pues cada centímetro de la calle estaba cubierto por casas de iniquidad, una tras otra. Por lo que permitían adivinar los carteles desteñidos, el juego de azar era la mayor industria de Legend.

Demasiado atónita para hablar, Kady permanecía sentada en el coche y miraba, con la mente demasiado cargada para comprender lo que había oído y lo que estaba viendo.

Al final del pueblo, sobre un camino que había conocido como Paradise Lane pero que ahora tenía un letrero que lo señalaba como Damnation Avenue, había una pared semiderruida de piedra que, al parecer, separaba esa sección del pueblo de la otra que habían recorrido. Hacía pocas horas, allí había un pulcro cerco.

-La línea Jordan -dijo Ruth en voz baja.

Tocó el hombro de Joseph y le dijo que a partir de allí caminarían. Daba la impresión de que Ruth sabía que Kady había sufrido un impacto demasiado grande para hablar pero que, pese a ello, necesitaba consuelo pues, una vez que se apearon, tomó el brazo de la joven en el suyo.

-Legend era un lugar horrible -dijo Ruth-. Peor de lo que puedas imaginarte. En 1867, mi esposo y mi único hijo, el padre de Cole, encontraron plata aquí. Eran hombres buenos y estaban resueltos a no dejar que le ocurriese a este lugar lo mismo que a otros pueblos de minas de plata de Colorado. No querían un antro de corrupción, lleno de burdeles y tabernas; querían que hubiese familias, iglesias y escuelas.

-Idealistas -murmuró Kady, aferrándose del brazo de Ruth como si pudiera caerse si no lo hacía.

Frente a ella debía haber una biblioteca, una iglesia a la izquierda pero, en cambio, había un par de construcciones improvisadas y terrenos.

-Eran bastante idealistas, y pensando que serían ricos, creyeron poder llevar a cabo sus planes. Bastaría con que se negaran a vender la tierra o las minas, y así tendrían el control. -Ruth hizo una pausa y echó una mirada en torno del pueblo vacío y decadente-. Cuando los mineros rebautizaron el pueblo como Legend, debimos adivinar que nada resultaría. Mi esposo le había puesto Acrópolis, pero algún bromista dijo que debía llamarse Sumidero, Colorado, y otro dijo que la gloria del lugar era una leyenda en la mente de Adam Jordan, pero en ningún otro lado. Y Legend quedó.

-Nunca sucedió -dijo Kady en voz queda, esforzándose por comprender lo que estaba viendo y oyendo.

En cierto modo, podía aceptar que había retrocedido en el tiempo, y ahora tenía que entender que había regresado a un sueño, a un sitio que jamás existiera. Había conocido a un hombre que nunca creció hasta llegar a una edad viril.

Ruth la miraba con atención.

-Me parece que será mejor que te sientes. Yo he tenido años para asimilar esto, pero tú, querida mía, no has tenido tiempo de recuperarte ni de comprenderlo siquiera.

Apoyándose pesadamente en el brazo fuerte de Ruth, Kady se dejó llevar por un sendero que, en otro tiempo, llegaba a la mezquita. Pero no tuvo necesidad de preguntar para saber que no se había construido ninguna mezquita en memoria del amigo muerto de Cole. En su lugar había una casa antigua que sin duda era la estructura más sólida del

pueblo. En otro tiempo había sido una bella casa, con un gran porche, ventanas y...

-Ustedes vivieron aquí, ¿no es cierto? -le preguntó a Ruth.

-Sí, toda mi familia vivía aquí. El muro de la línea Jordan separaba esa parte de la ciudad de ésta, y Lily yo hicimos todo lo posible por mantener a los niños alejados de esa parte del pueblo. Teníamos nuestra propia iglesia y nuestra escuela, y ese pequeño edificio de allá, que nos gustaba llamar biblioteca. Cole y yo pasamos horas soñando con lo que sería Legend algún día. Íbamos a convertirlo en un centro de enseñanza, un sitio al que acudiría gente desde kilómetros a la redonda para leer, descansar y para disfrutar de las fuentes calientes. Era un niño con grandes planes para el futuro.

-Y quería una casa grande con un porche profundo y muebles de San Francisco -dijo Kady.

Ruth hizo una inspiración profunda.

-¿Logró tener esa casa?

Kady paseó la mirada por el camino que tenía a su izquierda, cuyo final no podía ver.

-Construyó una bella casa por allá.

Ruth guardó silencio un momento y luego tomó a Kady del brazo:

-¿Vamos a ver el emplazamiento?

Unos minutos más tarde, cuando las dos dieron la vuelta a una curva del camino cubierto de hierbas, a Kady no la sorprendió ver que el emplazamiento de la casa de Cole era un cementerio. Cuando la abuela de Cole quiso hacerla avanzar en medio de las lápidas, clavó los talones y no se movió.

-No quiero ver dónde está sepultado-dijo Kady-. No quiero pensar en que nunca vivió hasta los treinta y tres años, y que nunca... nunca...

Ruth no la presionó.

-Volvamos a la casa y conversemos. Kady, hay una razón para lo que nos ha pasado a ti y a mí, y tenemos que unirnos para deducir cuál es esa razón.

Kady no pudo hacer otra cosa que asentir, y se encaminaron otra vez hacia la casa que en otro tiempo Ruth Jordan había compartido con la familia. Cuando subían los escalones, Kady dijo:

-¿Por qué se rió cuando mencioné a Juan Barela?

Ruth sonrió:

-Estaba tan fuera de la ley como tú o como yo, Era un guapo muchacho de cabello oscuro, y su padre trabajaba para nosotros en los establos, pero sospecho que hubo un desacuerdo entre él y Cole, y por eso mi nieto juro que era un delincuente en ciernes. Aquí entre nosotras, yo creo que alguna chica prefirió a Juan en lugar de a Cole.

Kady sonrió por primera vez desde que Ruth le había contado todo.

-¿Y las cinco M?

-Todas ellas trabajaban en los ... eh, salones, eran muchachas muy bonitas, jóvenes e inocentes, y se burlaban sin piedad de Cole y de Tarik. El pobre Cole se ruborizaba furiosamente cada vez que veía a alguna de ellas.

En el porche de la vieja casa Joseph había puesto lámparas y sillas, con mantas para cubrir las piernas ya preparadas para proteger a las dos mujeres del aire frío de la montaña. Mientras se acomodaban, le tocó el turno a Ruth, y le expuso a Kady todo lo que había sacado en conclusión oyendo Ia historia de Kady.

Unos minutos después, Ruth le hablaba a Kady acerca de los amigos de la infancia de Cole, que eran adultos cuando Kady los conoció, aun cuando eran vistos a través de la óptica de un niño. El dueño de la lavandería, del que Cole decía que tenía seis hijas, era en realidad un alcohólico que gastaba en prostitutas cada centavo que sacaba de las minas y dormía en la puerta de la lavandería porque allí no hacía frío. Aliento de Cerdo era un carretero llamado John Howard, al que le encantaban las cebollas crudas. El padre de Ned dirigía una de las tabernas, y Cole lo envidiaba porque tenía permiso para beber cerveza.

Ruth habló y habló, en voz leve y entretenida, con anécdotas que a veces hacían sonreír a Kady, pero cuando el sol ya se ponía, Kady percibió una corriente subterránea en la voz de Ruth. O bien callaba algo, o iba acercándose a algo terrible.

Poco después de la caída del sol, un silencioso Joseph, casi invisible, les sirvió pollo frío y ensalada, Kady dijo en voz baja:

-¿Qué es lo que está ocultándome?

-No tengo idea... -empezó a decir Ruth, pero se interrumpió al ver la cara de Kady-. Deduzco que no tengo tiempo de fingir que todo está bien, ¿no es cierto?

-No, yo diría que no. Yo creo que ya es muy tarde para ocultarme nada. Sea cual fuere la razón por la que resulté elegida, ya estoy metida hasta el cuello.

Cuando Ruth volvió a hablar, su voz había cambiado. Ya no intentaba ser entretenida. Le contó la furia y el dolor que había sentido cuando recibiera la carta de Kady, porque sospechó que se trataba de un nuevo intento de sacarle dinero.

-Pero tu carta fue diferente. Hablabas de Cole como si quisieras retorcerle el cuello.

Kady sonrió.

-Sí, a menudo. Tiene algo que provoca ese deseo, No pregunta, sino que le dice a una qué hacer. -Contuvo el aliento- O, más bien, les decía a las personas.

Ruth prosiguió:

-Durante años, ha habido noticia de que Legend está hechizado. El alma de las personas que alguna vez vivieron allí, al parecer, sigue viva. Por lo menos, en cierto modo.

-Qué le pasó al pueblo de Legend después de que murieron Cole y su familia?

Como Ruth no respondió de inmediato, Kady la miró fijamente y vio que estaba tan conmocionada que parecía haber envejecido diez años en unos minutos. O Kady se equivocaba, o Ruth ocultaba grandes secretos, y al ver que no le contestaba directamente, supo que estaba en lo cierto.

-Ignoraba que Cole supiera que su familia había muerto -dijo Ruth, en voz queda- Aquel día espantoso tratamos de ocultarle la verdad. A la hermana y al amigo, Tarik, los mataron de inmediato, pero Cole duró tres días. Le dijimos que ellos estaban bien, y que no podían visitarlo porque tenían que ir a la escuela. Si bien era una pobre excusa, en medio de esa situación parecía factible, y Lily y yo creímos que Cole la había aceptado. Durante esos tres días, no me aparté un minuto de Cole. La madre se ocupaba del cuerpo de su hija, y luego de...

Titubeando, miró a Kady.

-Lily se ocupó de su hija y, después preparó el de su esposo y el del mío cuando los trajeron, asesinados por los hombres que habían robado el banco. -El hermoso rostro de Ruth adquirió una expresión amarga y su boca se torció en una mueca- No fueron los delincuentes los que mataron a los niños sino los «buenos» vecinos de Legend.

Por unos momentos, Ruth ocultó su rostro a Kady, fijando la vista en la oscuridad de la noche. Cuando volvió a mirarla, se había recuperado lo suficiente para sonreírle.

-Esa noche perdí a todos. Tres días después del tiroteo, la única que quedaba viva era Lily, la madre de Cole, y yo veía en sus ojos que estaba retrayéndose. No podía hacer frente a lo que le había sucedido a toda la gente que amaba.

Ruth guardó silencio otra vez, pero Kady supo que tenía más que contar, quizá mucho más, aunque sin duda le resultaba difícil encontrar las palabras. Kady se quedó callada y esperó; lo único que se oía era el viento entre los árboles y un coyote a lo lejos.

-No puedo describir esos días de horror -empezó a decir Ruth lentamente y en voz tan baja que Kady casi no podía oírla-. Ahora apenas puedo recordarlos. Mi marido, mi único hijo, mis dos nietos, todos muertos. Tras la muerte de Cole, Lily se tornó catatónica. No hacía más que quedarse sentada en la mecedora, sin querer comer, ni llorar siquiera. Miraba por la ventana de un modo que daba la impresión de que ella también podría estar muerta.

Tomó aliento.

-La única persona que quedaba viva era el padre de Tarik, que trabajaba para nosotros -dijo, y se le suavizó la expresión-. ¡Oh, qué hombre tan apuesto era! Tan moreno como rubia mi familia. Corría el rumor de que había seducido a la mitad de las mujeres de Legend; si lo hizo, había sido muy discreto. Era un hombre silencioso, muy devoto de mi esposo y siempre amable, siempre cortés.

-Esa semana infernal, después de que todos murieron, Gamal (ése era su nombre) seguía vivo. Cuando sonaron los primeros disparos, de un salto se puso delante de los niños, pero recibió media docena de balas en la pierna izquierda y quedó inmovilizado. Unos días después, le amputaron la pierna y por un tiempo, creímos que viviría, pero luego sus ojos empezaron a arder de fiebre y entonces supe que él también iba a morir.

Los ojos de Ruth que miraban a Kady ardían de tal modo como si ella también tuviese fiebre.

-Era el último lazo con mi familia. Me bastaba con mirar a Lily para saber que sólo sería cuestión de tiempo que ella se matara.

Ruth la miraba como suplicándole comprensión, pero Kady seguía sin poder entender lo que trataba de decirle.

Salvando la corta distancia que las separaba, apretó la mano de Ruth. Cuando habló, la mujer lo hizo en tono casi desafiante.

-Cuando Gamal me abrió los brazos, yo fui hacia él y pasamos la noche haciendo el amor. A la mañana siguiente, él ardía de fiebre y ya nunca recobró la lucidez.

Dos días después, estaba muerto.

Ruth mantuvo el perfil hacia Kady, como esperando censura, pero la joven se limitó a apretarle la mano más fuerte, dándole ánimos para continuar.

-Esa noche concebimos un hijo.

Ruth se quedó inmóvil, como si esperase el juicio de Kady sobre su persona, pero una mujer del siglo veinte veía las cosas desde una perspectiva muy diferente que una del siglo diecinueve.

-¿Varón o niña? -preguntó Kady.

Una sonrisa casi imperceptible demostró que Ruth agradecía el hecho de que Kady no la juzgase, y aflojó la tensión de los hombros como si se hubiese quitado de encima una pesada carga.

-En aquel momento, ni pensé en el embarazo. Yo tenía cuarenta y ocho años, y ya había tenido faltas durante dos meses. Después de los funerales, me mudé con Lily a Denver a ver si podía hallar a un médico que pudiese volverla a la vida. En parte la envidiaba; yo también hubiese querido apartarme del mundo. ¿Cómo podía pensar en la vida después de toda la muerte que había visto?

-En cuanto a los síntomas de embarazo, me parecía normal sentirme tan mal. Y como hacía treinta y dos años de mi última preñez, no recordaba bien los síntomas. Me pasaba todo el día cuidando a Lily, y por eso pocas veces vestía otra cosa que la bata.

Por fin, se volvió para mirar a Kady, que la contemplaba con los ojos muy abiertos, fascinada por la historia. ¿Adónde iría a parar?

Al ver el rostro de Kady, Ruth se relajó un poco más.

-Finalmente fui a ver a un médico cuando el niño empezó a dar patadas.

Dejó vagar la mirada a lo lejos, con aire soñador.

-Ese fue el día más extraño de mi vida. Fui al médico sabiendo que dentro de mi vientre algo andaba mal y, aunque sé que es pecado, rogaba que fuese algo terminal, pues quería reunirme con mi familia en el cielo.

Se volvió otra vez hacia Kady.

-Pero salí del consultorio con ideas de vida. Había olvidado que Dios da además de quitar.

Kady siguió callada, porque comprendía que ahí no acababa la historia. Si Ruth hubiera dado a luz a un niño y después todos hubiesen vivido felices, Kady no habría pasado a través del tiempo para aterrizar en medio de semejante situación.

-He cometido muchos errores en la vida -dijo Ruth con suavidad-, pero ninguno lamento tanto como lo que hice cuando supe que iba a tener un niño.

Aferró con tanta fuerza la mano de Kady que casi la hizo gritar de dolor.

-Tras la muerte de mi familia, estaba insensible, no me importaba si vivía o moría. No había nada dentro de mí: ni odio, ni amor y en realidad, tampoco ideas de venganza.

Soltando de repente la mano de Kady, Ruth clavó la vista en la noche. Estaba ascendiendo la luna y se hacía tarde, pero Kady jamás se había sentido tan despabilada en la vida.

Ruth prosiguió:

-Cuando supe que una vida crecía dentro de mí, lo único que pude pensar fue en proteger a ese niño. Sin importar lo que costara en dinero, sangre o lágrimas, iba a proteger a este niño de todo mal.

Apretó los labios.

-Lo primero que hice fue convertir mi casa de Denver en una fortaleza. Jamás hubo prisión más segura que mi casa y mi jardín. Guardias armados con perros patrullaban los campos noche y día. No se permitía entrar en la propiedad a ningún proveedor, y los sirvientes que entraban y salían eran minuciosamente registrados.

Por un momento se interrumpió como si rememorase el pasado; cuando habló su voz fue queda, honda de emoción.

-Ya han pasado muchos años, así que es difícil explicar por qué mi odio tomó esa dirección. Tal vez debería haber odiado a los que robaron el banco, pero no los odié. Ellos no dispararon un solo tiro en el pueblo. No, fueron los ciudadanos de Legend, con su exagerado celo, los que dispararon. Unos tenían armas de fuego, la mitad de ellos no las habían usado jamás, pero aquel día, cuando vieron que se les iba la plata, abrieron fuego. Ese día mataron a tres niños, Y a tres adultos en los días siguientes. Todo por conservar esa plata sangrienta.

Los ojos que volvió hacia Kady ardían.

-¿Puedes entender el odio que sentía? Yo llevaba a un niño dentro, y no cabía la más mínima duda de que ese niño sería la única familia que tendría el resto de mi vida. Tenía que protegerlo del pueblo de Legend.

-Pero usted estaba en Denver -repuso Kady, con suavidad.

-Así es. -Ruth se volvió y dejó perder la mirada en la noche

No trates de encontrarle sentido, porque no lo tiene. Yo estaba enloquecida, no estaba en mi sano juicio.

Si bien Kady esperaba no tener que aprender nunca de la experiencia, era fácil adivinar que un dolor muy hondo podía impulsar a una persona a cometer actos irracionales.

-¿Qué hizo?

-Cerré Legend. Como mi esposo y mi hijo se habían aferrado a cada centímetro de tierra en la esperanza de crear una Utopía, yo poseía todo Legend. Hice estallar las minas de modo que no pudiesen explotarlas, Contraté guardias con perros para patrullar el pueblo vacío. No permití ni a un vagabundo vivir allí.

A Kady le llevó unos momentos digerir la información.

-¿Y qué pasó con la gente que vivía en Legend?

Por unos instantes, Ruth miró la luna y tardó en responder.

-Por supuesto, se marcharon, odiándome tanto como yo a ellos. Oh, claro que los dueños de las tabernas y las chicas, o incluso los mineros, podían conseguir empleo en cualquier parte; pero mi marido y mi hijo habían trabajado duro para llevar a Legend a familias decentes, y en aquel entonces había varias viviendo allí. Habían hecho jardines y arreglado las casas; habían fundado hogares para ellos y sus familias.

Quieta, en la oscuridad, Kady trató de imaginarse la rabia que debían de haber provocado los desalojos de Ruth. Una versión en pequeño de La Huella Cherokee de las Lágrimas.

Ruth habló en voz muy baja.

-Ese invierno hubo una epidemia de cólera y murieron muchos de los primeros residentes de Legend, entre ellos algunos amigos de Cole. Los padres me enviaron fotos de sus hijos muertos. Ellos…

Se interrumpió para tomar aliento.

-Me maldijeron. Una anciana me escupió en la calle y me deseó que mi nieto muerto me persiguiera para siempre. Y que mi nuevo hijo llegara a odiarme.

Kady se frotó los brazos, sintiendo que se le hacía piel de gallina. Aunque no era católica, deseó persignarse al oír hablar de tanta maldad.

-Todo se cumplió -dijo Ruth-. Cole ronda por este pueblo, desesperado por crecer, amar, tener sus propios hijos. Y mi hijo vivo…

Kady escuchó el relato de Ruth de cómo había mantenido prisionero a su hijo menor, sin permitirle salir de la propiedad. Cuando el niño tenía tres años, recibió una amenaza de secuestro de una persona que había vivido en Legend, y por eso Ruth redobló sus esfuerzos por mantenerlo a salvo.

Cuando se detuvo como si no fuese a hablar más, Kady, preguntó:

-¿Qué le pasó a su hijo menor? -y se preparó para oír otra tragedia.

-Cuando tenía dieciséis, saltó la cerca y huyó. -Se tomó tiempo para volver a hablar-. Dejó una carta en la que me decía que mi odio hacia Legend era más fuerte que mi amor por él. Que yo había permitido que la pena por los muertos superase mi amor por los vivos.

Miró a Kady.

-Al principio estaba furiosa y, como de costumbre, culpé o Legend por arrebatarme otro ser amado, pero a medida que pasaban los meses, y luego los años, llegué a comprender que mi hijo tenía razón. Era yo la que había perdido al único hijo que me quedaba. No podía culpar a ninguna otra persona de esta tragedia.

-¿Ha tenido noticias de él?

-Sí. Durante años no supe nada y, entonces, hace seis meses, me escribió una carta. Está en Nueva York, tratando de construir su vida, No quiere ayuda de mi parte; a decir verdad, no quiere ningún contacto conmigo. Está…

-Furioso -dijo Kady, tratando de imaginarse a un niño que hubiese crecido prisionero de una mujer obsesionada por el odio.

-Sí -dijo Ruth con suavidad-, mi hijo está muy, muy furioso.

Cuando Ruth se volvió para mirarla, Kady supo de manera instintiva lo que iba a decir. Y lo que más quería en el mundo era no oírla. Ruth Jordan iba a pedirle ayuda. Iba a pedirle que la ayudase con el pueblo de Legend, y que la ayudase con su enfurecido hijo menor.

Pero antes de que Ruth pudiese hablar, Kady levantó la mano.

-Creo que debo hablarle de mí. Pienso que hay cosas que debe conocer acerca de mí. No quería venir aquí, no quiero estar aquí, y tengo intenciones de volver, de inmediato, a mi propio mundo, junto al hombre que amo.

Pensó que, al fin, lo había dicho. Apartando la manta que le cubría las piernas, se puso de pie y empezó a caminar por el porche. Ya era muy tarde y no faltaba mucho para el amanecer. Cuando empezó a hablar, trató de evocar la imagen de Gregory y de Onions. Quería recordar un mundo lleno de automóviles, aviones y computadoras. En ese momento, la parafernalia atómica le parecía segura comparada con las disputas sangrientas en las que figuraban maldiciones y fantasmas.

En el transcurso de los acontecimientos, Kady nunca logró entender por qué había sido ella la elegida para retroceder en el tiempo, y ahora sabía que había ido a conocer a un hombre que jamás creció para llegar a serlo. En ese momento, no quería pensar en Cole porque, cuando lo hacía, recordaba demasiadas cosas de él que había llegado a amar. ¡No! ¡No!, se corrigió, no había ido para amar a Cole. Estaba enamorada del agradable y seguro Gregory, un hombre que había vivido sus treinta y un años como humano, no como fantasma, un hombre a cuya madre nadie había lanzado una maldición (excepto algunos proveedores del restaurante).

-¿Tiene usted mucho dinero? -preguntó Kady.

-Muchísimo.

-¿Y por qué no reconstruye Legend? Podría convertirlo en el lugar que soñaba Cole. Tal vez haya sido por eso por lo que fui enviada a este lugar, para averiguar qué quería Cole y transmitírselo a usted.

Ruth arqueó una ceja.

-¿Quién querría vivir en las montañas de Colorado?

Eso hizo sonreír a Kady.

-Quizá debería hablarle del esquí que se practica montaña abajo.

-Entiendo, ¿y crees que si convirtiese el pueblo de Legend en un pequeño pueblo turístico, eso enmendaría todos los males?

-No sé si se pueden enmendar los males -se apresuró a replicar Kady, rogando para sus adentros que Ruth no le pidiera que se quedase.

En ese preciso momento, lo único que quería en el mundo era volver a su propio tiempo y lugar y estar con personas que le resultaran familiares.

Mientras Kady se paseaba, nerviosa, Ruth la observaba.

-Querida, por favor, siéntate. Si te mueves así, inquieta, Joseph no puede dormir.

Kady no había visto al anciano tendido sobre un par de mantas en el extremo más alejado del porche, que en ese momento se incorporaba

sobre el codo y miraba, adormilado, a las dos mujeres. Volvió a sentarse en la silla.

Ruth le tomó la mano y se la oprimió.

-No voy a pedirte que te quedes. ¿Para qué? ¿Qué podrías hacer ahora que no hayas hecho ya? Le has dado a mi nieto una posibilidad de vivir por un tiempo. Le has dado la oportunidad de vengarse.

-¿De vengarse? -repitió Kady, alarmada.

-Cuando llegó tu carta diciéndome que eras mi nieta política y el cabezón de mi nieto te retenía prisionera, tiré la carta a la basura. Durante años, me acostumbré a esas odiosas jugarretas, y siempre las ignoraba. Pero, al día siguiente, Joseph me llevó un recorte de periódico.

Del interior de un bolsillo, astutamente escondido en la manga del vestido, Ruth sacó un trozo de periódico y se lo dio a Kady, pero cuando lo acercó a la luz para leer, Ruth habló:

-Dice que ha sido enmendado un gran mal. Nunca fueron atrapados los hombres que robaron el banco de Legend hace tantos años. Mi hijo y mi esposo resultaron muertos persiguiendo a los tres ladrones, que parecieron desvanecerse en la montaña. No se hallaron rastros de ellos.

-Años después, apareció en Denver un hombre con una enorme cantidad de plata (fue mucha la que sacaron del banco de Legend), y se rumoreaba que era uno de los ladrones, y que había asesinado a sus secuaces. Nadie pudo probar nada, y el sujeto fue hábil para comprar el silencio de los investigadores.

Ruth miró a Kady.

-Hace tres días, se encontró a un hombre muerto en su estudio, con un cuchillo atravesado en el corazón. La persona que lo mató no disparó un solo tiro. Pasó en silencio sobre un muro alto, luchó con varios guardias y entró en el estudio, Sobre el escritorio del hombre se encontró una confesión firmada de la participación en el asalto a Legend hace tantos años.

Los ojos de Ruth sondearon a Kady.

-El cuchillo hallado en el pecho del hombre tenía una medalla en el mango, una de ésas que entregaban por un año completo de asistencia a la escuela dominical. -Hizo una profunda inspiración-. Le pedí al comisario que me mostrase el cuchillo: era la medalla de Cole, y yo… me había cerciorado de que lo enterrasen con ella.

Apartando la cara para no ver el dolor de Ruth, Kady recordó el aspecto que tenía Cole cuando regresó después de los diez días de ausencia: le sangraba el hombro de un corte profundo y tenía muchas magulladuras en la cara y el cuello. Pensándolo en ese momento, se le revolvió el estómago al pensar en la inutilidad de la venganza. Matar a ese hombre no había devuelto a nadie a la vida.

Ruth continuó:

-Junto con la confesión había un testamento, testificado y legal, por medio del cual el hombre dejaba sus millones para construir orfanatorios en todo Colorado.

De pronto, Kady sintió que era demasiado y, poniendo la cabeza en las manos, rompió a llorar. Pensó que Cole había sido la mejor persona

que había conocido, la de corazón más puro. Aunque estuviese mal matar por venganza, había podido usar para hacer el bien ese dinero que tanta sangre había costado.

Ruth permaneció en silencio largo rato, dejando que Kady llorase con el rostro oculto en las manos, dejándola en paz; sólo la interrumpió para ofrecerle un pañuelo. Cuando le pareció que la muchacha podía recuperar el control, dijo:

-Ahora querrás volver a tu tiempo.

-Sí -dijo Kady con voz suave-. Quiero volver a casa. Pienso que ya he hecho lo que tenía que hacer aquí. Cole ha tenido su oportunidad de... de vivir.

«Pero no de amar», pensó. En eso, lo había estafado. Pero ¿cómo podía amarlo si su corazón pertenecía a Gregory?

De repente, Ruth dijo:

-¿Quién puso el vestido de boda en la vieja caja de harina?

-¿Cómo dice?

-Estaba pensando en tu versión de que encontraste el vestido de novia y el reloj de mi hijo dentro de una vieja caja de harina. ¿Quién los puso ahí?

-No tengo idea. Supuse que sería el vestido de la madre de Cole, pero... -Al recordarlo, sonrió- Pero Cole me contestó que no había estado en la boda, así que no sabía lo que se había puesto su madre.

Al recordar la broma de Cole, estuvo a punto de llorar de nuevo.

-Descríbeme el vestido.

A Kady se le ocurrió que no era momento para hablar de modas, pero, como le pareció que era importante para Ruth, empezó a describir el encantador vestido con las manos.

No había dicho tres frases, cuando Ruth dijo:

-No es esa falda. La falda no corresponde. Mi nuera se caso en mil ochocientos sesenta y tres, y en esa época las faldas eran muy amplias, con aros, pero tu vestido tenía un polisón. Tu vestido de novia era del estilo de mil ochocientos setenta y tres.

-Y si no fue hecho para la madre de Cole, ¿para quién, pues?

Ruth la miró enarcando una ceja.

-Oh, no, no creerá que fue hecho para mi. Sé que me va, pero ¿quién podía saber que yo era... quiero decir, quién pudo adivinar que ... ?

-Yo -repuso Ruth con sencillez-. Yo pude haber encargado el vestido y haberlo puesto en una caja de hojalata.

Kady abrió varias veces la boca para hablar, y volvió a cerrarla otras tantas. Por fin, se dejó caer contra el respaldo de la silla.

-Esto no tiene sentido. Parece uno de esos asuntos de saber qué está primero, si el huevo o la gallina. Yo encontré el vestido antes de conocerla a usted.

-Sí, pero según tú misma has admitido, ahora estamos casi cien años antes de que encuentres el vestido. ¿Qué me impediría encargar el vestido y ponerlo en esa caja?

-¿Eso significa que todo va a volver a suceder? ¿Qué voy a encontrar la caja y regresar a Legend, preparar un banquete, y...?

Se interrumpió, ante esos recuerdos tan frescos y dolorosos.

Por un momento, trató de aclararse los pensamientos y pensar en lo que estaba pasando.

-¿Qué es lo que quiere de mí? -le preguntó a Ruth con cautela-. ¿Adónde quiere llegar?

-Quisiera que trajeses a la vida a Cole. Quisiera que detuvieses las muertes en mi familia, e incluso.. -Tragó-. Incluso quisiera que Legend pudiese vivir. Pero no me imagino cómo podría lograrse eso, Kady -dijo, sonriendo-. Estoy agradecida por lo que le has dado a mi nieto. Ojalá hubiese podido verlo como hombre, pero sé que, de haber vivido, habría tenido el aspecto que has descrito y actuado tal como has dicho.

Kady esperaba que cayese el otro zapato, porque estaba segura de que Ruth iba en pos de algo.

-¿Qué es lo que quiere de mí? -repitió.

-Cuando vuelvas a tu propio tiempo, quiero que compruebes si he tenido descendientes. Quiero que los encuentres.

Kady sonrió.

-¿Y qué les diré, ¿Que conocí a su tataratatarabuela en 1897? ¿O que tuve una gran aventura con su tataraprimo... o como se diga, de adulto aunque, en realidad, él murió cuando tenía nueve años? ¿Y que todo sucedió hace más de cien años?

Ruth rió.

-Suena un poco estrafalario, ¿no?

-¿Y qué me dice con respecto a Gregory? -preguntó Kady- No se ofenda, pero ustedes, los Jordan, tienden a olvidarse del hombre que amo. El hombre con el que voy a casarme. Por alguna razón, no creo que él vaya a entender nada de esto.

-¿Vas a contárselo? -preguntó Ruth, incrédula.

-¿Contarle que he pasado los últimos días anteriores a mi boda con otro hombre? Imposible.

-Está bien, entiendo. No voy a pedirte que prometas nada. Ya has hecho más que suficiente por mi familia, por todos nosotros, tanto vivos como muertos, Pero prométeme que, si se presenta la oportunidad, visitarás a mis descendientes. Si soy tan afortunada como para tenerlos, quiero decir.

-Está bien, lo prometo -dijo Kady, y bostezó.

El cielo comenzaba a sonrosarse, y en ese momento lo único que deseaba era acostarse. Le habló a Ruth de los petroglifos, y Ruth le contó que todos los habitantes de Legend sabían dónde estaban: otra de las pequeñas bromas de Cole.

-¿Estás lista para irte a casa, querida?

-Sí -respondió Kady, sincera.

Ya había tenido suficiente de viajes por el tiempo y brujerías. Ahora lo único que quería era dormir unas horas y luego ir a ver a Gregory. Desde ese momento, sólo quería una vida normal. Normal y aburrida.

-Joseph! -exclamó Ruth con vivacidad, y el hombre apareció al instante junto a su silla, para ayudarla a levantarse.

Kady tuvo la impresión de que Ruth parecía mucho más joven cuando la viera por primera vez. En ese momento, se percibía que no le quedaba mucho tiempo sobre la tierra.

Fueron en el coche hasta más allá del Árbol del Ahorcado, y cuando salió el sol, Kady distinguió los vagos contornos del pueblo abandonado. A donde mirase, le parecía poder oír voces que le gritaban:

-Hola, Kady.

-Gracias, Kady.

-Excelente comida, Kady.

Fue un alivio que Ruth la distrajera con preguntas. Mientras viajaban, Ruth anotó en un pequeño cuaderno datos de la vida de Kady en el siglo veinte: dónde había nacido, el apellido de la madre, del padre, la dirección en Alejandria. Riendo, Kady le dio también su número de la seguridad social.

-Ojalá supiera también el número de mi pasaporte.

Ruth no sonrió siquiera.

-¿En qué fecha te encontraste con Cole? -le preguntó, y, cuando se lo dijo, continuó-: Te daré seis semanas a partir de entonces. Si para esa fecha no te has puesto en contacto con mis descendientes, quedará claro que ya no vas a encontrarlos.

-Me parece justo -respondió Kady, cuando el coche se detuvo junto a la base de las rocas que había llegado a conocer bastante bien en las últimas semanas.

-¿Estás segura de que se abrirá? -preguntó Ruth, como si esperase que Kady tuviera que quedarse en el siglo diecinueve para siempre.

-Pienso que es como las sandalias de rubí de Dorothy, y siempre he podido regresar a mi casa.

Al ver la expresión intrigada de Ruth, sonrió y, obedeciendo a un impulso, abrazó a la anciana y estrechó su cuerpo frágil.

-Gracias, Kady -susurró Ruth- Gracias por lo que has hecho por mi nieto. -Apartándose, miró a Kady e, igual que el nieto, le pasó un rizo negro detrás de la oreja-. Gracias por lo que has hecho por mí. Voy a hacer lo que pueda para reparar el daño que haya causado a mi hijo menor. Y quizá, si puedo, haré algo con respecto a Legend. -Bajó la voz-. Si me queda tiempo.

Kady no quiso pensar en lo que eso significaba. Cuando regresara a Virginia, Ruth estaría muerta desde muchos. años atrás.

Cuando Kady hizo ademán de apearse, Ruth le dijo a Joseph que fuese con ella, pero Kady dijo que no, que quería ir sola. Por la mirada de Ruth, supo que comprendía que ella quería decir adiós a Cole, porque cada centímetro del sendero que subía la montaña le recordaba el tiempo pasado con él.

Tras un último apretón de manos, Kady se volvió y corrió hacia el sendero de la montaña con toda la prisa que pudo. Había terminado su tiempo en el pasado, y era preferible dejarlo atrás. Ahora tenía que mirar hacia el futuro, hacia el futuro y hacia Gregory... el hombre que amaba.

Cuando llegó a los petroglifos, no la sorprendió encontrarse con un cuadro familiar: la abertura en la roca, a través de la cual podía ver su

apartamento con la caja de harina en el suelo, el sucio delantal de cocinera tirado sobre el sofá. Sin permitirse una mirada atrás, traspuso de un salto la abertura y, en un instante, el agujero se cerró tras ella.

Por un momento, sola en el apartamento, miró alrededor. Hacía más de dos semanas que no estaba allí, y no tenía idea del tiempo que había transcurrido en el siglo veinte. Desorientada, tomó el control remoto del televisor y, tras mirar el instrumento como si proviniese de otro planeta, encendió el aparato, puso el Canal Dos, y vio que eran las dos de la madrugada del día en que se había ido. No había pasado nada de tiempo.

Aún incómoda, pulsó el botón del contestador automático; lo único que oyó fue una voz de computadora tratando de venderle papel de aluminio.

A sus pies, sobre la alfombra barata, manchada, del apartamento, estaba la caja de harina, vacía. No estaba el vestido de novia ni el reloj de Jordan, y tampoco la fotografía de una familia antaño feliz. Todo eso había quedado en Legend. Lo que tenía era la ropa que llevaba puesta: una larga falda campesina, blusa de algodón y un ancho cinturón de cuero. Nada demasiado notable; ni siquiera tenían aspecto anticuado. No tenía absolutamente nada que demostrase que acababa de regresar de una aventura extraordinaria.

Por un momento, la soledad la abrumó de tal manera que creyó que iba a derrumbarse sobre el suelo a llorar, pero no iba a permitírselo. No iba a permitirse llorar por un hombre que jamás había vivido para transformarse en el hombre que conoció. Iba a pensar en todo como lo hacía Ruth: que le había dado a Cole algo que de otro modo, no hubiese tenido.

Sonriendo, pensó en Scarlett:

-Mañana pensaré en ello. Si lo pienso ahora, me volveré loca.

Aún sonriendo, fue al dormitorio y se tiró sobre la cama. Se durmió de inmediato.

17

Lo primero que pensó Kady al despertar fue: «¿Dónde está Cole y por qué la casa está tan silencio?» Transcurrió un minuto hasta que comprendió que estaba en su hogar de Virginia, en su propia época. Y, lo más importante, en casa con Gregory.

Sonriendo, se bajó de la cama sintiéndose un poco endurecida y dolorida por el esfuerzo de los últimos días.

-Será mejor no pensar en ello -dijo en voz alta, mientras se dirigía al baño y, por un instante, permaneció allí maravillándose por el cuarto de baño moderno.

¡Agua corriente! ¡Inodoro con cisterna! ¡Agua caliente!

Se dio una ducha tan larga que casi la despellejó, y luego dedicó media hora a masajearse el cuerpo con una loción. Por lo general, tenía

tanta prisa por llegar al trabajo a su hora que no le quedaba tiempo para hacer algo tan hedonístico, pero ese día...

Llena de pánico, miró el reloj y vio que era las diez de la mañana, pero, cuando se calmó, recordó que era domingo, y que Onions estaba cerrado. Aun así, por lo común a esa hora del domingo ya estaba metiendo algo en el horno. A Gregory y a su madre les gustaba sentarse a comer una comida ligera a eso de las dos, y Kady se enorgullecía de la que les preparaba.

-¿Qué tal si hoy les preparo serpiente? -murmuró, riendo.

Fue hacia el armario. Era un pequeño guardarropa al que podía entrar, que por su modestia resaltaba más aún la escasez de la vestimenta de Kady. Frunciendo el entrecejo, apartó las perchas y evaluó las prendas para la parte superior del cuerpo, enormes y ordinarias. Podía oír el reproche de Jane:

-¿Acaso no tienes nada más pequeño que una tienda de circo? ¿De dónde sacas esa ropa?

Kady nunca había contestado a su amiga; se limitaba a quedarse con los labios apretados, pensando que para Jane estaba muy bien usar ropa ceñida, teniendo en cuenta que ella tenía una talla pequeña, pero lo que Kady quería era ocultar lo mejor posible el bulto de su cuerpo.

Ese día, mientras revisaba sus escasas ropas, Kady se sentía diferente. Tal vez fuese porque todos los hombres de Colorado le habían propuesto matrimonio, o por la incesante atención de Cole.

Kady salió del armario, fue hacia la enorme cómoda del dormitorio y se puso a registrarla. La Navidad anterior Jane le había regalado una blusa roja, y años atrás unos pendientes. Ojalá pudiese encontrarlos.

Una hora después, Kady entró en Onions, y lo primero que vio fue a Gregory sentado ante una de las mesas, con un periódico delante de la cara y una taza de café en la mano. Al volver una página, alzó la vista un segundo hacia Kady y luego se concentró de nuevo en el periódico.

Al verlo, a Kady se le cortó el aliento. Hacía mucho que no lo veía y, desde entonces, había pasado mucho tiempo con otro hombre. ¿Lo sabría él? ¿Percibiría la culpa en su rostro? ¿Sentiría que había en ella algo diferente?

-Mamá ha hecho café -dijo Gregory sin mirarla-. Podría morirme por eso, pero creo que lo resistiré.

Sonriendo, Kady fue hacia la cocina.

-Ya viene el café.

«Nada ha cambiado», pensó con alivio. Para Gregory hacía sólo unas horas que no la veía. No tenía idea de que Kady había estado ausente durante días, ni de que había...

Al pasar junto a él, le echó una mirada al perfil y pensó, por millonésima vez, en lo apuesto que era. Casi tan guapo como Cole, pensó después, y para sacarse esa idea de la cabeza le quitó el periódico de las manos y se sentó en su regazo. Le tomó la cabeza con las manos, posó los labios sobre los de él y lo besó más hondamente y con más pasión que nunca.

-Eh, ¿qué es esto? -preguntó Gregory con tono de desaprobación, sujetándole las muñecas y apartando la cara-. ¿Antes del desayuno?

-Te he echado de menos -dijo Kady, deslizándole los brazos por el cuello y abrazándolo.

-Bueno, yo también te he echado de menos -le respondió, pero la apartó otra vez, y en su rostro apuesto apareció una expresión ceñuda-. Kady -dijo con severidad-, creo que hay una hora y un lugar para todo, y un domingo por la mañana, en medio de Onions, no es esa hora ni ese lugar.

Kady empezaba a sentirse incómoda, pero trató de tomarlo con ligereza.

-¿Y si vamos a mi casa? -dijo, con lo que suponía una expresión lasciva.

Echándose hacia atrás, Gregory la observó un instante.

-¿Qué rayos te sucede hoy? ¿Y qué te has puesto?

-¿Te gusta? -preguntó, mirándose-. Tiene lycra. Jane dijo que si ella tuviese... bueno, si estuviese tan dotada como yo, se exhibiría, y por eso me la regaló.

-Mirando a Gregory -agitó las pestañas- ¿Te parece que me destaca?

El ceño de Gregory se había hecho más sombrío aún.

-Si la preguntas es si me gusta ver cómo te desbordas de la ropa, la respuesta es no.

A Kady se le iluminó el rostro:

-¿Celoso?

-No mucho -dijo, como si la idea lo divirtiese-. Pero no es muy saludable, y así, con tu parte de arriba desnuda, podrías quemarte en la cocina. Kady, querida, aunque esta postura es muy placentera, se me han dormido las dos piernas. No eres liviana como una pluma, ¿verdad?

Kady se levantó de golpe.

-No, claro que no -se apresuró a confirmar-. Te prepararé café y me pondré a preparar el almuerzo del domingo.

Se dio la vuelta, rígida, pero Gregory la retuvo del brazo.

-Kady, mi cielo, tienes un aspecto estupendo. En serio, pero preferiría que te exhibieras para mí y no para todo el mundo.

Le dio un beso en el dorso de la mano, y Kady salió del salón, sonriendo, sintiendo que se alegraba de estar en casa.

-A ti te ha sucedido algo -dijo Jane con voz suave-, y pienso averiguar de qué se trata.

Estaban en una mueblería, en Tyson's Corner Mall, y Kady inspeccionaba cada una de las piezas del enorme salón de exposición.

-¿Por eso todavía estás aquí? -le preguntó Kady, mientras miraba la etiqueta del precio de un sofá de terciopelo verde- ¿Cómo quedará esto con las lámparas lacadas que compré en la subasta? ¿Y con la alfombra nueva?

-¡Alfombra nueva, sofá nuevo, lámparas nuevas! ¡De eso, precisamente, estoy hablando. ¿Qué te ha sucedido?

-La gente está mirándonos -dijo Kady con calma, porque Jane había levantado la voz.

-Van a mirar más cuando yo agarre un cordón de esas cortinas tan caras, te amarre a esa cama de hierro, y te deje ahí hasta que me contestes.

-No sabía que eras tan irritable -repuso, pero al ver que Jane no sonreía, suspiró- Ya te he dicho cientos de veces que no me pasa nada. Sucede que voy a casarme y estoy eligiendo cosas para mi casa. Y le envío las facturas a Gregory. ¿No te parece bien?

-Hace cuatro días, te daba miedo comprar una sábana, y ahora entras en las tiendas y dices: «Quiero eso y aquello», como si hubieses nacido para comprar. Y regateaste de un modo con ese pobre vendedor de alfombras que casi me dio lástima.

-¿En serio? -le preguntó Kady, sonriendo.

-Y ésa es otra cosa, señorita Kady Long: no dejas de coquetear con los hombres.

-Voy a casarme, no a ser ejecutada. ¿Qué hay de malo en flirtear un poco?

A la mente de Jane acudieron tantas palabras que no pudo hablar. La Kady que había conocido toda la vida huía cuando un hombre la miraba. Pero tres días antes Kady había pasado una hora y media bebiendo té de menta con un vendedor de alfombras y discutiendo el precio de una alfombra. Jane y Debbie creyeron que se desmayarían de aburrimiento, y Kady, en cambio, lo disfrutó inmensamente. Cuando salieron de la tienda, dijo:

-Me ha pedido que sea su segunda esposa. Pero con mi propio apartamento.

Las tres habían reído por la absurda propuesta, mientras llevaban a Debbie al aeropuerto para que pudiese regresar a la casa.

-Está bien -dijo Kady, sabiendo que ya no podía postergar lo inevitable.

A una parte de ella le gustaba que Jane la viese diferente, pero otra deseaba que su amiga se comportara como Gregory y su madre, que no habían notado nada.

Diez minutos después, estaban refugiadas en la cafetería de Nordstrom's, y como era temprano, el restaurante estaba tranquilo.

-¿Qué está pasándote? -preguntó Jane otra vez.

Por un momento, Kady pensó en mentirle de nuevo y repetir que nada había cambiado, pero Jane era demasiado perspicaz para eso. Kady no tenía el menor interés en hablarle de Cole y del pueblo de Legend, ni de la increíble historia de Ruth. Y, para ser sincera, cada día que pasaba le parecía, que la historia se desvanecía de su mente hasta el punto que a veces dudaba de haberla vivido en realidad. El único recuerdo claro que tenía era de cuando había cocinado para los que necesitaban saber lo que ella enseñaba. Ese recuerdo se hacía cada día más fuerte.

Jugueteó con la pajita de la limonada.

-Pienso que quiero hacer algo con mi vida como, por ejemplo, construir orfanatos en Colorado. De pronto, preparar comidas fabulosas

para personas que han comido muchas de ese tipo me resulta algo frívolo en que invertir la vida.

-¿Orfanatos? -preguntó Jane, con los ojos dilatados- ¿Qué tiene que ver con cocinar?

-Es más gratificante cocinar para gente que no tiene mucho. Y es una buena sensación enseñar cómo combinar ingredientes blandos de diversas formas.

-Kady, ¿de qué diablos estás hablando?

-Madres que reciben ayuda de beneficencia -dijo, mirando el rostro atónito de Jane- ¿Sabías que los norteamericanos preparan estofados con patatas fritas? Eso no tiene el menor valor nutritivo. En otros países, a la gente se le enseña a cocinar, pero a los chicos norteamericanos se los educa en la idea de que McDonald es buena comida.

-¿Eso es lo que quieres hacer? ¿Abrir una escuela de cocina?

-No lo sé. -Kady pensó en los niños de Legend, y en cómo los había convencido de que comieran verduras- Sé que todos piensan que los males del mundo son consecuencia de las drogas, pero quizá los niños no serían tan letárgicos si estuviesen mejor alimentados.

-¿Qué idea tienes? -preguntó Jane, mirando perpleja a su amiga.

Desde que conocía a Kady, jamás le había oído expresar semejantes ideas.

-En realidad, ninguna. Es algo que está tomando forma en mi cabeza. Clases de cocina para mujeres que reciben subsidios sociales.

-¿Clases de cocina? ¿Subsidios sociales? -dijo Jane, sonriendo con una petulancia que exasperó a Kady.

-¡Sí! Clases de cocina. ¡La gente pobre tiene tanta necesidad de autoestima como la rica! No todos los que reciben subsidios son vagabundos demasiado perezosos para trabajar. Imagina cuánto mejor se sentirían si supieran preparar comidas sencillas y nutritivas para los hijos. Y las mujeres podrían adquirir una habilidad que quizá las sacara de esa situación.

Por un momento, Jane no atinó a otra cosa que a mirarla. Nunca la había visto demostrar semejante vehemencia. Claro, todos sabían que le encantaba cocinar y que trataba a sus cuchillos como si fuesen sus hijos, pero Kady jamás había sido de la clase de persona capaz de luchar por una causa. Si había una protesta, lo más probable era que dijese:

-Voy a preparar el almuerzo -y luego desapareciera dentro de la cocina más cercana.

-Algo te ha sucedido -dijo Jane con voz queda.

-No, nada -le replicó Kady.

-Se trata de Gregory ¿no es cierto?

-Con Gregory todo es perfecto. ¿Por qué todas las mujeres suponen que la causa del problema de cualquier otra mujer es un hombre? ¿Tendrá la culpa la historia?

Al ver que Kady sonreía, Jane le oprimió la mano.

-Te conozco de toda la vida, y nunca has sido una cruzada. Siempre te conformas con permanecer en segundo plano y dejar que los otros te avasallen.

Ahogando una exclamación, Kady retiró la mano.

-Qué horrible es eso que me dices. Yo no permito que la gente me avasalle.

-¡Ja! Esa suegra que tienes...

Kady enderezó la espalda.

-Me parece que esto ha llegado demasiado lejos. Creo que preferiría irme ahora.

Jane se inclinó hacia su amiga.

-No ha sido mi intención ofenderte. Quiero ayudarte, y...

La boca de Kady se convirtió en una línea delgada.

-Quisiera recordarte que no eres mi terapeuta ni mi asesora de negocios. Si quieres ayudarme, saca la nariz de mis asuntos.

¿Estás lista para irte?

-Sí, desde luego -contestó Jane, con la misma rigidez-. Pienso que es hora de que me vaya a casa.

Kady no contestó al comentario y salió del restaurante, giró hacia la izquierda y fue al estacionamiento a buscar su automóvil, con Jane detrás. Volvieron a Onions en silencio.

«¿Qué está sucediéndome?», se preguntó Kady, y no por primera vez. Todo le molestaba. Durante las tres semanas y media transcurridas desde que había vuelto de Legend, era como si toda su vida hubiese cambiado. La señora Norman le atacaba los nervios de tal modo que casi no podía soportar verla entrar en el salón.

Se había esforzado por no pensar de ese modo, pero parecía que el período pasado en Legend le había destrozado la vida. Ya no le gustaban las mismas cosas que antes. Al parecer, en lugar de aceptar lo que era, se preguntaba cómo hacer para que las cosas fuesen diferentes... ¿quería que fuesen diferentes? En pocas semanas, había pasado de ser conformista a querer...

Ése era el verdadero problema. No sabía qué era lo que en realidad quería, y eso la volvía loca. Le había dicho a Jane que quería empezar a dar clases de cocina, y quizá lo hiciera, Pero eso no era todo. Había algo más profundo que anhelaba, y no tenía idea de qué se trataba.

Por empezar, los sueños recurrentes en que aparecía el árabe estaban empezando a molestarla. En el pasado, los sueños habían sido una curiosidad, pero ahora estaban teñidos de una urgencia que la perseguía incluso en las horas de vigilia. Con los ojos le pedía algo; tal vez hasta le suplicaba.

No fue difícil imaginar que el hombre oscuro tenía cierta relación con Legend; su aparición en la abertura de la roca se lo había demostrado a Kady. Y mientras estuvo en Legend, no tuvo sueños. Además, en lo más profundo de sí sabía que el hombre del sueño se parecía a Cole. Aquella noche de las águilas, comprendió lo parecidos que eran los dos. Estaba relacionado con Cole y con Ruth, y con todas las personas que ella quería desalojar de su cabeza, y por eso trató de decirle al hombre velado que se alejara de ella. No quería volver a pasar por la experiencia de retroceder en el tiempo y tampoco enamorarse de un hombre que nunca

había pasado de los nueve años. Kady sabía que lo único que quería era un hogar y un par de hijos y que, a los treinta, no podía esperar mucho más. No tenía tiempo ni inclinación para jugar a viajar en el tiempo, o lo que fuese que hiciera falta para descubrir por qué cierto hombre seguía apareciéndosele en sueños.

Pero si sabía lo que quería en la vida, ¿por qué estaba tan inquieta? Con Gregory todo era perfecto. Era todo lo que una mujer podía querer de un hombre: amable, cortés, de buen carácter. Kady lo tenía todo: un hogar, el restaurante, Virginia era encantadora. Y si bien su vida era perfecta, sabía que, si no recuperaba la sensatez y dejaba de encontrar deficiencias en cada cosa, por insignificante que fuese, lo perdería todo.

A la larga, ¿qué importancia tenía que Gregory le hiciera el amor muy de vez en cuando? En esas semanas desde que había vuelto, sólo hubo una breve refriega en la cama de Kady. ¿Y qué importaba que, después, cuando Kady se acercaba a él, Gregory saliera de la cama y se vistiese? ¡La vida era mucho más que sexo! Pero Kady no podía dejar de pensar que nunca antes había advertido la falta de interés sexual de Gregory porque no había tenido con quién compararlo. Por más que, en realidad, no se hubiese acostado con Cole, seguía recordando el modo en que él la miraba. Era grato bromear con él, reír, que la persiguiera por el cuarto. Incluso sin consumación, cuando la miraba, la hacía sentirse tan hermosa, tan deseable...

Gregory, en cambio, la hacía sentirse segura, y eso era bueno, ¿no? ¿Qué importaba si no la provocaba, ni le mordisqueaba el cuello, ni intentaba que olvidara la cocina y se fuera a la cama con él? Gregory la amaba hasta el punto de haberle propuesto matrimonio. ¿Qué mejor prueba de amor que ésa necesitaba? Además, ¿qué otra cosa tenía ella que él pudiese querer? Como Kady no era una gran heredera y él no iba en pos de su dinero, era por amor por lo que le había pedido casamiento.

Pero, a pesar de los intentos de razonar, el día anterior le había preguntado a Gregory, casi enfadada:

-¿Por qué quieres casarte conmigo?

Gregory le había sonreído.

-¿Esa es una de esas preguntas tramposas que, conteste lo que conteste, estará mal? Quiero casarme contigo porque te amo.

Eso debería de haberle bastado, pero insistió:

-Sí, pero necesito razones lógicas. Además de que se cocinar.

-Pienso que será fácil la convivencia contigo.

Kady trató de disimular su horror: ¿a qué mujer podía gustarle ser «fácil» para convivir?

-Qué bien -dijo- ¿Y qué más?

-Eres tranquila, no exiges... y ¿que puedo decir? No pides mucho a un hombre, y eso me agrada.

-¿Y qué pasaría si te pidiera mucho?

-¿Como qué?

Estaba en la oficina del restaurante, revisando una pila de papeles y, en realidad, no estaba prestándole atención... cosa que irritó todavía más a Kady.

-Me gustaría poseer la mitad de Onions y que la casa que compraste estuviese a nombre mío también, También me gustaría que mi propio contable revisara los libros del restaurante y viese cuánto se está haciendo, y compartir las ganancias.

Por un momento, Gregory la miró con los ojos agrandados y luego echó la cabeza atrás y rió:

-Kady, querida mía, por un momento me has recordado a esa espantosa amiga tuya, Jane. -Sonriendo y meneando la cabeza, volvió a concentrarse en los papeles- Si quieres comprar algo, sólo dímelo a mí o a mi madre, y cuidaremos de que cuentes con los fondos. Pienso que dirigir la cocina es más que suficiente para ti. No tienes por qué convertirte en contable también. -Todavía muy divertido, la miró- Tú limítate a freír huevos, y deja que yo me ocupe del resto.

En ese momento, Kady supo que se le presentaba una alternativa: o iniciaba una ardorosa discusión, o lo dejaba pasar. Si empezaba la pelea, sabía que tendría que empuñar las armas, y no estaba segura de querer eso, En última instancia, ¿por qué quería poseer la mitad del restaurante? ¿Sólo porque Jane y Cole le habían hecho creer que era lo que correspondía? ¿Qué había pasado con su convicción de que sería propietaria de la mitad del restaurante cuando estuviese casada con Gregory,

Salió en silencio de la oficina de Gregory y preparó la cena esa noche, como siempre. Pero ese día había estado inquieta hasta el punto de la cólera. No le había caído nada bien el comentario de Gregory de que se limitara a freír huevos. ¿Así era como veía su talento culinario? ¿Como si ella fuese una freidora de huevos?

Después de la cena, despidió a los cuatro jóvenes que la ayudaban en la cocina y limpió ella misma. Nada mejor para disipar la cólera que una montaña de ollas sucias para fregar.

Acababa de terminar y estaba secándose las manos, cuando Gregory irrumpió en la cocina.

-¿Qué estás haciendo aquí tan tarde?

-Como sólo soy buena para freír huevos, ¿por qué no habría de limpiar también?

-Que hayas discutido con tu amiga no es motivo para que te la tomes conmigo -repuso Gregory con frialdad.

Kady supo que estaba otra vez frente a una alternativa.

Podía decirle que Jane no era la causante de su mal humor, o aceptar el argumento de él. En conjunto, era preferible estar en paz con el hombre que una amaba.

-Lo siento -dijo- Jane y yo tuvimos una discusión. -Gregory guardó silencio, y Kady pensó: «Cole me habría preguntado cuál fue el motivo de la discusión»-. ¿No quieres saber por qué discutimos? -le espetó, y de inmediato lamentó su tono.

Pero Gregory se limitó a sonreír.

-Si no lo pregunto, ¿seré tildado de hombre insensible?

Kady también sonrió.

-Lo tienes grabado en la frente.

-En ese caso, dime. Pero antes ¿puedo comer uno de ésos?

Kady le sirvió uno de los budines de pan que había hecho esa noche, y le contó su idea de dar clases a los beneficiarios del seguro social. Cuando acabó, Gregory guardó silencio largo rato.

-¿De dónde sacarás fondos para ese proyecto? -le preguntó con calma, al tiempo que le pasaba los utensilios sucios.

-¿Fondos? No pretendo hacer nada a escala nacional. Por lo menos, todavía no. Estaba pensando en algo individual. Yo sola, una tarde por semana. Lecciones de cocina gratis, no para amas de casa ricas que quieran aprender la técnica para preparar foccacia, sino para mujeres que quieran aprender maneras baratas y saludables de alimentar a sus familias.

-Entiendo. ¿Y dónde darías esas clases?

-Aquí, en Onions. Los domingos, o los lunes, cuando el restaurante está cerrado. Hay mucho espacio y equipo.

-¿Y los ingredientes? ¿Quién los pagará?

Kady se irguió:

-Yo.

Sonriéndole como si fuese una niña pequeña, Gregory le rodeó los hombros con un brazo.

-Pienso que es la idea más noble que he oído jamás. Sin embargo, no creo que los del seguro aprueben la presencia de extraños aquí.

-Todos los que entran por la puerta principal son extraños -repuso, incrédula.

-Me parece que deberíamos hablar de esto en otro momento, cuando no estés tan alterada.

Kady se libró del brazo.

-No te refieres a extraños sino a ladrones, ¿no? Piensas que todos los pobres son ladrones. Tú odiarías a todos los habitantes de Legend.

Era la primera vez que Kady decía en voz alta ese nombre en el siglo veinte, y el sonido pareció soltar algo dentro de ella.

Derrumbándose sobre un taburete, puso la cabeza entre las manos y rompió a llorar.

Cuando Gregory la rodeó con los brazos y la abrazó, se aferró a él.

-Por supuesto que puedes usar el restaurante para lo que quieras -dijo, con suavidad- Por favor, Kady, ¿por qué no me dices qué es lo que te pasa? Hace un par de semanas que te comportas de un modo extraño.

-No sé -dijo, sincera- de repente, me parece que mi vida no tiene significado ni dirección.

-¿Qué te hace decir eso? ¿Ha sucedido algo que yo no sepa?

¿Cómo podía decirle que, a veces, cuando lo miraba, veía una cara de ojos azules que le guiñaban? ¿Cómo podía explicarle lo que ella misma no entendía?

Kady no dijo nada, y Gregory, besándole el cabello, dijo:

-¿Por qué no te vas a tu casa? Has trabajado demasiado. Vete a casa, quédate un par de días en casa, viendo la televisión. No hagas nada durante un tiempo. Descansa. Vuelve el martes, y serás una persona nueva.

«Descanso -pensó-, eso es exactamente lo que necesito.

-Sí -le dijo a Gregory. Se levantó y él la besó en ambas mejillas-. Creo que me iré a mi casa.

La ayudó a juntar sus cosas y le abrió la puerta principal, pero no se ofreció para acompañarla hasta su apartamento, y no dijo que iría a verla en los dos días siguientes. Kady pensó: «Debería estar agradecida de que no me diga que tengo que volver a cocinar la cena del domingo para él y su madre», pero aplastó ese pensamiento. Lo único que necesitaba era un poco de descanso. Unos días de descanso, y estaría bien.

18

Pero Kady no descansó durante esos dos días. Cuando llegó al apartamento, estaba completamente despierta. A veces, tenía la impresión de que estar cerca de Gregory y de su madre la despojaba de su energía.

A pesar de que era la una de la mañana, decidió anotar recetas. Escribiría con respecto a la comida con la que había experimentado en Legend.

Se dio una ducha, se puso la bata de noche y se instaló cómodamente en la cama, provista de una tablilla con sujetapapeles, y comenzó a escribir. Pero, en lugar de anotar recetas, se dedicó a escribir la historia de Legend, en el estado de Colorado. Anotó hechos, fechas, nombres de personas; trazó mapas. Quizá, si lo escribía, le encontraría algún sentido.

Pero, a medida que pasaban las horas y se acumulaban las páginas, advertía que nada de eso tenía sentido. ¿Había sido enviada al pasado sólo para darle a Cole una oportunidad de vivir como adulto? ¿O para permitirle vengar las muertes de su familia?

Salió el sol y siguió escribiendo, pero se quedó dormida a media mañana y, como pasaba siempre desde que había vuelto, soñó con el hombre del velo. Era exactamente el mismo sueño, sin que hubiese cambiado un solo gesto. Le extendía la mano en gesto de invitación y, por mucho que lo intentara, Kady no podía alcanzar esa mano.

Despertó sollozando; por primera vez desde el regreso se permitió pensar en lo mucho que echaba de menos a la gente de Legend. No sólo a Cole: a todos.

-Me hacían sentirme importante -dijo en voz alta-. Me hacían sentirme útil y necesitada.

Se esforzó mucho por no comparar aquella vida con lo que era la suya en ese momento, y aun así, comprendió que Gregory se comportaba como si le hiciera un favor casándose con ella. Con un sobresalto casi de repugnancia, Kady recordó que antes de haber estado en Legend ella aprobaba esa idea. Antes de Legend, se preguntaba cientos de veces al día por qué un hombre tan apuesto como Gregory querría casarse con

una gorda aburrida como ella. Claro que Kady sabía que tenía un bello rostro, pero eso era un cliché: «Una cara tan hermosa... Qué lástima que no cuide más su figura... »

Pasó el fin de semana en el apartamento, recordando cómo solía sentirse, como se sentía ahora, tratando de llegar a una solución del dilema. ¿Se había enamorado de Cole? ¿Estaba enamorada de Gregory, ahora?

Y, lo más importante, ¿qué quería hacer con su vida? Hubo un momento en que los objetivos de su vida estaban clarísimos para ella. Pero, en algún momento, cerca de su cumpleaños número treinta, algo en ella cambió y empezó a desear un hogar e hijos. Empezó a pensar que debía de haber una vida fuera de la cocina.

Para la tarde del martes aún no había arribado a ninguna decisión, a ninguna conclusión. Se arrastró, casi, hacia Onions como si nada hubiese cambiado y, sin embargo, en su interior sabía que todo había cambiado. Lo que sucedía era que aún no sabía de qué modo iban a manifestarse esos cambios.

Lo primero que sucedió en Onions fue algo relacionado con la tendencia a la tacañería de la señora Norman.

Como de costumbre, mientras Kady preparaba la cena, la señora Norman le rondaba alrededor.

-¿Tienes que usar ese aceite de oliva virgen tan caro? ¿Por qué usas vainas de vainilla? ¿El extracto no te satisface? Es mucho más barato, ¿sabes? No, no empieces a envolver el pescado en papel porque es para una tienda de pescado y patatas fritas.

Era una noche muy ajetreada, y los clientes formaban una fila triple al otro lado de la puerta; Kady sabía que ésa no era una noche para estallidos emocionales, pero había llegado al límite.

-¡Fuera, fuera! -le gritó a la señora Norman-. ¡Salga de mi cocina!

Durante unos momentos, la señora Norman, atónita, miró a Kady y empezó a decir algo, pero, al ver que el semblante de la joven no se suavizaba, giró sobre los talones y salió de la cocina en medio de bufidos coléricos.

Cuando la pequeña mujer se retiró de la cocina, se hizo un silencio ensordecedor. Luego uno de los ayudantes de Kady dijo:

-Tres hurras por Kady -y gritaron tres veces-: Hip hip hurra!

A continuación, alguien empezó a cantar El Himno de Batalla de la República (a fin de cuentas, estaban en Virginia); dos miembros del personal de cocina se agarraron de los brazos y se pusieron a bailar, mientras que otro golpeaba tapas de ollas y seguía un ritmo sobre los mostradores de acero inoxidable.

Por un instante, Kady se quedó demasiado estupefacta para moverse; luego rompió a reír y, alguien la tomó del brazo para valsear por la cocina. Para sumarse a la hilaridad general, explotó un corcho de champaña, y alguien repartió copas llenas.

Era la primera vez que Kady reía, en realidad, desde que había partido de Legend.

-¿Qué demonios está sucediendo aquí? -bramó Gregory por encima del ruido, entrando en la cocina con un fuerte impulso a la puerta.

Toda diversión cesó de inmediato, y todos, menos Kady, volvieron encogidos a sus respectivos lugares de trabajo.

Quedó sola en medio de la cocina, con una copa de champaña alta y fina. Las cejas oscuras de Gregory se unieron en una sola línea negra sobre la frente.

-Mi madre está en mi oficina, llorando -dijo, en voz baja y amenazadora-. Tenemos el local lleno, una fila de dos manzanas de largo de gente esperando y tú estás aquí, bebiéndote el champaña de los clientes y... y bailando.

Alzando la copa, Kady contempló las burbujas.

-Te diré lo que puedes hacer, querido Gregory: si alguien se queja, dispárale. No mucho, sólo un poco. Lo suficiente para enseñarle buenos modales.

Gregory se quedó mudo, y los otros cocineros se paralizaron en lo que estaban haciendo. Una cosa era gritarle a la mortífera señora Norman, y otra muy diferente desafiar al hijo de la dueña. El personal tenía cabal conciencia de que Kady era una empleada, igual que ellos, y a juzgar por la expresión de Gregory, en ese momento el compromiso de la pareja no valía gran cosa.

El semblante de Gregory no se ablandó.

-¿Vas a cocinar o a beber? -preguntó con frialdad-. Me gustaría saberlo, para poder decírselo a nuestros invitados.

Lo dijo como si Kady tuviese un problema con la bebida y estuviese rogándole que dejara el alcohol sólo por esa noche.

Kady no se amilanó: después de haberse enfrentado a una partida de linchamiento, un novio enojado no parecía demasiado peligroso.

-Tal vez haga ambas cosas -dijo, sin quitar la vista de encima de Gregory.

Al oírla, Gregory se retrajo, se le suavizó el semblante y dio un paso hacia ella, pero Kady le dio la espalda.

-Quizá convendría que fueses con tu madre, a la oficina, y me dejes la cocina a mí -le dijo sobre el hombro.

Por un momento, dio la impresión de que Gregory, iba a tener una rabieta, pero, tras echar una mirada a los empleados, que miraban sin disimulo, se encogió de hombros.

-Claro, cariño, como quieras.

Dirigió un guiño de complicidad a un par de hombres, como diciendo ¡Mujeres!, y salió de la cocina.

Después que Gregory salió, por unos momentos Kady se sintió trémula y asustada. Sintió la abrumadora urgencia de correr tras él y disculparse, pero luego esa sensación fue reemplazada por una clase de euforia que jamás había sentido.

-¿Quién quiere rebanar tres patatas, -dijo, en medio del silencio de la cocina.

-¡Yo! -dijo uno de los hombres en voz alta.

-¡No, yo! -gritó otro.

A continuación, los tres, en excelente imitación de Los Tres Chiflados, chocaron entre sí, y Kady rió hasta que se le saltaron las lágrimas. Tras eso, la alimentación de los parroquianos fue más veloz y fluida y, sin duda, mucho más agradable de lo que jamás había experimentado en Onions. Durante la noche, uno de los ayudantes le dio un beso en la mejilla y le susurró:

-Gracias.

No fue necesario que aclarase por qué le daba las gracias.

La ausencia de la señora Norman, con sus quejas permanentes, era como música celestial.

Tras haber servido la última comida, uno de los camareros gritó que «el patrón» estaba esperando a Kady,

-¿Con eso de «el patrón» te refieres al señor Norman? -preguntó uno de los cocineros-. Me parece que quizás esta noche haya cambiado la guardia. Aquí estás viendo al «patrón» -dijo, señalando a Kady con ambas manos.

El camarero bufó.

-Sí, claro -dijo, y volvió al comedor.

«¿Acaso todos me ven como una llorona? -se preguntó Kady- ¿Nadie cree que puedo hacerle frente a alguien?» En Legend, nadie opinaba así de ella.

-Y era la misma que soy ahora -susurro para si, mientras enfilaba hacia la oficina de Gregory.

Le bastó un vistazo a la cara de él para saber que no iba a dejarla escapar tras un par de frases. Se sentó en silencio en la silla que le indicó y se preparó para un Discurso Serio.

-Kady -dijo, con voz cargada de decepción y «sentido del deber»-, tu comportamiento me resulta intolerable. Puedo soportar el modo en que me has humillado delante de los empleados, pero no puedo permitir que le hables a mi madre del modo en que lo has hecho. En este momento, está en la planta alta, acostada. Tuve que darle un sedante para calmarla.

Estaba de pie, con las manos unidas a la espalda, y se inclinó sobre el escritorio hacia Kady:

-Estaba llorando.

Kady sabía que la clave consistía en decir que lo lamentaba, pero no pudo abrir la boca aunque le costara la vida. Permaneció sentada mirándolo, esperando que continuara.

-Mi madre y yo hemos sido buenos contigo, te hemos dado rienda suelta en este restaurante. Mi madre (que no es una mujer fuerte) trabajó muy duro para recuperar la gloria de antaño para Onions, cosa difícil de lograr sin un marido. Pero, de algún modo, lo logró, y te incluyó a ti en todos los aspectos del renacimiento de este restaurante.

La afirmación era tan absurda que Kady tuvo ganas de reír. Era ella, Kady Long, la responsable del renacimiento del ruinoso de bistecs, y lo que había hecho lo logró a pesar de la constante interferencia de la señora Norman.

Al parecer, Gregory esperaba la disculpa de Kady, pero, como ésta siguió mirándolo, lanzó un pesado suspiro y saco una gruesa carpeta de archivo de un cajón abierto del escritorio.

-Quería que esto fuera una sorpresa. -Le lanzó una mirada de reproche- Una sorpresa para nuestra noche de bodas, pero tu conducta de esta noche me obliga a privarme de esa encantadora sorpresa.

Eso provocó en Kady un atisbo de culpa. ¿Qué sería? ¿joyas? ¿Las llaves de un automóvil nuevo? Tal vez hubiese puesto la casa a nombre de ella. O le cedía un tercio del restaurante que ella había convertido en éxito.

Con gesto de disgusto, le arrojó la carpeta en la falda y aunque la abrió, a decir verdad los papeles que tenía no significaban nada para ella. Al parecer, Gregory y su madre participaban en la compra de algo junto con mucha otra gente. Pero, por mucho que mirase, Kady no veía su nombre en ninguna parte de esos papeles.

-Kady -dijo Gregory con voz densa-, nunca te lo había dicho, pero tengo grandes planes para nosotros cuando estemos casados. Hace poco, te burlaste de mí cuando me contaste tu plan con respecto a la beneficencia, y yo vacilé. Supusiste que yo era un esnob y un prejuicioso, pero jamás me preguntaste si el motivo por el cual vacilaba era porque tenía otros planes para nosotros.

Haciendo una pausa, señaló la carpeta que Kady tenía en la falda.

-Voy a seleccionar algunas de tus mejores recetas, sobre todo las que has preparado para el presidente, y las produciré en masa.

Kady lo miró parpadeando, sin entender en absoluto lo que le decía.

-¿Producir en masa mis recetas?

-Sí, pero has estropeado la sorpresa -dijo, incapaz de resistir otro comentario mordaz-. He estado trabajando con inversores que han comido aquí y que están dispuestos a poner mucho dinero en Norman House Restaurants, que se abrirán en todo el país. La sorpresa que pensaba darte en nuestra noche de bodas era decirte que te iba a permitir desarrollar recetas que puedan producirse en gran escala, a muy bajo costo.

Kady tardó un momento en digerir la información.

-¿Estabas pensando en darme una franquicia?

Al parecer, Gregory no advirtió el horror en la voz de la mujer.

-En toda Norteamérica, las mujeres se quejan de que los hombres sólo las ven como la persona que se queda en casa a cuidar de los niños, pero yo nunca te he considerado de ese modo -dijo, orgulloso-. Para mí, eres... -Se le iluminó la cara- Grandes negocios. Sí, tú representas grandes negocios para mí.

Lo dijo corno si fuera el más elevado cumplido que le hubiese dirigido jamás a alguien.

-Nunca me has amado, ¿verdad? -dijo Kady con voz suave.

Gregory puso los ojos en blanco, corno queriendo decir que eso no tenía importancia, y dijo con tono aburrido de todo el asunto:

-Claro que sí. Sí te amo. Amo lo que vamos a hacer juntos, lo que podemos lograr juntos.

-¿Y qué hay de la pasión? ¿Y el sexo?

-¡Vamos, Kady! Por si aún no te has dado cuenta, soy un hombre sumamente práctico. Oh, sé que las mujeres tienden a verme como a una figura romántica por mi extraordinaria apariencia, pero te aseguro que detrás de estos ojos hay un cerebro. Y, seamos realistas, Kady, si hubiese querido una esposa para pasión y sexo, habría elegido a una mujer menos...

La miró de arriba abajo.

-¿Gorda? ¿Ése era el término que buscabas?

-No creo que sea necesario meternos en eso ni ahora ni en ningún momento del futuro, en realidad. Los matrimonios basados en la pasión terminan en recriminaciones y en costosos divorcios. Nuestro matrimonio tendrá una base concreta.

Si bien suponía que debía estar desolada por lo que Gregory estaba diciéndole, de repente Kady sintió como si le hubiesen quitado un enorme peso de encima. A fin de cuentas, lo que oía era que el hombre al que amaba, el hombre con el que pensaba casarse, en realidad nunca la había amado. Lo único que quería era vincularla a través de un contrato, para poder obligarla a que lo ayudara a meter más alimentos grasientos, no nutritivos, en los gaznates del pueblo norteamericano. Y lo llamaría Norman House Restaurants. «¿Pensaría darme al menos una tajada de ello?», se preguntó.

Sin embargo, no se sentía desolada. Más bien, jamás se había sentido más liviana... ni más feliz en su vida. ¡No tendría que pasar por el matrimonio con Gregory! Quizás había sabido desde el principio que no resultaría, desde aquel día en que entró en el restaurante, tan contenta de verlo, y él le dijo que no lo besara. Quizás, incluso supo cuando estaba en Legend que no amaba a Gregory. Tal vez decirse que estaba enamorada de otro hombre la convenciera de que no podía amar a Cole.

Sacó el llavero del bolsillo, quitó de él las dos llaves del restaurante y las dejó sobre el escritorio de Gregory.

-Adiós, Gregory -dijo, girando sobre los talones y enfilando hacia la puerta.

La tomó del brazo antes de que llegara a la puerta,

-¿Qué es lo que vas a hacer? -le preguntó, pero al verle la expresión le soltó el brazo y se le suavizó el semblante-. Kady, yo te amo. Te pedí que te casaras conmigo porque te amo. De todas las mujeres que pude haber tenido, yo...

En el rostro de Kady se reflejó la diversión.

-Me elegiste a mí. Tú, con tu extraordinaria apariencia, elegiste a la gorda aburrida, a la pequeña Kady, la pobre ratoncita que estaba tan agradecida de recibir la atención de alguien como tú, que no pedía nada a cambio. No tenías por qué enviarme flores, ni llevarme a ferias o picnics. No tenías por qué comprarme un anillo de compromiso. No tenías que llevarme a cenar siquiera.

-Kady, no es lo que parece. Mira, acabo de comprar dos entradas para ir al espectáculo sobre hielo, para el jueves a la noche -le dijo, sacando las entradas del bolsillo del abrigo y poniéndoselas en la mano.

-Trabajo los jueves por la noche, ¿no lo recuerdas? -le dijo, mirando las entradas.

En el dorso de una de ellas, alguien había escrito: «Estoy impaciente por verte, Greggy. Toneladas de amor, Bambi.» Los puntos sobre las íes eran pequeños corazones.

Kady miró a Gregory y rió.

-Saluda a Bambi de mi parte -dijo, mientras salía por la puerta y Gregory quedaba atrás, furioso.

19

¡Listo! -dijo Kady con una sonrisa, y mirando el montón de sobres pulcramente sellados y con las direcciones escritas.

Treinta y uno, listos para enviar a restaurantes y hoteles de toda Norteamérica.

Habían pasado tres días desde que saliera de Onions dejando a Gregory allí de pie, con sus entradas y su Bambi. Esa noche, se había sentido libre y dispuesta a apropiarse del mundo, pero a la mañana siguiente ya estaba pensando: «¿Qué he hecho?» Tenía 6.212,32 dólares en el banco, y eso no era mucho para vivir hasta que encontrase un empleo. Además, ¿cómo se hacía para encontrar empleo? Al menos, uno que Kady quisiera. Había sido su propio jefe demasiado tiempo como para intentar trabajar como segunda de algún jefe de cocina de mal talante.

Sin embargo, era como si la experiencia vivida en Legend le hubiese dado coraje, porque no perdió tiempo en afligirse con respecto al futuro desconocido. Lo que hizo fue hacer unas llamadas a antiguos compañeros de clase, formularles ciertas preguntas y luego trató de hacer una lista de los lugares en los que creía poder trabajar. Le había llevado algo de tiempo preparar un resumen, hacerlo copiar, y luego encontrar las direcciones de hoteles y restaurantes. Pero ya tenía todo listo y, con una sonrisa confiada, metió las cartas en una pequeña bolsa de compras para llevarlas al buzón.

Como todos los días, junto a la puerta había flores enviadas por Gregory. Salió, las recogió, las metió en la casa, tomó la tarjeta y cerró la puerta con llave.

-¿Qué me dirá hoy? -murmuró, abriendo la tarjeta mientras salía del edificio, sonriendo mientras leía la nota- «Te amo... te echo de menos... ¿vienes a visitarme?... he enviado a mi madre a Florida...»

Sonriendo más aún, Kady arrojó la nota al cubo de basura, al pasar. Los ruegos y los juramentos de amor de Gregory no la tentaban, ni el hecho de que enviase a su madre a Florida. Quizá la tentaría si le mandara el título de propiedad de Onions, o quizá no.

Cuando llegó al buzón, iba casi saltando, y le pareció que el expositor que había dentro del escaparate de una librería ante la cual pasaba tendría que estar forrado con lamé dorado, como parte de su

euforia. ¿Hay una mina de oro en su futuro?, decía en un cartel que atravesaba el escaparate, sobre los libros dispuestos debajo.

Pensando en Legend, Kady se acercó y se puso a leer las descripciones que había en las cubiertas de los libros. «Encuentre la mina Flying Dutchman», se leía en una. «Nueva información sobre la mina Triple Star», «La mina Lost Maiden podría ser suya», decía otro.

-¿La mina Lost Maiden? -dijo en voz alta. ¡Caramba, esos libros están atrasados!

Alejándose del escaparate, siguió caminando por la calle hacia el buzón, pero se detuvo al llegar a la puerta de la librería. Entró, obedeciendo a un impulso. Cerca de la puerta había una mesa de exhibición, con veinte libros diferentes, por lo menos. Los había sobre minas, pueblos fantasma, barcos hundidos, maldiciones, hechizos; la variedad era infinita.

Al azar, como si no significara nada para ella, Kady tomó un libro que hablaba de minas perdidas en el Oeste de Estados Unidos y buscó la Lost Maiden. Esperando volver a leer un relato de lo que había sido hallado en la mina, en 1982, la sorprendió descubrir que, según todos los libros de la mesa, la mina aún no había sido hallada. No era posible que todos estuviesen atrasados, ¿verdad?

Detuvo a un empleado y le preguntó dónde podía encontrar libros referidos a la mina Lost Maiden sola. Recordaba que, cuando se encontró la mina, las mesas estaban cubiertas de esos libros hechos de urgencia, abordando todos los aspectos imaginables de la mina. Impaciente, el empleado le dijo:

-Lo que tenemos está sobre esa mesa. -Y siguió su camino, demasiado atareado para molestarse con algo tan insignificante como un cliente.

Todavía intrigada, Kady regresó al apartamento. Pensó que quizás aquellos libros acerca de la mina hubiesen tenido corta vida y sólo conservaran interés por unos meses, y por eso no había más volúmenes. Sin advertir que no había enviado las cartas, dejó el bolso en el suelo, junto a la puerta, puso las flores de Gregory junto a los otros seis ramos, sobre la mesa del comedor, y llamó a Jane.

Era la primera vez que Kady llamaba a su amiga desde que se habían separado en un clima de tanta frialdad entre ellas, pocas semanas atrás. Sabía que debería de haberla llamado antes para contarle que había roto con Gregory, pero lo había pospuesto porque sabía lo que sabe cualquier mujer que rompe con el novio: tendría que oír decir lo horrible que era él.

El discurso de Jane duró como quince minutos, pero a Kady le pareció que se había librado a bajo coste.

-¡Tendrías que haber visto cómo abordó a Debbie, aquella noche, cuando fuiste a acostarte! Es demasiado apuesto para su propio bien, y nunca me ha inspirado confianza. Más aún...

-Jane -dijo Kady con brusquedad-, ¿qué es lo que recuerdas de la mina Lost Maiden?

-¿Qué hay que recordar? Creo que he oído hablar de ella, pero no recuerdo gran cosa. Kady, ¿qué es lo que vas a hacer ahora? Conozco a Gregory, y se que su madre nunca te ha pagado demasiado, de modo que no debes de tener mucho con que vivir, y...

-¿No recuerdas cuando la mina Lost Maiden fue hallada, y todo el país enloqueció con la aventura, el caso en los tribunales y todo lo demás?

La respuesta de Jane fue un silencio.

-No sé de qué estás hablando -dijo por fin Jane, suspicaz-, pero me gustaría saber qué está pasando.

Al oír eso, Kady se apresuró a cortar la comunicación. No había nadie más perceptivo que Jane sobre la tierra, y Kady no estaba dispuesta a hablar, y a mencionar cosas que no quería contarle a nadie.

Con el teléfono aún en la mano, Kady giró para mirar las flores que había sobre la mesa. Si la mina Lost Maiden jamás había sido hallada, eso significaba que tal vez Cole la hubiese encontrado. Y si así era, fue porque ella le había dicho dónde estaba. Y si Kady le dijo dónde estaba, eso significaba que Cole había vivido después de los nueve años.

Tomando sus llaves, Kady salió corriendo del apartamento, rumbo a la biblioteca más cercana.

Respaldándose contra el feo sofá del apartamento, Kady se frotó los ojos. ¿Qué hora era? ¿Las tres? Se volvió y vio que en el reloj eran las cinco: pronto sería de día.

Hacía una semana que había salido hacia el buzón con esas cartas, y todavía estaban ahí, en el pequeño bolso de las compras, en el suelo junto a la puerta. Las flores que habían cubierto la mesa del comedor estaban en el suelo muriéndose, secándose sin atención. La mesa, al igual que toda otra superficie del apartamento, estaba cubierta de libros, hojas de fax, fotocopias y páginas llenas de la escritura de Kady. Durante una semana había estado investigando lo sucedido en Legend, Colorado.

Lo primero que hizo fue investigar la mina Lost Maiden. Había revisado tres años de números atrasados de la revista Time, porque recordaba con claridad haber visto la mina en la cubierta de la revista. Pero no se mencionaba el hallazgo de la mina, ni en esa revista ni en ninguna otra. Tampoco estaba en ningún periódico, ni en la memoria de ninguna de las personas a las que Kady interrogó.

Hasta donde sabía, ella era la única en la faz de la tierra que recordaba algo que había barrido Norteamérica como un tornado. La idea de hacerse rápidamente rico era algo que siempre atraía a los norteamericanos, y uno de los cuentos de hadas nacionales era encontrar millones en oro ahí tirados, al alcance de cualquiera que quisiera tomarlos. Habían aparecido ropas de Maiden, zapatos, peinados. Y la televisión estaba llena de programas especiales de una, dos y hasta cuatro horas de puestas en escena de la romántica historia de un hombre que amó a un fantasma y que murió tomado de la mano de esa mujer fantasma.

Un año después, cuando el idilio se había agotado, pareció otra clase de espectáculo de los que encantaban a los norteamericanos: la explotación de mitos. No era el amor lo que había hecho que el minero se quedara junto al esqueleto de la mujer; tenía las piernas aplastadas por el oro que le cayó encima, atrapándolo. Y en cuanto al hecho de que sujetara la mano del esqueleto, se especulaba con que el minero moribundo había intentado tomar el cuchillo que estaba al lado del esqueleto. ¿Qué iba a hacer con el cuchillo? ¿Matarse, para acabar con su desgracia? Había tardado días en morir de sed, rodeado de oro que valía millones. Como con todas las historias de ese tipo, se llegaba a la conclusión de que el oro estaba maldito y se demostraba por medio de la mala suerte que tuvieron todos cuanto entraron en contacto con el dinero:

-Causado por la codicia -había dicho Kady en su momento, y seguía creyéndolo.

Cuando Kady comprobó que la mina Lost Maiden no había sido hallada, empezó a examinar lo que podía acerca del mismo Legend. Esto resultó más difícil y tuvo que desplazarse hasta la capital para buscar en la Biblioteca del Congreso, revisando kilómetros de microfilmes de periódicos.

Todo lo que encontraba le demostraba que Ruth le había dicho la verdad. Había un artículo breve pero conmovedor que relataba la tragedia de Legend que había causado tantos muertos entre adultos y niños. Sin embargo, no se decía que los asesinos hubiesen sido los habitantes de Legend, y no los ladrones.

Más adelante había una breve nota donde constaba que la señora Jordan y su nuera viuda se habían mudado a Denver, y ocho meses y medio después, que la señora Jordan había dado a luz a un varón de más de cuatro kilos, que fue llamado Cole Tarik Jordan.

Kady repasó tres años de microfilmes arrugados de periódicos, hasta que encontró la mención de un intento de secuestro en la persona del hijo menor de la señora Ruth Jordan. El periodista, que sin duda estaba de parte de los habitantes de Legend, casi desechaba el secuestro que había estado al borde del éxito, como si estuviese justificado por lo que Ruth le había hecho a la gente de Legend. A Kady se le revolvió el estómago leyendo lo que el periodista seguía diciendo sobre Ruth, y sobre cómo había hecho volar las minas y echado a la gente de sus casas en medio de la tormenta (era verano pero, al parecer, eso no tenía importancia para él). Proseguía insinuando que, en cierto modo, Ruth había provocado el ataque de cólera que mató a tantas de las personas que en otro tiempo vivieron en Legend.

Pasaban los días y Kady revisaba archivos, sin poder encontrar nada más sobre la familia Jordan. Hasta que, en 1897, encontró el artículo que Ruth le había mostrado, donde decía que se había encontrado asesinado al señor Smith en su casa de Denver y que había legado todos sus bienes para que se usaran en la construcción de orfanatos. Ése era el hombre al que según Ruth, Cole había asesinado mientras Kady cocinaba.

En el año siguiente, 1898, encontró la noticia necrológica de Ruth Jordan. Se decía que la había sobrevivido un hijo, C. T. Jordan de la ciudad de Nueva York, pero, por desgracia, asuntos urgentes habían impedido que el señor Jordan asistiera al funeral.

Cuando leyó eso, Kady tuvo que apartar la cara porque se le llenaron los ojos de lágrimas. Al parecer, Ruth no había tenido tiempo de reconciliarse con su hijo antes de morir.

Siguió leyendo que la concurrencia al funeral había sido «escasa» y que se produjeron hechos desagradables, relacionados con algo que había sucedido mucho tiempo atrás.

Después de la necrológica de Ruth, Kady encontró sólo pequeñas menciones a la familia Jordan. La mansión Jordan fue vendida por medio de abogados y demolida en 1926.

Buscó en antiguas listas telefónicas de Nueva York, pero no pudo encontrar nada relacionado con C. T. Jordan ni Cole Jordan, y se quedó pensando qué habría sido del hijo de Ruth, que había estado tan lleno de ira.

Después de los periódicos, Kady empezó a buscar en libros y encontró lo que hubiese preferido no ver. En un libro sobre pueblos fantasma, encontró un capítulo titulado: «Un pueblo destruido por el odio», que relataba con gran dramatismo cómo Ruth había cerrado Legend. Cuando volvió la página, lanzó una exclamación al ver un dibujo de una vieja arpía macilenta, de cabellos ensortijados, riendo con maldad mientras los niños de Legend morían de cólera. «Tú te llevaste a mi familia, y ahora yo me llevo la tuya», rezaba el epígrafe.

Kady jamás tuvo deseos de destrozar un libro, pero quiso romper éste, tan lleno de mentiras y de veneno. Lo cerró con tanta fuerza, que el hombre que estaba frente a ella frunció el entrecejo.

Ahora, sentada en su apartamento, faltando poco para que saliera el sol, Kady no supo qué hacer a continuación. Hasta donde sabía, su aventura en Legend había terminado. Lo que tenía que hacer en ese momento era irse a la cama y dormir unas horas, y al día siguiente mandaría el correo que casi había olvidado e intentaría comenzar una nueva vida.

Pero no podía reunir la energía suficiente para ir hasta el dormitorio, y se limitó a sacar del sofá una media docena de páginas con anotaciones, y se estiró sobre él. Se durmió al instante.

En cuanto cerró los ojos, empezó a soñar. Al principio era el mismo. El hombre del velo le tendía la mano y Kady trataba de tomarla, pero esta vez había algo diferente. Esta vez, se alejaba de él y, por la expresión de sus ojos, supo que estaba enfadado con ella.

-Ahora -dijo el hombre, dejándola oír su voz por primera vez.

Era profunda, con una extraña cualidad, como si el fondo estuviese tapizado de hojas secas.

-Tienes que venir ahora -le dijo. Parecía una orden y, al mismo tiempo, un ruego- Si no vienes ahora, no podré volver.

Con esas palabras, desapareció en un instante y Kady quedó sola, en un lugar seco, arenoso, fantasmal y desolado.

-¿Dónde estás? -gritó, y empezaba a darse la vuelta buscándolo, en pos de alguna clave que le indicara adónde ir- ¿Cómo puedo ir a ti si no sé dónde estás?

Gritaba y se daba la vuelta, desesperada, buscando algo que le indicase dónde estaba.

Despertó sobresaltada, con el rostro apoyado en un sitio mojado del sofá: había estado llorando en sueños. Por un momento, no recordó el sueño pero luego lo evocó en toda su frustración. ¿Adónde tenía que ir? ¿Cómo iba a ir, teniendo tan poco dinero?.Necesitaba trabajo, necesitaba reanudar su vida real.

Siguiendo un impulso, fue hacia la pared que una vez se había abierto hacia Legend. Ahora no era más que una pared.

-¡Malditos sean todos! -dijo, dándose la vuelto y apoyándose contra la pared- Quieren que haga algo, pero no me dan ninguna ayuda.

Fue en ese momento cuando oyó la voz de Ruth Jordan dentro de su cabeza:

-Te daré seis semanas. Si para entonces no te has comunicado con los descendientes de mi hijo, quedará claro que no vas a hacerlo.

¿Seis semanas?, pensó Kady, abalanzándose hacia el sofá para buscar la agenda y pasar las páginas con urgencia. El corazón le latía con tanta fuerza que casi no podía pensar. ¿Cuánto tiempo le quedaba? Y aunque contara con todo el tiempo del mundo, ¿cómo haría para encontrar a los descendientes de Ruth? ¿Cómo se llamaban? ¿Dónde vivían?

-Tres días -dijo en voz alta, mirando el calendario- Me quedan tres días.

Pero ¿dónde?, pensó, recorriendo el cuarto con la vista como si pudiese ver algo escrito en la pared.

Kady levantó la vista hacia el techo.

-¡Maldita seas, Ruth Jordan! ¡Ayúdame! ¿Dónde busco?

Apenas acababa de pronunciar las palabras cuando le pareció volver a oír la voz de Ruth, lo que le había dicho aquella noche, en el porche:

-Está en Nueva York, tratando de forjarse una vida. No quiere ayuda de mi parte, más aún, no quiere ningún contacto conmigo.

-Nueva York -dijo Kady, y corrió al dormitorio a preparar un bolso.

Un tren podría dejarla en la ciudad en tres horas.

Veinte minutos después abrió la puerta del apartamento, con un bolso de viaje en la mano, y se topó con Gregory,

-Oh, Kady, querida mía -le dijo, haciendo lo posible por estrecharla en sus brazos- No sabes cuánto te he echado de menos. Te, perdono todo, y te pido que me perdones, y espero que podamos...

-¿Puedes dejarme pasar, por favor? Tengo que tomar el tren a Nueva York.

-¿Tren? No pensarás dejarme. Si lo haces, yo...

Kady supo que no se libraría de él tan fácilmente.

-Si te dejo, perderás los pocos clientes que has tenido esta semana -le dijo con satisfacción.

La disgustaba su propia vanidad, pero cada noche procuraba acercarse lo bastante a Onions para ver que la calle ya no estaba llena de parroquianos. Pocos minutos después de que ella se alejó, algún crítico culinario difundió la noticia de que el local de Kady ya no era más que una casa de bistecs. Incluso especulaba adónde iría a cocinar Kady después, cosa que, sin duda, la ayudaría a conseguir empleo.

-Está bien -dijo Gregory con desagrado, apartándose de ella pero bloqueándole el camino hacia las escaleras-. Has ganado. ¿Qué quieres? ¿El diez por ciento del negocio?

-Si la pregunta es si quiero el diez por ciento de Norman House Restaurants, la respuesta es no. Ahora, por favor, ¿puedes apartarte para que pueda marcharme?

-Quince por ciento, y es mi última oferta.

-¡Bien! La rechazo, así que puedes irte.

Trató de apartarlo, pero no se movió.

-¿Qué es lo que quieres de mí? -le preguntó, como si ella fuese una arpía exigente.

Kady dejó el bolso en el suelo y lo miró a los ojos.

-No quiero nada de ti. Absolutamente nada. Para decirte la verdad, no quiero volver a verte jamás.

-No porque hayamos tenido una pelea de amantes hay motivo para...

-¡Aaaaah! -gruñó Kady.

Le dio un buen puntapié en la espinilla que lo hizo saltar a un costado de la escalera y, tomando el bolso, bajó corriendo. Antes de que él pudiese atraparla, ya estaba en el metro, enfilando hacia la Union Station.

20

Cuando llegó a Nueva York, Kady supo que sus magros seis mil no durarían mucho. Entre la falta de tiempo y la falta de dinero, tendría que apresurarse a encontrar a los descendientes de Ruth Jordan. Tomó una habitación en un dudoso hotel junto a Madison Square Garden, y perdió un día entre la biblioteca y el teléfono, llamando a personas de apellido Jordan. Pronto descubrió que las personas de la ciudad de Nueva York no sabían quiénes eran sus tatarabuelas y, en su mayoría, no querían que se las molestara.

Hacia el final de la tarde, estaba dispuesta a darse por vencida. Sentada en una deli de Nueva York, comiendo rebanadas de pavo con pan, con el cuaderno abierto ante sí, se preguntaba dónde podría buscar a continuación, cuando notó el cuchillo que tenía en la mano el hombre de la mesa que estaba frente a la de ella. Mirando su propio plato, recordó que Cole llevaba cuchillos ocultos en la ropa y que era una de las pocas personas que conocía que sabían afilar bien un cuchillo.

Distraída, tomó la pluma y empezó a garabatear y cuando terminó, vio que había dibujado una espada de hoja larga, de empuñadura redonda, que parecía salida de una película de piratas.

Mientras masticaba y contemplaba lo que había dibujado, se pregunto si la afición a algo podía pasar de una generación a otra. Cole amaba los cuchillos. ¿Sería posible que un descendiente también fuese aficionado a cuchillos y espadas?

Tomó el emparedado y echó a andar en dirección al hotel para buscar vendedores de antigüedades en las Páginas Amarillas, y cuando tuvo unas cuantas direcciones salió a recorrer de nuevo las calles.

Sólo logró cierto éxito a media mañana del tercer día, el último. Le habían dado la dirección de una pequeña tienda en el centro, de la clase que apestaba a dinero, y cuando lo vio supo que sólo un conocedor estaría dispuesto a entrar allí. Los escaparates no se limpiaban desde que la tienda había sido construida, muchos años atrás, y en el mugriento escaparate de exhibición no había otra cosa que moscas muertas y capas de polvo. La puerta de cristal estaba pintada de negro y la única indicación de que estaba en el lugar correcto era el apellido Anderson, pintado de dorado deslucido junto a la puerta, había un timbre y un intercomunicador.

Sin mucha esperanza de tener éxito, Kady pulsó el timbre y tras varios minutos, oyó una voz de hombre altanera.

-¿Sí?

Kady tomó aliento.

-Me envía el señor Jordan -dijo, en el intercomunicador.

Como no se le formularon preguntas y no hubo ninguna vacilación antes de que sonara el timbre y la dejaran pasar, Kady sólo atinó a mirar fijamente la puerta durante unos segundos preciosos, para luego empujarla y entrar.

Dentro de la minúscula tienda, las sucias paredes estaban cubiertas de espadas, de ésas que sólo se encuentran en los museos: de hojas

curvas, finas, de hojas oxidadas y manchadas, algunas con aspecto de flamantes, y otras, como si hubiesen estado enterradas durante siglos. Había vitrinas llenas de cuchillos de todos los tamaños, con mangos de todo material concebible. Mirando alrededor, maravillada, se quedó boquiabierta.

-¿Qué busca hoy el señor Jordan? -dijo un hombre tras ella.

Al darse la vuelta, Kady vio a un hombre anciano, alto y delgado, las sienes grises; por la expresión de su cara, se podía ver que era el mejor en su ramo. Estaba tan pulcramente arreglado como sucio estaba el local.

-En realidad, estaba pensando en un regalo.

En el rostro del hombre apareció una mínima sonrisa, al tiempo que observaba la ropa ordinaria y barata de Kady. Esta advirtió que las espadas no tenían etiquetas con los precios colgando de ellas.

-Pienso que sería conveniente que busque una linda corbata en Bloomingdale's,

Miró sin disimulo hacia la puerta.

Desesperada, Kady trató de pensar en algo para impedir que la echase.

-Intentaba hacerme una idea de lo que le gustaría a Cole, y...

No supo lo que decía pero, sin ninguna duda, algo había acertado en el interés del hombre porque, por una fracción de segundo, sus cejas casi tocaron la línea del cabello.

-Ya veo -dijo mientras intentaba recuperar el control de su cara, pero antes de que pudiese decir nada se oyó un barullo en el fondo del almacén, y una puerta que se abría y se cerraba- Si me disculpa, por favor -dijo el hombre, desapareciendo en el fondo, y dejó a Kady sola para que recorriese la tienda.

Pero estaba más interesada en lo que estaba sucediendo en el fondo que en las espadas, pues se sucedía una discusión en furiosos susurros.

Minutos después, un apuesto joven rubio entró en la tienda desde el fondo, con los brazos llenos de paquetes, miró a Kady un momento y susurró:

-Él haría cualquier cosa con tal de descubrir qué significa la T -Y desapareció otra vez en la trastienda.

Atónita, durante varios minutos Kady no entendió de qué le hablaba el joven rubio, pero luego, casi se desmayó de felicidad. Había encontrado al descendiente de Ruth, el señor C. T. Jordan. Ahora, bastaba con que negociara la información con el propietario, porque ella sabía bien a qué correspondía esa T.

Quince minutos después, salía de la tienda con una dirección apretada en la mano y una sonrisa en el rostro.

21

-Ya le he dicho varias veces -le dijo la recepcionista, hosca-, que el señor Jordan no ve a nadie sin una cita.

-Pero usted no entiende: tengo que verlo hoy. ¡Es el último día!

Kady ya había intentado dos veces explicarle por qué tenía que ver al señor Jordan ese día, pero ¿qué podía decir? ¿Que su tatarabuela, que hacía noventa y ocho años que estaba muerta, le había dicho a ella que tenía seis semanas para ponerse en contacto con un hombre que aún no había nacido? Por más que dijese que ése era el último día, era inútil porque no podía responder a una pregunta: ¿el último día de qué?

La mujer se limitó a mirarla, ceñuda, y Kady volvió a sentarse en la elegante sala de espera donde había estado esperando durante una hora y media.

En las últimas horas, no sólo no había logrado quebrar la reserva de la recepcionista sino que tampoco logró sacarle ninguna información. La oficina de C. T Jordan ocupaba todo el piso superior de un lujoso edificio revestido en mármol, y cuando ingresó en la planta baja y le dijo al guardia a quién quería ver, se rió de ella.

Pensando a toda velocidad, le mostró la tarjeta del vendedor de espadas. Por fortuna, el guardia hizo una llamada y Kady pudo entrar en el ascensor privado que la llevó al último piso.

Pero ahí se topó con la oposición, en la forma de una mujer grande y agria que, al principio, quiso hacerla echar. Pero sonó un teléfono, lo atendió, escuchó, colgó y le dijo a Kady que no podía ver al señor Jordan. A Kady le llevó un momento comprender qué había cambiado en el tono de la mujer: ya no le decía que los guardias la sacarían a rastras. Podía quedarse en el local, pero no ver a C. T. Jordan.

-Me quedaré aquí y esperaré -aventuró Kady, pero la mujer se limitó a encogerse de hombros y se dio la vuelta.

Mientras permanecía allí sentada, los siguientes noventa minutos, cada vez estaba más confundida. ¿Por qué le permitían quedarse? ¿Alguien estaría hablando con el vendedor de espadas y luego la sacarían gritando de allí?, ¿Por qué la recepcionista no respondía a ninguna de las preguntas de Kady, como, por ejemplo, cómo era el señor Jordan, a qué se dedicaba la compañía, si tenía familia? La mujer le había dicho que no tenía intención de cometer indiscreciones acerca de su patrón. Su actitud indicaba que no entendía cómo habían dejado quedarse allí a una mujer tan pobremente vestida.

Cediendo a un impulso, Kady tomó una hoja de papel de un escritorio antiguo que había en un rincón y escribió una nota:

Estimado señor Jordan:

Usted no me conoce, pero me gustaría hablar con usted con respecto a su abuela Ruth, y a lo que sucedió en Legend.

Debajo anotó su dirección del hotel de Nueva York, plegó la nota y con mirada suplicante, le pidió a la recepcionista que, por favor, se ocupara de que la recibiese el señor Jordan.

-Se enfadará mucho si no se la entrega -dijo, de la manera más amenazadora que pudo.

Al parecer, la triquiñuela tuvo éxito, pues la mujer tomó la nota y salió.

Cuando Kady volvió, vio que había un hombre sentado en la sala de espera, con un portafolios abierto sobre el regazo y, cuando alzó la vista y vio a Kady, en su cara se reflejó el interés que le despertaba la joven. Pocas semanas atrás, Jane le dijo que se había convertido en una coqueta desvergonzada y pensó que quizá pudiese aprovechar un poco de lo que había aprendido en Legend en su beneficio.

Kady se sentó enfrente del hombre.

-¿Se presenta para un puesto? -le preguntó, con aire inocente.

El hombre recorrió a Kady con la vista de arriba abajo y dio la impresión de que lo que veía le gustaba, porque sonrió y asintió.

Kady lanzó un suspiro que significaba que se alegraba de tener un amigo.

-Yo también aspiro a un puesto. Tal vez, si usted consigue su empleo, yo sea su secretaria -dijo, agitando las pestañas e inclinándose un poco hacia él- Usted debe de saber cómo es él. C. T. Jordan, quiero decir.

El hombre se tragó el anzuelo. Con ademanes supuestamente viriles, adoptó una expresión perspicaz.

-Discreto. Jordan es un hombre muy discreto. Rara vez se deja ver en público.

-La agencia me ha enviado aquí y no se siquiera a qué se dedica esta empresa.

-Compra y vende. Se apodera de cosas tales como Estados de la Unión, ¿sabe?, ese tipo de cosas.

Kady dibujó una O con la boca.

-¡Dios mío! ¿es rico?

-Usted no lee la revista Forbes, ¿no? -dijo el hombre, riendo.

-Yo prefiero más bien el Cooks Ilustrated.

-Digamos, solamente, que el esquivo señor Jordan es un hombre muy rico.

-¡Dios mío! ¡No me diga! ¿Y cómo se hace para verlo?

-Sólo por invitación. Nadie sabe cuándo está aquí y cuándo no. Sólo trata con unos pocos que han trabajado con él durante años... y, desde luego, con su secretaria privada.

En ese momento, volvió la recepcionista, echó a Kady otra mirada hostil y le dijo al hombre que el señor Caulden estaba listo para verlo. Cuando el hombre salió de la sala de espera, la recepcionista se volvió hacia Kady con una sonrisa petulante.

-El señor Jordan se ha ido por el resto del día, de modo que no podrá verla.

Kady sintió que se le iba el corazón a los pies.

-¿Le ha dado mi mensaje?

-Sí, dice que no conoce a ninguna Ruth Jordan, y que jamás ha oído hablar de Legend, Colorado.

Bueno, eso es todo, pensó Kady, y preguntó si podía usar el tocador, y hasta en eso la recepcionista se mostró pétrea.

-¿Por qué no me da un respiro? -explotó Kady, provocándole un mínimo de culpa y haciendo que le indicara la dirección por el pasillo.

Minutos después, Kady estaba lavándose las manos cuando alzó la vista hacia el espejo y se detuvo. En la nota había puesto Legend, no Legend, Colorado.

-Está aquí, y sabe -dijo en voz alta.

Aunque ignoraba lo que sabía el señor C. T. Jordan, le bastaba que le hubiese permitido quedarse en la sala de espera y que se negara a verla,

Tomando con violencia una toalla de papel, se secó rápidamente las manos y la estrujó, colérica. Ruth le había dado seis semanas para tomar contacto con sus descendientes y Kady haría cualquier cosa que tuviese que hacer para brindarle paz a esa dama tan encantadora.

Escabulléndose del tocador, en lugar de doblar a la izquierda, hacia la mesa de la recepcionista, torció a la derecha, hacia los despachos. Eran pasadas las cinco y los despachos que vio parecían vacíos. Más aún: todo el lugar parecía abandonado. En cada puerta había placas de bronce con nombres, y todos ellos sonaban a Harvard y a Yale; tras algunos apellidos, había números romanos.

Al final del largo corredor, antes de doblar para ir hacia la mesa de la recepcionista, había unas puertas dobles sin ninguna placa. Las puertas en sí eran impresionantes, con antigua madera de teca tallada con dragones y árboles entrelazados en forma horizontal. Sin la menor duda, Kady supo que ése era el despacho de C. T. Jordan.

No pensó lo que estaba haciendo; sencillamente, aferró los picaportes de las puertas y las abrió.

Había un hombre de pie cerca de la puerta, en la zona de recepción lujosamente amueblada del despacho. Estaba todo vestido de negro, como para una clase de artes marciales, con amplios pantalones de algodón, una camiseta negra, y estaba quitándose un rompevientos del mismo color. Cuando Kady irrumpió, dejó de sacarse el rompevientos por la cabeza, dejándolo a mitad de camino, de modo que sólo se le veían los ojos.

Tenía la mitad inferior de la cara cubierta... casi como si tuviese un velo.

Kady se quedó inmóvil, casi sin poder respirar, y lo miró fijamente. Podría reconocer esos ojos en cualquier parte: era el hombre del velo.

Mantuvo la vista clavada en él por un lapso que pareció interminable, mientras llenaban su cabeza los cientos de veces que lo había visto, durante toda su infancia. Cada vez que estaba alterada o preocupada, él acudía a ella, la serenaba y siempre aliviaba su sensación de soledad.

Aún conteniendo el aliento, vio que terminaba de ponerse la prenda y le vio la cara por primera vez.

Era todo ángulos, con nítidos pómulos que remataban en una barbilla de punta cuadrada, con un breve hoyuelo. La nariz era recta y fina, con fosas que se abrían hacia los costados: una nariz aristocrática. Lo único suave en ese rostro era la boca llena y Kady no pudo menos que pensar que era blanda como la de un niño.

Sin embargo, lo que vio en esos ojos era dolor, un dolor tan hondo que, tal vez, él no supiera de dónde venía. Pero Kady sí lo sabía.

Recordó que, en una ocasión, había pensado que Gregory se parecía a este hombre. No, pensó, Gregory no se parecía a este hombre. Nadie en la tierra se parecía a él.

-Supongo que usted es la señorita Long -dijo, y la voz fue como la del sueño, muy profunda, y con una cierta aspereza en el fondo, casi corno un gruñido.

Kady pensó que era conveniente que se sentara, porque corría el riesgo de caerse. Sin quitarle los ojos de encima, se apoyó en el brazo mullido de una gran silla forrada de terciopelo borgoña, y casi cayó en ella,

-Ahora que ha irrumpido aquí, ¿qué es lo que quiere de mí?

Kady no hubiese podido contestar aunque le fuera en ello la vida. Lo único que atinaba a hacer era mirarlo, sintiéndose eufórica y asustada al mismo tiempo, pues era muy extraño ver a este hombre en carne y hueso.

Frunciendo el entrecejo, C. T. Jordan contempló a la mujer, deseando que no fuese tan bella. Tenía una larga cabellera negra y sedosa, sujeta en una trenza tan gruesa como su propio brazo, y que caía sobre el terciopelo de la silla. Pestañas espesas que rodeaban bellos ojos oscuros, sobre una nariz pequeña, y labios de un rosado oscuro que no estaban ocultos por los cosméticos. ¡Y el cuerpo...! Incluso escondido tras metros de tela ordinaria, podía ver las lozanas curvas que de sólo contemplarlas, le hacían sudar las manos. Se lo acusaba de atavismo, pues le gustaban las mujeres que parecían serlo, no lo que constituía la moda actual: esas mujeres con cuerpos de muchachos de doce años, coronados por grandes pechos artificiales.

«Lascivia, Jordan -se dijo-. Eres demasiado mayor para permitir que te domine la lujuria.» Sabía por qué estaba allí la mujer, y qué quería. ¿Acaso no había sabido toda la vida que ese día llegaría?

«Tengo que dejar de mirarlo a los ojos», se dijo Kady. Tenía que recuperar el uso de su mente, pensar en su misión, recordar quién era, dónde estaba. Quizá pudiese concentrarse si recitaba la receta del brioche.

Apartando los ojos de él, empezó a pensar...

Pero ninguna receta acudió a su mente, porque detrás del hombre había una vitrina de cristal iluminada, que iba del suelo al techo, suspendida por alambres invisibles, donde se veían espadas de exquisita manufactura, de todas partes del mundo, de todos los períodos históricos. Eran de la clase de espada que se ve en lustrosas revistas de

subastas de arte, y de las que luego uno se enteraba que habían sido adjudicadas a un «comprador anónimo» por un cuarto de millón de dólares.

Volviéndose para mirar al hombre, vio que no había movido un músculo y que la miraba fijamente. Observó que bajo la ropa debía de ser delgado y fibroso, y tuvo la impresión de que sabía cómo usar cada una de esas espadas, si fuese necesario.

-Yo... conocí a su abuela -pudo decir.

-Mi abuela murió cuando yo tenía tres años, y dudo de que usted hubiera nacido entonces, siquiera.

-No... conocí a la que murió mucho antes de que usted naciera.

Incluso a ella le parecía estúpido, como el comentario de algún gurú de la New Age.

La sonrisa de superioridad le indicó que él opinaba lo mismo.

-Ah, ya veo. ¿Acierto si deduzco que se refiere a la que a mi abuelo -cuando estaba vivo, quiero decir-, le gustaba llamar Ruth la Implacable?

Kady se crispó.

-Ruth Jordan era una dama encantadora y lo único que hacía era intentar proteger..

Se interrumpió al ver que él sonreía de una manera tan petulante que no pudo continuar. Por alguna razón, sintió que la ira crecía dentro de ella, cosa que no tenía sentido porque ella había invadido la oficina de él y no tenía derecho a enfadarse. Lo que sucedía era que la imagen de ese hombre había formado parte de la vida de Kady. Él -o su clon- se le había aparecido cientos de veces. ¿No debería reconocerla? O al menos, ¿sentir cierto sobresalto al verla?

En cambio, la miraba como si fuese una gran molestia y como si esperase que ella hiciera algo previsible.

-Empiezo a entender -dijo el hombre, lentamente- Usted se considera clarividente, y ha venido aquí a darme... ¿qué cosa?, ¿un mensaje del pasado? Dígame, ¿cuánto tendré que pagarle por esa información? ¿Cientos? ¿O acaso pretende miles? Espero que no sea más.

Kady apretó los labios y frunció la frente.

-No quiero ningún dinero de usted.

-¿Ah no?

La miró de arriba a abajo y, cuando volvió a mirarla a los ojos, Kady sintió que todo su cuerpo se cubría de una fina película de transpiración. El fuego y la intensidad de esos ojos la hicieron sentirse como si fuesen a consumirla...

Una parte de Kady quiso correr hacia él, pero otra estaba asustada y quería correr hacia la puerta. ¿Miraría a todas las mujeres como la miraba a ella?

Paciente, pero con una ceja alzada en gesto de incredulidad, se quedó esperando que ella continuase.

«¡Por Ruth!», se recordó, y se sentó más erguida.

-Ruth estaba arrepentida de lo que le había hecho a su hijo y quería compensarlo, pero murió demasiado pronto. El hijo no asistió al funeral.

-Hasta para ella carecía de sentido lo que decía. Hizo una profunda inspiración, intentando sosegar los nervios-. Me pidió que encontrase a sus descendientes y... bueno, que me pusiera en contacto con ellos, eso es todo. Y yo quería decirle que...

Los labios del hombre se curvaron en una sonrisa escéptica.

-¿Acaso está pidiéndome que crea que conoció a mi abuela muerta hace tanto tiempo, y que ella le pidió que viniera a verme? ¿Sólo para saludarme?

Kady le sonrió con dulzura.

-No sólo conocí a su abuela. Además, me casé con el nieto de Ruth, que murió cuando tenía nueve años.

«Que entienda eso», pensó.

Lo único que quería Kady era borrar esa expresión suficiente del rostro de él. Sin duda, debía de estar acostumbrado a que la gente se amilanase ante él y que saltara a su mínima exigencia, pero ella no estaba preparada para que la mirase con tanta ira que casi la asustó, Sin embargo, algo había en esa ira que le hizo latir el corazón salvajemente. «Está celoso», pensó, diciéndose luego que eso era ridículo.

Con largas zancadas, el hombre fue hacia un gabinete que había en la pared opuesta, abrió unas puertas que revelaron una variedad de licores, se sirvió whisky de malta en una copa de cristal tallado y la vació de un trago. Al ver que no se inmutaba, Kady pensó que debía de ser un alcohólico en ciernes, o bien algo lo había alterado mucho. Era consciente de que no le había ofrecido nada a ella.

Se volvió hacia ella.

-Señorita Long, no tengo tiempo para esto, Y puedo asegurarle que no voy a darle ningún dinero, por absurda que sea su historia.

Atónita, Kady permaneció inmóvil. Ese hombre era odioso, tan enamorado de su dinero que creía que todos los demás también lo estaban, y aún, así, algo la obligaba a quedarse allí, con él. Era un desconocido y al mismo tiempo era como si hubiese pasado muchas noches de su vida con este hombre.

La miraba ceñudo, cavilando. Con el corazón palpitante, se levantó y, dándole la espalda, fue hasta la pared que estaba tras ella. Igual que en la vitrina de la pared, aquí también había una exhibición de cuchillos, mucho más pequeños, y muy similares a los que Cole había llevado a menudo entre sus ropas. Como Kady había pasado buena parte de su vida con un cuchillo en la mano, para ella era fácil tomar uno de manera subrepticia, volverse y arrojarlo.

Con la rapidez de un relámpago, el hombre atrapó el cuchillo en el aire por el mango.

Fue en ese momento cuando Kady vio a Cole. Por un segundo, el hombre moreno y ceñudo que tenía delante desapareció y vio a Cole con sus risueños ojos azules, el sol sobre el cabello dorado. La imagen desapareció con la misma velocidad con que había aparecido y quedó sola en la habitación con el hombre que había visto cientos de veces, siempre tendiéndole la mano, siempre instándola a irse con él.

Pero éste, en cambio, se limitaba a mirarla con sus ojos ardientes y su expresión escéptica.

-Si está pensando en desmayarse, debo decirle que ya lo han intentado antes otras mujeres, y le aseguro que los desmayos no tienen efecto sobre mí. -Miró el cuchillo que tenía en la mano- Sin embargo, ninguna mujer había tratado de arrojarme un cuchillo.

-Qué lástima -replicó Kady, dándose la vuelta hacia él; se colgó el bolso del hombro- Ya le he dado mi mensaje, así que me voy.

-¿Está segura? Como ve, tengo otras armas que podría arrojarme.

Giró hacia él.

-Señor Jordan, sus ancestros eran las personas mas agradables y bondadosas que he conocido jamás. Cole Jordan era un hombre que sabía cómo amar a una mujer, hasta el punto de crear un mundo entero para ella. Y lo que hizo Ruth Jordan fue porque había amado mucho y quedó muy herida criando perdió ese amor.

Lo miró, ceñuda- Es desagradable comprobar que esas personas tan adorables hayan dado origen a alguien como usted, alguien que sólo piensa en el dinero. Deteniéndose un momento, lo miró con desdén.

-Y pensar que he pasado tantos años buscándolo -dijo con suavidad, para luego encaminarse hacia la puerta.

La hizo detenerse cuando ya tenía la mano sobre el picaporte, poniéndose a un costado, muy cerca pero sin tocarla.

-¿Quién fue el amante de Ruth? -le preguntó en voz queda.

Kady estaba furiosa, pero cuando se volvió y lo miró, no estaba preparada para el impacto que le provocaría la cercanía del hombre. Quizá creyó que había sentido amor, deseo, lujuria u otras emociones por otros hombres, pero nada la preparó para lo que sintió junto a éste. Con la vista clavada en los ojos negros, sintió que cada átomo de su cuerpo vibraba y tuvo la sensación de caer en un pozo sin fondo, de caer más, más, más.

Como sí ella fuese venenosa, él se apartó y esa actitud logró que Kady recuperase la cordura. Sabía que él estaba probándola. Existía la creencia de que el padre del hijo menor de Ruth era su esposo.

-Un egipcio, el padre de Tarik, el amigo de Cole -logró decir, en un susurro ronco-. Por eso usted lleva su nombre. Y por eso es moreno, cuando el resto de los Jordan son rubios.

Con mano temblorosa, abrió la puerta y salió del despacho.

Cuando salió de las lujosas oficinas de C. T Jordan, no regresó de inmediato al hotel sino que vagó por las calles de la ciudad. Se sentía a punto de sufrir un shock. Lo había reconocido y él, en cambio, no había sentido nada por ella, salvo, bueno... Era posible que hubiese visto lujuria en los ojos de él, pero eso no importaba. Lo importante era que ella se lo había dicho y ahí se terminaba todo.

Pero si no le gustaba, ¿por qué la perspectiva de no volver a verlo jamás le dolía más de lo que le había dolido perder a Cole o a Gregory? Mientras estuvo con Cole, siempre supo que no era real, que lo que había entre ellos no duraría. Y cuando estaba con Gregory, era más gratitud

que amor lo que sentía, gratitud de que un hombre como él se hubiese interesado por ella.

Pero con el árabe, el hombre con el que siempre había soñado, estaba convencida de que, al encontrarlo, habría hallado el Verdadero Amor.

Sin embargo, la vida no imita a los cuentos de hadas. Lo había encontrado y él no sentía nada. Ciertamente, eso no era amor a primera vista.

Entonces, ¿qué?, se preguntó. Ahora que la aventura de Legend estaba oficialmente terminada, ¿qué haría con su vida? Conseguir empleo, tratar de ahorrar dinero para abrir su propio restaurante, o una escuela de cocina, o... De repente, se sintió muy sola. En ese momento, su vida estaba en la misma situación que cuando acababa de terminar la escuela de cocina, con la diferencia de que entonces tenía el mundo por delante. Ahora, años después, estaba más abajo del fondo. Ya no era la graduada requerida, la...

«¡No!», se reconvino. No se permitiría perderse en la autocompasión. Había hecho todo lo posible por ayudar a Ruth, a Cole y a Legend, y ya era hora de suplicar un empleo. Corrección: era hora de empezar una nueva vida, con nuevas aventuras, con...

Se dio la vuelta y regresó al hotel, tratando de reanimarse sin demasiado éxito. Cuando abrió la puerta del cuarto, lo primero que vio fue el parpadeo de la luz del contestador automático del teléfono y se preguntó quién la habría llamado. Por una millonésima de segundo pensó que podría ser Tarik Jordan, pero cuando lo averiguó, le dijeron que había un paquete para ella y le preguntaron si podían subírselo en ese momento.

Unos minutos más tarde, Kady recibía un gran paquete expreso proveniente de Virginia y el corazón se le fue a los pies. ¿Cómo demonios habría hecho Gregory para averiguar dónde estaba? Tiró el paquete sobre la cama, se dio una ducha, se lavó el cabello, encendió el televisor y sólo entonces advirtió que era el nombre de Jane el que estaba en la constancia de despacho aéreo.

Curiosa, abrió el paquete. Dentro había dos sobres de tamaño legal, uno grueso, el otro delgado, y dos cartas. La primera era de uno de los jóvenes que habían trabajado con ella en Onions, y a medida que leía el corazón de Kady iba aligerándose. Le decía que, desde que ella se marchó, los negocios iban tan mal que todos los cocineros entrenados por ella buscaban empleo en otros lugares. Proseguía diciendo lo mucho que había aprendido de Kady y dándole las gracias por haberlos librado de la horrible señora Norman.

Sonriendo, Kady llamó al servicio de habitaciones, pidió un tazón de sopa de cebollas y una ensalada de frutas, y siguió leyendo. El muchacho le decía que, como todos ellos obtendrían mejores empleos anteponiendo el nombre de Kady en sus solicitudes, se sentían en deuda con ella y habían encontrado el modo de compensarla, en cierta medida.

Esto hizo lanzar a Kady una carcajada, pues, al parecer, el modo que encontraron de darle las gracias fue husmear, espiar y hacer de

detectives aficionados. Primero, habían vigilado la oficina de Gregory y no permitieron que saliera nada de allí que ellos no hubiesen inspeccionado antes.

-El sobre gordo es el resultado de las primeras semanas -le escribía. Después de eso, nos volvimos más audaces.

Con los ojos agrandados de curiosidad, abrió el sobre más grueso, y sacó media docena de cartas, por lo menos. La mayoría llevaban el membrete de famosos restaurantes u hoteles, y rogaban a Kady que fuese a trabajar para ellos. Algunas, de personas que querían abrir un restaurante y le suplicaban que lo administrase.

Por un momento, no pudo creer lo que estaba viendo. Los términos «por favor» y «le suplicamos», y las ofertas de dinero, alojamiento y «le daremos vía libre», aparecían en todas las cartas. Dos de ellas estaban hechas pedazos, pero alguna persona amorosa se había tomado el trabajo de reconstruirlas con cinta adhesiva.

Cuando comprendió lo que estaba viendo, se puso a bailar por la habitación; luego llamó al servicio de habitaciones y pidió una botella del mejor champaña que tuviesen.

-Nada de entrevistas de empleo -dijo-. Nada de suplicar un empleo. Nada de...

No se le ocurrió qué más, y cuando llegó la comida y la bebida, le dio al hombre una propina de diez dólares, abrió el vino, sirvió una copa y brindó por sí misma.

Era asombroso cómo podía cambiar el mundo en tan poco tiempo, pensó, mirando las cartas que estaban sobre la cama. En un momento, no tenía adónde ir y, al siguiente, tenía alternativas en todas partes del mundo, pues una de las cartas provenía de Londres, y otra, de París.

«¿Cómo me han encontrado?», se preguntó de pronto, y volviendo a la cama abrió la segunda carta. Cuando vio que provenía de Jane, casi se le detuvo el corazón. ¿Acaso la siempre sensata Jane iba a regañarla por hacer algo tan estúpido como abandonar un empleo antes de tener otro?

Terminó la primera copa y llenó otra antes de abrir la carta de Jane. La primera media página le contaba en detalle el trabajo que había tenido Jane para encontraría, llamando a casi todos los hoteles de Nueva York. Para averiguar que estaba en Nueva York, le insinuó a Gregory que trataría de reconciliarlos. «Por cierto, ese hombre está convencido de que todas las mujeres se mueren por él, ¿eh? », escribía Jane, haciendo sonreír a Kady.

«Te envidio -le escribía-. Has inspirado un gran amor en las personas que trabajaban para ti. Arriesgaron mucho revolviendo la basura de Gregory y, cuando me llamaron, sabían que yo haría todo lo necesario para encontrarte.»

Kady comió un poco de sopa, y terminó la carta de Jane:

«Kady, quizá no me haya hecho entender con claridad, últimamente -escribía la amiga- Sé que suelo ser mandona, el cielo es testigo de que muchas personas han sentido la tentación de decírmelo, pero espero que sepas lo mucho que te quiero. Lo único que Gregory tenía a su favor era su apariencia. Te trataba como a una criada de baja estofa... del mismo

modo que solía tratarte mi familia. He tenido que llegar a adulta para comprenderlo. Quiero decirte que te considero la persona más bondadosa, más generosa que he conocido en mi vida, y me siento en deuda contigo por pasados malos tratos. Por eso, cuando te veo con un hombre que no es digno de comer a tu mesa, me perdonarás si te lo digo. Hagas lo que hagas con tu vida, recuerda aceptar lo que se te ofrece y no entregar nada a cambio. Cuando conozcas a otro hombre, asegúrate de que te dé algo. ¡Te lo mereces!»

Podría ser el champaña lo que hizo que los ojos de Kady se humedecieran y se enjugó las lágrimas con la manga de la bata de baño. Releyó la carta de Jane un par de veces, se la metió en el bolsillo y se concentró en la comida. Lo que había sido un día arruinado estaba convirtiéndose en algo extraordinariamente bueno.

Sólo cuando hubo terminado de comer y de beber otra copa de champaña, recordó que todavía no había abierto el sobre delgado. Secándose las manos, buscó debajo de las encantadoras cartas de las personas mas encantadoras aún que le ofrecían empleo y sacó el sobre. Era blanco, de papel de excelente calidad y el remitente era una firma de abogados de Nueva York. En los sesenta de Madison Avenue, nada menos.

-Dios santo -exclamó, usando el cuchillo para abrir el sobre- Desde luego, me siento honrada.

Cuando Kady vio que estaba dirigida a la señora de Cole Jordan, por poco se ahogó con el vino.

La carta en sí era muy breve. El señor W. Hartford FowIer lV pedía a la señora Jordan que lo llamara lo antes posible, por asuntos urgentes. Seguía una larga lista de números telefónicos con frases descriptivas tales como «la casa de campo», «la cabaña», «el móvil», «la embarcación», y también cuatro números de una oficina, «No puedo expresarle lo urgente que es, señora Jordan -escribía- Debe ponerse en contacto conmigo de inmediato, si quiere cumplir con la fecha dispuesta por Ruth Jordan. Llámeme a cualquier hora. Llámeme por cobro revertido. A donde sea, cuando sea. Pero hágalo pronto.» Kady leyó la carta tres veces, hasta que advirtió que estaba fechada un mes atrás, lo cual significaba que Gregory la había recibido antes de que ella se marchase. Y también significaba que alguien había husmeado en los gabinetes de archivo para encontrarla. Más aún, vio que el sobre había sido enviado a su apartamento, de lo que se deducía que Gregory había estado vigilando el correo privado de Kady.

-¿Le habrá pagado a mi portero para recibir antes que yo mi correo? -dijo, con la boca apretada en una fina línea.

Por un momento, se preguntó cuántas otras ofertas de empleo habría recibido mientras estuvo en Onions, que Gregory hubiese interceptado. Todo en nombre de los Norman House Restaurants, por supuesto.

Como era inútil perder tiempo en eso, levantó el teléfono y empezó a marcar los números de la carta del abogado. Después de haber dado con un contestador en los números de la oficina, dejó un mensaje, subió el

volumen del televisor y trató de mirar, pero cuando leyó de nuevo la carta del abogado, apagó el televisor y siguió insistiendo con los números de teléfono.

Lo halló en el móvil y, en cuanto se presentó, oyó el rechinar de los neumáticos de un coche que era bruscamente frenado.

-¿Kady Jordan? -le preguntó, incrédulo-, ¿Está segura?

Rió, segura de que ese hombre no debía de perder a menudo la compostura como le sucedía en ese momento.

-¿Qué es hoy? -preguntó, casi frenético-. Son las diez de la noche, ¿no? Le enviaré un helicóptero; ¿puede llegar de Virginia a Nueva York en dos horas? ¿Todavía podemos lograrlo?

-Ya estoy en Nueva York. ¿Podría decirme de qué se trata esto? ¿Qué sabe acerca de Ruth Jordan?

-Menos que usted, estoy seguro -se apresuró a replicar- Mire, señora Jordan...

-Le agradecería que me dejara de llamarme así. Soy Kady Long. Kady, por favor.

El hombre no dio señales de oírla.

-Está bien, está en Nueva York, yo estoy en Conneticut y él está en... ¿Dónde diablos está?

Kady empezaba a irritarse.

-¿Dónde está quién? -dijo, con acento feroz.

Jordan. C. T. Jordan. Tiene que verlo antes de la medianoche. Si no, el testamento perderá validez.

-No sé de qué testamento está hablando, pero hoy he visto al señor Jordan. Tuve que escabullirme en su oficina, pero...

Se interrumpió, porque el hombre reía. No, no gritaba, En realidad, hasta donde Kady podía saberlo, daba saltos, cantaba y aullaba a todo pulmón, y el teléfono celular se sacudía en sus manos.

-Señor Fowler -gritaba Kady en el teléfono, pero el hombre no la oía.

Con el teléfono del hotel sobre el hombro, Kady levantó su copa y esperó que ese loco se calmara lo suficiente para explicarle qué estaba pasando. Tuvo que esperar bastante, y cuando el hombre volvió a hablar, le pareció que estaba llorando. Llorando del modo en que lloran los hombres cuando ganan las 500 de Indianapolis.

-Kady -dijo, tratando de controlar su ritmo respiratorio errático-, ¿hoy la ha visto alguien en la oficina de Jordan? ¿Cualquiera?

-Varias personas. La recepcionista, un hombre que solicitaba un empleo, el guardia en la planta baja, media docena de empleados, por lo menos, y... Que Dios me ayude, señor Fowler, si empieza a ulular otra vez, voy a cortar.

Eso hizo reír al hombre y se esforzó por recuperar el control.

-¿Puedo verla mañana? -le preguntó, cortés-.

Tenemos... eh, ciertos asuntos que tratar.

-¿Sería mucho pedir que me diga qué asuntos?

El hombre tardó un momento en contestar.

-Kady, ¿ha tenido usted sueños en su vida?

-Claro que sí -le espetó, echando una mirado al teléfono.

¿Estaría loco ese sujeto?

-¿Cuál es su sueño más loco?

No era asunto de él pero, mirando las cartas sobre la cama, sonrió.

-Me gustaría tener mi propio restaurante.

Por alguna razón, esto pareció encender de nuevo la hilaridad de borracho del sujeto y Kady tuvo que volver a esperar.

-Tendrá su restaurante. Logrará todo lo que quiera, pero tiene que venir a verme mañana.

-¿A qué hora?

El hombre empezó a reír otra vez.

-Venga a cualquier hora, cuando esté lista, Kady. Cuando llegue, estaré esperándola. Y habrá un coche esperándola en su... que el cielo me ayude, pero no sé siquiera dónde está alojada.

Kady vaciló; prefería pensarlo dos veces antes que contarle a este hombre cualquier cosa acerca de sí misma.

-No necesito automóvil; iré a su oficina mañana, a las diez de la mañana. ¿Es demasiado temprano?

-No -dijo, divertido- Cualquier hora que sea conveniente para usted. Estaremos esperándola.

-Entonces, hasta luego -dijo, y corto.

«Qué hombre tan raro», pensó, mirando el teléfono perpleja, y desechándolo, volvió a las ofertas de trabajo. «¿Con cuál me quedaré? -pensó-. Podría ser agradable vivir en Seattle.»

Media hora después, se quedó dormida entre las cartas y no despertó hasta quince minutos antes de las diez, cosa que motivó que llegara tarde al encuentro con el señor FowIer. Pero, como le dijo él, no tenía importancia, porque estaban todos esperándola.

22

La elegancia de viejo mundo de las oficinas de FowIer y Tate hizo que Kady se sintiera más consciente de su vestimenta vieja y gastada. «Este lugar está hecho para Chanel», pensó, cruzando el vestíbulo de mármol. No había visto nunca a Chanel fuera de una revista, pero tenía imaginación.

-Soy Kady Lon... -dijo a la recepcionista, que no la dejó terminar la frase y se deshizo en atenciones.

-Sí, por favor, pase por aquí, el señor Fowler está esperándola. ¿Le gustaría un poco de café? ¿O té, quizá? ¿Le gustaría que le hiciera traer algo?

Kady casi no tuvo tiempo de rechazar los ofrecimientos cuando se abrieron las grandes puertas dobles con incrustaciones de bronce y salió un hombre alto, apuesto, de cabellos grises, ataviado con un impresionante traje de tres piezas.

-Kady -dijo, exhalando la palabra como si hubiese esperado toda la vida para pronunciarla.

-¿Usted es el señor Fowler? -preguntó, incrédula.

No podía reconciliar la imagen de ese hombre tan elegante con el tipo que ululaba en el teléfono la noche anterior. Este hombre podría protagonizar una de esas películas sofisticadas de 1930, en las que actuaba Cary Grant.

-Bill -replicó, colocándole la mano en la cintura y guiándola al interior del despacho.

El ambiente hizo lanzar a Kady una exclamación involuntaria. Era como la biblioteca de una casa de campo inglesa, donde predominaban el verde oscuro y el borgoña, con paredes recubiertas de paneles de madera, tallados. Había un cuadro en la pared que parecía un original de Van Gogh.

-¿Puedo traerle algo? Lo que sea.

Kady se sintió tan fuera de lugar, que intentó bromear:

-¿Zapatos nuevos? -dijo, sonriendo, mientras se sentaba sobre un hermoso sofá verde oscuro y el hombre le devolvía la sonrisa con calidez.

Cuando se sentó, contempló al hombre. Era imposible que alguna vez pudiese llamarlo Bill.

-¿Podría decirme de qué se trata todo esto?

Por un momento, se quedó de pie, imponiéndose a ella; luego, se sentó en una silla frente a Kady, e indicó con la cabeza una pulcra pila de papeles sobre una antigua mesa de café.

-Debo admitir que jamás un cliente me ha provocado tanta curiosidad como usted. No sé nada acerca de su vinculación con una mujer que lleva muerta casi cien años. Lo único que sé es que usted estuvo casada con su nieto, pero si eso en realidad fuese cierto, usted tendría unos cien años.

Rió entre dientes y le dirigió una de esa miradas que parecían decir: «Puede confiar en mí.»

Kady le sonrió, pero no tenía la menor intención de contarle lo que le había pasado.

-Bueno, está bien, no indagaré. -Volvió a reír-. No, lo más probable es que indague bastante, pero tengo la sensación de que no voy a llegar a nada. Si es usted la mitad de discreta que el resto de los Jordan, no averiguaré nada.

Kady empezó a decirle que no era Jordan, pero se contuvo. Cuanto menos dijera, antes saldría de allí y podría volver al cuarto del hotel y empezar a contestar las ofertas de empleo. Algunas eran de tres meses de antigüedad, y eso significaba que Gregory las había recibido hacía un tiempo, y no sabía si seguirían vigentes.

-Supongo que debemos comenzar por esto -dijo el hombre, entregándole un sobre amarillento por la edad, atado con una cinta y sellado con lacre.

Antes de tocarlo, Kady supo que provenía de Ruth y tuvo que parpadear para contener las lágrimas. La idea de que la mujer que había conocido hacía unas semanas ahora estuviese muerta desde tanto tiempo atrás era dolorosa. A veces, tenía la sensación de que abriría una puerta y se la encontraría ahí. En ocasiones, pensaba: «Tengo que

contarle esto a Ruth», para luego sentir la pena de comprender que la mujer a la que había llegado a querer tanto no vivía.

Kady se puso el sobre en el regazo y miró al hombre que tenía enfrente.

-¿No necesita una identificación para asegurarse de que yo soy quien afirmo ser?

Sonriéndole, el hombre sacó un fajo de papeles de un maletín de cuero que tenía en el suelo, junto a la mesa..., y se los entregó. Kady vio que las hojas amarillentas estaban cubiertas con dibujos de lápiz y tinta de ella y Ruth, escenas de la tarde y la noche que habían pasado juntas. Se las veía caminando juntas, conversando, riendo, sentadas a la sombra, en el picnic, en sillas, en el porche.

-¿La otra es Ruth Jordan? -preguntó el abogado con suavidad, al ver la ternura con que Kady rozaba los papeles.

-Sí -murmuró, al ver el nombre de Joseph escrito al pie.

Era el nombre del paciente criado que las había servido y atendido mientras conversaban. ¿Cuánto habría oído esa noche?

-Desde luego, ella tiene un aspecto muy diferente de la imagen que se muestra en «Un pueblo destruido por el odio», ¿no es cierto?

-Era encantadora, realmente encantadora -fue lo único que logró decir Kady.

Cuando el señor Fowler se reclinó en la silla con expresión satisfecha, Kady supo que había dicho demasiado. Era evidente que el abogado quería saber si, en verdad, Kady había conocido a Ruth Jordan, y ahora ya lo sabía.

-Discúlpeme -dijo, levantándose-. Creo que tal vez querrá leer a solas la carta de Ruth. Cuando haya terminado, bastará con que presione el botón que está en esa mesa, junto a usted, y regresaré. Estaré esperándola,

Dicho lo cual, salió, dejando a Kady sola en la oficina.

Por un momento, titubeó antes de abrir el sobre amarillento, porque sabía que su contenido la enlazaría otra vez con la familia Jordan y con Legend, Colorado. Una parte de ella deseaba tirar la carta, volver al hotel y empezar a buscar un nuevo empleo. Pero la mayor parte de ella estaba hechizada por los ojos de C. T. Jordan.

Se dio prisa, antes de arrepentirse, y usó el abrecartas de plata que tan astutamente el señor FowIer le había dejado y abrió el sobre.

Mi queridísima Kady:

Si estás leyendo esto, significa que has tratado de encontrar a mis descendientes, y que lo has logrado. Te di un límite de tiempo para convencerme de tu interés. Si hubieses postergado la búsqueda más de seis semanas, yo habría tenido la certeza de que no había esperanza de que eras capaz del amor y la pasión necesarias para ayudarnos. Me pareció que seis semanas bastaban para que comprendieses que no podías estar enamorada de Gregory. Si lo estuvieras, no nos habrías sido enviada.

Si estás leyendo esto y te pusiste en contacto con mi familia dentro del límite de tiempo, ahora tienes el control absoluto de toda la riqueza de mi familia.

Kady exhaló un suspiro. Pero no, no podía ser correcto lo que estaba leyendo. Miró otra vez la carta.

Puede ser que no te haya dejado nada. Por lo que sé, dentro de noventa y ocho años mi familia podría ser pobre, pero, si mis descendientes se parecen a mi hijo Cole Tarik, lo dudo. Apuesto a que en este momento eres una joven muy rica.

¿Por qué te he dado tanto y he depositado una confianza tan completa en ti? Kady, tú puedes resolverlo. Puedes remediar un horrible mal, no sólo lo que le pasó a mi familia sino a todos los habitantes de Legend. Porque lo sucedido en esa semana fatal en que mi familia fue asesinada acarreó el sufrimiento de cientos de personas, a lo largo de generaciones.

No sé cómo puedes hacer lo que te pido, ni sí es posible hacerlo, siquiera, pero te ruego que lo intentes. Las personas que conociste en Legend nunca tuvieron oportunidad de vivir. Nunca tuvieron la posibilidad de crecer, de tener hijos, de envejecer.

Los errores son nuestros, Kady, no tuyos. En todo esto, tú fuiste un peón, pero tu bondad y tu generosidad fueron tan grandes que fueron capaces de levantar a los muertos. Por un tiempo, nos diste esperanza; nos diste vida.

Y ahora, te pido que encuentres la manera de hacerlo otra vez. He hecho todo lo posible por ayudarte. Te he dado el poder que confiere el dinero; he desheredado a los de mi propia sangre en tu favor, aunque seas una mujer con la que sólo pasé unas horas. Pero confío en ti porque fuiste llevada a nosotros. Puedes usar el dinero para cualquier propósito que quieras, es tuyo, sin condiciones. Construye una mansión, compra una docena de coches que goteen oro: te he dado ese derecho.

Pero no te imagino haciendo algo así. Por favor, te ruego, Kady, por favor, ayúdanos. Te necesitamos. Todos nosotros te necesitamos mucho.

Tuya, con amor y esperanza,

Ruth Jordan

Cuando dejó la carta, le pareció que se había quedado sin aliento. «Por un tiempo, nos diste esperanza; nos diste vida -leyó otra vez- Tu bondad y tu generosidad.» Eran las mismas palabras que había usado Jane.

«¿Cómo?», pensó. ¿Cómo podía lograr lo que le pedía Ruth? La cabeza le daba vueltas tan vertiginosamente que no podía pensar nada, no podía pergeñar ningún plan. Pulsó el botón de la mesa y el señor Fowler reapareció de inmediato.

Cuando se sentó, Kady le entregó la carta de Ruth.

-¿C. T. Jordan está enterado de esto? -le preguntó Kady.

-¿De qué? -le preguntó, con los ojos chispeantes.

No era más que una treta de abogado, tratando de averiguar qué era lo que sabía ella.

-¿Sabe que, desde que me vio ayer, todo es mío?

El señor Fowler le sonrió.

-Sí, lo sabe.

«Ahora entiendo por qué no quería recibirme», pensó. Y por eso no quiso que la echaran de la oficina. A fin de cuentas, desde el momento en que entró por la puerta principal, era la dueña del edificio.

La mente de Kady se tropezaba con miles de pensamientos y el más preponderante era que hacer ahora?»

«Tarik tiene que ayudarme», pensó. Al instante tuvo conciencia de lo raro que era que lo mencionara así, teniendo en cuenta que todos se referían a él como C. T... o más bien, señor Jordan. Tal vez fuese porque le había oído mencionar ese nombre a Cole tantas veces, o porque había pasado la vida viendo a C. T. Jordan con atuendo árabe, y ese nombre árabe le sentaba bien.

Cualquiera que fuese el nombre, supo que tendría que ayudarla. Era lo único que sabía con seguridad, porque en cierto modo, bajo el exterior oscuro, era Cole, El dolor y la dureza que había en sus ojos se debían a lo que le había sucedido a Cole, y por lo que le habían hecho al hijo menor de Ruth. Cole había conseguido eludir el odio fingiendo que no sucedió. O, quizás, estaba tan dichoso de haber tenido una oportunidad para vivir como adulto que había llenado su estancia en la tierra con amor.

Y de venganza, -añadió para sí, recordando que, en aquellos diez días en que estuvo ausente, había librado al mundo del hombre que provocó la muerte de su familia. Sin embargo, no estaba convencida de que la venganza fuese el único motivo de que Cole tuviese una segunda oportunidad en la vida, aun cuando fuese tan breve.

Y ahora, Ruth había hecho lo posible para que Kady pudiese darles a Cole y a todos los demás habitantes de Legend una oportunidad verdadera de vivir.

«Tarik debe ayudar», pensó otra vez; y lo evocó en las formas en que lo había visto: en los sueños y, el día anterior, en la oficina, con sus desdeñosos comentarios. No estaría dispuesto a ayudarla sólo porque se lo pidiese.

-¿Qué es lo que me pertenece? -le preguntó al señor FowIer.

-En esencia, todo. Todas las propiedades que Ruth Jordan poseía en el momento de su muerte, y todo lo que rindieron esas propiedades en los años que siguieron, fueron colocadas a nombre de usted, para ser administradas por los descendientes del hijo menor. Había otra estipulación, según la cual todos los hijos mayores de cada generación debían llamarse Cole Tarik Jordan. -Los ojos del señor Fowler chispearon, y a Kady se le ocurrió que tal vez no hubiese hecho nunca nada que le diera tanto placer como decirle a alguien que poseía todo lo que había sido de C. T. Jordan. Claro que, a lo largo de los años, ese

nombre se pasó de moda, y es un secreto bien custodiado lo que significan las iniciales.

Kady asintió, pues ya había descubierto el secreto.

-¿Me pertenece la ropa que él lleva puesta, o algo así? -preguntó, sincera.

El señor Fowler frunció el entrecejo y Kady comprendió que la consideraba codiciosa, vengativa, o alguna otra cualidad igualmente desagradable. O tal vez estuviese preocupado porque le hiciera juicios relacionados con lo que había hecho o dejado de hacer.

Se inclinó hacia delante.

-Señor Fowler -le dijo-, es evidente que usted es el abogado que representa una parte, al menos, de la riqueza que hasta ahora pertenecía a C. T. Jordan y, puesto que ahora me pertenece a mí, ¿puedo deducir que usted será ahora mi abogado? ¿Puedo hablarle con confianza?

-Sí, desde luego -le respondió, y Kady advirtió que se sentía tan aliviado como curioso.

Kady sostuvo la carta.

-Ruth Jordan me ha pedido que haga algo por ella. No puedo revelar de qué se trata, pero creo que voy a necesitar la ayuda de Tarik... eh... de C. T. Jordan. Usted lo conoce, yo lo he conocido, y pienso que no nos equivocamos si suponemos que se negará a ayudarme, salvo que encuentre un modo de chantajearlo. Quiero saber todo lo que me pertenece, sobre todo lo que sea personal como esas espadas, por ejemplo, y que tal vez me sirvan para obligarlo a ayudarme. Y quiero que empiece a redactar un contrato donde se determine que, si me ayuda a mi entera satisfacción, le será devuelto todo. Hasta el último centavo. Yo no quiero nada.

El señor Fowler sonrió con indulgencia.

-Eso me parece muy noble de su parte, pero creo que usted no tiene idea de lo mucho que estaría cediendo. Podría conservar unos millones y él no los echaría de menos.

Kady parpadeó al oírlo y lo primero que pensó fue que deseaba mucho abrir un restaurante en Seattle, por ejemplo, con aulas añadidas, y fondos para toda la vida para poder dar clases gratis. Tenía en la punta de la lengua decirlo, pero no lo hizo. No era el dinero de ella y no tenía derecho a él.

-No me quedaré con nada más que lo que necesite para cumplir la tarea.

-Creo que usted no comprende...

-No, señor Fowler, creo que es usted el que no comprende de qué se trata esto. Si Ruth no me hubiese pedido esto, yo firmaría para entregar todo a sus descendientes en este mismo instante, pero no puedo. Como ella dijo, necesito el poder, y el dinero me lo da!. Y ahora, ¿puede decirme lo que necesito saber?

Durante unos instantes, el abogado permaneció sentado, sonriendo, y Kady sabía lo que estaría pensando. Quizá creyese que podía renunciar a todo derecho sobre el dinero pero, cuando llegase el momento, ¿sería capaz de hacerlo? Lo que él no sabía era que Kady ya había podido

comprobar el daño que podía causar el dinero. Los tiros disparados por los habitantes de Legend intentando proteger sus riquezas habían causado cien años de desdichas. No, no quería nada del dinero de Ruth.

-Está bien -dijo, al ver que Kady seguía callada-, ¿Empezamos a revisar los papeles? Llevará tiempo.

-Pienso dedicarle cada minuto de mi tiempo, hasta que esto quede terminado -dijo.

La nobleza de sus propias palabras podría haberla hecho estallar en lágrimas. Unos meses más adelante, ¿aún seguirían vigentes las ofertas de trabajo? ¿Dentro de un año? Quizá fuese una estrella de la cocina en ese momento, pero la gente tenía poca memoria. Seis meses después, podría suceder que preguntaran: «¿Kady qué?»

Hizo una profunda inspiración:

-¿Empezamos?

23

Girando el volante del pesado y poderoso Range Rover, Kady se concentró en permanecer fuera de la hondonada central del viejo camino de tierra que subía directamente por la ladera de la montaña.

Ya habían pasado varios días desde el enfrentamiento con Tarik Jordan en la oficina y durante todos esos días Kady se maldijo a sí misma por pensar, siquiera, que él la ayudaría. ¿Qué la había inducido a pensar que ese hombre haría cualquier cosa por ayudar a alguien?

Cuando el vehículo cayó en la hondonada, y todo lo que había en la caja salió disparado hacia arriba, Kady tragó con fuerza.

-No voy a llorar -dijo, aferrándose con todas sus fuerzas al volante- No lo haré, no lo haré, no lo haré.

Pero fue casi imposible contener las lágrimas. Echando una mirada al cielo, se preguntó si Ruth Jordan estaría mirándola, disgustada. Tenía derecho, porque Kady había fracasado en todos sus intentos por ayudar a enmendar el mal que había ocurrido en el pasado.

Era asombroso que una persona pudiese cometer tantos errores en tan poco tiempo: en los días desde que supo que le pertenecía toda la fortuna Jordan. De hecho, todavía, pensándolo bien, ¿había hecho alguna cosa bien, por pequeña que fuese? No, ahora que lo pensaba, todo lo que había intentado se había venido abajo. Y no un poco, sino de manera evidente.

Primero, había sido el señor Fowler. ¿Qué fue lo que se dijo a sí misma, a primera hora del primer día? Era algo así: sabía el mal que podía causar el dinero, y no quería verse tentada por la fortuna de los Jordan, por mucho que la atrajese.

«¡Qué poco nos conocemos a nosotros mismos!» pensó, disgustada, mientras giraba con fuerza el volante.

Aquel día, en la oficina de Fowler, se sintió seducida, tan seducida... Era muy placentero pasar de ser Nadie a ser Alguien. Durante todo el

día, se vio festejada, convidada y agasajada de tal manera, que aquello bien podría hacerla olvidar todos sus nobles pensamientos.

Tuvo que conceder que FowIer no había olvidado nada. El chef privado de la empresa de abogados había dejado la cocina y fue a conocer a Kady. Le pidió, con humildad, que le enseñara a hacer el pollo con salsa de grosellas que le habían contado y que nunca había logrado reproducir. Bajo la vista y el aplauso de todos, Kady había demostrado que sabía lo que era moverse dentro de una cocina, usando sus propios cuchillos que, por casualidad, había llevado consigo. Como consecuencia de los elogios sin límite, había hecho algo insospechado: usurpar la cocina de otro cocinero. Pero el chef debía de estar bien preparado (y bien pagado), porque no emitió ni un atisbo de protesta, y Kady había salido como caminando entre nubes, sintiéndose la cocinera más grande de la tierra.

Todo el día había sido así. Se le pidió consejo, se la escuchó, se la consultó. Daba la impresión de que todo lo que decía era sabio y digno de ser tenido en cuenta,

Mientras le mostraba lentamente la propiedad que ahora le pertenecía, el señor Fowler, como al pasar, y como si no tuviese importancia, le contó cosas de Tarik, o del señor Jordan, como lo llamaban todos. Sólo Kady pensaba en él como Tarik.

C. T. Jordan era un hombre muy discreto. Hasta con los abogados que habían atendido los asuntos de la familia durante dos generaciones guardó una reserva excepcional.

-No confía en nadie -le dijo el señor Fowler, dándole a entender a Kady que el joven necesitaba ayuda profesional-. Si bien lo conozco desde que tenía nueve años, sé muy poco de él.

Kady no quería preguntar por un hombre que había sido tan grosero con ella, pero se convenció de que si quería contar con la ayuda de Tarik tenía que saber lo que hubiera que saber acerca de él, ¿verdad?

Tarik Jordan tenía un apartamento en Nueva York, que ahora era de Kady, y una granja en Connecticut, que era de su propiedad privada.

-¿Está casado? -preguntó, tratando de hacer creer que la respuesta no significaba nada para ella.

-No... -dijo el abogado, vacilando.

-Ah -dijo Kady, en un tono que pretendía ser mundano-. Mujeres.

El señor Fowler sonrió.

-En realidad, no. No del modo al que usted alude. Cuando era más joven, hubo unas cuantas estrellitas, pero desde entonces, ha sido de una en una.

Como Kady no volvió a mirar los papeles, el señor FowIer continuó:

-¿Qué más puedo decirle de él? Su única extravagancia son esas espadas, y que es maestro en todas las formas de artes marciales. De niño, ganó casi todos los concursos en los que intervino. -Bajó la voz-. Pero tiene un amor insano por los instrumentos cortantes.

-¿Y qué me dice de su vida familiar? ¿La madre?

-Sólo la he visto unas pocas veces. Es elegante, bella y tan gélida como el padre. Hasta donde sé, después de haber dado a luz a su hijo,

quedó libre para vivir su propia vida, mientras no generase escándalo. Vive en Europa, y el marido en Nueva York, cuando no está en su avión privado. El hijo, C. T. tercero, fue criado por sirvientes en la casa de Connecticut.

Durante un instante, el corazón de Kady se oprimió, pero se negó a permitir que la soledad sufrida por ese hombre en su infancia se le interpusiera en el camino. ¿Qué era una infancia solitaria comparada con una carencia total de infancia?

En cierto momento del día, Kady le preguntó al señor FowIer por qué se manifestaba tan contento de que ella hubiese recibido el dinero.

Posó una mano sobre la de Kady y sonrió como lo hubiese hecho un tío.

-Digamos, simplemente, que me gustaría ver cómo una persona buena como usted cuenta con una oportunidad de hacer bien con mucha riqueza.

Kady le devolvió la sonrisa y recordó que Cole había hecho construir orfanatos con su dinero, y pensó qué haría ella.

Si fuese el dinero de ella, que no lo era, y por eso se sacó la idea de la cabeza.

A medida que avanzaba el día, le mostraron a Kady un archivo tras otro de papeles donde se registraban otras propiedades «de ella», y empezó a pedirle consejo al señor Fowler acerca de cómo tratar con Tarik. Al principio, el abogado se mostró renuente, pero ante la insistencia de Kady cedió, se reclinó en la silla y empezó a expresar sus verdaderos pensamientos.

-No tengo modo de saber qué es lo que quiere usted de él. -Ahí hizo una pausa para que Kady se lo expresara, pero ella no dijo nada-. Lo que sí sé es que ha de ser dura con él. Está habituado a tratar con los grandes y no con una pequeña cocinera de Virginia. Perdóneme que se lo diga, pero pienso que es preferible que sepa cómo la mirará, seguramente.

Kady asintió y le aseguró que le agradecía el consejo.

El abogado continuó:

-Tiene que presentarle sus demandas con claridad. No creo que resulte si le prepara un pastel de chocolate -concluyó, con su sonrisa de tío.

Kady no retribuyó la sonrisa. Quizá para el señor FowIer fuese una broma, pero para ella era muy serio.

Esa noche, cuando salió de las oficinas, la llevaban en una larga y estrecha limusina negra, y Kady nunca en su vida había visto algo tan lujoso. Con todo lo que había visto ese día, no la sorprendió en absoluto que la limusina la dejara en el Hotel Plaza y que un joven la aguardase para llevarla a la suite. Tampoco se sorprendió demasiado cuando miró en el ropero y vio que estaba lleno de ropa de firma, justo de su talla. Evocando el día, recordó que había entrado un hombre en el despacho y la había mirado de arriba -abajo, como si estuviese midiéndola para un ataúd. No era para un ataúd sino para ropa de Versace y de Chanel, pensó en ese momento. Había zapatos haciendo juego sobre una rejilla

en el piso del guardarropa, bolsos en los estantes. En los cajones, montones de ropa interior de seda.

Mientras se dirigía a la ducha, se dijo que no debía aceptar nada de eso. Por mucho que poseyera todo el dinero desde un punto de vista legal, no tenía derecho moral sobre él. Sin embargo, ante un camisón de seda roja, su fuerza de voluntad flaqueó: jamás había dormido con algo de seda.

-Si hubiese prestado atención a mi ser superior -se decía ahora, mientras conducía el todo terreno por la vieja y borrosa ruta de montaña, rumbo a Legend.

Si hubiese mantenido en alto la moral, no tendría que haber soportado esa escena en el apartamento de Tarik, una escena que le revolvía el estómago cada vez que pensaba en ella.

Todavía la hacía crisparse al recordar su propia actitud cuando entró en el edificio de apartamentos donde le dijeron que probablemente vivía Tarik Jordan. Iba preparada para la batalla; se había preparado para pelear como los grandes, no como una cocinera de Virginia. «Así es como me ve», pensó con desagrado.

El señor Fowler había llamado de antemano para que ella no tuviese problemas con los encargados de seguridad, pero cuando el ascensor se detuvo en el piso, iba a tocar la campanilla. «¿Por qué debería hacerlo? -se preguntó- Es mi apartamento, ¿verdad?» Además, dudaba mucho de que él estuviese realmente allí. Por más que el señor Fowler asegurase lo contrario, Kady suponía que un hombre como Tarik debía de tener muchas mujeres. Muchas, muchas, muchas mujeres.

Desde el momento en que abrió la puerta, Kady odió el apartamento. Hasta ella podía ver que estaba decorado con lo que algún diseñador denominaría «clase», sin duda. Había falsos jarrones orientales, vasos Steuben, y mucho cromo y cuero negro.

¿Eso sería lo que a Tarik Jordan le gustaba?

Recorrió el apartamento rumbo a la cocina. Tal vez no supiera mucho de decoración, pero si sabía de cocinas, y ésta le pareció inútil, la noción que debía de tener un decorador de lo que era una cocina. Completamente inútil, pensó, contemplando las superficies de vidrio negro que tendrían un aspecto horrible después haberse preparado la primera comida.

El dormitorio era como el resto del apartamento, decorado en borgoña y negro, y no dudaba de qué si apartaba el costoso cubrecama, encontraría sábanas de seda negra debajo.

De un empujón abrió la puerta del baño y vio metros cuadrados de mármol blanco, herrajes de bronce y espejos por todos lados.

No supo cuánto tiempo estuvo allí de pie, mirando en torno, hasta que comprendió que, de pie junto a la ducha con cerramiento de cristal, estaba Tarik Jordan, que interrumpió la tarea de secarse para mirarla, sin poder creer lo que veía.

-Oh -exclamó Kady, sobresaltada, pero sin poder dejar de mirar ese cuerpo que la toalla sólo cubría en su mitad inferior.

Era delgado y musculoso, y no redondo como Cole ni flaco como Gregory. No, el cuerpo de este hombre hacía que le doliesen los ojos con sólo mirarlo.

Pero lo que provocó a Kady la sensación de que su piel estaba más tensa que de costumbre fue el inequívoco deseo que veía en los ojos del hombre. El modo en que la miraban los hombres en Legend era una versión suavizada de cómo la miraba ahora este hombre. Ninguno la había hecho sentirse así.

-¿Quiere unirse a mí? -le preguntó, con esa voz que era suave y áspera a la vez.

Con una exclamación contenida, Kady giró sobre sí y huyó. Ya de vuelta en la sala, tuvo que esforzarse por recuperar el control de sus sentidos. «Control -se dijo- Eso es lo que necesitas ahora. Como dijo el señor Fowler, ahora estás lidiando con los grandes y debes recordar que eres millonaria. Multimillonaria.»

Cuando Tarik regresó a la habitación, iba vestido con ropa informal pero cara y era tan semejante al hombre de sus sueños que a Kady se le aflojaron las rodillas. Mientras él iba hacia el gabinete donde se guardaban los licores y se servía un trago, Kady tuvo que sostenerse del respaldo de una silla para afirmarse.

-Ya que, al parecer, no ha venido con propósitos ilícitos, ¿qué es lo que quiere? -le preguntó, volviéndose hacia ella.

Kady hizo una honda inspiración; le resultaba difícil pensar cuando tenía a este hombre cerca.

-Necesito su ayuda.

-¿Ah, sí? ¿Y para qué necesitaría mi ayuda una mujer tan rica como usted? Puede comprar cualquier cosa que desee. ¿No se lo dijo Fowler? -La miró de arriba abajo con una ceja levantada- Lindo traje. No ha perdido tiempo en empezar a gastar el dinero que ganó mi familia, ¿no es así?

Kady se vio invadida por una breve oleada de culpa, pero la desechó. Irguiendo los hombros, lo miró a los ojos.

-No he venido aquí para que me insulte.

-Entonces, será mejor que se marche. Pero, ¿qué estoy diciendo? Este apartamento es suyo. Todo es suyo, ¿no es cierto?

Kady estaba dispuesta a hacer todo lo posible por no meterse en una discusión con él.

-Tengo una proposición que hacerle. Un trato de negocios, por así decirlo. -Miró el vaso que él tenía en la mano-. ¿No le importa si me sirvo un poco de licor?

-Sírvase. Es suyo.

-En realidad, es usted el hombre más grosero que he conocido jamás -dijo, mientras se servía ginebra con tónica.

-¿Por qué no dice lo que ha venido a decir y terminamos de una vez? ¿O acaso ha venido a echarme a la calle?

-¡Basta! -Tomó aliento-. Le devolveré todo con la única condición de que haga lo que le pida.

Tarik se quedó mirándola largo rato.

Librodot

-Esa es una condición bastante grande, ¿no? -Volvió a llenar el vaso con escocés de malta puro. Cuando uno sabe que, por más que trabaje en su vida, todo será entregado a una desconocida proveniente de Ohio, a uno se le despierta la curiosidad con respecto a ella.

Kady parpadeó, confundida, y él le sonrió con ese aire petulante que tenía.

-La conozco desde siempre. Mi padre sabía de su existencia, y antes, el padre de él. Después de todo, hace casi cien años que el testamento de Ruth está vigente. Todos los hombres Jordan sabían que el dinero, las empresas, todo era de ellos hasta que una señorita Elizabeth Kady Long naciera en un pequeño hospital de Ohio, en 1966. -Tuvo plena conciencia del impacto sufrido por la mujer-. Y bien, ¿qué es lo que quiere de mí? Además de lo que ya tiene, quiero decir.

Con tanta información amontonándose en su cerebro, a Kady le costaba trabajo pensar. La rica y poderosa familia Jordan había tenido noticias de ella toda su vida. Se volvió y lo miró. ¿Habría visto fotos de ella? ¿Ese era el motivo de que soñara con él? ¿Habría cierto tipo de lazo psíquico entre los dos a causa del testamento de Ruth? Ese testamento estaba cumpliéndose mucho antes de que ella conociera a Cole, o a la misma Ruth, sólo que Kady lo ignoraba.

-Y bien, dígame qué es lo que han planeado usted y Fowler. -Apoyó el vaso vacío-, Por fascinante que sea esta conversación, pienso que debe decirme lo que quiere de mí.

Kady tragó con dificultad.

-Quiero que venga a Colorado conmigo, a buscar un camino de regreso al Legend de mil ochocientos setenta y tres, y…

Se interrumpió, porque Tarik estaba riéndose del mismo modo en que Ricky se reía de Lucy, como si ella fuese encantadora pero estuviese chiflada.

-¿Viaje en el tiempo? -le preguntó- ¿Eso es lo que insinúa, ¿Eso es lo que cree que sucedió, y que por eso Ruth la Implacable le dejó todo su dinero a usted?

Kady no se molestó en contestarle sino que lo miró en silencio, mientras él daba unos pasos hacia ella y se detenía muy cerca, todavía riéndose.

-¿Quiere que regrese a un pueblo fantasma y trate de retroceder en el tiempo, y.. y qué más? ¿Cambiar la historia? ¿A eso apunta? ¿Sabe?, muchísimas mujeres han tratado de meterse en mi cuenta bancaria por diversos medios, pero éste es nuevo.

Bajando la voz, la miró con aire seductor.

-Dígame, señorita Long, ¿ha leído demasiado a H. G. Wells?

Kady no sabía cuándo había odiado más intensamente a alguien como detestaba a este individuo. Con un gesto repentino, le arrojó la bebida a la cara.

Tarik retrocedió y se limpió con una mano.

-Primero, un cuchillo, ahora un trago. ¿Qué vendrá luego? ¿Uno de sus soufflés?

Poniéndose de pie, Kady avanzó hacia él.

-Permítame ser clara, señor Jordan: yo nunca quise nada de esto, no pedí nada de esto. Si se hubiese puesto en contacto conmigo hace tres meses, con gusto habría firmado para devolverle todo su dinero, porque no es mío y no lo quiero.

-¡Ja!

Lo ignoró.

-Pero, en los últimos meses, mi vida ha cambiado de manera drástica y eso se debe a su familia. No a la mía. ¡La suya! Le prometí a una mujer muy agradable que intentaría hallar a sus descendientes, y lo hice. Luego, me envió una carta desde la tumba, suplicándome que la ayudase. Y como se ha tomado tanto trabajo para darme el poder de ayudarla, voy a intentarlo. Éste es el trato, señor Midas: si usted me ayuda, le devuelvo su dinero, hasta el último centavo. Si no me ayuda, lo retengo. Todo. Tómelo o déjelo.

Tarik se quedó allí, mirándola, y por una fracción de segundo Kady le tuvo miedo. Pero no porque creyese, que era capaz de hacerle daño adrede. No, lo que la asustaba era que la intensidad de esos ardientes ojos oscuros pudiese consumirla.

Kady sintió que el corazón se le subía a la garganta y, por un segundo, pensó que iba a besarla. Pero pasó el instante y Tarik retrocedió, metió la mano en el bolsillo, sacó un manojo de llaves y lo puso sobre la superficie de cristal de una mesa.

-Es suyo -dijo- Todo es suyo. Le deseo lo mejor, señorita Long.

Tras decirlo, salió por la puerta, dejando a Kady sola en el lujoso y frío apartamento.

Cuando salió, fue como si toda la energía se hubiese esfumado del cuarto y del cuerpo de Kady. Derrumbándose en el sofá, se quedó sentada media hora, en atónito silencio.

Mientras estaba sentada, empezó a recuperar el sentido. Tarik Jordan tenía motivos para estar furioso con ella. Sólidos motivos. Era el dinero de la familia de él, y Kady no tenía derecho a una sola moneda. Más aún, no tenía derecho a tratar de chantajearlo. Ruth le había pedido ayuda a Kady, a nadie más.

Recogió sus cosas y salió del apartamento.

Cuando volvió al hotel, llamó al señor FowIer y le dijo que quería devolverle todo a C. T. Jordan, ¡y que quería hacerlo de inmediato! Lo único que quería conservar era la propiedad del pueblo de Legend, en Colorado, y veinticinco mil en efectivo para solventar los gastos. No tenía la menor idea de adónde iría cuando llegase a Legend, pero se esforzaría al máximo por ayudar de algún modo.

Le dijo al abogado que necesitaba los papeles a las ocho de la mañana siguiente y lo único que él respondió fue:

-Sí.

Sonriendo mientras colgaba, Kady supo que iba a echar de menos algunas cosas del hecho de ser rica.

Tal como le habían prometido, un mensajero llevó los papeles a las ocho. Minutos después, mientras los leía, llamaron a la puerta de la habitación del hotel y, cuando abrió, se vio frente a un joven que le dijo

que era notificador. Le entregó un grueso fajo de papeles. No necesitó leer mucho para ver que C. T. Jordan la demandaba judicialmente por todo lo que, según él, ella le había «robado».

Llamó sin tardanza al señor Fowler y él le dijo que no se preocupara por nada, que la empresa se encargaría de eso. Desde luego, él era abogado y para él los juicios eran cosa de todos los días. En cambio, no para Kady; para ella, Tarik Jordan no había perdido tiempo para atacarla. Le preguntó al señor FowIer si podía presentarle los papeles al hombre en persona.

Resultó ser que Jordan poseía más de un apartamento en Nueva York, y hasta que firmó los documentos que acreditaban que le devolvía la propiedad de todo, Kady fue la propietaria de ambos edificios.

En el momento en que terminó de vestirse, el señor Fowler le había enviado un acompañante que la ayudaría a traspasar la seguridad del edificio.

Ahora, días después, viajando entre las montañas de Legend en el Range Rover, Kady frunció el entrecejo, recordando el episodio. Había ido al apartamento, otro apartamento en el último piso, puso el dedo en la campanilla y lo dejó ahí. Varios minutos más tarde, la puerta se abría bruscamente, y ante ella aparecía el semblante sombrío de Tarik.

-¿Qué demonios es ... ? -empezó a decir, pero luego la expresión pasó a ser de perplejidad- ¿Qué quiere hoy de mí? -preguntó, divertido- ¿Viajar por el espacio? ¿O quiere que intentemos averiguar qué le paso a la princesa de la torre?

Tenía una notable habilidad parar hacer sentirse a Kady como una idiota. Observándolo, vio que sólo llevaba puesta una bata de baño; daba la impresión de que no se había afeitado desde hacía una semana, y se alegró de ver que, sin duda, lo había despertado. Mirando tras él, vio que había una mesa del siglo dieciocho sobre el suelo de mármol del vestíbulo, e incluso con sus limitados conocimientos de antigüedades, supo que era auténtica. Este apartamento era bastante diferente del otro, y se preguntó, sin mucho sentido, cuál de ellos lo representaba a él.

-Quería devolverle esto -le dijo, ceñuda, resistiéndose a la oleada de atracción que sentía hacia él.

Sin duda, él la creía una excéntrica.

-¿Qué papeles son ésos? -le preguntó, sin tomarlos-. Vamos, señorita Long, no estará demandándome, ¿verdad?

-¿Demandándole? -exclamó-. Es usted el que...

Se interrumpió, porque él le sonreía, con esa sonrisa que tenía el extraño poder de provocarle ganas de arrojarse a sus brazos y de patearlo, al mismo tiempo.

Con la boca apretada en una línea fina, lo miró, furiosa.

-¿Alguna vez le da a alguien tiempo de explicarse?

-Por lo general, no -contestó él, con los ojos chispeantes- Es una de mis triquiñuelas de negocios. Me gustan las películas. Las presentaciones de vídeo.

Estaba burlándose abiertamente de ella, y en los oídos de Kady resonó la expresión, «pequeña cocinera de Ohio». Pero, por mucho que

dijera o se burlase de ella, era Kady la que tenía la verdad. Era él el que había puesto una demanda judicial contra ella, sin pedirle siquiera que le devolviese el dinero.

Como Tarik obstruía la puerta de modo que ella no pudiese entrar, Kady arrojó al suelo toda la pila de papeles relacionados con el juicio, pero él ni siquiera los miró.

A continuación, le extendió las escasas hojas que el señor FowIer y sus ayudantes habían pasado la noche redactando.

-Si hubiese tenido la cortesía de llamarme, le habrían informado que ayer decidí devolverle todo. Sin ataduras, sin chantaje y, sobre todo, sin pedirle ninguna ayuda.

Mantuvo los papeles extendidos hacia él, pero él no los tomó. Siguió mirándola, en silencio. Y Kady no pudo menos que conceder que tenía una expresión de completa inocencia. Casi podía convencerse de que él no sabía a qué juicio se refería. También habría jurado que sentía una atracción irresistible hacia ella. Una cosa era que unos solitarios mineros tuviesen inclinaciones lujuriosas hacia ella y otra era que un hombre como C. T Jordan, que podía tener a cualquier mujer de la tierra, pudiese...

-C. T., cariño -llegó un ronroneo desde atrás.

Kady miró tras los anchos hombros de Tarik y vio a una mujer allí, de pie. Era alta y delgada; sólo sufriendo hambre permanente una persona podía ser tan delgada. También era muy, muy bella, con ese estilo rubio, elegante, que apestaba a dinero. Llevaba puesta una bata de seda marfil que, a juicio de Kady, debía de costar más de lo que ella ganaba en un mes.

-¿No hay ningún problema? -dijo la mujer, con una voz cuidada que sonaba como si hubiese sido educada en un internado.

-Está todo bien -dijo Jordan, en tono casi brusco.

Sin embargo, no se movió y siguió mirando a Kady.

La mujer se deslizó ante Tarik y la bata se apartó, revelando unas piernas largas y delgadas, y enlazó su brazo en el de él, apretándolo con fuerza.

-Querido -ronroneó-. ¿Es ésta la pequeña cocinera de la que me hablaste?

Kady contuvo una exclamación. No era cosa de su incumbencia lo que Tarik hablaba con su amante, pero quizá, por haberlo visto tantas veces en su vida, la «traición» le dolió.

-Me alegra haberle dado motivo de diversión -dijo con suavidad, entregándole los papeles, y giró sobre los talones para pulsar el botón del ascensor.

-Kady -creyó oír a sus espaldas, pero los tonos de la mujer ahogaron todo lo que sospechó que él pudiese haber dicho.

-Podríamos contratarla -decía la mujer en voz alta-. Como ayudante de chef de Jean-Pierre. Estoy segura de que le vendría bien un poco de ayuda en la cocina.

Pronunció la palabra como si fuese un eufemismo por «cubo de basura». Si dijo algo más, Kady no la oyó porque llegó el ascensor y ella lo abordó, dando la espalda a Tarik y a su flaca amante.

Ya en el ascensor, lejos de la presencia subyugante de Tarik, Kady luchó por controlar su ira. ¿Qué había hecho? ¿Cómo diablos haría ahora para cumplir el ruego de Ruth de ayudar a Legend? ¿Tendría que encontrar el modo de retroceder en el tiempo? Si no sabía cómo lo había hecho, ¿cómo podría repetirlo, y cómo iba a hacerlo sola?

Cuando llegó al hotel, había un envío del señor FowIer esperándola. Como le había hablado de su intención de ir a Legend, él le había enviado un billete de avión de primera clase, una reserva de hotel ya pagada y una carta donde decía que contaría con un vehículo y pertrechos de campamento esperándola a su llegada, Además, le deseaba suerte en cualquier cosa que quisiera emprender.

Al día siguiente, Kady voló a Denver, donde la esperaban un sedán y un chofer para llevarla al hotel. El empleado del hotel le entregó las llaves de un Range Rover flamante, lleno de equipo de campamento de primera calidad, para que se quedara en el pueblo fantasma de Legend.

-No dejé nada de comida -le escribía el señor FowIer, y casi podía oírlo reírse- Por alguna razón, pensé que preferiría comprarla usted misma. Quisiera agregar, señorita Long, que a mi alma le ha hecho bien conocer a una persona como usted. Ha renovado mi fe en la humanidad.

Kady hizo una mueca. Ojalá su propia fe en la humanidad hubiese sido renovada.

Tras un día en Denver, Kady se levantó temprano e inició el largo ascenso por las montañas Rocosas, buscando lo que quedaba de Legend. Según los folletos que pudo conseguir, y de un libro sobre pueblos fantasmas, estaba abandonado, derruido y, en líneas generales, era peligroso tratar de explorar, siquiera. Además, era propiedad privada, y estaba estrictamente prohibido pasar, como advertían los carteles en todo el contorno del lugar a los posibles exploradores. Pero como Kady era propietaria del pueblo, no sería una intrusa.

El camino que subía la montaña era horrible, con socavones de más de treinta centímetros de profundidad en el medio, y por eso trató de mantenerse en un costado, evitando que las ruedas se metieran en los pozos. Para ella era difícil porque sólo tenía experiencia conduciendo por las calles de la ciudad. ¡Y pensar que solía quejarse de los baches!

Ahora, según el mapa, estaba a menos de cinco kilómetros de Legend, pero no podía ver nada y, si eso fuese posible, el camino empeoraba. Hasta entonces, había visto tres señales de advertencia a los intrusos que indicaban que se trataba de una propiedad privada, pero no había hecho mucho caso de las señales. A fin de cuentas, la propiedad era de ella.

Esa idea la hizo sonreír, burlona. El señor FowIer le había dicho:

-Kady, está cediendo derechos por millones, ¿y lo único que pide es el título de un pueblo fantasma sin valor? No estará pensando en explotar las minas de plata, ¿no?

Kady sonrió y negó con la cabeza. No, no pensaba intentar nada tan sensato.

-Bien -continuó el abogado-, porque eso ya se intentó hace treinta años. Existía la creencia de que Ruth, la Implacable, había sellado minas que estaban produciendo millones, así que el padre de C. T. las reabrió. Se comprobó que las minas ya casi no tenían plata. Me he preguntado a menudo si el marido y el hijo de Ruth lo sabrían y por eso no querían vender la tierra a los que querían establecerse. No querían engañar a la gente, pues ¿qué harían con la tierra si no había más mineral de plata?

-No -dijo Kady con suavidad-, no voy en pos de la plata.

Pensó en todo el odio que habían provocado unas minas casi vacías. Si Ruth hubiese permitido que los hombres siguieran, en lugar de hacer volar las entradas a la mina, quizás el pueblo de Legend no los habría odiado a ella y a su hijo menor...

Kady no quería pensar en nada que hubiese podido ser pero no fue. Más bien, intentó concentrarse en subir la montaña con el todoterreno y entrar en Legend. A decir verdad, no quería pensar en lo que iría a intentar una vez que llegara.

Quizá fuese porque pensaba tan intensamente en las últimas semanas, y hacía tanto esfuerzo por sacarse de la cabeza la perfidia de Tarik Jordan, que no vio un hoyo grande, profundo, de contornos difusos, que tenía delante. En realidad, fue como sí lo hubiesen cavado adrede, para impedir que la gente se acercara. En un momento, Kady iba conduciendo, pensando en la llegada a Legend, y al siguiente, estaba atrapada.

-Maldición, maldición, maldición -exclamó, golpeando con los puños el volante.

¡Estaba a casi veinte kilómetros de cualquier parte, y atrapada!

Por un momento, contuvo el deseo de apoyar la cabeza en el volante y echarse a llorar y, luego, con desgana, abrió la puerta y salió. Tal vez, si observaba las ruedas, se le ocurriera un modo de salir de la trampa.

-Sólo si pudiese aprovechar una receta de soufflé -murmuró.

Pensar en el soufflé le recordó a C. T. Jordan y su odioso comentario y, cuando salió, pateó una piedra. Por supuesto, se lastimó el pie, y se puso a saltar alrededor; irritada, dio de puntapiés a los neumáticos del vehículo y se lastimó aún más.

«¿Y ahora, qué voy a hacer?», pensó, pero no tuvo tiempo de pensarlo porque, cuando se agachó para ver si tenía el pie roto, sonó un disparo sobre su cabeza. El instinto la hizo erguirse y mirar alrededor, y recibió un segundo disparo.

Por un instante tuvo la impresión de que ya había traspasado la urdimbre del tiempo y que en cualquier momento iba a ver a Cole, que correría a sus brazos y que él la abrazaría... pero si hubiese retrocedido en el tiempo, no estaría mirando un automóvil.

El tercer tiro pasó tan cerca que le cortó la manga del grueso cardigan de lana, y entonces supo que alguien le disparaba directamente a ella. Saltó hacia la trasera del coche, enfilando hacia el bosque que había al otro lado, pero cuando llegó un tiro también desde allí el miedo

la paralizó. Inmóvil, se quedó donde estaba, en medio del camino, parpadeando, sin saber adónde correr, pues le disparaban desde dos direcciones.

En ese momento oyó cascos de caballos que se aproximaban a ella y, todavía inmovilizada por el temor, levantó la vista y vio a un hombre en un caballo blanco que galopaba hacia ella a toda velocidad. Tenía puesto algo negro, un echarpe sobre la parte inferior de la cara, le resultaba tan familiar como su propia mano.

Se oyeron más disparos, pero esta vez apuntaban al jinete. El hombre no les hizo caso y siguió avanzando hacia ella y, cuando llegó, se inclinó, le tendió la mano y ella la aferró. Gracias a las muchas veces que había ella había cabalgado con Cole, sabía cómo poner el pie en el estribo que él había dejado libre y montar detrás del hombre.

Cuando estuvo sobre el caballo, rodeó con los brazos la cintura del hombre y se aferró con todas sus fueras, al tiempo que él espoleaba al caballo, haciéndolo galopar montaña abajo. Le pareció que, un par de veces, saltaban sobre troncos y profundos abultamientos el camino, pero hundió la cara en la espalda de él y no miró.

Después de un rato, aminoró la marcha del caballo lo hizo girar, pero en lugar de seguir bajando de la montaña, empezaron a subir. Kady abrió los ojos el tiempo suficiente para ver que habían salido del camino iban por un sendero de la montaña, pero los cerró otra vez y apoyó la cabeza contra la espalda del hombre. Desde luego, sabía quién era y recordaba que él no le agradaba en absoluto, pero en ese momento era agradable entregarse al cuidado, al rescate, a... No quiso pensar más, se limitó a cerrar los ojos y a sujetarse.

Su paz no duró mucho, porque el hombre pronto frenó el caballo y se apeó. Luego, con el entrecejo fruncido, le tendió los brazos y, después de hacerla posarse en el suelo, se volvió hacia ella.

-¡Nunca he conocido a una mujer que cause más problemas que usted! -empezó- ¿Es que no tiene sentido común? ¿Se da cuenta de que, si yo no hubiese llegado cuando lo hice, a esta hora estaría muerta? ¡Muerta! El viejo Hannibal le hubiese disparado y nadie habría encontrado el cadáver. ¿Quién la buscaría? ¿Fowler? ¿Ese prometido suyo que quiere abrir una cadena de hamburgueserías en su nombre? ¿O acaso pensó ... ?

¿Por qué siempre tenía que hacerla sentirse incompetente?

-¿Por qué ha venido aquí? ¿Está enfadado porque me he quedado con algo de lo que Ruth me dejó? ¿Lo quería todo?

El hombre se acercó más, imponiéndose a ella.

-He venido a salvarle la vida. Yo sabía lo que iba a suceder. ¿Acaso no vio los carteles de «No pasar»? ¿O sólo sabe leer libros de cocina?

Si llegaba a hacer un solo comentario despectivo más con respecto a su cocina, iba a tirarle una piedra a la cabeza. O quizá podía aceptar la sugerencia de él y tirarle un soufflé... sin sacarlo de la marinita de barro.

-Como este lugar es mío, ¿qué me importan las señales? ¿Y quién es Hannibal?

Tarik le dedicó una sonrisa que la hizo pensar que le había leído la mente.

-Da la casualidad de que es el hombre que tiene un arriendo sobre este lugar por noventa y nueve años. Posea usted el pueblo o no, no tiene derecho a entrar, por lo menos hasta dentro de ochenta y dos años. -La sonrisa se agrandó y en la mejilla apareció un hoyuelo- Pero, claro, lo olvidé. Usted viaja en el tiempo y se asoma como un conejo que va de un agujero a otro. Así que ochenta y pico de años no deben de ser nada para usted.

Con la boca apretada y los puños cerrados a los lados, Kady se volvió y empezó a caminar montaña abajo.

La alcanzó a los dos pasos.

-¿Le molestaría decirme adónde piensa ir?

-Lo más lejos que pueda de usted. Usted es el hombre más desagradable, irracional y espantoso que he conocido, y no quiero estar ni en el mismo Estado que usted, y mucho menos en la misma montaña.

Aun sin quitar la mano del brazo de ella, Kady vio que sus palabras lo habían sobresaltado. No cabía duda de que, entre su apariencia y su dinero, jamás había oído una palabra brusca de labios de una mujer. Se preguntó si alguna de sus mujeres lo llamaría de otro modo que señor Jordan.

Cuando la tocó, Kady trató de librar su brazo, pero no la soltó.

-No puede irse -le dijo, sujetándola con fuerza.

-Me está haciendo daño -le dijo, y él le soltó el brazo, pero cuando emprendió otra vez la marcha, se le puso delante.

-¿Acaso piensa tomarme prisionera?

-Sí, sí es necesario. No puede merodear por estas montañas. No creo que distinga el este del oeste.

-Si me las he arreglado para llegar hasta aquí, podré bajar.

-Usted -le dijo, amenazador-, ha quedado atrapada con un Range Rover. No puede conducir, y mucho menos caminar, de modo que no le permitiré...

Fue la palabra «permitiré» la que lo desencadenó:

-Soy una ciudadana libre y no tiene derecho a retenerme aquí -le gritó, e inspiró hondo-. Tengo una tarea que hacer, y voy a hacerla. Y que Dios me ayude si usted se interpone en mi camino. Lucharé con usted cada...

-Bien -dijo, haciéndose a un lado- Vaya. Por favor, no permita que me interponga en su camino. Sólo dígame una cosa.

-¿Qué? -le espetó.

-Dónde está su testamento, así cuidaré de que sus herederos reciban lo que usted deje.

Comprobar que estaba riéndose de ella la convenció más de hacer lo que tenía que hacer, pero sola. Alzando la nariz, hizo lo posible por pasar junto a él, mientras emprendía la marcha por el sendero que iba hacia el camino.

Una hora después, llegó por fin al automóvil. Estaba cansada, sudorosa y, como el sol comenzaba a ponerse, sentía frío y hambre.

Cuando miró su resplandeciente y flamante vehículo, vio que le habían quitado los neumáticos y lo habían despojado por completo de todo el equipo de campamento, como también los sacos de comida que había comprado. Se sentó a un costado del camino y puso la cabeza entre las manos.

-¿Lista para desistir y volver a la civilización? -llegó una voz de bajo desde atrás: no necesitaba levantar la vista para saber quién era.

-No puedo volver -dijo, cansada, percibiendo las lágrimas en su propia voz.

¡Pero prefería condenarse antes que dejarle ver a él que lloraba! Lo más probable sería que él se riese de sus lágrimas.

Pero no se rió. Se sentó a su lado, cerca pero sin tocarla, y por unos instantes guardó silencio.

-¿Tanto lo amaba? -dijo en voz suave.

El primer impulso de Kady fue preguntar: «¿A quién?», pero lo contuvo. Por alguna razón, recordó a la esplendorosa rubia del apartamento.

-Sí, lo amaba mucho, mucho.

Para ser sincera consigo misma, no sabía si se refería a Cole o a Gregory. Pero, ¿qué importaba?

-Mire, he instalado un campamento a unos kilómetros de aquí, bajando la montaña. ¿Qué le parece si vamos allí y vemos si podemos pensar algo juntos?

Kady se volvió y lo miró, en la oscuridad creciente. ¿Estaba pidiéndole que pasara la noche a solas con él? ¿Tal vez, compartir el saco de dormir?

-No tiene por qué mirarme de ese modo. Pese a la mala opinión que tiene de mí, no soy un violador. Además, si tocara a otra mujer, Leonie me arrancaría el pellejo.

-¿La rubia? -preguntó Kady.

Claro que no tenía nada contra ella, salvo algunos comentarios poco amables que había pronunciado sobre la vida profesional de Kady. Pero si a él le gustaba ese saco de huesos sin forma, ¿quién era ella para criticarlo?

-Sí, la rubia -le respondió, con esa breve sonrisa que la hacía sentirse transparente.

Como Kady no respondió, Tarik cambió de expresión.

-Mire, no pretendo su cuerpo, por muy tentador que sea. Tengo un importante asunto de negocios que tratar con usted.

-¿Qué es? -dijo Kady, con los ojos entornados, desconfiada.

-Mire, está oscureciendo, y como la vista del tío Hannibal no es muy buena, en el mejor de los casos podría no reconocerme y empezar a disparar otra vez. ¿Por qué no seguimos con esto en el campamento?

Kady sabía que en realidad no tenía otra alternativa. No podía bajar la montaña en la oscuridad y además estaba muy cansada y hambrienta. Pese a su incomodidad, titubeó.

-¿Qué asunto?

Tarik miró hacia el bosque, cada vez más oscuro, como si esperara que alguien saltara de allí en cualquier momento.

-La vieja Ruth, la Implacable, dejó un codicilo del testamento.

-¡Deje de llamarla así! -exclamó Kady- Era una persona muy agradable y quiero ayudarla.

-Oh, sí, siempre olvido que la conoció, que usted tiene cien años, y..

-¿Qué tiene para comer?

No pensaba soportar otro sermón.

-Trucha. Yo mismo la prepararé.

«Como Cole», pensó, sin querer.

-A menos que prefiera cocinarla usted. Me han dicho que es una cocinera pasable.

¡Otra vez estaba burlándose de ella!

-No, yo no -dijo, poniéndose de pie y echándose a andar-. Sólo sé hacer soufflés, y no preparar comida de verdad, como pescado frito. Y mis soufflés son tan pesados qué si le arrojase uno, tal vez le rompería los huesos.

Dejó de caminar, se volvió hacia él, y vio que los ojos le chisporroteaban más que las estrellas que titilaban sobre ellos.

El caballo de Tarik no estaba lejos, y esta vez Kady montó tras él a desgana, y como nadie les disparaba, en lugar de aferrarse a él se apartó. Poco después habían llegado al campamento, que tenía una tienda, un vehículo todoterreno y un remolque para caballos. Ante un fuego preparado cerca había una mesa y sillas.

-Veo que viaja ligero -dijo al desmontar, con todo el desprecio que pudo- Casi esperaría un mayordomo y un par de doncellas.

-Hasta los Jordan tenemos que ser espartanos, a veces.

Kady tuvo que morderse la lengua para no decir nada más, porque, al parecer, él se divertía con todo lo que decía. Una parte de ella le decía que debía darle las gracias por salvarle la vida, por ir en su rescate pero, por alguna razón, no podía pronunciar las palabras. Quizá se debiera a que había visto a ese hombre tantas veces a lo largo de su vida. Sentándose en una de las sillas y observándolo mientras preparaba el pescado, se le ocurrió que cada movimiento de sus manos le resultaba familiar.

Tarik le sirvió un vaso de vino -de excelente cosecha, por supuesto-, y a medida que el vino circulaba por sus venas y la caldeaba se iba agudizando su percepción de la oscuridad cada vez mayor, y de la belleza viril y oscura del hombre.

-¿Qué dice ese codicilo? -preguntó, e incluso a ella su voz le sonó nerviosa.

Tarik sirvió dos truchas para cada uno de ellos y unas patatas asadas moteadas de trocitos de leña quemada, con sabor a humo, y se sentó enfrente de ella.

-En realidad, no tiene mucho sentido. Decía que, si Cole Jordan, nacido en 1864, moría a los nueve años de edad, ningún Jordan podía aceptar la devolución del dinero de parte de usted, durante tres años a partir de mil novecientos noventa y seis.

Miró a Kady y la luz de las llamas bailoteó sobre sus facciones, mientras esperaba que ella dijera algo, pero ella se concentró en la comida.

-He investigado un poco la historia de mi familia, y hubo un Cole Jordan nacido en mil ochocientos sesenta y cuatro que en efecto, murió cuando tenía nueve años de edad.

Kady mantuvo la cabeza baja. ¿Qué esperaba? ¿Que hubiese ido a salvarla porque se había enamorado locamente de ella? ¿Porque no podía estar lejos de ella? ¿Que le dijera había soñado con ella toda la vida?

-¿Qué sabe usted al respecto? -le preguntó, impaciente, al ver que Kady guardaba silencio.

-Estoy segura de que mis historias no serían interesantes para un hombre de negocios como usted. ¿Qué dijo usted, que yo aparecía a través del tiempo como un conejo saliendo del agujero? ¿Cómo, pues, podría una idiota como yo decir algo que le interesara a alguien corno usted?

-Está dispuesta a hacerme trabajar, ¿verdad?

Kady bebió otro sorbo de vino y le sonrió:

-¿Tengo algún motivo para ser amable con usted? ¿Le costó mucho demandarme judicialmente? ¿Lo tenía todo preparado meses antes de que yo me presentara?

La réplica no lo irritó y le dirigió una sonrisa que, en opinión de Kady, debía de haber derretido muchos corazones.

-Todo fue hecho antes de que yo la conociera. Pero si hubiese sabido qué persona tan encantadora y bondadosa es usted, entonces...

-Si me ha investigado desde que nací, debe de haber averiguado mucho acerca de mí, de modo que le pediría que dejara de tratarme como a una estúpida. ¿Qué quiere que haga para ayudarlo a recuperar su precioso dinero?

Tarik se reclinó en la silla y la sonrisa desapareció.

-Está bien, que sea una cuestión de negocios. No tenía idea de a qué se refería la vieja Ruth en su carta y, más aún, no me importa. Lo que sucedió hace cien años no me interesa en absoluto.

-Lo sé. Usted sólo quiere el dinero.

Eso lo hizo levantar una ceja.

-Sí, claro, he vendido mi alma al diablo y lo único que me importa es el dinero. Usted, en cambio, es tan noble que puede permitirse recibir millones y cederlos. Sin embargo, hay una cosa que despierta mi curiosidad: ¿qué les sucederá a los miles de personas que reciben dinero Jordan, si no hay nadie que maneje la compañía durante los próximos tres años? ¿Los bancos dejaran en suspenso las hipotecas de los empleados? ¿Los hijos dejarán de comer durante tres años? ¿Acaso... ?

-Está bien, ha dejado su argumento en claro. Es usted un santo, y sólo quiere ayudar a otras personas.

-No importa cuáles sean mis intereses personales, ¿verdad? Lo que sucede es que, al parecer, usted y yo queremos lo mismo, y por eso pensé que tal vez pudiésemos ponemos de acuerdo.

-No necesito ninguna ayuda -dilo Kady, con la mandíbula rígida.

Mirándolo a la luz de la luna, se le ocurrió que cuanto menos tiempo pasara con él, mejor. No era dulce como Cole, ni común, como Gregory. Este hombre era... era diferente.

Tarik volvió a llenarle el vaso de vino.

-Ojalá dejara de mirarme de ese modo. Al contrario de lo que usted piensa de mí, no soy un monstruo.

Kady no levantó el vaso.

-¿Qué quiere de mí?

-Una vez me pidió ayuda, y ahora le digo que estoy dispuesto a ayudarla. ¿Por qué no empieza por contarme todo lo que sucedió entre usted y mi... eh tatarataratatarabuela?

Kady se puso de pie, apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

-No le diré nada -dijo con dulzura, sonriendo apenas- Usted no me agrada, no le tengo confianza y no quiero pasar un minuto más en su compañía.

Tras lo cual se echó a andar, alejándose en la oscuridad, aunque no tenía idea del camino de vuelta a Denver.

Silencioso como el viento, él se le puso delante.

-Mire, señorita Long... -Suavizó la voz- Señorita Long, usted y yo hemos empezado con el pie cambiado. Me disculpo, y conviene que sepa que su nombre era para mi algo odiado desde que fui niño.

Eso hizo que Kady lanzara una exclamación.

-Hace muchos años, mi padre me habló a solas del testamento y de usted. Crecí oyendo hablar de usted y.. -Estiró la mano hacia ella- ¿No podríamos empezar de nuevo? ¿No podríamos ayudarnos mutuamente? Creo que usted está convencida de que tiene que hacer algo en Legend, pero nunca podrá entrar ahí sin mi ayuda. Mi tío me conoce y, si viene conmigo, no le disparara.

Kady sabía que él tenía razón, y le parecía justo que un Jordan la ayudara en la ímproba tarea que Ruth le había impuesto. Ladeando la cabeza, dijo:

-Por casualidad, ¿no sabrá usted dónde hay unos petroglifos?

-¿Más allá del cementerio? ¿Cerca del Árbol del Ahorcado? ¿Esos petroglifos?

Kady no pudo contener una sonrisa.

-Sí, esos petroglifos.

Cuando Tarik le devolvió la sonrisa, Kady sintió que se debilitaba y por el modo en que sonrió, supo que él también lo sabía.

-Cuando tenía quince años, me metí en problemas y mi padre me mandó al tío Hannibal, con la intención de... bajarme la cresta... creo que fue así como lo dijo.

-¿Y resultó?

-En lo más mínimo -dijo, riendo; le ofreció el brazo-. Tengo fruta fresca de postre. ¿Le apetece?

-Sí -respondió, y se dejó acompañar de vuelta junto a la hoguera.

Sin embargo, una hora después, cuando se sentía adormilada, mientras lo observaba remover las ascuas, se prometió que de ninguna manera se permitiría acercarse a él. Cada uno de sus movimientos era gracioso y no dudaba de que fuese maestro en todas las formas de artes marciales.

-¿Por qué devolvió el dinero? -le preguntó, sacándola de sus propios pensamientos.

-¿Por qué me demandó usted? -replicó ella.

-Jamás se me pasó por la cabeza que usted podría ceder pacíficamente el dinero -contestó, sonriéndole.

Kady no quiso pensar en el calor que le provocaba esa sonrisa. ¿Haría llevado dos sacos de dormir o uno?

-Si su Leonie estuviese en mi situación, ¿le habría devuelto el dinero?

Las palabras surgieron con más fuerza de la que hubiese querido.

Pero Tarik no pareció inmutarse.

-Leonie lo habría gastado todo en cuatro días.

Kady esperaba protestas en defensa de la perfección de esa mujer a la que, tal vez, amara.

-¿En qué? -preguntó, con los ojos muy abiertos.

¿Cómo hacía alguien para gastar tanto en tan poco tiempo?

-Joyas, un yate, uno o dos aviones, casas en todo el mundo -dijo, acuclillándose junto al fuego para reavivarlo.

-Menos mal que usted sigue siendo rico, ¿no? Quizás ella no estuviese tan impaciente por casarse con usted si fuese pobre.

Kady era consciente de que estaba tanteando para saber si estaba comprometido y hubiera querido abofetearse por querer saberlo.

-Si dice eso para impresionarme, o para hacerme reconsiderar el matrimonio con Leonie, no resultara. Ella y yo encajamos. Yo trabajo todo el tiempo y me ausento con frecuencia, y por eso no podría tener una esposa que se pasara el día fastidiándome porque no estoy nunca en casa.

-Entonces, ¿para qué casarse?

-Hijos. Quisiera tener algunos.

-¿Y cree que Leonie será buena madre?

-Creo que quedará bien yendo de mi brazo, y el amoroso matrimonio que me crió a mí criará a mis hijos.

-Ah, ya veo, y usted resultó muy bien.

La ironía lo hizo reírse entre dientes.

-Déjeme adivinar: usted se reserva para un hombre que la ame hasta la muerte, y que le dé tres hijos perfectos. Y también quiere tener una carrera; no un simple empleo sino una verdadera carrera, que la satisfaga.

Aunque no le contestó, el silencio de Kady se lo dijo todo.

-¿Quién cree que es el soñador, usted o yo? Yo procuro lo que puedo conseguir; usted va tras el sueño que todos anhelan y nadie consigue.

Si bien sus palabras deberían molestarla, no fue así.

-Sin esperanza, uno se muere -le dijo, sonriéndole, y él le retribuyó la sonrisa.

-¿Por ejemplo, la esperanza de que podrá hacer vivir a un hombre muerto?

-Al parecer, Ruth cree que puedo y, sin duda, voy a intentarlo.

Tarik se puso de pie y se estiró, como un oscuro animal a la luz de la hoguera. Tomando una rama ardiendo, encendió la lámpara y la puso cerca de ella.

-¿Puede decirme qué piensa hacer, exactamente?

Si Kady fuese sincera, le habría dicho que no tenía ningún plan, pero no creía que un hombre de negocios entendiera semejante estrategia. Era como no saber lo que una iba a cocinar hasta haber visto qué alimentos frescos se conseguían ese día en el mercado.

-Creo que, por un tiempo, me reservaré mis planes -le dijo, tratando de parecer misteriosa.

Pero, por el modo en que él sonrió, supuso que sabía lo que había en su cabeza... o, más precisamente, lo que no había.

Poniéndose de pie, miró la tienda con cierta aprensión y otra carcajada la hizo darse vuelta.

-No tiene por qué estar tan asustada. Podrá conservar la virginidad otra noche más.

-No soy... -empezó a decir, y se interrumpió al advertir que estaba burlándose de ella-. ¿Qué hacía para divertirse antes de conocerme? -le preguntó.

-Trabajaba dieciocho horas al día. Puede quedarse en la tienda, y yo dormiré en el coche.

-¿Está seguro de que no preferiría alojarse con su caballo?

-¿Eso es lo que habría hecho Cole? -le preguntó, repentinamente serio.

-¿Qué sabe de él?

-Si usted puede guardar secretos, yo también. Buenas noches, señorita Long -le dijo, escabulléndose en la oscuridad, donde ya no podía verlo.

Recogiendo la linterna, Kady entró en la tienda y fue hacia el saco de dormir. Al principio, pensó que podría meterse vestida entre las capas de plumón, pero comprendió que era ridículo. Tarik le había asegurado que no tenía intenciones de hacerle daño, y fuese lo que fuera lo que pensaba de él, sabía que estaba segura con él. Tan segura que si estuviese en peligro, dondequiera que estuviese, él aparecería para protegerla. ¿Acaso no había aparecido en sus sueños toda su vida? ¿Y no había aparecido en Colorado, cuando ella lo suponía a miles de kilómetros?

Mientras se quedaba dormida, creyó oír:

-Buenas noches, Kady. -Pero no estaba segura. Fuese el viento o no, se durmió sonriendo.

24

-¿Qué? ¿Qué quiere que haga, qué cosa? -preguntó Kady, con una taza de café caliente en la mano, mirando fijamente a Tarik Jordan.

Era por la mañana, temprano, y estaban solos en medio de la belleza silvestre.

-Que haga novillos -le dijo, sonriendo-. Que falte a clases. Que se tome el día libre.

-No puedo hacer eso -dijo Kady, horrorizada-. Usted no tiene idea de lo que está en juego aquí. Hay personas que dependen de mí. Llevan esperándome toda su vida, y tengo que...

-Han esperado más de cien años, ¿que importa un día más, pues? -Hizo una pausa-. Señorita Long, ¿usted nunca se divierte?

La sola idea de semejante cosa hizo pasar mil escenas al mismo tiempo por la mente de Kady: regresar a casa desde la escuela para ayudar a la madre de Jane con las tareas domésticas, cocinar para varias personas todo el fin de semana, la escuela de día y más cursos durante la noche, mientras preparaba comida para fiestas para ayudarse a pagar la escuela. Luego, fueron Onions y Gregory. La noción que él tenía de la «diversión» era hacer que Kady cocinara para veinticinco personas que, según afirmaba, algún día lo ayudarían en su futura carrera política. Después, vino Legend y, a veces, lo que más recordaba de esa época era la angustia de pensar que nunca podría volver a su casa. Después, la preocupación por conseguir trabajo, y ahora...

La risa de Tarik- interrumpió sus pensamientos, y lo miró guiñando los ojos.

-¿Repasando su vida para sus adentros? -le preguntó, y cuando vio que Kady se asombraba, sonrió-. Señorita Long, si tiene la impresión de que puedo leerle la mente es porque así es. Mi padre creía que la infancia era una preparación para el esfuerzo de ser adulto, y como yo, un día, iba a ser responsable de millones, procuró que pasara mi vida en la escuela. Y después, tuve sobre mí la responsabilidad de la Compañía Jordan, Creo que mi vida debe de haber sido tan divertida como la suya. ¿Qué le parece si nos tomamos el día libre?

-¿Qué está tratando de lograr de mí? -preguntó, suspicaz.

-Todos sus bienes materiales -respondió con una sonrisa, y Kady no tuvo más remedio que reírse.

-Podría tener todo lo que poseo en una sola mano -dijo-. Tengo treinta años y no poseo nada, no tengo nada. En este momento, no tengo un empleo siquiera,

Lanzó una exclamación escéptica.

-¿Acaso trata de hacerme creer que una chef de su reputación no recibe cientos de ofertas de empleo?

-Unas pocas -dijo Kady con modestia, mirando la taza de café.

Tarik había molido los granos a mano y no le permitió tocar nada mientras hacía tortas de trigo sarraceno,

-Venga -le dijo, tendiéndole la mano-. Concedámonos el día libre.

Cuando Kady lo miró, un escalofrío le recorrió la espalda, pues era el mismo gesto que había visto miles de veces en sus sueños. En ese momento, la sombra le oscurecía la parte inferior de la cara, pero un rayo de sol que se filtraba entre las hojas destacaba sus ojos.

-Ven, habibi -le susurró, y Kady comprendió que era una palabra cariñosa en otro idioma-. Esta vez, puedes alcanzarme.

El corazón y el sentido común de Kady lucharon entre sí, pero recordaba todas las veces en que en sueños había intentado tomarle la mano y no pudo alcanzarla. Ahora, extendió la mano, insegura al principio; luego, a medida que acercaba los dedos, le sonrió y deslizó su mano en la de Tarik. Este lanzó una carcajada y, cediendo a un impulso, levantó a Kady, la hizo girar y rieron juntos un momento, mientras el cabello de la mujer giraba alrededor.

Fue Kady la primera en recuperar la sensatez y empezó a empujarlo.

-Señor Jordan -dijo-, pienso que deberíamos...

Aún sonriendo, él la apoyó en el suelo pero sin retirar las manos de sus hombros.

-Creo que, por hoy, podríamos dejarnos de pensar -le dijo, sonriéndole con calidez.

Kady quería conservar la animosidad hacia el hombre, pero se le hacía difícil. «Recuerda que es un tipo desabrido -se dijo-. Recuerda que va a casarse con otra. Que es rico y famoso, y que para él tú eres un medio de recuperar su dinero, y nada más. »

-Pienso que deberíamos ir a Legend -dijo-. Tengo cosas que hacer allí, y también asuntos que atender. Además, necesito un empleo y los posibles empleadores no esperarán para siempre.

Mientras hablaba retrocedía.

-¡Al diablo los empleadores! Te compraré un restaurante, y podrás...

-¿Eso es lo que cree que persigo? ¿Cree que quiero que me compre algo? ¿Acaso ... ?

-Quiero pasar el día con una muchacha bonita -replicó él con suavidad-. Quiero pasar un día sin negocios, lejos de las tragedias de la familia y de cualquier otra preocupación. Me gustaría mostrarte un sitio que encontré cuando era niño. Nunca se lo he mostrado a persona alguna, y sí me gustaría que lo vieras tú.

-¿Por qué? -preguntó, suspicaz.

-Porque nunca en mi vida he conocido a alguien como tú, por eso -dijo, con expresión irritada-. Y puede que quiera causarte una mejor impresión. No soy lo que tú piensas que soy, y me gustaría que lo supieras antes de que... antes de que nos separemos. -Otra vez le tendió la mano-. ¿Vendrás conmigo?

Kady iba a protestar, iba a decir que no, pero pensó: «¿Qué diablos? ¿Por qué no?» ¿Acaso podría pasarle algo más extraño o peor que lo que ya le había pasado?

-Está bien -dijo, sonriendo, y tomó la mano de él-. Pero con una condición.

-¿Cuál?

-No hablaremos de dinero y no tratarás de hacerme contar lo que pasó en Legend. Quisiera disfrutar de un día sin pensar en el pasado.

-¡Trato hecho! Sólo hablaremos de nosotros.

-Magnífico. Y, después, venderé la historia del rico y evasivo C. T Jordan a los tabloides, y ganaré suficiente para abrir mi restaurante.

Sin titubeos, le tomó la mano y la besó en el dorso.

-Ninguna mujer capaz de devolver una fortuna como la que tú devuelves sería capaz de hacer algo tan bajo y repugnante como eso.

Ya fuera por la confianza en ella, o por la mano grande del hombre que sujetaba la suya cuando lo miró, Kady sintió que su corazón se libraba de la pesadez, de las últimas semanas.

El término tensas resultaba pálido para describir las últimas semanas de su vida.

-¿Acaso quieres decir que soy aburrida? Que soy demasiado buena para cometer una traición?

-No, claro que no. ¿Qué era lo que decía Alice Toklas de los huevos?

Kady rió.

-Que prefería revolver los huevos de un hombre antes que hacerle una tortilla, porque requería menos mantequilla y él sería capaz de reconocer el insulto. Sí, yo podría hacer eso.

-Pero, ¿lo has hecho?

Le soltó la mano y con movimientos rápidos y eficientes empezó a sacar elementos del campamento, bajo la mirada de Kady. «No cabe duda de que es autosuficiente», pensó.

-¿Lo has hecho?

-¿Qué cosa?

Estaba inclinado apagando el fuego, y se volvió para mirarla.

-¿Le has hecho algo muy perverso a otro ser humano?

-Le grité a la señora Norman -dijo, en tono de culpa- Es la...

-La entrometida madre de Gregory. Por lo que me dijeron de ella, es un milagro que no la atacaras con el cuchillo de carnicero.

-Es raro, pero nunca me había molestado hasta que conocí a Cole. Después de conocerlo, algo cambió dentro de mí.

Tarik metía cosas en una mochila con armazón de aluminio.

-Tal vez hayas empezado a cobrar conciencia de lo mucho que vales.

-Creí que no íbamos a hablar de dinero.

Tarik rió entre dientes, mientras sacaba botellas de agua del automóvil.

-No estoy hablando de dinero. ¿Acaso no dice la Biblia que una mujer virtuosa vale su peso en perlas? O algo así.

-Yo no soy virtuosa -dijo Kady, haciendo una mueca-. En toda mi vida, tres hombres me han declarado su amor: Cole, Gregory y un chico del colegio, y me acosté con dos de ellos. Parece que me acuesto con la mayoría de los hombres que me declaran su amor.

Al oírla, se inclinó hacia ella hasta que las narices casi se tocaban:

-Sí es así, te amo, te amo, te amo, te amo, Kady.

-¡Largo de aquí! -le dijo, riendo y empujándolo por el pecho.

Tarik se apartó, pero siguió mirándola con expresión tan provocativa que la hizo sonrojarse.

-Si no dejas de hacer eso, no iré contigo.

Pero hasta ella pudo percibir la mentira en su propia voz. Sería maravilloso pasar un día libre de preocupaciones y ansiedades. Pasar un día sin fantasmas que dirigiesen su vida.

-¿Estás segura de que no quieres tratar de ir a Legend sola? -le preguntó con fingido horror en su rostro moreno y apuesto-. Podrías intentar pasar la vigilancia del tío Hannibal por tu cuenta. -Tras eso, tembló tan exageradamente que hizo sonreír a Kady- Tú no lo has visto. Ese hombre da miedo. Cuando yo era niño, estaba convencido de que era Barbanegra.

-¡Es un ladrón! -exclamó Kady. Destruyó el adorable Range Rover que me compró el señor Fowler.

-Ejem -carraspeó Tarik, mientras se echaba la mochila a la espalda y se pasaba las correas por el pecho.

-Ah, supongo que me lo compraste tú. ¿Estaba asegurado?

-Nada de hablar de dinero, ¿recuerdas? ¿Lista para marchar? ¿Cómo están tus pies? Hay que caminar bastante.

-Mis pies están bien -dijo, mirando el calzado deportivo que llevaba.

Como pasaba buena parte del día de pie, se ponía inquieta si tenía que estar sentada mucho tiempo.

-Entonces, ven, habibi, sígueme.

-¿Qué significa eso? -le preguntó, mientras andaba tras él a través de la maleza. En pocos minutos, llegaron a un estrecho sendero que ascendía-. ¿Qué idioma es?

-Árabe, el idioma del amante de Ruth. No sabes por qué se fue a la cama con él, ¿no? Además de la lujuria, claro. ¿No dedicó un minuto a llorar al marido muerto?

-¡No fue nada de eso! -exclamó Kady con vehemencia-. Fue porque Ruth sufría mucho, y tenía tanta pena que se volvió hacia Gamal y... -Se interrumpió-. Muy astuto. Pero no resultará. Has dicho que éste era nuestro día libre, y así será. ¡No más Jordan!

-Tarde -dijo, mirándola sobre el hombro, por detrás de la gran mochila.

Kady no tuvo más remedio que reír, porque había olvidado por un momento que él era Jordan.

Todavía seguía riendo cuando Tarik volvió al sendero y empezaron el largo y lento ascenso. Pronto, Kady comprobó que caminar ida y vuelta entre mostradores en la cocina de un restaurante no era lo mismo que trepar por una montaña a más de dos mil setecientos metros de altitud. Se le torcían con frecuencia los tobillos y sentía cómo iba formándosele una ampolla en el dedo pequeño.

Pero no se quejó. Ya de niña había aprendido a no quejarse de nada, a aceptar su suerte y seguir adelante con la vida lo mejor que pudiese. Por eso, cuando Tarik le preguntaba cómo iba, Kady siempre respondía que bien.

Y era cierto, excepto por los pies. El aire era fresco y vivo, y comprobó que realmente podía olvidar el pasado, y también el futuro incierto. En el transcurso de ese día no quería pensar en otra cosa que en el sol, las hierbas que recogía y guardaba en su pequeña mochila.

Lo más duro de la caminata tras de Tarik era no pensar en él. Era difícil no mirarlo y sonreír cuando se daba la vuelta para decirle algo. Daba la impresión de que conocía el bosque tan bien como manipular sus espadas.

-¿Cuándo empezaste a tener interés por los cuchillos? -le preguntó, y quiso abofetearse, porque eso era una referencia indirecta a Cole.

Con expresión perspicaz, Tarik la miró.

-¿Acaso he heredado mi afición de alguien?

-¿Se te pegan los imanes?

-A veces -respondió, riendo-. ¿Sabe una cosa, señorita Long? He pasado buena parte de mi vida preguntándome cómo serías.

-Y yo jamás he sabido de la existencia de tu familia -comentó Kady con exagerada indiferencia.

Hubiese preferido entregar sus sartenes antes de contarle que soñaba con él. De repente, se le ocurrió pensar cuál sería la reacción de Jane si la llamara para decirle que había encontrado al hombre del velo. Sin duda, Jane diría que Kady debía casarse con él de inmediato porque, bajo ese aparente corazón de calculadora, su amiga era una romántica.

-Yo sí que sé cosas de ti. Mi padre tenía contratado a un detective privado que dos veces al año le presentaba un informe, con fotografías y todo. Por casualidad, encontré la combinación de la caja de seguridad que mi padre tenía en casa, y la usé para abrirla y leer esos informes.

Si bien Kady sabía que debería estar horrorizada por eso, en realidad estaba fascinada.

-¿Qué podían decir esos informes sobre mí? He llevado una vida muy aburrida y carente de interés.

Tarik tardó tanto en responder que Kady pensó que no iba a hacerlo, pero se detuvo a la sombra de un gran árbol y sacó una botella con agua de un gancho al costado de la mochila, al tiempo que Kady se sentaba sobre una roca y lo miraba. Le dio la botella a ella primero y le pareció perfectamente natural que él bebiera después de ella.

-Tu vida nunca me ha parecido carente de interés -dijo en tono suave, mirando por entre los árboles como si no soportase mirarla a ella- No dudo de que Fowler te dijo todo lo que pudo acerca de mí, No le caigo bien desde que le saqué buena parte de mis asuntos.

-No, no me contó gran cosa -dijo Kady.

Sobre ellos colgaban ramas bajas de los árboles y en el bosque reinaba una gran quietud.

-No se me permitió tener demasiada compañía de niño y siempre pendía la amenaza de un rapto, de modo que tuve que arreglármelas con lo que pude para eso. -Tras una pausa, la miró- El hecho de saber que había otra persona en este planeta que tenía que trabajar para vivir me hacía sentirme mejor con respecto a mi suerte en la vida.

Kady sonrió, tratando de aligerar la situación, pues vio que se le habían formado líneas blancas de amargura alrededor de la boca.

-Yo imaginaba que un chico rico como tú tendría todos los juguetes imaginables. Si querías compañeros de juego, ¿tu padre no podría habértelos comprado?

Tarik lanzó un resoplido desdeñoso.

-Mi padre creía que tenía que obtener algo a cambio de cada centavo que gastaba. Me compró un caballo, y entonces esperaba llenar las paredes con premios ganados cabalgando. Para él, las artes marciales eran otra forma de obtener crédito por lo que yo había logrado.

-¿Y lo lograste? ¿Sobresaliste en todo lo que intentabas?

Por unos instantes, los ojos oscuros de Tarik se perdieron en la evocación, pero luego la miró de nuevo y sonrió.

-¡Ya lo creo que sí! ¿Tú no? Si tuvieras que cocinar para tu madre y para la familia con la que vivías, ¿no te convertirías en la mejor cocinera del mundo?

-Sí -dijo Kady, con los ojos agrandados por el descubrimiento-. Nunca se me ha ocurrido pensarlo de ese modo. Yo pensé que estudiaba cocina por necesidad. Y por pobreza. La gente necesita comida.

-Y también necesita dinero. Necesitan empleos, y cuando mi padre los creó, me pareció que estaba haciendo algo bueno. Pero, a veces, yo deseaba que me permitiese fallar en algo y aun así siguiera queriéndome.

Kady lo miró parpadeando. Lo que él decía era similar a lo que Jane había dicho con respecto a que su familia se había aprovechado de Kady y que por eso ella se sentía en deuda con la amiga.

-¿Te hacía sentirte menos solo? -le preguntó la muchacha con suavidad.

-Sí -respondió él sonriendo, desaparecida ya la sombría introspección- Leí todos esos informes y examiné las fotos hasta que tuve la sensación de que te conocía. -Colgó otra vez la botella del cinturón-. Por eso, señorita Long, si a veces parezco tener demasiada confianza con usted, le ruego que me perdone. Es que siento como si te conociera de toda la vida.

-Desde que tenías nueve años -susurró.

-Sí -dijo con vivacidad, ofreciéndole la mano para ayudarla a ponerse de pie- Pero no recuerdo habértelo dicho.

-Debes de habérmelo dicho, pues si no fuese así, ¿cómo lo sabría yo?

-Claro -dijo, mirándola a los ojos, y Kady advirtió que no le creía.

-¿No crees que deberías llamarme Kady? -le dijo, y vaciló- Y yo... ¿cómo tendría que llamarte?

-Señor Jordan, como todo el mundo -le dijo, con ojos chispeantes.

-¡Eres una rata! -le dijo, abalanzándose para pegarle, pero él se ladeó y, cuando Kady se tambaleó, la atrapó en sus brazos.

-Mmmmm, Kady -le dijo, acercándola a él y hundiendo la cara en el pelo de ella-. Qué sacudida fuiste para mí.

Kady se esforzó al máximo por conservar el sentido, porque le hubiese sido fácil derretirse contra él, pero lo apartó.

-Si me conoces tanto, ¿cómo pude sacudirte?

-La lujuria siempre es una sacudida.

-Oh -dijo Kady, con las cejas alzadas casi hasta el nacimiento del cabello.

-¿Lista para irnos? Parece que va a llover, y creo que deberíamos guarecernos antes de que eso suceda.

Lo único que atinó a hacer Kady fue asentir y recoger su mochila. «Lujuria -pensó- ¿No es verdad que la vida da giros muy interesantes? »

Caminaron durante lo que parecieron horas, y a cada momento que pasaba Kady se relajaba más. Sin embargo, seguía preguntándose quién sería el verdadero Tarik Jordan. ¿El que había conocido en Nueva York, o el que la rescató de las balas y ahora la hacía reír?

Por la tarde se detuvieron a comer queso y pan, y Kady le preguntó por qué no quiso verla cuando ella fue a su oficina. Tarik tardó en responder.

-Me imaginaba que libraría una larga pelea para recuperar el control de lo que había creado mi familia. Si podía evitar verte hasta que pasara el día posterior al marcado en el testamento, no tendría que haber recurrido a los juicios.

-En ese caso, ¿por qué no te ocultaste esas últimas semanas? ¿O incluso ese último día? Me hiciste esperarte fuera del despacho durante horas. Entonces, ¿por qué no desapareciste, sencillamente, en cuanto supiste que estaba allí?

-Supongo que fue por curiosidad. Quería ver cómo eras en carne y hueso, por así decir.

-Podrías haberme conocido al día siguiente -dijo, exasperada, irritada de que eludiese la cuestión adrede.

Con eso hizo reír a Tarik, que puso la comida restante en la mochila grande.

-Podría, pero no pude irme. Quizá quería ver si insistías. Sospeché que no sabías lo referido al testamento, pero también pensé que había algo más que te impulsaba a exigir verme. Claire dijo que te mostrabas muy obstinada.

-Si Claire es esa perra de recepcionista, me gustaría conservar el control de tu empresa el tiempo suficiente para poder despedirla. En verdad, fue muy odiosa. Una podría pensar que era la dueña de la empresa, que…

La mirada que le dirigía hizo interrumpirse a Kady. -Oh, tenía intenciones para contigo. Soñaba con ser la Señora Patrona.

-Tienes un modo particular de decir las cosas. ¿Estás lista?

Poniéndose de pie, Kady levantó su pequeña mochila.

-¿Cuántas son las mujeres que trabajan para ti y que piensan que tienen una posibilidad de casarse contigo?

-Una o dos. ¿Celosa?

-Más o menos como tú lo estás de los hombres de mi vida.

-Entonces, debe ser algo que te persigue todos los días -le dijo, con tanta suavidad que Kady casi no lo oyó.

Pero sí lo oyó, y aunque sabía que no debía creerle, la hizo sentirse bien.

La lluvia empezó alrededor de las cuatro y Tarik se detuvo bajo un árbol para sacar de la mochila unos largos ponchos amarillos, con uno de los cuales tapó a Kady de arriba abajo, le colocó la capucha y se lo ató con firmeza bajo la barbilla.

-¿Está bien? -le preguntó, nariz con nariz, y ella asintió.

Cuando se puso su propio poncho, estaba empapado, pero no dio señales de notarlo y reanudó la marcha montaña arriba, hasta que una hora después se detuvieron ante una roca cubierta de enredaderas. Kady se hizo a un lado, azotada por la lluvia, mientras Tarik apartaba las enredaderas y dejaba a la vista lo que parecía ser una pequeña cueva. Sosteniendo las ramas hacia un lado, le hizo señas de que entrase.

La cueva era pequeña y estaba demasiado oscuro para ver gran cosa, pero en pocos minutos Tarik había encendido el fuego pues, por lo visto, tenía leña seca guardada allí. Frotándose los brazos para entrar en calor, Kady miró alrededor, esperando ver pinturas de cavernícolas, pero sólo eran muros de piedra arenisca y suelo arenoso. Junto a una pared había un banco roto y unas copias baratas de libros enmohecidos. junto a ellos había un cuchillo oxidado.

Pasas bastante tiempo aquí, ¿no es cierto? -le preguntó, sonriendo, mientras se quitaba el poncho mojado y luego la mochila.

Echando una mirada al cuchillo, Tarik le devolvió la sonrisa mientras apantallaba las llamas.

-Todo lo que puedo. Allá, junto a esa pared, hay un pequeño anaquel, y sobre él una caja de madera. Mira dentro.

Al hacerlo, vio fotografías de ella dentro de la caja, cosa que en cierto modo no la sorprendió. A esas alturas, ya nada la sorprendía ni la impresionaba. Había fotos de grano muy abierto tomadas con teleobjetivo, donde se la veía de niña.

-Esta es mí preferida -dijo Tarik, acercándose a ella por detrás.

Estirando la mano por encima del hombro de Kady, sacó una foto del montón. En ella se veía a Kady a los trece años, en el patio de la escuela, con niños alrededor, aunque ella estaba apoyada contra la pared, leyendo un libro,

-Lo más probable es que fuese un libro de cocina -le dijo, sonriente, y cometió el, error de volverse hacia él y encontrar su cara a pocos centímetros.

Por un momento, Kady estuvo segura de que la besaría, pero él se dio la vuelta dejándola aliviada y, al mismo tiempo, enfadada. Pero, ¿qué era lo que esperaba? Estaba comprometido para casarse con otra mujer.

Sin querer, pensó: «Tal como tú estabas comprometida con Gregory, aunque no lo amaras.»

-Háblame de Leonie -le dijo, mientras volvía hacia el fuego.

Tarik no respondió a su petición.

-Siéntate aquí. Quiero verte los pies.

Kady no creyó necesario preguntarle cómo sabía que tenía algún problema en los pies, pues, al parecer, él sabía muchas cosas sobre ella. Sentada sobre una roca que sin duda estaba destinada a servir de

asiento, empezó a desanudarse los cordones, pero Tarik le apartó las manos. Le bastaron unos segundos para quitarle el zapato y el calcetín.

-¿Acaso tienes idea de lo peligrosa que es una ampolla así? -preguntó, enfadado- ¡Mira esto! Tienes dos ampollas en este pie, ¿y cuántas en el otro?

Sin esperar respuesta, le quitó el otro zapato y la miró con aire de reproche al ver las tres ampollas que tenía en ese pie. Una de ellas había reventado y la sangre había pegado el calcetín a la piel. Se lo quitó con cuidado.

Después de sacar medicamentos de la mochila, empezó a curarle el pie, poniéndole ungüento para prevenir la infección.

-Tú cuidas de todo el mundo, pero nadie te cuida a ti, ¿verdad? -le preguntó, con el pequeño pie bien sujeto entre sus manos grandes.

Si bien Kady no quería admitirlo, algo en la intimidad del tierno cuidado que le brindaba a sus pies la hacía sentirse más cerca de él de lo que se había sentido con ningún otro hombre. Aunque se había acostado con Gregory, nunca lo conoció. Había estado con Cole, pero jamás se sintió parte de él del modo que comenzaba a sentirse parte de este hombre. Aunque le resultara desconcertante saber que él la conocía de toda la vida, reconocía que ella también lo conocía a él.

-¿A qué jugabas cuando estabas aquí? ¿Venías solo? -le preguntó.

-Siempre -le contestó, mientras le vendaba el pie con gasa.

-Jugabas a que eras vaquero? ¿O querías ser explorador del espacio?

-Ninguna de las dos cosas -le dijo, mientras tomaba el otro pie y comenzaba a calentarlo entre las manos-. jugaba a Las Mil y Una Noches. A que yo era un príncipe berebere, y andaba por ahí con una capa de lana, cubriéndome la cara. Como un velo, supongo, para protegerme de las arenas del desierto.

La miró y le brillaban los ojos.

-Tuve que abandonar el juego cuando me brotó un sarpullido por culpa de la lana.

Kady lo miró sin sonreír.

-¿Qué quisiste decir cuando dijiste: «Esta vez sí podrás alcanzarme»?

-No lo recuerdo. ¿Cuándo fue eso? Eso es, ¿así está mejor? -le preguntó, refiriéndose al pie de Kady. Me parece que hoy sería mejor que no apoyes los pies. Se han terminado los ascensos para ti. Mañana, podría llevarte en brazos para bajar,

-No harás semejante cosa. ¿Qué quisiste decir?

-¿Con respecto a qué?

Lo miró con los ojos entornados.

-Ah, ¿con respecto a alcanzarme? No tengo idea. No recuerdo haberlo dicho.

Los ojos de él le confirmaron que no mentía. Nadie podía fingir una expresión tan vacua.

-¿Pensabas en mí cuando usabas la túnica de lana negra? -le espetó, con expresión vehemente.

-¿Cómo sabes que era negra?

Kady no respondió y se quedó esperando su respuesta.

Pareció que pensaba en esa respuesta mientras sacaba la comida de la mochila.

-Creo que siempre pensé en ti -le dijo en voz queda- Formaste parte de mi infancia.

-¿Te imaginabas cabalgando en un caballo blanco por el desierto y pidiéndome que fuese contigo? -le preguntó con suavidad.

-Exacto -le contestó, con sonrisa hechicera-. ¿Qué cenaremos? Tengo lomo Stroganoff deshidratado, pollo a la king deshidratado, y...

-Es una broma, ¿verdad? No esperarás que yo coma esas cosas..

No podía nombrar los alimentos, como si el solo hecho de decirlo le revolviese el estómago.

-¿Se te ocurre alguna sugerencia?

-Dame la mochila y déjame ver qué hay -dijo y, con una sonrisa, Tarik le indicó que mirase dentro.

Media hora después, Kady había preparado un guiso de arroz sazonado y cubierto de queso y, como postre, había hecho budín de pan con esa mezcla para viaje y leche en polvo.

-Nada mal -dijo Tarik después de comerse tres porciones y limpiar los cuencos-. Nada mal, en absoluto.

Kady no tuvo más remedio que reírse pues, de pronto, vio los comentarios de Tarik sobre su manera de cocinar como lo que eran: bromas.

La lluvia seguía cayendo, pero dentro de la pequeña cueva el ambiente era acogedor y tibio y, a medida que oscurecía, Kady miraba nerviosa hacia fuera. ¿Qué pasaría ahora? ¿Se suponía que iba a meterse en el saco de dormir junto con él?

Por instinto sabía que el sexo con ese hombre sería diferente de todo lo que hubiese experimentado hasta el momento. El sexo con Tarik, o hacer el amor, como sabía que sería con él, le cambiaría la vida.

Lo peor era que le hacía desearlo, aun sabiendo que no era para ella. Tarik se casaría con una mujer como Leonie, con una voz que sonara a dinero y a escuelas de la lvy League. Los hombres como Tarik Jordan no llevaban a su casa a cocineras de Ohio, para presentárselas a su madre. Sobre todo a una madre que se dedicaba a conservar su belleza. ¿Qué podía pensar de Kady, que era incapaz de recordar pintarse los labios, y mucho menos todo lo demás?

-¿Qué está pasando por esa mente? -le preguntó Tarik, mientras colocaba una palangana con agua de lluvia junto al fuego y empezaba a lavar los platos.

-Que jamás te hubiese imaginado capaz de lavar la vajilla.

-Y yo nunca pensé que fueses mentirosa. ¿Qué es lo que estás pensando, de verdad?

-En tu madre. ¿Adora a tu Leonie?

-Son de la misma clase. Mi madre la eligió para mí.

-¿Como un juego de platos, quieres decir?

-Exacto -respondió.

-¿Y tu padre? ¿Conoció a tu... a tu... antes de morir?

Titubeó antes de nombrar al padre porque el señor Fowler le había dicho que hacía sólo seis meses que el padre de Tarik había muerto en un accidente de avión. Y no pudo pronunciar la palabra novia.

Con suma cortesía, Tarik, fingió no haber advertido el problema de lenguaje de Kady.

-Oh, sí: dijo que era una idiota. Que era preferible que me casara con la hija de la señora de la limpieza en vez de una de las amigas de mi madre. Entre mis padres ya no había amor.

-¿Y por qué, entonces, permanecieron casados tantos años?

-Si mi padre se hubiese divorciado, tendría que haber renunciado a parte de su riqueza, y por eso prefirió tener una amante tras otra. Y mi madre, hasta donde sé, no ha practicado el sexo desde que yo fui concebido, porque estropea el maquillaje, ¿sabes?

Eso hizo reír a Kady.

-¿Leonie es como tu madre?

-Ven aquí -le dijo, sentándose sobre una roca con las rodillas separadas-. No, no me mires así, como si fuera a arrebatarte la virtud. Quiero que te sientes aquí para poder cepillarte el cabello. Tienes tantas ramitas enredadas que tengo miedo de que el guardia forestal te arreste por robar propiedad nacional.

Sonriendo, Kady se acercó y se sentó en el suelo, entre las piernas de él, y Tarik se dedicó a desenredar con delicadeza los nudos del cabello, sacando de vez en cuando una ramita, que caía en el regazo de ella. Kady guardaba silencio mientras él trabajaba, sintiendo la sensualidad de las manos de él en su cabello. El ambiente de la cueva era cálido y la luz del fuego era un deleite. Aunque estaba cansada, no quería irse a dormir para que ese día no terminase jamás.

-¿No hay más preguntas? -dijo Tarik en voz suave, con el cabello de Kady entre las manos.

-No -dijo ella-, ninguna e hizo una pausa. Pero puedo escuchar. Me gustarla escuchar, si quieres contarme algo.

-¿La historia de mi vida, tal vez? -preguntó, sonriendo- Eso es lo que he estado haciendo, ¿no? Como tuvimos un mal comienzo, he querido compensarte.

-¿Por qué? ¿Qué importa? ¿Estás siendo amable conmigo por el codicilo de Ruth?

Durante unos momentos, fue como si su cabello tuviese sentimientos, porque pudo percibir la oleada de ira y, sin embargo, no pensaba disculparse.

Al cabo de unos instantes, Tarik se calmó y reanudó el cepillado.

-Soy discreto y elusivo porque no quiero estar rodeado de personas que no quieren otra cosa de mí que el dinero. Tengo una vida muy privada, en mi hogar.

-Ah, ¿en tu apartamento de Nueva York? De los dos que yo vi, ¿en cuál vives?

Eso hizo reír a Tarik entre dientes.

-En ninguno de los dos. El de plástico... -Le echó una mirada chispeante- Aquél donde irrumpiste en mi ducha, es para recibir clientes, y el otro es el apartamento de Leonie.

-Entiendo: el departamento de ella, el edificio tuyo.

-¿Celosa? -dijo, con tono esperanzado.

Kady no le hizo caso.

-Entonces, ¿dónde vives?

-Tengo una propiedad grande en Connecticut, con varias hectáreas de terreno y una casa enorme.

-¿Cómo es la cocina?

Tarik rió:

-Horrible. Es necesario remodelarla por completo. Pero no encuentro a nadie que quiera hacerlo. ¡Eh, quizá tú sepas algo de cocinas, y .. !

-Sigue -lo cortó, interrumpiendo el sarcasmo-. Háblame de tu casa y de ti. Tú lo sabes todo de mí, pero yo no conozco nada de ti.

Cuando empezó a hablar, Kady comprendió que se identificaba con él. Si bien durante las respectivas infancias hubo grandes diferencias desde el punto de vista económico, cuando más oía hablar de la vida de Tarik más se convencía de que se asemejaba a la suya. Por causa del dinero, los dos habían sido criados por extraños.

-¿La casa de Connecticut es donde vas a vivir con Leonie? -le preguntó en voz suave, mientras él le trenzaba el cabello.

-De todos modos, viviré allí con nuestros hijos. Ella puede ir a donde quiera, no me importa.

-¡Eso es horrible! -dijo Kady, dirigiéndole una mirada de reproche- Los niños necesitan una madre. No porque tu madre se haya ido, como la mía, eso significa que los niños deban ser criados así. Tendrían que...

Se interrumpió, al ver que estaba riéndose de ella... otra vez.

-¡Maldito seas! -gritó, casi-. ¡Eres casi tan malo como Cole! Siempre se burlaba de mí y me hacía trampas.

-¿Ah, sí? ¿Y qué trampas te hacía Cole?

Tenía los ojos bajos mientras limpiaba el cepillo y su voz era la expresión misma de la inocencia. Tanto, que Kady no supo lo que estaba haciendo.

Había dicho que no pensaba hablar de lo sucedido en Legend pero, con el siguiente aliento, estaba contándole todo sobre Cole y sobre cómo la había engañado para que se casara con él.

-Para cuando aparecí, estaba tan seguro de que yo moriría por casarme con él, que hasta había hecho adornar la iglesia -dijo-. ¿Te imaginas? Me hizo morir de hambre para convencerme.

-Da la impresión de que tú le propusiste matrimonio, y no a la inversa.

Kady, que estaba inclinada sobre el fuego para reavivarlo, giró para mirarlo por encima.

-¿Te pones de su lado? ¿Afirmas que lo que me hizo estuvo bien?

-Lo que digo es que no lo culpo por hacer cualquier cosa con tal de no perderte -dijo con suavidad.

Kady apartó la vista al percibir el tono, porque todo: el limitado espacio de la cueva, el resplandor del fuego, y ese hombre que conocía y no conocía a la vez... todo excitaba sus sentidos.

-Me parece que estoy cansada -dijo, y le echó una mirada nerviosa, preguntándose de nuevo cómo se acomodarían para dormir.

Tarik no hizo el menor gesto hacia ella sino que tomó un saco de dormir del fondo de la mochila, sacó otro del interior de ése y Kady lanzó un suspiro de alivio.

Tarik le dedicó una sonrisa ladeada.

-¿Ese suspiro es de alivio o de lamento?

-Alivio -respondió de inmediato pero, por el modo en que Tarik rió, supo que no le creía, y volvió la cara para que no le leyera los ojos.

Cuando giró otra vez la cara, Tarik había extendido los dos sacos a ambos lados del fuego, y tuvo que apartar otra vez la vista para no observarlo mientras se quitaba la camisa y los vaqueros. Cuando quedó sólo con los calzoncillos, se puso una camisa de franela, dejando al descubierto sus fuertes piernas musculosas, y Kady tuvo que esforzarse por no mirar.

En cuanto a ella misma, tuvo que obligar a sus dedos a desabotonar la camisa, y por un instante le cruzó la mente la idea de dormir vestida. Pero cuando echó un vistazo a Tarik, vio que ya estaba metido en su saco de dormir, el que estaba más cerca de la entrada, y que clavaba la vista en el techo sin mirar en dirección a ella.

Fingiendo que no tenía la menor preocupación, Kady se desvistió hasta quedar sólo con su ajustada ropa interior y se metió en su propio saco, enfrente de él.

Aunque entre los dos había un espacio y estaba el fuego, se sintió muy cerca de él, y ese sentimiento la exasperó, porque sabía que la relación sería pasajera.

-¿Por qué me dices esas cosas, como que estás celoso de los hombres de mi vida? -dijo, sin pensar ¿Qué puede importarte mi vida? Somos extraños el uno para el otro.

-Eso no es cierto, ¿eh? Yo tengo la sensación de haberte conocido desde siempre... y tú también lo sientes, ¿no es así?

-En absoluto -dijo, tratando de ser convincente- Le perteneces a Leonie.

-¿Y tú a quién perteneces, Kady?

-A... a mí misma, por supuesto -dijo, e incluso a ella le sonó la afirmación de una persona desolada.

Tarik guardó silencio un rato y cuando volvió a hablar el tema era completamente diferente.

-La cocina de mi casa de Connecticut es la parte más antigua de la casa, y junto a ella hay un pequeño estudio, muy bonito, que da a una huerta de verduras y de hierbas, encerrada entre paredes. Junto a la pared sur hay enredaderas y albaricoques apartados. Hace años que nadie cuida la huerta, pero con un poco de trabajo se podría recuperar. En el estudio hay dos paredes cubiertas de viejos anaqueles de pino que podrían albergar mil libros o más, y hasta podrían ser libros de cocina. Y

como dije antes, la cocina no ha sido remodelada, de modo que hay una despensa de almacenado, un cuarto de servicio de mesa y un tercer cuarto de gruesas paredes de ladrillo. No sabemos para qué se usaba ese tercer cuarto, pero...

-Es un almacén casero.

-¿Un qué?

-Un almacén casero, que se usa para mantener fría la carne. ¿Tiene un drenaje en el suelo?

-Sí lo tiene, y hay un sótano...

-Un pozo -dijo Kady con añoranza-. Bajo ese cuarto corre un surtidor y el agua lo mantiene frío.

-Leonie quiere echar abajo los cuartos auxiliares y convertir todo en una cocina moderna, grande, con alacenas de cristal negro y...

- No! -exclamó Kady, con vehemencia-. No puedes hacer eso. Esos cuartos pequeños tienen un propósito, y... -Contuvo el aliento- Claro que no es asunto mío. -Hizo una inspiración para calmarse-. ¿Qué quiere hacer con el jardín cerrado?

-Instalar un jacuzzi. Quiere hacer llevar rocas y crear un paisaje natural.

-Los árboles de albaricoque son naturales.

-Por supuesto, los árboles tendrán que ser sacrificados. Leonie dice que las hojas obstruirían el sistema de filtrado.

Kady permaneció tendida de espaldas, contemplando el parpadeo de la luz sobre el techo de la cueva e imaginando el horror de destruir semejante belleza.

-¿Qué es el hisopo? -preguntó Tarik.

-Una hierba. Se usa para dar sabor a los pescados grasos, y además, con ella se hace el Chartreuse. ¿Por qué?

-Oh, nada. Alguien dijo que crecía en la huerta, pero como hacía estornudar a Leonie, lo sacamos. ¿Y tú?

Kady estaba tan concentrada en la destrucción de la antigua huerta, que no le entendió.

-¿Yo?-preguntó, perpleja.

-Sí. ¿Hay algo que te hace estornudar?

-Te aseguro que ninguna hierba -dijo, con la mandíbula tensa- Y ahora, quisiera dormir -dijo, porque no soportaba oír otra palabra más acerca de los planes de destrucción de Leonie de lo que, seguramente, sería un bello lugar.

-Oh, claro -dijo Tarik. Y Kady lo oyó darse la vuelta dentro del saco, de espaldas a ella, pero un minuto después oyó-: Ladrillos.

Como no preguntó a qué se refería porque ya lo sabía, Tarik aclaró:

-Las paredes de la huerta son de ladrillos viejos, pero Leonie las odia porque están cubiertas de líquenes y musgo verde. Quiere echarlas abajo y poner algo moderno y pulcro. A Leonie le gustan las cosas modernas.

-¡Como tú! -dijo, vehemente.

-¿Crees que soy moderno?

-Vives en Nueva York, y...

-Trabajo en Nueva York. Vivo en una casa de doscientos años de antigüedad, en Connecticut.

-Y -Se interrumpió porque, en realidad, no encontraba más cosas malas en él. Salvo que la volvía loca, claro. De pronto, se reía de ella y al minuto siguiente la rescataba, para después lavar los platos-. Me gustaría dormir, ahora -repitió, para hacerle saber que no quería seguir hablando.

Aun cuando hablara de temas tan inocentes como su casa, lograba irritarla. ¿Qué le importaba a ella lo que hiciera la esposa de él a la casa y a la huerta de ellos? No era asunto de ella, ¿cierto?

-Sí, claro, habibi -respondió él con suavidad-. Que tengas los sueños más hermosos.

-Lo mismo para ti -dijo, tirando del saco de dormir relleno para acomodarse mejor- ¿Así llamas a Leonie? -preguntó, deseando con toda el alma retirar la pregunta.

Para su sorpresa, Tarik no se rió de ella. Al contrario, le dijo con voz tierna:

-No, jamás he usado esa palabra cariñosa con nadie. Es sólo para ti.

Pese a sus buenas intenciones, esas palabras la hicieron sentirse bien y se durmió sonriendo.

Pero a la mañana siguiente, el sol secaba la lluvia y Kady tuvo la sensación de que podía ver la vida con más claridad: Tarik Jordan le prestaba atención sólo por el codicilo del testamento de Ruth.

Cuando se levantó, él había salido de la cueva, y cuando volvió, con una carga de leña húmeda en los brazos, Kady estaba segura de que lograría controlar sus emociones. Se prometió no dejarse seducir por él, aunque le hablara del modo más provocativo. ¿Se reiría con los amigos, diciendo que Kady no era más que una cocinera sin empleo, y que él podía seducirla para que hiciera lo que a él se le antojase?

-¿Qué he hecho para ganarme esa expresión de animosidad? -le preguntó sin hostilidad, al tiempo que dejaba la leña formando una pila que podría usarse la vez siguiente que fuese a la cueva.

-Nada. ¿Estás listo para irnos? Si salimos temprano, tal vez podamos llegar a Legend antes del anochecer.

-Impaciente por conocer al tío Hannibal, ¿verdad?

-Sólo quiero... salir de aquí -dijo, con más ferocidad de la que intentaba.

Tarik apagó el fuego sin hablar, cuidando de que todas las brasas quedaran apagadas, y cuando la miró otra vez, su rostro tenía una expresión fría y dura, la misma que ella había visto cuando lo conoció pero que, desde entonces, no había vuelto a tener.

-¿Quieres decirme qué es lo que he hecho para ofenderte?

Kady deseó tener una lista de quejas contra él, pero no la tenía. Lo único que podía decir era que había sido demasiado bondadoso, colaborador y amable, y divertido, y ...

-No tienes por qué forcejear -le dijo con frialdad-. No voy a donde no me quieren. ¿Estás lista?

Kady abrió la boca para explicar, pero llegó a la conclusión de que era preferible no decir nada. Era mejor que fueran a Legend, hicieran lo que fuese para ayudar a Ruth y que luego ella se alejara de ese hombre para siempre.

¡Mientras bajaban la montaña, no hablaron demasiado y avanzaron rápido, Kady detrás de Tarik. Dos veces, él se volvió para preguntarle cómo estaban sus pies, pero, aparte de eso, no hablaron.

Cuando llegaron al pie, el campamento estaba tal como lo habían dejado, el todoterreno estacionado debajo de los árboles, el caballo pastando, feliz, en un corral cercado que, a juicio de Kady, había sido hecho especialmente para los caballos de los Jordan.

Mientras levantaban juntos el campamento trabajando lado a lado, como si lo hubiesen hecho toda la vida, de repente Tarik arrojó un par de estacas de la carpa con tanta fuerza que se clavaron verticales en el suelo.

-¿Qué demonios pasa? -gritó-. ¿Qué he hecho?

-No has hecho nada -le respondió, gritando-. Perteneces a otra. Perteneces a otro mundo.

Por un momento, varias emociones recorrieron el rostro oscuro de Tarik, y luego rió, mostrando sus fuertes dientes blancos.

-Ah, ya veo, el sistema de clases. Bueno, tienes razón. Los hombres de mi clase usan a las muchachas como tú y luego las descartan. Nos casamos con mujeres que practican el hipismo, como Leonie. ¿De eso se trata?

Una vez que él lo dijo en voz alta, las quejas de Kady parecieron victorianas.

-Tu madre... -dijo en voz queda, pero no terminó la frase.

¿Qué podía decir? ¿Que la madre no querría que él se casara con una cocinera?

-Ah, sí, la reina -dijo él, y Kady advirtió que estaba riéndose de ella-. Su hijo, el príncipe, tiene que casarse con una princesa, ¿no?

-En este momento, no me agradas demasiado -repuso, entre dientes.

-Kady, mi amor, pienso que sólo tú me ves como a un príncipe. Puedo asegurarte que mi madre no.

Tras lo cual se volvió hacia el caballo, aunque Kady lo oyó reírse.

Pensó que era preferible mantenerse lejos de él, dijera lo que dijese. Era más guapo, aún, que Gregory, y ella sabía por experiencia que los hombres guapos solo acarreaban problemas.

-¿Preparada para conocer a mi tío? -te preguntó Tarik unos momentos después, mientras volvía al campamento llevando consigo el caballo.

Kady se irguió en toda su estatura y, aun así, sus ojos quedaban a la altura del pecho de Tarik.

-Opino que deberíamos mantenemos en términos de negocios. No creo que debamos relacionarnos de manera más personal. Nada de vacaciones, nada de campamentos de toda una noche, nada de...

Se interrumpió, porque Tarik se inclinó y le dio un dulce beso en la boca.

-Lo que tú digas, habibi -le dijo, y le indicó el caballo con un gesto.

Parpadeando, Kady se subió al caballo.

25

-Es mi esposa -dijo Tarik Jordan, rodeando apretadamente los hombros de Kady.

- Tu... -empezó a decir ella, pero como él la estrechó con más fuerza, la hizo exclamar-: ¡Ay! -y cerrar la boca.

-En este momento está un poco ofendida conmigo, así que no hagas caso de nada de lo que diga, tío Hannibal.

-No soy su esposa -le dijo Kady al hombre alto y delgado que estaba frente a ella.

Desde que habían desarmado el campamento, Tarik condujo el caballo, pero no por el camino sino por un sendero serpenteante que debía de ser el camino a Legend. A Kady no le llevó mucho tiempo deducir que él intentaba escabullirse en el pueblo abandonado antes de que nadie lo viese.

-Pensé que tu tío te consideraba de la familia -dijo, sentada detrás de él sobre el caballo, sujetándose a Tarik.

-Hay familiares y familiares -repuso él, misterioso.

-Entiendo. ¿Qué le hiciste para temer que pueda dispararte a ti y a una desconocida como yo?

Dándose la vuelta, le sonrió:

-Tienes cerebro dentro de esa hermosa cabeza, ¿eh?

-Sólo para recordar recetas y para descubrir a los mentirosos.

-De eso no estoy seguro. No me cabe duda de que te dejas engañar por los hombres. Desde luego, Gilford te engañó.

-Gregory -lo corrigió, y se le puso carne de gallina al recordar que Cole siempre fingía no poder retener el nombre de Gregory-. Yo, al menos, me he alejado de un hombre que quería de mí algo que no era amor -dijo, sarcástica.

Tarik no dejó pasar el sarcasmo.

-Con unas piernas como las de Leonie, ¿a quién le importa si me ama o no?

-Eres desagradable.

Tarik rió entre dientes y, con la mano libre, sujetó la de Kady que estaba apoyada sobre su vientre plano.

-¿Sabes, Kady?: jamás imaginé que andar a caballo podría ser tan placentero. -Mientras lo decía, se echó un poco hacia atrás de modo que los abundantes pechos de la mujer se incrustaran más aún contra él, y cuando Kady, interpretando el gesto, trató de apartarse, el caballo dio un paso al costado y casi la hizo caerse. Para sujetarse, tuvo que apretarse más todavía a Tarik, y eso lo hizo reír- Mi buen amigo, esta noche te has ganado una ración extra de avena -le dijo al caballo.

Si las circunstancias fuesen diferentes, Kady se habría reído también, pero no podía darse ese lujo. No podía acercarse más a ese hombre de lo que ya estaba.

Pero ahora, ante el tío Hannibal que, con sus ojos ardientes y su larga barba hirsuta, parecía un profeta del Antiguo Testamento, tenía ganas de abandonar por completo el propósito de tratar de ayudar a personas muertas.

-En su licencia de conducir dice que su apellido es Long -dijo el imponente anciano, mirando a Kady desde detrás de su larga nariz, como si ella fuese mentirosa y pecadora, y debiera ser erradicada de la tierra.

Claro que el único motivo por el que había visto la licencia de conducir era porque le había robado el bolso del automóvil. ¿Acaso en su libro decía que robar y disparar a personas inocentes estaba bien?

Cuando Kady abrió la boca para preguntárselo, Tarik dijo:

-Estamos casados y tengo un documento que lo prueba.

-Suéltame, por favor -siseó Kady, tratando de apartarse de él sin lograrlo, pues la retenía con un abrazo de acero.

Asombrada, vio que Tarik se sacaba del suéter una hoja de papel y se la entregaba al anciano.

-Por supuesto, es una copia -le dijo Tarik a Hannibal Jordan, que Ya revisaba minuciosamente- Pero dice que la señorita Kady Long está casada con Cole Jordan que, como sabes, es mi nombre. Ya ves que está todo debidamente firmado por testigos.

-Déjeme ver eso -dijo Kady, arrebatando el papel de manos del viejo. En efecto, era una copia de su certificado de matrimonio con Cole. Miró a Tarik-: Está fechado en 1873.

-Así es -dijo Tarik, como si ya hubiese visto la fecha, y le sonrió al tío-. Sin duda, es un error de la computadora. Ya sabes cómo son esas máquinas.

-No sé, ni quiero saber -replicó Hannibal- Las máquinas están destruyendo nuestra nación, que en otro tiempo fue grande.

Con un feroz tirón, Kady se soltó de Tarik.

-Ese certificado fue escrito a mano, mucho antes de que se inventaran las computadoras. No estoy casada con este Cole Jordan.

-Malhumorada -le dijo Tarik al tío, con aire cómplice, golpeteándose el costado de la cabeza- Pero es mi esposa, ¿qué puedo hacer? ¿Estás lista para seguir, querida? El tío Hannibal nos permitirá quedarnos en la vieja casa paterna de los Jordan, junto con él y con el resto de la familia. -Dirigió a Kady una severa mirada de advertencia- Y no podríamos quedamos si no estuviésemos casados, porque el tío Hannibal no acepta el pecado.

No hacía falta un título de espía para entender lo que estaba diciendo, pero Kady vaciló y luego le hizo a Tarik una caída de ojos.

-Pero, querido, estamos de luna de miel. ¿No podríamos instalarnos en una casa separada?

Librodot

Bajando los ojos, trató de parecer recatada. En una casa separada podría tener su propio cuarto, en lo posible, con una puerta que pudiera cerrar con llave.

-Los frutos del pecado... -dijo el anciano y, para horror de Kady, avanzó hacia ella.

Pero Tarik se interpuso.

-Perdónala, tío, no tiene idea de lo que está diciendo. -Pasó una mano por los hombros de Kady y la sostuvo contra él-. Nos encantará quedarnos contigo y con tus hijos. Será un gran placer. Lo único que pido es poder llevar a mi novia a explorar. Te ayudaremos a vigilar.

Por un momento, Kady pensó que el, hombre iba a levantar el brazo y a decirle que se fuera de la montaña o quizá que moriría de manera bíblica, pero, en cambio, les dio la espalda y se alejó, farfullando para sí.

En cuanto estuvo fuera del alcance de sus palabras, Kady se volvió hacia Tarik, ceñuda.

-¿Por qué no me dijiste que estaba loco?

-¿Creíste que un hombre cuerdo te hubiese disparado? ¿O que elegiría para vivir este sitio olvidado? ¿Qué idea tienes de la locura?

-Bueno, pero, ¿por qué no me advertiste que le dirías que estábamos casados? Es obvio que lo planeaste pues, de lo contrario, no tendrías tan a mano una copia de mi certificado de matrimonio con Cole. Además, ¿de dónde lo sacaste?

Sin responderle, Tarik se volvió y miró hacia el pueblo.

-Hace años que no vengo aquí y, aunque sea difícil de creer, está peor que cuando vine la vez anterior. El tío Hannibal no está bajo atención. Dime, Kady, esposa mía, ¿de qué lado de la cama duermes?

-Si me tocas, morirás lamentándolo.

Tarik se dio la vuelta y la miró, asombrado.

-Si te acuestas con otros hombres, ¿por qué conmigo no?

-¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres despreciable?

-Ninguna mujer, no, no podría asegurar que alguna me lo haya dicho.

Kady pasó junto a él y echó a andar por el camino, en la dirección donde sabía que estaba el hogar de los Jordan.

Mientras caminaba, miraba alrededor. Había visto Legend bajo dos apariencias diferentes. La primera, cuando conoció y amó el pueblo soñado por Cole, con bellas casas, una escuela con un gran patio de juegos y sin señales de las maldades de la vida.

Luego, había visto el pueblo con Ruth. Ése estaba abandonado desde hacía años y los edificios ya empezaban a derrumbarse. Ahora, sin embargo, el pueblo era un triste espectáculo. Pocos edificios conservaban los techos y muchos ya no eran otra cosa que un montículo de tablas caídas en el suelo.

Caminando, sintió que la tristeza la invadía mientras pensaba en lo que podría haber sido aquel lugar y lo que había sucedido para impedir que fuese grandioso.

-¿Cómo era cuando estuviste aquí? -le preguntó Tarik, que iba a su lado y, por una vez, supo que no estaba burlándose.

Primero, Kady pensó en no responderle, pues no quería oír mas comentarios sarcásticos acerca de viajes por el tiempo, pero la melancolía de los recuerdos estaba abrumándola.

-Por ese camino estaba la escuela, con un gran campo de deportes. Creo que Cole lo soñó porque el lugar de juegos debía de ser importante para un chico de nueve años. Había un almacén de mercancías y, por ahí, la heladería más grande que hayas visto.

Empezó a apretar el paso mientras le señalaba cada edificio. Igual que Cole, ignoraba que la mayoría de los edificios parecían haber estado destinados a tabernas y prefirió recordar lo que habían sido cuando estuvo con Cole.

-Esa era la Línea Jordan, pero cuando estuve aquí sólo era una bonita cerca -dijo, contemplando los restos de un muro de piedra que en otro tiempo había separado las partes «buenas» y «malas» de la ciudad entre sí-. A esto se lo llamaba Paradise Lane, y la iglesia era grande y hermosa, y eso era una gran biblioteca.

Girando a la derecha, se detuvo ante un pequeño camino que, según sabía, llevaba al hogar de los Jordan.

-Por ahí, Cole construyó una mezquita. -Se volvió para mirar a Tarik. Era en memoria de su mejor amigo, que fue asesinado con él. -Bajó la voz- Se llamaba Tarik, como tú.

La densidad de ese lugar empezaba a pesarle, y Tarik le tomó la mano y se la llevó a los labios.

Al ver que los ojos de él estaban llenos de compasión, se apartó de un salto.

-No me crees, así que no finjas.

Tarik la miró, ceñudo.

-No sé por qué opinas que soy un monstruo sin sentimientos, pero el hecho de que te crea o no que conociste a personas que vivieron hace cien años no tiene la menor importancia. Lo que sí sé es que este lugar te perturba. ¿Quieres marcharte y volver a Denver? ¿O a Nueva York?

-¿Y que hay del codicilo de Ruth? ¿Estás dispuesto a no poder usar el dinero durante tres años?

-Podrías volver a Nueva York conmigo, y en los próximos tres años yo tomaría todas las decisiones, y tú firmarías todos los papeles.

Kady lo miró, parpadeando.

-¿Trabajar contigo? ¿Todos los días durante tres años?

Tarik le dirigió su sonrisa ladeada.

-A mí me gusta la idea.

Kady empezó a caminar otra vez.

-¿Y qué opinaría de eso tu encantadora Leonie?

-No es celosa y, además, ¿de qué podría estar celosa? No es que tú y yo…

-Está bien -dijo, sobre el hombro-, no habría nada entre tú y yo. De hecho… -Deteniéndose, se volvió hacia él- ¿Por qué no te marchas? Ya le has dicho a tu tío que soy de la familia, de modo que ya no me disparará: ya no te necesito.

Pese a sus palabras, el corazón de Kady estuvo a punto de detenerse. Una parte de ella quiso rodearlo con los brazos y rogarle que no la dejara con ese hombre que la atemorizaba. Pero otra parte quería que él se fuera y no volver a verlo nunca más.

Tarik no se molestó en responderle.

-El árbol del ahorcado está ahí. ¿Quieres verlo?

-Ya lo he visto, gracias -repuso, dejando escapar el aliento que había contenido y echando a andar otra vez.

Sin embargo, había olvidado que también el cementerio quedaba en esa dirección. Cuando estuvo con Ruth, se negó a entrar, pero ahora, a la luz radiante del sol, se detuvo ante la cerca caída y contempló, en hipnótica fascinación, las piedras envejecidas por la intemperie.

-Ven -dijo Tarik con dulzura, tomándola de la mano.

-No -murmuró-. No quiero ver.

Pero él insistió.

-Ven, tienes que hacerlo.

-¡No! -repitió, con más vehemencia, tratando de apartarse de él.

Pero como Tarik no le soltó la mano, cuando Kady tiró con más fuerza, la atrajo a sus brazos.

-Kady, por favor -dijo, abrazándola y acariciándole el cabello-. Quiero que confíes en mí. ¿Acaso no he estado siempre contigo?

Kady asintió, con la cara hundida en el pecho de él. Le hacía bien la tibieza de Tarik y la aspereza del suéter de lana resaltaba su masculinidad. Ningún otro hombre que la hubiese tocado hasta entonces la hacía sentirse como él. Lo sentía seguro y peligroso al mismo tiempo. Lo sentía amigo y enemigo, protector y depredador.

-Mira alrededor -le dijo Tarik en voz suave, apartándole el rostro de su pecho-. Es un cementerio, y toda la gente que está aquí ha muerto hace mucho tiempo.

Cuando pudo abrir los ojos, la primera lápida que vio Kady fue la de Juan Barela y volvió a esconder la cara en el pecho de Tarik.

-No -susurró, y trató de irse, pero él no se lo permitió-. ¿Por qué me haces esto? -le preguntó, mirándolo.

-Quiero que reconozcas la diferencia entre los vivos y los muertos. jamás estuviste casada con Cole Jordan, porque murió hace muchos años.

Kady se apartó de él y corrió hacía el portón de entrada; desde allí se dio la vuelta y lo miró, furiosa.

-No sabes nada de nada. Piensas que todo aquello que no puede ponerse dentro de una computadora no existe. Piensas... Oh, ¿qué importa lo que piensas? -No te necesito ni te quiero, y quiero que me dejes en paz.

Se volvió y empezó a correr hacia el Árbol del Ahorcado, el lugar donde vio a Cole por primera vez, pero Tarik la atrapó entre sus brazos. Forcejeó, y él la sujetó con más fuerza hasta que, al fin, se quedo quieta y rompió a sollozar, apoyada en él.

-Kady, sé que dijiste que yo no te agrado -dijo con suavidad-, y tal vez tengas motivos, pero no voy a dejarte aquí sola. Y no tiene

importancia si creo tu historia o no. Voy a hacer lo que pueda por ayudarte.

La apartó de sí y, como no lo miraba, le puso la mano bajo la barbilla y le alzó la cara.

-Somos socios, ¿recuerdas?

Mirándose en esos ojos oscuros, Kady vio al hombre con el que había soñado toda la vida. Recordó que de niña dibujaba velos en todas las fotos que veía, buscando esos ojos que ahora la miraban. Supo que si él seguía siendo bondadoso con ella, se enamoraría de él, profundamente.

Eso era imposible. Provenían de mundos diferentes y lo único que él quería de ella era que lo ayudase a recuperar los negocios de la familia. Si Ruth no hubiese agregado eso al testamento, jamás habría vuelto a verla. Y en cuanto terminasen con esa tarea, se alejaría de la vida de Kady con la misma facilidad con que había entrado en ella.

Apartándose de él, se secó los ojos.

-Es cierto -dijo-. Somos socios de negocios y quisiera mantener las cosas así. Por favor, quítame las manos de encima. -Levantó la barbilla- Y termina con toda esa charla psicológica para obligarme a mirar lápidas. Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo. Y ahora, si no te importa, preferiría estar sola.

La parrafada de Kady hizo cambiar la expresión de Tarik, que pasó de la preocupación a la arrogancia y la burla.

-Por supuesto -dijo-. Me disculpo por querer imponerme a ti. Estoy seguro de que conoces el camino de regreso a la casa y, como has dejado bien claro, no me necesitas. -Un costado de la boca se alzó en una fugaz sonrisa-. Si llegas a tropezar con el pasado, saluda a mis parientes de mi parte.

Tras lo cual giró sobre los talones y se dirigió de regreso a Legend.

Sintiéndose muy sola, Kady echó a andar en dirección a las montañas. Estaba bien segura de que podría encontrar los petroglifos por su cuenta y, cuando lo hiciera, hallaría la entrada. ¿Qué encontraría cuando la traspusiera? Podría haber un error en el tiempo y llegaría al Legend de 1917. 0 tal vez la roca se cerrara en torno de ella al pasar y quedaría atrapada.

De repente, deseó que Tarik estuviese con ella y luego se reprochó lo estúpido de la idea. ¿Por qué la atraía tanto un hombre como él? ¿Por qué no recordaba cada minuto de los que había pasado con Cole y no anhelaba volver a él? ¿Por qué este hombre oscuro había bloqueado los recuerdos de cualquier otro hombre?

-No significa absolutamente nada para mí -dijo, alzando el mentón y continuando la marcha, sin advertir que se refería a Tarik.

El sendero que subía la montaña había cambiado desde la última vez que estuvo allí, cien años antes. Algunas de las rocas se habían erosionado y los árboles no eran los mismos. Un gran chopo viejo ya no estaba y en su lugar había varios brotes nuevos. Pero los antiguos pinos no parecían haber crecido ni un centímetro.

Cuando al fin llegó a la superficie de piedra pelada, tuvo que apartar retorcidas enredaderas para ver los petroglifos, que ya no se veían con tanta claridad como hacía tantos años, aunque aún se veían.

Kady retrocedió y contempló la roca, esperando que se abriera. Como no sucedió nada, se acercó y pasó las manos por la superficie, como si estuviese buscando el pestillo.

-Prueba con «Ábrete, Sésamo» -oyó una voz a sus espaldas.

Al volverse, Kady vio a Tarik allí de pie, con esa mueca ya familiar en su apuesto rostro, pero que cambió la expresión al verla. Se bajó de un salto del peñasco donde estaba de pie, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia él.

-Kady, tesoro, estás temblando como una hoja. Ven, siéntate.

Sin soltarla, la condujo hasta una roca baja y la hizo sentarse con cuidado. Luego le dio a beber agua de una botella que llevaba colgada del cinturón.

-¿Estás mejor? -le preguntó, sentándose a su lado, todavía rodeándola con los brazos.

-No soy tu tesoro. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Cuidando de mi esposa. ¿O prefieres que te diga habibi?

-No me gusta ninguna palabra cariñosa que provenga de ti y no soy tu esposa.

Sus palabras habrían sido más convincentes si no hubiese estado aún refugiada en el abrazo, y sí no hubiese puesto la cabeza en el hombro de Tarik dejando que él le apartase el cabello de los ojos con las yemas de los dedos.

-¿Cómo es que sabes tanto? -le preguntó en voz queda, apoyándose en él.

-Sé muy poco, pero soy buen oyente. ¿Quieres contármelo todo?

Quería compartir con alguien lo que le había sucedido -no, no con cualquiera, con él-, y al mismo tiempo tenía miedo de permitirse esos sentimientos pues no podían llevarla a ningún lado.

-No -dijo, apartándose de él y sentándose erguida.

-¡Maldición! ¿Qué es lo que no te agrada de mí?

-¡La demanda judicial! -exclamó-. Y... y...

-Esa demanda estaba preparada desde años antes de que yo te conociera. Fowler recibió instrucciones de llamar a otra firma jurídica si aparecías y la demanda fue enviada de modo automático.

-¿Eso es para que te perdone?

Intentó apartarse, pero Tarik la tomó de los hombros y la obligó a mirarlo.

-Sí -dijo con suavidad-. Quiero que me perdones. Quiero... Oh, Kady, te quiero a ti.

Antes de que Kady pudiese esbozar una protesta, la atrajo a sus brazos, la besó y supo que nadie la había besado así hasta entonces. No como la besaba este hombre. Gregory la besaba con reservas y cautela. Los besos de Cole estaban llenos del humor y la excitación de un niño. Este hombre, en cambio, la besaba de un modo que la hacía desear formar parte de él.

Haciendo girar la cabeza de la mujer en su mano, movió la boca para poder acceder a partes a las que ningún otro había llegado. La lengua de Tarik tocó la de ella y Kady se sintió tan lánguida que le pareció que su cuerpo se fundía con el, de él, el suyo tan suave, el de él, tan duro.

Las manos del hombre pasearon por su espalda, se enredaron en su pelo, deshaciendo la gruesa trenza. Su boca cubrió la de ella, las manos la acariciaron, los dedos encontraron sin dificultades los pechos y los abarcaron.

-Kady, yo... -dijo, apartando la boca y estrechando a la mujer contra sí.

El abrazo era tan estrecho que la aplastaba, casi no podía respirar pero, en ese momento, le pareció bien.

-Sí -susurró, animándolo a hablar.

Pero, ¿qué iría a decir? ¿Que él tampoco se había sentido nunca así? ¿Que ninguna mujer lo había hecho sentir así? ¡Imposible!

Tarik la tenía abrazada, sabiendo que no podría dejar de hacerle el amor allí mismo, en aquel instante, y pensando: «De modo que así es estar enamorado», cuando alzó la vista hacia la roca y lo que vio le congeló los pensamientos.

Fue como si la superficie sólida de la roca se convirtiera en una pantalla de cine de tamaño natural y a través de ella pudo ver lo que, sin duda, era el Legend de hacía mucho tiempo. Había un salón con cuatro mujeres de ropas chillonas, sentadas en la terraza; caballos amarrados a los postes, que espantaban las moscas con la cola, y dos hombres con aspecto de no haberse bañado nunca que caminaban por las calles de barro.

Tal fue el impacto de la visión, que por un instante Tarik olvidó que, al fin, había logrado la meta de tener a Kady entre sus brazos. Estos se estrecharon en torno ella, pero no llevados por la pasión sino por el instinto de protección. Hasta ese momento no le creyó una palabra de lo que había logrado entender sobre la historia que Kady contaba, relacionada con la familia Jordan.

Años atrás, había investigado todo lo que pudo encontrar de la historia familiar, tratando de entender por qué su antecesora, Ruth Jordan, le había dejado todo el dinero de la familia a una desconocida que aún no había nacido. Había encontrado buena parte de la historia, pero ninguna explicación.

En ese momento, con la vista clavada en la escena viva que tenía delante, supo que todo lo que Kady afirmaba que le había sucedido era cierto.

Se abrieron las puertas del salón y oyó la música de un piano desafinado que venía del interior. Y olió el barro, el estiércol de caballo y los cuerpos sin lavar.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Kady, pero cuando intentó darse la vuelta, él la retuvo.

-Nada, cariño -susurró, apoyando otra vez la cabeza de ella en su hombro y sujetándola.

Nunca hasta entonces se había sentido así con una mujer, como si quisiera envolverla en seda y protegerla de todo daño.

-¡No! -gritó de súbito Kady, empujándolo con fuerza y mirando hacia la roca.

Para estupefacción de Tarik, en cuanto Kady giró la cabeza, la roca se cerró y, por unos momentos, los dos miraron en silencio la roca común y silvestre.

-Estaba abierta, ¿no es así?

-¿Abierta? -preguntó Tarik, haciendo lo posible por fingir ignorancia. Pero lo que vio lo había dejado impresionado y le costaba ocultar esa impresión-. ¿Qué estaba abierta? -La miró con pasión-. Tú, ábrete para mí.

Si bien sabía que estaba comportándose como un viejo obsceno, quería hacerla enfadar hasta el punto de que Kady se diera la vuelta y corriese montaña abajo, lo más lejos que pudiera de ese lugar. Si esa roca malvada volvía a «abrirse», ¿se levantaría de un salto y correría a pasar por la abertura?

-Apártate de mí -le dijo, empujándolo- Y, en adelante, te agradecería que no me pusieras las manos encima.

-¿Cómo voy a hacer, si hay tantas partes de ti que quisiera tocar?

Si bien Tarik había querido enfadarla, obtuvo más de lo que hubiese querido.

Levantándose de un salto, Kady puso los brazos en jarras y lo miró, furiosa:

-De modo que piensas que estoy gorda, ¿eh?

-¿Gorda? -se extrañó Tarik.

La afirmación lo dejó tan estupefacto que se olvidó de la roca. ¿Qué habría dicho para hacerla pensar que la consideraba gorda? Aunque sabía que no era tan delgada como imponía la moda, Kady le parecía la mujer más apetecible que hubiese visto en su vida. Cada segundo que debía contenerse de no tocarla le provocaba auténtico dolor.

-Quiero que te mantengas alejado de mí -le dijo la mujer entre dientes.

Volviéndose, empezó a bajar la montaña, mientras Tarik se quedaba mudo, atónito, sentado sobre la roca.

Pero, en cuanto ella dobló la curva, la roca se abrió otra vez y vio a Legend en todo su cenagoso esplendor. Como hipnotizado, se levantó y fue a detenerse junto a la abertura. Le bastaría dar un solo paso para estar en otro tiempo y en otro lugar.

Pero retrocedió, mirando la abertura. Sabía que sus antepasados habían vivido en ese pueblo, pero si pasaba tal vez nunca pudiese volver a ese día y hora. Y si no volvía, perdería a Kady. Perdería a la mujer que había esperado toda la vida.

Se dio la vuelta y empezó a correr montaña abajo, hacia ella, pero Kady iba a tal velocidad que ya estaba casi en el Árbol del Ahorcado cuando la alcanzó. Estaba tan furiosa con él que no se dio por enterada de su presencia.

Tras varios intentos de lograr que lo escuchara, la atrajo a sus brazos y la sujetó con fuerza, aunque forcejeaba.

-Yo no soy Gregory -le dijo, en la cara-, y que me condenen si permito que te convenzas de que lo soy,

-Suéltame -dijo, forcejeando con él- No quiero que te me acerques.

-No creo que eso sea cierto -dijo, sin soltarla. Lo que dices no es lo que veo en tus ojos. Kady, mi amor, mírame.

-No -dijo, ya sin debatirse pero manteniendo los brazos cerca del cuerpo y las manos formando puños.

-Pienso que eres preciosa -le dijo, besándole la mejilla-. Real y genuinamente preciosa. -Le besó la otra mejilla- Creo que eres la mujer más voluptuosa y deseable que he visto en mi vida. -Le besó la frente-. Y nada en el mundo me gustaría más que llevarte a la cama, y -le besó la nariz- hacerte el amor todo el día. -Le besó la barbilla- El solo verte me incita a la lascivia -y me gustaría ponerte las manos encima...

El resto de la oración quedó ahogado por el ensordecedor estrépito de una motocicleta, que llegaba por detrás de Kady. Los brazos de Tarik se estrecharon más en torno de ella, en gesto protector, y ella intento girar para ver quién llegaba - Por algún motivo, no podía imaginarse al tío Hannibal montado en una motocicleta.

-¡Maldición! -refunfuñó Tarik por lo bajo, y miró a Kady- Lamento lo que va a suceder -le dijo, con gran tristeza en la mirada

-¿Lamentar qué...? -empezó a decir, pero Tarik la apartó y le dijo que se refugiara bajo el Árbol del Ahorcado.

Kady se escabulló tras él, sin la menor intención de titubear. Ya desde el refugio bajo el árbol, se volvió y vio que se acercaba una gran motocicleta conducida por alguien enfundado en cuero negro, con un casco que le ocultaba la cara.

¡Mientras la gran máquina rugía acercándose a Tarik, Kady se aproximó más al árbol, en un movimiento instintivo, pero Tarik, en cambio, permaneció a cielo abierto, sin moverse siquiera, mientras el vehículo enfilaba directamente hacia él.

-¡Cuidado! -le gritó, casi sin poder oír su propia voz sobre el fragor de la máquina.

Pero Tarik le hizo un ademán indicándole que se quedara donde estaba. Tenía una expresión de hondo disgusto.

Kady observó cómo la motocicleta trazaba una curva cerrada alrededor de Tarik, levantando pedregullo, pero él no se inmutó. Por fin, se detuvo frente a él en medio de un remolino de polvo y Tarik, con las manos en los bolsillos, siguió sin moverse.

Kady, a un par de metros, tosía por culpa del polvo, viendo cómo el motociclista se sacaba los guantes de cuero negro, revelando manos de mujer. Al minuto siguiente, se saco el casco y soltó una cascada de cabello rojizo de un metro. Balanceando una pierna increíblemente larga, desmontó del vehículo y se paró delante de Tarik, tan cerca que sus pechos casi le tocaban.

Claro que, si se hubiese parado a treinta centímetros, seguiría siendo así, pensó Kady, al ver a la mujer, Medía más de un metro

ochenta de estatura, por lo menos, de figura estatuaria, de apariencia corpulenta y fuerte. Con los ojos al nivel de los de Tarik, le puso una mano tras la cabeza y lo besó, mientras él seguía inmóvil, sin tocarla.

Sin embargo, apretando las manos a los lados, Kady notó que tampoco se apartaba. Se recordó que eso no era de su incumbencia y supo que tenía que volver a la casa. O, tal vez... Bueno, a cualquier otro lugar que no fuera ése. Pese a sus sensatos pensamientos, se quedó como pegada donde estaba, clavando la vista en la mujer que estaba besando a su marido.

Al instante recordó que el señor C. T. Jordan no tenía ninguna relación oficial con ella; ni siquiera eran amigos.

-Querido, sabía que vendrías a buscarme -dijo la mujer, en voz ronca, y a Kady se le ocurrió que ningún hombre dejaría de excitarse al oírla-. En cuanto te envié ese fax, sabía que vendrías a rescatarme.

Tarik no respondió y dio un paso atrás para librarse de la mujer.

Como si tuviera un sexto sentido, la mujer giró hacia Kady la mirada de unos ojos de un increíble color verde esmeralda. «¿Lentes de contacto?», pensó Kady,

-¿Quién es tu pequeña amiga? -preguntó la mujer.

Al volver la mirada hacia Kady, Tarik tenía la expresión del que sabe que va a tener problemas y que no tiene modo de impedirlos.

-Eh, Wendell, ésta es Kady Long. Kady, ésta es mi prima, Wendell Jordan.

Wendell miró a Kady de arriba abajo.

-Tarik, querido, no es tu tipo, para nada. ¿O es que tus estándares están bajando?

Con ademán posesivo, le pasó una mano por los hombros: Tarik sólo era apenas más alto que ella.

A la Kady de unos meses atrás le habría intimidado una persona tan magnífica como Wendell Jordan, pero después de lo que había pasado, no había muchas cosas que pudiesen intimidarla.

-¿Cómo estás? -dijo, adelantándose y sonriéndole con dulzura, para luego lanzar una pequeña carcajada divertida-. Pienso que mi marido está un poco confundido. Soy Kady Jordan, no Long, y estamos de luna de miel. Me ha dado Legend como regalo de bodas. ¿No es encantador?

Kady tuvo la dicha de ver que su anuncio alarmaba a la mujer hasta el punto de dejarla muda, y cuando se acercó a Tarik, se puso de puntillas y le dio un beso propio de una esposa, en la mejilla.

-Cuando termines de recuperar el tiempo perdido con tu prima, ven, querido, pues quiero que me ayudes a lavarme el cabello. Sé cuánto te gusta cepillármelo.

Tras eso, se dio la vuelta y se alejó.

Oyó a Wendell decir, a sus espaldas:

-No te habrás casado con ella, de verdad, ¿no, querido?

Oyó que Tarik respondía con una risa disimulada, y comprendió que lo había sorprendido a él también, y quizás, hasta complacido.

Canturreando para sí, como si hubiese matado al dragón, Kady volvió hacia la casa.

-¿Quién cocinara aquí? -dijo en voz alta, entrando en el porche.

-El primero que tenga hambre -dijo una voz que casi hizo que Kady se desmayara del susto.

Descolgándose del techo del porche había un bello joven. Si bien no era del calibre de Tarik, parecía salido de la historieta del Pequeño Abner. Llevaba un mono de granjero, sin camisa debajo, que revelaba sus músculos jóvenes, y los ojos azules chispeaban bajo una mata de cabello rubio oscuro. Kady lo hubiese reconocido en cualquier parte como pariente de Cole.

-¿Compartimos la broma? -le preguntó, con sonrisa contagiosa.

-¿Has visto alguna vez una película del Pequeño Abner?

-Creo que sí. ¿Te recuerdo a alguien?

Era evidente el orgullo por sí mismo.

-Al Pequeño Abner, por supuesto. Y la mujer de la motocicleta es Moonbeam, McSwine. -Rió, pero, al tomar conciencia, se sintió incómoda-. ¡Oh, debe de ser tu...!

-Mi hermana. Mi hermana mucho, mucho mayor, y nunca he oído una descripción tan precisa de ella. Soy Luke Jordan, ¿y tú quién eres?

Avanzó hacia ella.

-Mi esposa -dijo alguien desde el prado de césped que había frente a la casa, y los dos se volvieron y vieron a Tarik allí, de pie, con los ojos convertidos en un par de ascuas de furia-. Y si vuelves a mirarla de ese modo, haré que lo lamentes.

No había un ápice de humor en su voz ni en sus gestos.

Al instante, el rubio saltó por encima del travesaño del porche, con la evidente intención de aterrizar directamente sobre Tarik, pero éste dio un paso al costado y el joven cayó resbalando por la tierra.

-¿Crees, acaso, que puedes atraparme, pequeño? -dijo Tarik, adoptando la pose característica de los que han estudiado artes marciales.

-Quiero a tu mujer. Tú no me importas.

Para horror de Kady, los dos hombres empezaron a luchar como jamás había visto luchar en un ring. El joven cayó con fuerza al suelo cuando Tarik hizo un movimiento de costado con su cuerpo esbelto, para eludir al otro que quería dominarlo por medio de la fuerza bruta.

Por unos momentos, Kady permaneció en el porche, observando con horrorizada fascinación. Nunca había visto a nadie pelear con la facilidad y la gracia con que lo hacía Tarik, sin perder jamás su sonrisa petulante. Era mucho mejor que el joven, que no representaba rival para él, En pocos minutos, al rubio le sangraba la nariz y tenía un arañazo sangrante en el costado, de cuando había aterrizado sobre la gravilla.

-¡Basta! -gritó Kady, pero ninguno de los dos le prestó la menor atención, y el más joven siguió lanzándose contra el mayor, y éste eludiéndolo, y luego haciendo caer al rival.

-¡Basta! -volvió a vociferar.

Bajó corriendo los peldaños y, sin pensar en su propia seguridad, se puso de un salto entre los dos hombres. Por desgracia, su salto fue tan mal calculado que se detuvo debajo del rubio mientras éste estaba en el

aire. Había intentado aterrizar encima de Tarik para que el cuerpo de éste protegiese su caída, pero Tarik aferró a Kady y la hizo girar de costado, de modo que el joven cayó boca abajo sobre una zona apenas cubierta de césped y se le llenó la boca de tierra.

Soltándose de Tarik, Kady fue hacia el joven.

-Mira lo que has hecho. Lo has lastimado.

-Sí, primo, me has hecho daño -dijo, sentándose y enjugándose la sangre de la nariz.

Hasta ese momento, Kady estaba segura de que la pelea era real pero, entonces, mirando de uno a otro, comprendió que era una de esas riñas de muchachos, incomprensibles para las mujeres. Arrepentida de haber desperdiciado un momento de preocupación por cualquiera de los dos, se puso de pie.

-Podéis vendaros vosotros mismos las heridas -dijo, echando a Tarik una mirada furiosa y viendo que le corría sangre por una comisura de la boca.

Mientras subía los peldaños y entraba en la casa, oyó las carcajadas de los dos hombres y, cuando la puerta se cerró tras ella, hizo una mueca. «¡Hombres!», pensó, y se puso a buscar la cocina.

26

La cocina de la vieja casa era muy similar a la de la casa de fantasía de Cole, con una gran cocina de hierro fundido y una enorme mesa de trabajo de roble, en medio del recinto. Cerca de la cocina había una despensa atiborrada hasta el techo de todo alimento envasado concebible, y grandes sacos de harina y de arroz. Fuera de la ventana había un retazo de hierbas que luchaban por sobrevivir, pese a años de descuido.

Recogiendo de la despensa tomates envasados y una bolsa con manzanas, Kady los llevó a la cocina.

-Tarik, querido -se burló en voz alta, mientras agarraba una manzana y un cuchillo de pelar sin filo-. Eres demasiado divino para describirte con palabras.

Tarik rió entre dientes, desde la puerta.

-No dejes que Wendell te perturbe. Siempre ha sido así, desde pequeña.

-¿Qué quiere decir eso? ¿Alta, bella y malvada?

-Digamos, simplemente, que no tiene muchas amigas. ¿Qué estás haciendo?

Lo miró como si fuese incurablemente estúpido. Estaba furiosa con él porque no creía que se abriese la roca, y luego esa horrible mujer, el susto de la fingida pelea con Luke, que casi no podía hablar.

-¿Qué te parece que estoy haciendo?

-Si piensas preparar la cena, y eso espero que estés haciendo, creo conveniente advertirte que el tío Hannibal no es ningún gourmet. No le gusta la pasta con calamares en su tinta, ni nada condimentado con aliño balsámico; además, lo único que tienes para cocinar es eso -dijo, indicando con un gesto la cocina de hierro ¿Has visto alguna vez una de ésas?

Kady lo miró como para advertirle, pero fue inútil.

-He visto algunas en libros de historia.

Tarik se apoderó de una de las manzanas que ella acababa de pelar.

-Quizá puedas lograr que el tío Hannibal te muestre cómo se usa esta cocina.

-O quizá pueda mostrármelo Luke -dijo con dulzura.

-¿Estás tratando de darme celos?

-Tratando de mejorar mi vida sexual -repuso, sin pensar.

-Oh -exclamó Tarik, interesado, dando un paso hacia ella-. Yo podría...

-Si das un paso más hacia mí, perderás algunas partes de tu cuerpo.

Sonriendo, Tarik se apartó.

-Entonces, te dejaré tranquila, y esperaré la cena con impaciencia. Pero recuerda: nada extravagante. Algo simple, como... como...

-¿Qué te parece espagueti y pastel de manzana, ¿O acaso los espaguetis son algo demasiado extraño para una familia tan convencional? -preguntó inocentemente. Hannibal y sus «chicos» eran todo menos convencionales.

-No, no, eso está bien -le dijo, sonriendo, disfrutando de irritarla- Si me necesitas, estaré afuera. Quiero ver esa Harley que montaba Wendell. Buena máquina, ¿no?

-Me temo que jamás he sido lo bastante marimacho para aprender cosas sobre motocicletas. Dime, ¿también mastica tabaco y juega al fútbol con los hombres?

Al tiempo que mordía la manzana, Tarik le lanzó una mirada que casi le abrasó el cabello.

-Wendell hace lo que le da la gana, cuando se le antoja, con quien le apetece.

-Sí, y veo que eso la ha convertido en una magnífica persona.

Mientras Tarik salía, riendo entre dientes y cerrando la puerta, Kady le arrojó un puñado de mondaduras de manzana.

Después que se fue, Kady pensaba en la mortífera pelirroja, cuando:

-¿Puedo ayudar? -dijo Luke, tímido, desde la puerta- ¿En realidad, sabes cocinar?

Luke tenía una dulzura que le hacía recordar a Cole. Le sonrió y le indicó con un ademán que se reuniese con ella.

-Ven y háblame mientras cocino. Cuéntamelo todo acerca de tu familia.

Luke se sirvió una tajada de manzana.

-¿Acerca de los Jordan, o de mi primo Tarik en particular?

-No tengo ningún interés particular en él. Ninguno. Es libre de hacer lo que se le antoje. Puede...

Se interrumpió al ver que Luke se reía.

-Está bien. Pero el modo en que os miráis los dos podría incendiar el granero. ¿Por dónde quieres que empiece? ¿Con su madre, su padre o sus chicas?

Kady fijó la vista en las manzanas que estaba pelando y no lo miró.

Luke bajó la voz:

-¿O preferirías que te hablara de sus sueños?

-¿Qué sueños? -preguntó con vivacidad.

-De una niña montada en un pony. Una pequeña de gran melena negra en una trenza gruesa, cayendo por la espalda. En verdad, tenía una trenza muy similar a la tuya. ¿Te interesa?

-Puede ser -dijo, como si no quisiera escuchar hasta la última sílaba.

-Oh, bueno, en ese caso será mejor que salga y ayude a mi hermana a afinar el carburador.

-¡Siéntate! -le ordenó Kady, apuntándolo con el cuchillo.

-¿Qué obtendré si traiciono a alguien de mi propia sangre?

-La mejor comida que hayas comido en tu vida -respondió, seria.

Con los ojos agrandados, Luke la miró:

-¡Alexandria, Virginia! ¡Onions! Kady, con d. Ésa eres tú.

Kady no pudo contener una sonrisa de satisfacción.

-Exacto. De modo que siéntate y cuéntame mientras preparo la cena.

-Sí, señora -dijo Luke, sentándose al otro lado de la mesa, donde Kady lo puso a pelar el resto de las manzanas.

Mientras Kady trabajaba, rápida y eficiente, Luke hablaba. Repitió lo que Kady ya sabía sobre el abandono a que los padres de Tarik lo sometieron, y tuvo que bajar la vista cuando Luke dijo que nunca había visto a su primo tan relajado y sonriente.

-Tú le has hecho algo -dijo Luke-. No me han hecho falta más que dos minutos para advertir que no está como de costumbre, callado y misterioso. Cuando yo era niño, él solía venir de visita, pero desaparecía durante días y nadie sabía adónde iba. Wendell y yo intentábamos seguirlo, pero no tenía dificultad en desorientarnos. Pero, hoy.. contigo...

Kady no quiso asignar ningún peso a las palabras de Luke.

-Estoy segurísima de que si trajese a una chica aquí, él...

-Lo hizo una vez, cuando Wendell no estaba, por supuesto. La chica estaba tan asustada de los aullidos de los coyotes, que Tarik la llevó al pueblo de vuelta al día siguiente.

-Tarik -dijo Kady en voz suave- ¿Sabías que en Nueva York no lo conocen por ese nombre?

Luke le dirigió una sonrisa ladeada, tan parecida a la de Tarik, que Kady tuvo que volver la cabeza.

-Tipo discreto. Demasiado discreto. Háblame de ti, Kady. ¿Por qué te casaste con mi taciturno primo?

Kady no quería hablar de si misma, quería escuchar.

-Ven afuera a recoger hierbas conmigo y te contaré lo referido a ese sueño.

Sonriendo, Luke salió tras ella y, mientras Kady recogía hierbas, le explicó que toda la vida Tarik había soñado con una niña sobre un poni. Cuando era niño, solía decir que esa niña era su mejor amiga y que iría a vivir con él. Sus fantasías con respecto a la niña eran una broma familiar.

Cuando regresaron a la casa, Kady escuchaba con atención, mientras blandía el palo de amasar. Estaba haciendo fazzoletto, pañuelos de pasta: hojas de hierbas enteras se amasaban entre capas transparentes de masa, luego se cortaban en láminas para mostrar la belleza del diseño Como no había tiempo de hacer la acostumbrada salsa de tomate de tres horas, utilizó tomates enlatados, cebollas y hierbas.

Como postre preparó una tarte tatin, uno de los platos más exquisitos jamás creados: mantequilla caramelizada y azúcar, cubierta con una docena de manzanas cortadas en rebanadas finas como papel, cocidas en la parte de arriba del horno, y luego, una capa de masa en copos encima, horneada hasta quedar de un marrón dorado y, por último, todo el conjunto se invertía sobre una fuente. Era casi tan bella como deliciosa.

A eso de las siete de la noche, empezaron a aparecer todos, atraídos por los aromas que salían por la ventana abierta.

Hannibal tenía un aspecto tal que parecía haber estado trabajando en las minas, con la ropa manchada de polvo de roca. Wendell seguía vestida de cuero negro, pero se había puesto más maquillaje aún y Kady se preguntó cómo haría para levantar las pestañas, con lo que debían de pesarle.

En cuanto a Tarik, fue el último en llegar, y por las miradas de fastidio que le dirigió Wendell, Kady comprendió que no habían pasado la tarde juntos, en absoluto. Claro que eso no le importaba, pero se dio la vuelta y sonrió. Después, empezó a tratar de imaginar dónde habría estado Tarik, que venía muy sucio, con barro en los zapatos y una mancha en la mejilla.

Comprobó, complacida, que su comida fue un gran éxito con todos los parientes de Tarik. Hasta Wendell pareció impresionada. Conteniendo el aliento, Kady aguardó la opinión del tío Hannibal: quizás, algo tan especial como los fazzoletto no fueran adecuados para él. Pero comió sin hacer comentarios.

Después de la cena, todos salieron al porche a sentarse en sillas y, a disfrutar del aire fresco de la noche. Cuando Tarik, se sentó sobre el travesaño, de inmediato Wendell trasladó la silla para estar sentada casi a los pies de su primo. En cuanto a Kady, colocó una silla en el extremo más alejado del porche.

El tío Hannibal se reclinó en la mecedora, mondándose los dientes con un palillo.

-Kady, muchacha, si no estuvieses ya casada, después de una comida así, yo mismo pediría tu mano.

Kady necesitó un momento para advertir que estaba bromeando... ¿o no? Sonriéndole, respondió que, consideraría con mucha seriedad la propuesta.

Wendell comentó que Kady ya tenía esposo y que también tenía el pueblo.

-¿No es suficiente para una mujer?

-Nada ha sido nunca suficiente para ti, hermana mayor -dijo Luke.

Eso hubiese bastado para iniciar una discusión, pero Tarik la cortó diciéndoles que, en efecto, Kady ya tenía marido, y que seria conveniente que no lo olvidasen.

-Luke, tú que eres abogado -dijo Kady, ¿piensas que un certificado de matrimonio fechado hace ciento veinte años hoy tiene validez?

Luke pasó la vista de Tarik a Kady.

-No, no lo creo. ¿Por qué? ¿Acaso en el tuyo se cometió un error así?

-Error de la computadora -dijo Hannibal, como si fuese programador y conociera de esos temas.

-Está escrito a mano -dijo Kady.

-Hoy en día, son sorprendentes los tipos de letra que traen las computadoras -dijo Tarik, sonriendo.

-Ahora que lo mencionas -dijo Luke, mirando al primo-, me preguntaba cómo habríais hecho para casaros en secreto. Yo imaginaba que tu madre organizaría una boda del tamaño de Alaska.

-Sí, muchacho, ahora que lo pienso, ¿por qué no fuimos invitados a la boda? -preguntó el tío Hannibal, otra vez con ese semblante de profeta.

Todos los ojos se posaron en Tarik, sobre todo los de Kady. Si el tío Hannibal descubría que no estaban casados, ¿los echaría de Legend? Si eso sucedía, ¿tendría ocasión de ayudar a Ruth alguna vez?

Como si la conversación no le interesara en lo mas mínimo, Tarik se levantó y se estiró.

-Ninguno de vosotros va a tenerla, de modo que podéis dejar de buscar defectos. Está casada conmigo y no importa lo que dice ese papel. -Sonriendo, miro a Kady. Además, si no estuviésemos casados, no habría motivo alguno para que nos quedemos aquí y tratemos de pasar por ninguna entrada, ¿no te parece? Tío Hannibal, ¿ocupamos el dormitorio azul?

-Siempre es tuyo -respondió Hannibal, sonriendo a Kady con benevolencia.

-¿Qué entrada? -preguntó Luke, curioso.

Tarik rodeó a Kady con un brazo.

-Una que no es asunto de niños pequeños como tú.

Luke rió, confiado. Tal vez sea un niño para ti, primo Tarik, pero no para las damas.

-Tarik, mi amor -ronroneó Wendell-, no puedes ir a acostarte ya. La noche está recién comenzada. Estoy segura de que tu pequeña... amiga, debe de estar cansada después de tanto cortar y pelar, pero tú y yo... Bueno, recordarás que a esta hora del día por lo general empezábamos.

Cuando Wendell agitó las pesadas pestañas, Kady temió que la brisa -arrancase las tejas del porche.

-Sí, querido -dijo, sarcástica-, ¿por qué no te quedas y ayudas a Wendell con un... con un ventilador a pedal, o algo así? Sin duda, los dos tendréis muchas cosas varoniles que hacer juntos. En cuanto a mí, tengo bastante para tejer y hacer ganchillo para mantenerme entretenida en mi mecedora. Buenas noches a todos.

Abrió la puerta y se metió en la casa.

Tarik la siguió, pero se detuvo al pie de las escaleras, mirando hacia arriba, y por su rostro pasó una expresión de dolor.

-Creo... creo que me quedaré un rato abajo.

Kady alzó la nariz. No le importaba lo que él hiciera, pero cuando miró hacia abajo, Vio que Wendell escuchaba con avidez. Sobre la boca pintarrajeada, los ojos de la muchacha tenían tal expresión de astucia, que el corazón de Kady se hizo un apretado nudo.

-Como quieras -dijo Kady, y comenzó a subir la escalera, pero Tarik le sujetó la mano contra la baranda.

-Mira, no es lo que piensas -dijo en voz queda, para que los otros no pudieran escuchar-. Tengo que ocuparme de una cosa. Volveré en cuanto pueda.

-¿Acaso tienes la impresión de que yo quiero compartir el dormitorio contigo? -siseó, mirándolo.

Hizo como si no la hubiese oído.

-Nada deseo más que pasar la noche contigo, pero tengo que...

-¡Eres demasiado vanidoso para expresarlo con palabras! Ve a quedarte con tu prima. ¿O acaso Leonie volará para venir a visitarte? No hay nada entre nosotros, excepto ...

¡No dijo mas, porque Tarik saltó sobre la baranda, la tomó en sus brazos y la besó hasta dejarla laxa.

-¿No te parece de que ya sería hora de que dejásemos de jugar? Tú sabes tan bien como yo que estamos hechos el uno para el otro. Por el destino, si quieres. Desde aquel primer día en que te miré a los ojos, yo...

Se interrumpió y le apartó el cabello de la cara, enganchando un rizo detrás de la oreja.

-¿Tú qué? -le preguntó, mirándolo.

Cuando la tocaba, no podía pensar con claridad.

-Desde aquel primer día, he sabido que te amo.

-¡Eso no es verdad! -dijo, tratando de apartarse.

Dos hombres habían dicho que la amaban, y en los dos casos fue mentira. Gregory quería usarla para hacer dinero y Cole era...

-Es verdad -dijo, abrazándola, sin permitirle que se moviera- Hace mucho tiempo que nos amamos. Pienso que tal vez nos hayamos amado incluso antes de conocernos.

-Qué absurdo. Eso es ridículo.

Otra vez intentó soltarse, pero él no la dejó.

-Ahora no tienes que decirme que me amas -dijo. Primero, quiero ganar tu confianza.

-¿En la cama de qué mujer? -le espetó- ¿Y qué me dices de tu compromiso con la flaca Leonie?

-Lo rompí el día que me arrojaste los papeles al suelo. Está fuera de mi vida.

-No te creo -te dijo, tratando de no mirarlo, porque no podía soportar esa mirada- Casi no nos conocemos, y sólo has venido aquí por el codicilo de Ruth, y ..

-No existe tal codicilo -repuso, en voz baja.

-Y tú vives en un mundo diferente del mío, y.. ¿Cómo es eso de que no existe tal codicilo?

-Así está mejor -dijo, sonriendo porque Kady había dejado de debatirse para apartarse de él y lo miraba, incrédula- Lo inventé todo. Soy buen actor.

-No eres actor, eres un mentiroso!

-Llámame como quieras. ¡Mmm, qué buen sabor tienes! -Estaba mordisqueándole el cuello- Fue muy divertido cuando dijiste que prepararías espaguetis y pastel de manzana. Es como comparar un Ferrari con un autobús. ¿Cómo recuerdas todos los ingredientes? ¿Llevas un libro de cocina contigo?

-Tengo talento para recordar los ingredientes de una receta. No puedo pensar cuando haces eso.

-Esa es la intención.

Kady hizo lo que pudo por apartar el cuello de la boca de él. Tenía que conservar la cordura. Con fuerza sorprendente, logró separarlo un poco, pero las manos de Tarik seguían aferradas detrás de su espalda.

-¿Cómo que no hay codicilo? ¿Qué decía la carta de Ruth? De hecho, ¿por qué estás aquí?

Suspirando, Tarik le quitó las manos de encima. Si seguía tocándola, no podría responder a ninguna pregunta.

-Mi antepasada, Ruth Jordan, me dejó una carta donde se refería a que te había encargado la tarea de lograr que su nieto Cole viviera después de los nueve años. Me pedía que te ayudara a cumplir con ese encargo.

-Pero tú no crees que pueda hacerlo.

-No quiero que lo intentes.

-¿Por qué no? -preguntó, suspicaz.

-Porque mi antepasado murió en un tiroteo. Si tú impidieras que le disparasen, podría suceder que te disparasen a ti.

-Oh, no había pensado en eso.

-Me parece que Ruth y tú no tuvisteis en cuenta muchas cosas. Como, por ejemplo, que un testamento como el de ella no se sostendría en un tribunal. Además, hace muchos años que mi familia está enterada de ese testamento y hemos tomado nuestras precauciones.

Kady parpadeó, esforzándose por entender qué estaba diciéndole.

-¿Acaso estás tratando de decirme que esto fue todo planeado?

-Más o menos.

-¿El señor Fowler...?

-No sabe nada. Pensó que tú serías la dueña de todo, y que a petición tuya, me lo devolvería a mí. -Al verle la cara, supo que le había dicho muchas cosas, demasiado pronto- Mira, mi amor, ¿por qué no hablamos de esto después? Ahora, de pie en las escaleras, no es un lugar para hablar de...

-¿Hablar de que te has reído de mí, me has mentido y, en general, me has manipulado?

-Bueno, sí, lo he hecho, pero ha sido por una buena causa.

-¿Cuál? -dijo, entre dientes apretados.

-Desde el primer momento en que te vi, supe que te amaba, pero quise saber si tú también me amabas.

-Yo no te amo -dijo, enfadada- ¡No puedo soportarte! Me has ridiculizado, te has reído de mí, te has burlado de mi cocina, y .. y no quiero volver a verte nunca -dijo, mientras pasaba junto a él para seguir subiendo.

-Kady, mi amor, querida, cariño, no hablas en serio. Tenía que hacer todo eso. Después de lo que te hizo el canalla de Gregory, no me creerías si te dijera que te amo desde aquel primer día en mi despacho.

-No te creo ahora, así que ¿qué importa?

-Sí, me crees -repuso, con absoluta confianza-. Tus ojos lo dicen, lo dice el modo en que te mueves.

-En ese caso, deberías hacer un curso para interpretar, porque no te amo y nunca te amaré. Ni siquiera me gustas.

-Sí, te gusto, y si tuviera tiempo, ahora te llevaría arriba y te demostraría lo mucho que te gusto. Pero no tengo tiempo. Luke y yo…

Si Kady había creído que Gregory era vanidoso, este hombre se llevaba el premio.

No estás escuchándome, ¿verdad? No quiero saber nada de ti. Ve a pasar la noche con Luke, o con el macho de Wendell, o con tu anoréxica Leonie, por lo que a mí me importa. No me importa en lo más mínimo.

-Kady, mi amor, en realidad, no quieres decir eso, y si tuviera tiempo… ¡Ay! ¿Por qué me pegas?

-Porque no tengo un cuchillo a mano.

-No lo dices en serio -dijo Tarik, pero por el tono Kady comprendió que estaba impresionado.

-Lo digo muy en serio. Ve a dormir en uno de los burdeles, si eso te viene bien.

Dicho esto, pasó empujándolo y subió la escalera rumbo al dormitorio azul.

-Da la impresión de que no quiere saber nada contigo -dijo Luke a su primo riendo, cuando quedaron solos en el porche.

Había visto a muchas mujeres ponerse en ridículo por su primo, tan extraordinariamente apuesto como rico.

-¿Quién? Ah, te refieres a Kady. No, está loca por mi.

-Eso hemos oído. A mí me parece que quiere embutirte una manzana en la boca y meterte en el horno.

-No, no hay problema. Lo que pasa es que está molesta porque su último novio era un verdadero canalla. No tiene nada que ver conmigo.

-He oído que le pusiste una demanda judicial y le has dicho unas mentiras increíbles.

Tarik hizo un ademán como desechando la preocupación.

-No deberías escuchar detrás de las puertas. Escucha, necesito tu ayuda. ¿Se te ocurre algo para librarte de Wendell por toda la noche?

-¿Te refieres a drogar su cerveza o algo así?

-¿Puedes hacerlo?

Luke meneó la cabeza, dubitativo.

-¿Qué es lo que te pasa? La mayoría de los hombres adoran a Wendell.

-Yo no, y precisamente por eso me quiere. Y no tengo intención de ofender a tu hermana, pero no tengo energías suficientes para ella. Bueno, dime cómo puedo librarme de ella y si estás dispuesto a pasar la noche ayudándome.

-¿Yo? ¿Un niño como yo? -dijo Luke, con grueso sarcasmo.

Tarik le dirigió una sonrisa torcida.

-Si vuelves a tocar a Kady, tal vez te haga demostrar tu hombría.

Luke rió.

-¡No me digas que estabas diciéndole la verdad a Kady? No es posible que el duro Jordan se haya enamorado de una pequeña mujer como Kady. Pensé que te gustaban las pirañas como Leonie y mi querida hermana motociclista.

-Algún día, cuando crezcas, te contaré los hechos de la vida, pero aún no. ¿Quieres ayudarme, o no?

-¿Sería mucho pedir saber qué quieres que haga? ¿Será lo bastante interesante para perder una noche de sueño por eso?

-¿Y si te dijera que he encontrado un agujero a través del tiempo, y que si pasamos por ahí, podremos entrar en el pasado?

Luke lo miró unos momentos, con aire especulativo. La historia era absurda, pero tenía fe en su primo.

-En este momento, podrías estar arriba, tratando de meterte en la cama con Kady... no creí ni por un minuto esa patraña de la boda... ¿y quieres pasar la noche cazando fantasmas? -preguntó en voz baja.

Tarik no hizo otra cosa que mirarlo fijo.

-Si es tan importante, de repente he sufrido un ataque de insomnio.

-¿Y qué hacemos con tu hermana?

-Déjamela a mí. He aprendido algunas cosas en la facultad de Derecho.

-Sabía que sería provechoso todo el dinero que gasté en tu educación.

-En realidad, me he enterado de que hay un bar en el centro, y puedo asegurarte que no tiene nada que ver con la Facultad de Derecho.

-¿Y qué estás esperando? Asegúrate de que Wendell no nos siga; luego, nos encontraremos junto al Árbol del Ahorcado dentro de una hora.

-¿No deberías pasar unos diez minutos con Kady? -preguntó Luke, malicioso, insinuando que era todo el tiempo que necesitaba su anciano primo para estar con una mujer.

Tarik no sonrió y echó un vistazo a la ventana del dormitorio azul.

-Si volviera a esa habitación, no me iría nunca durante días -dijo, con llanto en la voz.

-Esto debe ser verdaderamente importante -dijo Luke en voz queda.

-Lo es. Estoy evitando que Kady arriesgue la vida. Y ahora, vamos, haz lo que tengas que hacer, para poder encontrarte conmigo dentro de una hora.

-Sí, mi capitán.

27

«Vaya con el amor», se dijo Kady mientras caminaba por el viejo sendero que ascendía, serpenteando, la montaña. ¿Qué le importaba a ella que Tarik, ese hombre que le dijo que la amaba, no hubiese vuelto en toda la noche? Ellos no estaban realmente casados, como tampoco estaba casada con Cole. Después de todo, una no podía casarse con un fantasma, ¿verdad?

Andando por el sendero, se detenía cada tanto a recoger hierbas y flores silvestres, y las ponía en un cesto que llevaba.

Esa mañana, cuando el sol estaba asomando, Tarik había entrado a tropezones en el dormitorio «de los dos», y se había echado en la cama junto a ella. Estaba sucio, con barro seco incrustado y olía débilmente a estiércol pero, sin quitarse la ropa sucia, se tiró sobre la cama. Cuando Kady se despertó y lo miró, le dijo:

-Hola, querida. -Y se quedó dormido al instante.

Kady le echó una mirada furiosa y se levantó de la cama. Tendría que haberlo dejado donde estaba, como estaba, pero le sacó los zapatos y forcejeó para quitarle la chaqueta de algodón. Se había despertado el tiempo necesario para decirle que ella olía bien y que se alegraba de verla, y había vuelto a dormirse. Kady lo tapó y bajó para preparar el desayuno.

Después empaquetó varios almuerzos y, llevándose uno para ella, enfiló hacia las montañas, pues quería pasar un rato lejos y pensar en su vida que hasta donde podía ver, era un lío.

Tarik le había dicho que la amaba pero, claro, eso era mentira. ¿Cómo era posible que una persona amara a otra que sólo conocía desde hacía días? Aunque todos los libros estuviesen llenos de historias como ésa, no podía ocurrir en la realidad, ¿no?

¿Y qué sentía ella por él?

-Nada -dijo en voz alta, mirando al cielo y viendo las nubes oscuras.

Sentía tanto por él como él por ella, o sea, nada.

Después de resolver el problema de Legend, cosa que no tenía idea de cuándo ocurriría, porque esa mañana la roca tampoco se abrió, conseguiría empleo como cocinera en algún lugar y no volvería a ver a Tarik Jordan. Él volvería a sus Leonies y a sus Wendell, y Kady no lo vería más.

Ahora, mirando alrededor, se le ocurrió que echaría de menos Legend. Si Tarik le decía la verdad -la verdad acerca de su mentira-, Kady no era dueña de Legend porque jamás había poseído las propiedades de él y, por lo tanto, no podía poseer el pueblo. Esta vez, cuando se marchara, no vería nunca más ese lugar.

Las primeras gotas frías de lluvia le cayeron en la cara y supo que tenía que buscar refugio. Había salido sin equipo para la lluvia y en las montañas se corría peligro de hipotermia.

Minutos después la lluvia arreció y Kady echó a correr. Tal vez pudiese encontrar un saledizo en la piedra, o...

Interrumpió sus pensamientos, de pie en medio del sendero, y miró adelante. Parpadeó para aclararse la visión, pues no podía creer lo que veía: delante de ella estaba lo que parecía una cabaña.

-La cabaña de Cole -dijo, incrédula.

La cabaña donde había estado con él, donde Cole había gruñido como un oso, bromeado, donde la había hecho reír.

Sin hacer caso del barro y de los charcos, empezó a correr y en pocos minutos había llegado a la cabaña, al porche, que estaba seco. Conteniendo el aliento, apoyó la mano contra la puerta deseando que estuviese abierta, porque la cabaña era un excelente refugio. Era evidente que alguien la cuidaba bien.

Los goznes bien aceitados se movieron con facilidad cuando se abrió y Kady contuvo el aliento al mirar dentro. Era muy bella, con cortinas rojas, verdes y doradas, alfombras turcas, un sofá verde oscuro, y una cama con un cobertor de la misma tela que las cortinas. Encontrar, en medio de la nada, una cabaña que parecía hecha por un decorador profesional era como entrar en una fantasía.

La gran chimenea de piedra tenía el mismo aspecto que cuando ésa era la cabaña de Cole y había leña preparada para encender fuego. Temblando, con la ropa mojada, Kady acercó una cerilla al papel y las astillas, y en pocos minutos el gran cuarto se había caldeado.

Junto a la cama había un arcón de madera tallada que le recordó a la caja de Cole, donde ella había encontrado ropa. Cuando abrió este arcón de fino tallado, no la sorprendió encontrar ropa, y pocos minutos después se había quitado las prendas mojadas y se había puesto pantalones de gimnasia secos y abrigados, un suéter grueso y grandes calcetines de lana.

Sonriendo, sintiéndose mucho mejor, fue a un rincón de la habitación para mirar en las alacenas de la cocina y encontró, ocultos a la vista, un horno de microondas y una procesadora de alimentos, lo cual significaba que la cabaña tenía instalación eléctrica.

-Luke -dijo, pensando en el joven con su título de abogado.

Ahora que volvía a pensarlo, comprendió que no le había preguntado a Luke nada sobre sí mismo, acerca de cómo había ido a dar a Legend y, aun así, hacer la carrera de Derecho.

La cabaña también tenía agua corriente y había una puerta cerca de la cama que antes no estaba; para su deleite, al abrirla se encontró con un baño en buen funcionamiento.

De pronto, se abrió la puerta e irrumpió un Tarik muy empapado y enfadado.

-¿Qué diablos es eso de desaparecer así? Nadie sabía dónde estabas. Desde ahora, nunca saldrás de mi presencia sin decirle a alguien adónde vas.

Esas palabras mataron la primera reacción de euforia al verlo.

-¿Tu «presencia»? ¿Como cuando se habla de la presencia de Su Alteza Real?

El semblante oscuro estaba ceñudo y el agua le goteaba por la nariz, sobre el suéter. Kady tuvo que esforzarse para quedarse donde estaba, para no correr hacia él y rodearle la cintura con los brazos.

Lo que hizo fue darse la vuelta y mirar el fuego.

-Ya has visto que estoy perfectamente, así que puedes irte -dijo en voz baja.

Tras ella, no se oyó nada. Tarik no se apartó de la entrada, ni hizo ademán alguno de quitarse la ropa mojada.

Kady mantuvo la cara vuelta todo el tiempo que pudo, hasta que al fin giró hacia él. La miraba con tal intensidad que se le puso carne de gallina en todo el cuerpo. Podía sentir esa mirada. Mirándolo a los ojos, vio al hombre que había visto cientos de veces en los sueños, el hombre

que había buscado y con el que había soñado despierta. El que había comparado con todos los demás hombres, encontrándolos en desventaja.

Ahora, como en el sueño, él le tendía la mano. No montaba a caballo, pero ya lo había hecho cuando salió del bosque para rescatarla de los disparos. No tenía la parte inferior de la cara cubierta por un velo, pero así estaba la primera vez que lo Vio. No había un desierto interminable detrás de él, sólo la puerta de una cabaña y la lluvia cayendo afuera.

Sin embargo, pese a las diferencias con el sueño de Kady, era lo mismo. Era el mismo hombre, con los mismos ojos oscuros e intensos, y la misma expresión que le decía que la cuidaría para siempre, la expresión que tenía en su sueño. Y sabía que podía confiar en él. Cualesquiera que hubiesen sido las discusiones menores que tuvieron, al final sabía que él era capaz de cuidarla a riesgo de su propia vida.

Sólo vaciló un minuto. En sus sueños, trataba de llegar a la mano extendida, pero no podía. Algo la retenía siempre. Ahora, no había nada entre los dos, salvo su propio temperamento obstinado.

En lugar de tomarle la mano, corrió hacia él con los brazos abiertos y cayó sobre su pecho, mientras él la estrechaba con fuerza.

-Oh, Kady -dijo, con la boca apoyada en el pelo de ella- Te amo tanto... No sabes lo feliz que soy de ver que ya no estás enfadada conmigo. Lamento lo de la demanda, pero lo decidió mí padre. Yo ni siquiera lo recordaba. Lamento haberte mentido con respecto al codicilo de Ruth, pero tenía miedo de que me despidieras con cajas destempladas si no tenías un motivo para quedarte conmigo.

-Lo hubiese tenido -repuso Kady, con la cabeza contra la ropa húmeda de Tarik.

-Y el matrimonio... Tal cual era mi sueño. Yo quería vivir con una chica que tuviese una larga trenza oscura. No tienes un pony moteado, ¿verdad?

Era el mismo sueño que había tenido Cole, el que le había contado en esa misma cabaña.

Apartándose un poco de ella, le levantó la barbilla para que las miradas de ambos se encontrasen.

-¿Me perdonas por haberte dicho unos cuantos embustes? Lo único que quería era estar cerca de ti y hacer que me amaras.

Al oír eso, Kady se apartó de él, dándole la espalda. ¿Lo amaba? No estaba segura y, a decir verdad, no estaba segura de sus sentimientos hacia ningún hombre. Todo el tiempo que estuvo con Cole, le había dicho, y también a sí misma, que amaba a Gregory. Después descubrió cómo era Gregory en realidad y empezó a recordar a Cole como si hubiera sido un santo. Claro que podía hacer eso, pues él estaba muerto y nunca había llegado a ser adulto.

-No lo sé... -empezó a decir, pero él le cortó la frase con un suave beso.

-No sabes si me amas o no -le dijo, con expresión divertida en los ojos-. Soy paciente, y puedo esperar a que lo descubras: es sólo cuestión de tiempo.

La llevó a la cama y empezó a quitarle lentamente la ropa, sin dejar de besar la piel que iba descubriendo.

Kady, yo... -empezó, como si tuviera algo muy importante que decirle, pero alzó la cabeza, la miró a los ojos y lo que Kady vio en ellos era una pasión al rojo vivo- Al diablo con la delicadeza -dijo, con un esbozo de sonrisa y al minuto siguiente la ropa de Kady volaba.

Kady se sintió impulsada a un frenesí de deseo diferente de cualquiera que hubiese sentido antes. Le arrancó la ropa empapada, queriendo poner las manos y la boca sobre la piel de él, deseando saborearlo, tocarlo, como él estaba haciendo con ella.

Daba la impresión de que las manos y la boca de Tarik estaban en todas partes al mismo tiempo, y, cuando estuvo desnudo, se estiró sobre la cama y puso a Kady encima de él, la boca sobre sus pechos, las manos en las caderas, los dos frenéticos, excitados, besándose, probando.

Cuando Kady ya no pudo soportarlo, Tarik la puso de espaldas y la penetró con fuerza arrasadora. Kady arqueó las caderas para salirle al encuentro y casi gritó al primer contacto. Este era el hombre que había estado esperando, el hombre que había querido toda la vida.

Bastaron segundos para que alcanzaran ambos la cima del éxtasis y Tarik, laxo, se aflojara sobre ella, abrazándola estrechamente. Por unos momentos, Kady se quedó quieta, tratando de normalizar su respiración, pero luego Tarik empezó a besarle el cuello, su mano fue bajando y empezaron otra vez.

Sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la cama, Kady podía sentir su corazón latiendo bajo los pechos desnudos. Aunque pensaba que debería levantarse y ponerse algo de ropa, estaba demasiado fatigada, demasiado saciada para moverse. En realidad, estaba demasiado feliz para que le importasen insignificancias como la ropa.

El cuarto era un lío. En algún momento del día, Tarik la había arrojado sobre la mesa y, en su exuberancia, había volcado adornos y puesto colchonetas sobre el suelo. Habían dejado de hacer el amor el tiempo suficiente para que Kady preparase algo de comer; luego, lo comieron de sus respectivos cuerpos desnudos.

En ese momento, cuando se abrió la puerta del baño, alzó la vista, lo miró y empezó a tirar del cubrecama que había en el suelo, debajo de ella, para cubrirse el cuerpo.

-No -le dijo Tarik sonriendo, y ella le retribuyó la sonrisa.

Estaba desnudo, y ella supo que nunca había visto un cuerpo más bello. Tenía hombros anchos, con una gran mata de vello negro en el pecho y tenía músculos formados por años de manipular armas manuales. En las últimas horas, tuvo ocasión de saber lo flexible y fuerte que era en realidad. Y sin embargo, tenía hematomas en casi todo el cuerpo, y cuando Kady le pregunto a qué se debían, le contestó, con su sonrisa ladeada:

-Me los hice entrenándome.

Ahora, se sentó en el suelo junto a ella y atrajo la cabeza de la mujer sobre su hombro.

-¿Quieres tomar un baño conmigo?

-¿Muy caliente, y con burbujas? -murmuró.

-Muy caliente con montones de burbujas -dijo, poniéndose de pie y cubriéndole los hombros con la manta- Ponte algo de ropa, pero no mucha -agregó, con sonrisa lasciva.

Kady iba a preguntarle por qué le pedía que se pusiera ropa para ir al cuarto de baño, pero enseguida supo lo que tenía en mente: la fuente surgente de Cole, el lugar donde ella se había lavado el cabello hacía mucho tiempo.

Media hora después, los dos estaban sumergidos hasta el cuello en una fuente caliente natural, la misma que Kady había usado antes. Pero había muchos cambios, como una gruta de apariencia natural, construida con hermosas piedras y helechos que colgaban sobre ellos.

-¿Tú hiciste esto? -le preguntó, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados- ¿Tú arreglaste la cabaña?

-Sí -le dijo con suavidad, observándola.

-¿Por qué? Si Hannibal dispara a la gente por entrar, entonces... -Abrió los ojos para mirarlo-. ¿Suele disparar a la gente que viene a Legend?

Tarik le dedicó la sonrisa ladeada.

-No siempre.

La primera reacción de Kady fue la rabia por haberlo descubierto en otra mentira más. Se le ocurrió acusarlo de obligar a Hannibal a participar de sus... pero el enfado se disipó y se aflojó. Pensó que por conquistarla Tarik había hecho grandes esfuerzos para estar cerca de ella y ésa era una buena sensación. Recordando la relación con Gregory, confirmó que, en efecto, era una muy, muy buena sensación que un hombre llegara a tales extremos por conquistarla.

-Kady -le dijo con suavidad- Quiero que me digas todo. Quiero saber todo lo que sucedió entre tú y Ruth.

Mirándolo, suspiró.

-Jamás me creerías. De hecho, cuanto más tiempo pasa, no se si yo misma creo que me sucedió.

-Lo creas o no, quisiera oírlo.

Por un momento, titubeó. El día anterior, jamás habría considerado decirle a él ni a ningún otro lo que había soportado, pero hoy él ya no era un extraño. Conocía el cuerpo de Tarik como jamás había conocido el de nadie. Y para ser sincera consigo misma, él jamás había sido un extraño para ella.

Inspiró hondo.

-Cediendo a un impulso, compré una antigua caja de harina. Pensaba ponerla en mi nueva cocina, en la casa donde iba a vivir con Gregory. Dentro de la caja había un vestido de novia, un reloj y una fotografía...

Habló durante una hora. Después de un rato sin interrumpirla, Tarik salió del estanque y luego la ayudó a salir, la secó y se vistieron. Estaba oscureciendo cuando volvían caminando a la cabaña y Kady seguía hablando. Tarik no hizo ningún comentario, pero ella casi podía

sentir la atención con que la escuchaba. Fue como si estuviese escuchándola con el alma.

Sólo una vez habló y fue para hacerle una pregunta:

-¿Lo amabas?

-¿A Cole? -le preguntó, sabiendo que era a él a quien Tarik se refería-. No lo sé. En cierto modo, sí, pero supongo que sabía que no duraría y por eso me retraje.

-Eres buena en eso -dijo por lo bajo, y le pidió que continuase con la historia.

Para cuando regresaron a la cabaña, Kady le había contado todo lo concerniente al tiempo que pasó en Legend con Cole.

Kady la condujo hasta la mesa redonda de roble donde pocas horas antes habían hecho el amor.

-No me crees -le dijo, mientras se sentaba en la silla que él le ofrecía.

-Creo absolutamente todo lo que me has contado -le respondió- Ahora, dime, ¿qué quieres sobre tu tortilla?

-Es lo que alguien quiere dentro de la tortilla, no sobre ella -le dijo, sin estar convencida de que le creía.

¿Quién podía creer una historia como ésa?

-Déjame hacer eso -le dijo, mientras hacía el gesto de ir hacia el mostrador de la cocina.

-Kady, mi amor -repuso Tarik, poniéndole las manos en los hombros y guiándola de nuevo hasta la mesa- No me he enamorado de ti porque necesite una cocinera. Eres mi invitada y yo me ocuparé de ti. Tal vez no sea capaz de preparar una comida como la tuya pero te aseguro que sé hacer una tortilla.

Kady le sonrió: nadie, en ningún sitio, jamás, se había ofrecido a cocinar para ella. Salvo Cole. Salvo Tarik.

-Todo -dijo-. Quiero todo lo que tengas sobre la tortilla y dentro de ella. Arrástrala por el jardín.

-Sale una tortilla embarrada -dijo, volviéndose hacia la cocina-. Y ahora, háblame de... -Vaciló, como si la palabra fuese difícil para él- De Gregory.

Kady rió.

-No, hasta que haya oído hablar de Leonie, de Wendell y de todas las demás.

Tarik se volvió y le dirigió una sonrisa que casi le quitó el aliento.

-Hay tantas mujeres en mi pasado que me llevaría el resto de mi vida hablarte de todas ellas. Pienso que, por el momento, nos concentraremos en tus hombres. Son menos.

-Ja, ja. Resulta que hay muchos hombres en mi vida.

-Dime sus nombres, para que pueda asesinarlos.

Kady rió y, contemplando la espalda de Tarik, de pronto comprendió que en ese momento, por primera vez en su vida, era feliz. Toda su vida parecía ser la búsqueda de algo, si bien nunca supo qué era. Nunca se había sentido satisfecha con lo que estaba haciendo. Cuando era chef en Onions, soñaba con casarse con Gregory y tener hijos. Cuando estuvo en el viejo Legend, hubiese querido estar en cualquier otro lugar. Luego,

cuando volvió a su vida real, todo lo que encontró la hizo comprender que quería alejarse de ella.

Pero ahora estaba donde tenía que estar, haciendo lo que debía hacer, con el hombre con quien era justo que estuviese.

-¿Quieres compartir eso conmigo? -le preguntó Tarik con suavidad, observándola.

-¿Alguna vez has deseado cristalizar un momento? ¿Alguna vez te has dicho: «Quiero que esto dure para siempre»?

Dejando el cuchillo de picar, se arrodilló ante ella y le tomó las manos.

-Desde la primera vez que te vi en mi oficina me sentí así.

-¡Ja! Cuando fui a tu apartamento estabas con otra mujer. Y antes fuiste grosero y malvado, y...

-No dije que me gustara ese sentimiento -replicó, con los ojos chispeantes- Desde el primer momento en que te miré a los ojos, supe que estaba viendo el fin de mi libertad. Basta de fiestas locas. Basta de supermodelos. Basta de...

-Lo único que oía decir era que eras un tipo muy discreto. De hecho, la gente no conoce siquiera tu nombre. No puedes tener tus secretos y, al mismo tiempo, dar fiestas y tener infinidad de mujeres.

Tarik volvió sonriendo junto a la tabla de picar.

-¿Alguien te ha dicho alguna vez que las mujeres inteligentes son un fastidio?

-Gregory.

-Me imagino. Supongo que habrá encontrado la mujer de sus sueños, capaz de cocinar y de mantener la boca bien cerrada. Apuesto a que lo dejaste de una pieza cuando le dijiste que nunca volverías, ¿no es cierto?

De pie detrás de él, sonrió porque sabía el motivo de esa pregunta: quería estar seguro de que en verdad había dejado a Gregory.

-Tienes razón: no podía creerlo. -Hizo una pausa-. Supongo que Leonie se enfadó un poco cuando la plantaste.

Dándose la vuelta, Tarik la miró confundido.

-Ignoraba que las damas conocieran semejantes términos: usó algunos que yo jamás había oído.

Kady todavía reía cuando Tarik puso frente a ella una enorme tortilla humeante; luego, puso su silla junto a ella y comieron del mismo plato y bebieron vino de la misma copa.

-Quiero saber cosas de ti -le dijo con voz suave Kady, mirándolo por sobre el borde de la copa- Ya te he contado todo sobre mí, pero no sé nada de ti. ¿Qué es lo que hace, exactamente, tu empresa?

-Dinero. Los Jordan somos eficaces para hacer dinero. Somos malos en las relaciones personales, pero tal vez ésa sea la maldición impuesta por el pueblo de Legend, por lo que creían que les había hecho Ruth. O quizá sea mi tataratatarabuelo, el hijo menor de Ruth, el que nos maldijo a todos. Puede que sea mi culpa, pero me parece que eso es bastante improbable.

Por un momento fugaz, Kady vio bajo la apariencia risueña, confiada, la sonrisa ladeada, la soledad en la mirada de él. También vio el dolor. El señor Fowler le había dicho que C. T. Jordan tenía treinta y cuatro años, pero que jamás se había casado y ahora se preguntaba por qué.

-¿De verdad pensabas casarte con Leonie? ¿Sólo para tener hijos?

-Sí, de verdad, porque había perdido toda esperanza de encontrarte, ¿sabes?

Iba a preguntarle qué quería decir con eso, pero en realidad lo sabía. Puso la mano sobre la de él y lo miró a los ojos.

-Tengo que volver, lo sabes, ¿no es así? En cuanto la roca se abra de nuevo, tengo que volver a Legend.

Al instante, los ojos de Tarik ardieron de furia.

-¿Y qué puedes hacer allí? ¿Puedes cambiar lo que ya ha pasado? ¿Quieres volver a la vida a tu santo Cole, para poder volver con él?

-No, claro que no. Sólo quiero hacer lo que pueda para... para...

Poniéndose de pie, la miró, colérico.

-No tienes idea de lo que quieres hacer, ni de lo que podrás hacer. La única manera de impedir la tragedia de Legend es impedir que maten a Cole. ¿Cómo piensas hacerlo? ¿Poniendo tu cuerpo delante del suyo?

En verdad, Kady no había ido tan lejos en su pensamiento.

-No sé lo que puedo hacer. Tal vez pueda encontrar a Ruth antes del robo al banco, y prevenirla.

-¿Y cómo vas a pasar la Línea Jordan?

Lo miró perpleja, sin comprenderlo. Había un camino abierto a través del muro que era la Línea Jordan. Lo único que tenía que hacer era atravesarlo.

Tarik se puso de rodillas delante de ella y le sostuvo las manos, mirándola con ojos suplicantes.

-La línea Jordan es un muro de piedra que separa el pueblo: a un lado, los puros, intocables Jordan, la muralla al otro. ¿Te dijo Ruth que el muro está patrullado por guardias armados las veinticuatro horas del día? ¿Te dijo que disparan contra cualquier desconocido que intente entrar en la torre de marfil de los Jordan? Los extraños no pueden acercarse a los regios Jordan y hablar con ellos, simplemente.

-¿Por qué hablas en presente? ¿No tendrías que decirlo en pasado?

Tarik se levantó y se alejó de ella, para acercarse al hogar.

-Claro que sí -dijo con suavidad-. Dijiste que tenías miedo de contarle a alguien tu historia porque nadie te creería, pero yo sí, y veo el peligro que implica.

No puedes volver, Kady. Aunque se abra la puerta en la roca, no puedes ir.

-Debo hacerlo -replicó con sencillez.

-¡No! -gritó él, golpeando el puño contra la repisa de la chimenea-. No puedo permitirlo.

Tal vez hubiese debido ofenderse por la imposición, pero no fue así, porque vio en sus ojos la preocupación y quiso calmarlo.

-No creo que se me dé la oportunidad, porque todas las veces que he mirado la puerta estaba cerrada.

Al oírla, le dirigió una cálida y amistosa sonrisa, y se acercó para abrazarla.

-Qué bien, espero que quede cerrada para siempre. -Apartándola, la miró a los ojos-. ¿Quieres casarte conmigo, Kady? -le preguntó en voz baja.

Kady titubeó. Eso era lo que quería, ¿no? Pero algo la retenía. Tal vez fuese que en los últimos meses había habido tres hombres en su vida y estaba un poco confundida.

Cuando abrió la boca para hablar, él se la tapó con un beso.

-La oferta estará siempre abierta -le dijo-, de modo que tómate tiempo, Tómate todo el tiempo que necesites.

Kady lo abrazó por la cintura y lo estrechó con fuerza contra sí.

-Ven -le dijo Tarik, cordial-, vayamos a la cama y durmamos un poco.

-¿Cómo?-preguntó Kady, con las cejas levantadas.

-Si tú puedes dormir estando en la misma cama conmigo, yo también puedo -le dijo, como si fuese un desafío.

Dos horas después, tras haber hecho el amor, Kady se durmió en sus brazos.

Pero cuando despertó a la mañana siguiente, Tarik se había ido. Creyendo que había salido afuera, se vistió y salió, pero por mucho que buscó no pudo encontrar[o. A primera hora de la tarde, abandonó la esperanza de que fuese a aparecer a caballo, con alguna excusa razonable por haberla dejado sola, y empezó a bajar la montaña.

Para cuando llegó a Legend, había decidido que odiaba a todos los hombres en todas partes, en especial los de apellido Jordan, que desaparecían constantemente sin una explicación. ¿Acaso para él habría sido sólo un juego, sólo para ver si podía llevarla a la cama, para luego abandonarla? Por lo que sabía, podría haberlo recogido un helicóptero y haber vuelto a Nueva York. Después de todo, en Legend nada lo retenía, pues Kady no poseía nada y jamás lo había poseído.

No había nadie a la vista cuando entró en el pueblo y se alegró, porque había decidido preparar sus bolsos y marcharse. Mientras subía corriendo la escalera de la casa de los Jordan y agarraba su maleta, pensó que Tarik había tenido razón. ¿Qué podía hacer si regresaba a Legend? Además, ¿por qué querría hacerlo? ¿Qué significaban los Jordan para ella? Meses atrás, no había oído siquiera hablar de ellos, y..

Interrumpió lo que estaba haciendo, con una prenda en la mano, al ver que Luke entraba tambaleándose en la habitación... la que iba a compartir con un hombre que ahora no quería volver a ver. Estaba tan furiosa que tardó un momento en ver bien a Luke y, cuando lo hizo, se quedó inmóvil con la vista fija en él.

Tenía la camisa sucia y desgarrada, y sangraba en un costado. Había otro lugar sangrante en la cabeza, una marca roja en el cuello y jadeaba.

Kady traspuso corriendo la breve distancia que los separaba, le rodeó el pecho con los brazos y lo ayudó a sentarse en un costado de la cama. Cuando notó que no estaba en condiciones de quedarse sentado, lo ayudó a acostarse sobre la cama.

-¿Qué ha sucedido? -le preguntó, atemorizada-. ¿Se ha hundido una mina? ¿Hannibal está atrapado? ¿Qué ha pasado con...? -Los ojos se le agrandaron de miedo- ¿Tarik? -susurró, olvidando cualquier animosidad. Cuando vio la expresión de Luke, supo que eso era lo que había ido a decirle. Se puso de pie y lo miró- Ha habido un accidente, ¿no es así? ¿Hay teléfono aquí? ¿Puedo pedir ayuda? ¿Cómo hago para...?

-No -logró decir Luke, con voz ronca-. No ha habido ningún accidente. Tarik y yo...

Hizo una pausa, se llevó la mano a la garganta, e hizo un gesto hacia una garrafa de agua que había sobre la cómoda.

Con manos temblorosas, Kady sirvió agua en un vaso y se lo dio. Trató de concentrarse en cómo atender las heridas de Luke porque no soportaba pensar en que la expresión de su cara significara que Tarik no estaba vivo.

Le pareció que transcurría una eternidad hasta que Luke terminó de beber y le entregó el vaso.

-Pasamos por la puerta -dijo, llevándose la mano a la garganta- Perdóname, pero los juegos de ahorcar son malísimos para la garganta de un hombre.

Oyéndolo, Kady se sentó sobre la cama y lo miró:

-¿Lo colgaron? -logró decir.

-Todavía no lo habían hecho cuando yo me marché, pero no sé cuánto tiempo le queda. -La miró. Podrían haberle disparado.

Kady creyó que iba a desmayarse y eso debió de reflejarse en su semblante, porque Luke la aferró por los hombros para que no se cayera.

-¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuánto tiempo? -susurró. -Mañana al amanecer, pero ¿quién sabe cuánto es eso en ese lugar?

De repente, a Kady se le aclaró la cabeza y enfilo hacia la puerta, pero Luke la detuvo antes de que llegara a las escaleras.

-¿Dónde ... ? -fue todo lo que logró decir.

-Iré a buscarlo, por supuesto.

-Dijo que no, que no fueras a buscarlo.

En los ojos de Luke había lágrimas de dolor, pues las palabras le hacían daño en la garganta y Kady sabía que estaba perdiendo rápidamente las energías.

Antes de volver a Legend, siempre que pudiese pasar por la entrada, tenía que saber lo que había sucedido y con qué podría toparse.

Acompañó con cuidado a Luke de vuelta al dormitorio y fue al cuarto de baño a buscar una palangana con agua caliente y un paño limpio. Mientras le limpiaba la herida de la cabeza, se las ingenió para sacarle la mayor parte de la historia.

Al parecer, el día en que él y Kady llegaron a Legend, Tarik había visto la puerta abrirse para él, pero no para Kady, y, por lo tanto, esa noche le pidió a Luke que lo acompañase. Cuando los dos llegaron,

descubrieron que estaban en el día anterior al del tiroteo a Cole y a la familia.

Kady escuchó el entrecortado relato de Luke de cómo él y Tarik habían hecho lo posible por advertir a la familia Jordan de que debían mantenerse lejos del banco al día siguiente.

-Pero no nos hicieron caso -dijo Luke- Intentamos todo. Tarik se metió en una sangrienta pelea con unos hombres, junto a la Línea Jordan.

Kady interrumpió la limpieza de las heridas de Luke.

-¿Con un cuchillo?

-Un cuchillo, una espada que colgaba de la pared y los puños.

No era de extrañar que, a la mañana siguiente, hubiese caído en la cama junto a ella y se durmiese de inmediato. Tendría que haber ido al hospital y que le tomaran una radiografía.

-¿Qué pasó anoche? -le preguntó, mientras empezaba a lavarle la herida del cuello.

Fue fácil sacarle la camisa, que le colgaba en jirones.

-Tarik dijo que, como no podía detener a los Jordan, sí podría parar a los ladrones de banco, así que esperamos todo el día en el banco.

Kady casi adivinó lo que iba a decir Luke a continuación.

-Éramos extraños en el pueblo, y ellos...

Se llevó la mano a la garganta y cerró los ojos, dolorido.

-Creyeron que vosotros estabais en combinación con los ladrones -terminó Kady.

Los ojos de Luke se agrandaron,

-Sí. Creyeron que éramos cómplices de los ladrones. Se rieron de mí cuando les dije que habíamos salvado a toda la familia Jordan de la muerte y más aún, que habíamos salvado a todo el maldito pueblo. Dijeron que...

-Shhh. No tienes que hablar más. Descansa.

-No -repuso- Tengo que regresar. Iban a lincharnos, pero Tarik luchó con todos y los contuvo el tiempo suficiente para que yo volviese a trasponer la puerta. Pero estaban disparando.

Kady no se permitió comprender a fondo lo que muchacho decía. En ese momento, necesitaba mantener a salvo la cordura.

-Así que ¿no sabes si está vivo o no?

-No -dijo Luke, cayendo sobre la cama-. Tengo que ir por él.

-Sí, desde luego. Pero ahora quiero que descanses mientras yo preparo comida para que te la lleves. Y quiero que tomes un par de aspirinas. ¿Harás eso?

Con los ojos cerrados, Luke le sonrió y Kady supo lo que estaba pensando: que ella era una mujer tonta, que sólo pensaba en comida, incluso en momentos de crisis.

Pero Kady tenía sus propios planes. Quince minutos después, le había dado a Luke un par de píldoras para dormir que había encontrado en un armario de la cocina, y cuando vio que dormía profundamente, se dispuso a regresar al viejo Legend. Salió de la habitación, vestida con la ropa con la que había vuelto de la temporada con Cole.

Pero ya cuando bajaba la escalera se sintió indefensa. ¿Cómo evitaría que Tarik fuese ahorcado? Nadie en el pueblo la conocería y no tendría influencia sobre ellos. No podía ir a caballo hasta la cárcel, sacar un revólver y obligarlos a devolver a Tarik. ¿Podría hacerlo?

Afuera estaba Wendell, enfundada en ropa de cuero negro que parecía pintada sobre ella y la expresión «transporte veloz» resonó en la cabeza de Kady.

-¿Se puede subir a la montaña con eso? -preguntó Kady, enfilando hacia Wendell.

Wendell adoptó una expresión como si algo desagradable se le hubiese puesto bajo la nariz.

-Según quién conduzca -dijo, petulante- Supongo que lo entenderías si te dijera que es una cocina capaz de cocinar sola.

Kady contuvo las ganas de hacer una réplica sarcástica.

-Entonces, ¿por qué crees que Tarik te dijo que pensabas que eras capaz de montar una motocicleta pero, en realidad, no sabías ni cómo hacer bien los cambios? A la alta pelirroja le llevó un momento recuperarse lo suficiente para hablar.

-¿Dónde está él?

Kady le sonrió con dulzura.

-Justamente, iba a verlo.

-Sube -le dijo Wendell , pasando una pierna sobre el vehículo y pisando con fuerza el arranque.

Arrancó rugiendo hacia el Árbol del Ahorcado, antes de que Kady pudiera poner los pies sobre los apoyos.

28

Sólo más tarde Kady advertiría que Wendell montaba una moto que no era la gran Harley-Davidson. Esta tenía neumáticos con dientes de goma de cinco centímetros que se clavaron en la montaña, subiendo, en cuanto ella pronunció «Petroglifos», y lo único que atinó a hacer fue colgarse de la cola del vehículo mientras ascendían.

En el remolino de pedregullo que volaba no tuvo mucho tiempo para pensar pero, cuando lo hizo, lo único que cruzó su cabeza fue: «¿Y si la puerta no está abierta?»

Pero cuando llegaron a la gran pared de roca pura, allí estaba, abierta ante ellas, y a través de la entrada pudo ver el cementerio, con muchas menos lápidas que el de la época de Ruth. Y vio que ya había pasado el atardecer. Luke había dicho que Tarik sería colgado al amanecer. ¿Era el amanecer del día siguiente o el de éste? ¿Ya estaría muerto?

-Muchísimas gracias -le dijo a Wendell mientras se apeaba de la moto-. Te lo agradezco. Yo... eh, cocinaré algo rico para ti cuando vuelva.

Pasó casi corriendo por la abertura y, al instante, se encontró en Legend.

Luego, para su horror, descubrió que Wendell iba tras ella, guiando su gran máquina, y siguiendo a Kady que corría hacia el pueblo. Deteniéndose, puso los brazos en Jarras.

-¡No puedes venir conmigo! Tienes que regresar a Legend.

-A mí me parece que esto es Legend -dijo Wendell, mirando alrededor-. Un poco cambiado, pero ahí está el cementerio. Lo he visto toda mi vida.

-Ahora no necesito esto -dijo Kady, con los puños apretados a los costados, viendo que Wendell avanzaba hacia ella-. Tengo que hacer algo muy importante y no necesito ningún entrometimiento.

Alzando una ceja, Wendell la miró.

-¿Qué es lo que está pasando contigo, mi hermano y mi atractivo primo? Y si insistes con esa mentira de que estáis casados, haré todo lo que pueda para causar dificultades. Créeme, soy capaz de causar muchas dificultades.

-Mira, en realidad no tengo tiempo para esto. Podríamos dejar esta pelea de gatas para más tarde. Tengo que ver si Tarik está vivo, y... -Por la expresión interesada de Wendell supo que había seguido una táctica equivocada-. Tienes que regresar. Retorna ese camino, y...

-El único modo de que me vaya es si alguien me lleva en brazos. ¿Crees que tienes el tamaño suficiente?

-Ni con dos elefantes de carga -dijo Kady, con su sonrisa más dulce.

Se dio la vuelta y empezó a caminar deprisa hacia el pueblo, mientras Wendell llevaba la moto junto a ella.

-¿Por qué puede ser que mi primo no esté vivo? -le preguntó.

A Kady se le ocurrió que bien podría decirle la verdad, pues no tenía tiempo para pensar una mentira plausible.

-Es probable que lo hayan colgado por robo a un banco.

-Entiendo.

Kady apretó los labios.

-Puedes dejar ese aire de superioridad, porque sé muy bien que no entiendes nada.

-Veo que no tienes ningún arma ni un ejército de apoyo. Diablos, no tienes información, siquiera, y así, ¿cómo podrás salvar a nadie de nada?

Kady apretó el paso.

-¿Qué vas a hacer? ¿Cocinar algo tan maravilloso que los malos te entreguen a Tarik como regalo de agradecimiento?

-No, voy a cambiarlo por ti -dijo, con todo el desprecio que pudo, deseando castigarse por haberle pedido a esta mujer que la trajese en su vehículo.

-No es mala idea -dijo Wendell en voz baja.

Kady casi detuvo la marcha para mirar a Wendell que, a su vez, miraba adelante, con los ojos agrandados,

-Sin duda provocarías una distracción -dijo, y la otra sonrió.

-Mira, cocinerilla, tenemos que elaborar un plan.

-Está bien, Spike, yo voy a elaborar un plan.

Wendell resopló de risa y siguió andando junto a Kady, con la enorme motocicleta negra al costado y las masas de cabello rojizo flotando alrededor.

-No es que me agraden mucho las mujeres, pero tú casi me gustas.

-Si es un cumplido, te lo agradezco. He aquí el plan. -Kady no se molestó con los preliminares de pedirle opinión a Wendell, ni en informarla de cómo se había llegado a la situación presente-. Quiero que te ocultes. Quiero que te mantengas fuera de la vista mientras voy al pueblo y…

-¡Ni lo sueñes! Yo …

-¡Harás que todos se fijen en ti! -gritó Kady-. Y yo lo deseo tanto como tú, pero lo harás cuando yo diga que quedes hacerlo.

Wendell esbozó una sonrisa y Kady inspiró hondo.

-Iré sola al pueblo, averiguaré dónde está Tarik y qué esta pasando. Nadie me prestará atención a mí. Tú esperarás aquí y yo vendré a buscarte.

-Quedar fuera de la vista, ¿eh? -preguntó Wendell, con una mueca como si eso fuese imposible.

Observando los pantalones de cuero tan ceñidos, Kady negó con la cabeza.

-En el mundo real, ¿cómo te ganas la vida?

-No hago nada. Me casé con un viejo rico, que murió tres días después de la boda. Me dejó todo a mí -dijo Wendell, con expresión desafiante, como si retase a Kady a que emitiera alguna opinión.

-Debes de ser una mujer bastante solitaria -dijo, sorprendiendo de tal modo a Wendell que la mueca abandonó su bello rostro.

Pero se recuperó rápidamente y resopló:

-Continúa. Me echaré una siesta. He tenido una noche ajetreada.

Kady se detuvo el tiempo suficiente para ver cómo Wendell metía el vehículo a la sombra de unos álamos y luego salió casi corriendo. Como sabía por haber visto el pueblo con Ruth, ésa era la avenida Damnation y a la izquierda estaba la Línea Jordan, lo cual significaba que estaba en el lado Jordan en situación ilegal. ¿Le dispararían los guardias armados por pasar?

A la derecha, pasó el camino de tierra que llevaba a la casa de los Jordan, donde estaba instalada en el siglo veinte con Hannibal. Vaciló un instante mientras se recuperaba. El pueblo era tan diferente cada vez que lo veía que le costaba encontrar el camino, y en ese momento, con la luz que iba desvaneciéndose, era casi imposible. Más allá del camino que conducía a la casa de los Jordan estaba lo que Cole había llamado la biblioteca. En su mundo de sueños había sido grande y bella, pero en la realidad era sólo un pequeño y simple edificio de madera que necesitaba una mano de pintura. Más allá vio la iglesia, de la mitad del tamaño que en el pueblo de Cole.

Entre la biblioteca y la iglesia, el camino giraba a la izquierda y había un gran círculo que podía usarse para hacer girar las carretas más grandes de modo que nadie tuviese excusa para entrar en tierras de Jordan. Más allá de la pared de piedra que impedía el acceso de la clase

baja, estaba el pueblo de Legend, e incluso a lo lejos Kady pudo ver el motivo de la existencia de esa pared. Además de las tabernas, ¿habría alguna otra cosa en Legend? Hasta donde alcanzaba la vista, no veía más que llamativos carteles de propaganda de juegos de azar y muchachas: muchachas francesas, bonitas, salvajes. Los anuncios seguían y seguían.

-No me extraña nada que Ruth odiara este lugar -murmuró.

Se volvió y empezó a caminar por la calle, pensando que hubiese convenido traer un par de pistolas de seis tiros, y..

Se detuvo al oír el inconfundible sonido de acero contra acero, como el que había oído en cientos de películas de espadachines.

-¡Tarik! -dijo por lo bajo.

Se quedó quieta y escuchó. Cuando volvió a oír el sonido, sin dudar se recogió las faldas y echó a correr sobre la hierba y el césped, hacia la parte de atrás de la biblioteca.

Cuando llegó al lugar de donde partían los sonidos, se detuvo horrorizada unos segundos antes de saltar. Un hombre sujetaba a Tarik rodeándole el cuello con un brazo y empuñaba una gran espada de hoja curva, a punto de cortarle la cabeza. Como había señalado Wendell, Kady no tenía arma, de modo que levantó una piedra del sueño y saltó sobre la espalda del hombre, descargando la piedra sobre su cabeza y derrumbándolo al instante.

-¿Qué dia... ? -dijo Tarik cuando el hombre lo soltó de repente.

-¿Estás bien? -le preguntó Kady, rodeándole la cintura con los brazos-. ¿Te ha hecho daño? ¿Van a colgarte? Luke salió y quería volver por ti, pero...

Se interrumpió al sentir a Tarik reír entre dientes. Reír. Como con carcajadas.

Lentamente, la mujer se apartó de él y le miró la cara, que desbordaba de alegría.

-Te pido perdón -dijo, con aire rígido, y se volvió para alejarse, pero él la atrapó del brazo y la retuvo,

-Kady, mi amor, habibi -le dijo, aunque a duras penas podía contener la hilaridad-. En un minuto te explicaré todo, pero primero creo que será mejor buscar a mi abuelo.

Por mucha curiosidad que le provocase, Kady se negó a mirarlo. Durante las últimas horas, había estado angustiada por él, como Luke, y ahí estaba él, riendo como si no tuviese una sola preocupación en la vida. A decir verdad, no quería volver a verlo, y por eso, cuando le soltó el brazo para mirar al hombre que estaba tirado en el suelo, Kady siguió caminando, Regresaría al Legend de Hannibal y olvidaría todo lo sucedido. Mejor todavía, olvidaría la existencia misma de los Jordan.

-No, no lo harás -dijo Tarik, y, le pasó un brazo firme por los hombros, llevándola de nuevo hasta el hombre caído, que comenzaba a volver en sí-. ¿Estás bien? -le preguntó Tarik, mirándolo.

En ese momento, comprendiendo que apoyarse espadas en los cuellos era uno de esos juegos que a los muchachos y a los hombres les encantaban, Kady no quiso mirar a ninguno de los dos. Pero cuando el hombre la miró, casi lanzó una exclamación porque era una versión más

vieja de Tarik: los mismos ojos oscuros, los mismos labios, la misma mirada sensual que siempre había aflojado las rodillas de Kady.

Su primera reacción fue acercarse al hombre y pedirle perdón por haberlo golpeado, pero se mantuvo en sus trece. En lugar de mirarlo, dejó perder la mirada en el espacio y no le habló a ninguno de los dos.

-¿Esta es Kady? -preguntó el hombre, con un acento que ella no reconoció-. Es más bella aún de lo que me habías dicho.

Tarik apretó más fuerte los hombros de Kady:

-Y es valiente, sincera, honesta, y...

-No voy a perdonarte -le dijo entre dientes, golpeándole las costillas con el codo, intentando que la soltara-. ¿Por qué no le hiciste saber a Luke que estabas bien?

Aún reteniéndola junto a sí, le alisó el cabello -apartándolo de la frente y se la besó.

-Mí amor, Luke se fue de aquí hace tres días. Si me hubiesen ahorcado, habría sucedido mucho antes de que vinieras a salvarme.

Por primera vez lo miró y, cuando lo hizo, la ira la abandonó. ¿Qué importaba el enfado si él estaba vivo e indemne? Y sin embargo...

Leyéndole la expresión de los ojos, Tarik la abrazó más fuerte.

-¿Qué te parece si comemos algo?

-No tengo hambre, pero estoy segura de que la gente de Legend sí. Tendría que volver a la casa para darles de comer.

El anciano ya estaba de pie y Kady vio que estaba formándosele un bulto en el costado de la frente, cosa que le provocó culpa. ¿Por qué no se habría detenido a mirar la cara del hombre antes de golpearlo?

-No es nada -dijo el hombre, inclinándose para tomar la mano de Kady y besar el aire encima de ella. Tal como yo no soy digno de besar a una mujer tan bella como tú.

Kady miró a Tarik como preguntando, «¿este hombre es real?», pero Tarik fruncía el entrecejo de un modo que le hacía saber que estaba celoso... cosa que complacía enormemente a Kady. Con un rápido giro, se libró del abrazo de Tarik y enlazó el brazo en el del hombre mayor.

-Usted debe de ser Gamal.

-Tengo ese honor -repuso, poniendo su mano sobre la de ella, y los dos echaron a andar juntos.

Pero Tarik la aferró, y cuando la acercó a él, Gamal se excusó cortésmente con expresión divertida. Sabía que había que dejar solos a los enamorados.

-¿Me dirás por qué no te colgaron? -dijo Kady, en cuanto estuvieron solos- ¿Salvaste a Cole?

Ya había oscurecido por completo y los rodeaban los sonidos de la noche. Kady casi no veía por dónde iban pero, al parecer, Tarik tenía ojos de gato, porque en ningún momento tropezó.

-Sí -dijo, sonriendo- Pude impedir que se produjese el robo del banco, pero parece que los buenos ciudadanos de Legend creyeron que yo estaba en el intento. Son una gente codiciosa- No me extraño que Ruth cerrase el pueblo.

-¿Cómo escapaste de ellos?

No tendría que estar dirigiéndole la palabra. Si Tarik tuviese alguna preocupación por los sentimientos ajenos, habría vuelto a decirles que estaba bien.

-Gamal -dijo Tarik en voz baja-. Después que Luke se fue, los ciudadanos estaban un poco furiosos En nuestra época tenemos las películas y los programas de televisión donde se ven ahorcamientos y asesinatos pero aquí los tienen en realidad, ¿sabes? La gente preparaba comida campestre para llevarla consigo cuando iba a ver cómo nos colgaban a Luke y a mí.

Al pensar en lo real que había sido y en lo cerca que estuvo de perder la vida, Kady apretó con más fuerza su brazo y, al sentirlo, Tarik se volvió y la atrajo a sus brazos besándola con una ternura que la hizo perdonarle todo

-¿Qué hizo para salvarte? ¿Los contuvo a punta de espada?

-Les dijo que yo era pariente de él y que había sido contratado por los Jordan para custodiar el banco. Bastaba que nos miraran a los dos para ver que estaba diciendo la verdad con respecto a nuestro parentesco.

Abrazándola, le apoyó la mejilla en la coronilla.

-Lamento haberte causado un instante, siquiera de preocupación. Pero cuando vi que Luke no regresaba de inmediato acompañado de un ejército, supuse que se habría producido cierta mezcla de tiempos. Quería volver a ti de inmediato, pero como había salvado la vida de mis ingratos antepasados, pensé que la roca no volvería a abrirse nunca, y quería aprovechar la oportunidad de... bueno, de conocer un poco. Y de trabar relación con mi tataratatarabuelo.

Con los brazos de Tarik alrededor, Kady apoyó la cabeza en el pecho de él, oyendo los latidos de su corazón, sintiendo su calor. Sintiendo la vida en él.

-¿Sabe de dónde vienes?

-No. Hasta ahora no le he dicho nada, pero es bastante inteligente, y creo que ya se ha imaginado una parte. Pero no me sondea.

-¿Y el resto de la familia? ¿Los has visto?

-Sólo al pasar. Se reservan. Hasta donde sé, no se molestan por cosas insignificantes como los ahorcamientos.

Esto último fue dicho en tono amargo.

Con las manos sobre los hombros de Kady, la mantuvo apartada.

-Kady, mi amor, ¿tienes hambre? Mi padre, que así lo llamo, está cocinando algo en la hoguera del campamento.

-¿Ah, sí? -preguntó, de un modo que lo hizo reír.

-Tal vez puedas aprender algo -le dijo, provocándola- El no tiene sartenes de cobre ni cocinas a gas. Lo único que tiene son unas ramas y un par de marmitas de hierro forjado, y...

-¿Acaso insinúas que yo no soy capaz de cocinar en un fuego de campamento? -dijo, mirándolo ceñuda, hasta que advirtió que estaba bromeando- Ya me las pagarás por eso -dijo por lo bajo mientras se acercaban a la hoguera,

Cuando vio un cordero entero clavado en una estaca de hierro, olvidó las provocaciones de Tarik.

-Cordero asado -dijo, mirando el plato esmaltado que estaba junto al fuego- Y kebabs, y.. ¿Eso es baba ghanouj? -Cuando Gamal le ofreció un trozo de carne cortado del cordero, exclamó-: Ohhh, ¿en qué marina la carne? No, no me lo diga. Es…

Tarik rió.

-Creí que venías a rescatarme y no a intercambiar recetas.

-Tendría que haber dejado que te colgasen.

-Me habrías echado de menos. ¿Quién iluminaría tu vida si yo no estuviese cerca? -Miró a Gamal- Es hermosa, ¿cierto?

-Sí, lo es. ¿Y sabe cocinar?

-De maravilla.

-¿Cuántos hijos le has dado?

-Todavía ninguno.

-Ah, eso es lo que sucede cuando se diluye la sangre árabe. Salen hombres que no son hombres.

Eso hizo reír a Kady y a Tarik. Era una actitud típicamente anticuada juzgar a un hombre por los hijos que era capaz de concebir.

Por un momento, Gamal los observó en silencio, luego se dirigió a Tarik:

-Dices que eres mi hijo pero no puedo recordar quién es tu madre.

Antes de que Tarik pudiese responder, Kady, con los ojos dilatados, exclamó:

-Entonces, es verdad: muchas mujeres podrían ser las madres de tus hijos.

Gamal estaba sirviendo abundantes platos para ellos. Cuando sonrió, las comisuras de sus ojos se arrugaron.

-Ruth Jordan -dijo Tarik después de un momento.

-Pero yo nunca he… -dijo Gamal, y sonrió-. Aunque lo he deseado. Es una bella mujer, pero si eres hijo de ella, entonces no eres mi hijo.

Tarik miró el plato que le entregaba.

-En realidad, no soy tu hijo sino tu tataratataranieto, y si no haces algo con Ruth, podría dejar de existir.

-Entiendo -dijo Gamal, divertido- Eres un fabulador. Un urdidor de sueños.

-Oh, sí -dijo Kady-, Es como Scheherazade. Tendría que haber oído la mentira que me contó acerca de un codicilo en el testamento de Ruth.

El tono ligero estaba destinado a cubrir el hecho de que las palabras de Tarik la perturbaban, pues era algo en lo que no había pensado. Si Tarik había impedido la tragedia de la familia Jordan, ¿qué cambios provocaría eso en los Jordan del siglo veinte? Si Ruth no había enviudado y si no se acostaba con Gamal, concibiendo a un hijo alrededor de los cuarenta años, ¿de qué modo afectaría eso a Tarik en el siglo veinte?

Tarik la miraba como si estuviese leyéndole la mente.

-Pienso que alguien que vive en Legend en este momento debe conocer toda la historia, porque es necesario que algunas cosas sucedan este año -dijo Kady, con fuerza.

Tarik miró a Gamal por encima del plato.

-¿Crees que podría persuadirte de que seduzcas a Ruth Jordan?

-Depende.

-¿De qué?

-De cuánto quieres que te pague. Soy pobre.

Los dos hombres rieron, cómplices, y Kady miró a Tarik y dijo:

-No cabe duda de que es tu abuelo.

Mientras comían, Tarik empezó a relatar toda la historia, desde el comienzo, y a Kady la maravilló comprobar que recordaba cada palabra de las que ella te había dicho. Debía reconocer, además, que no había dejado de mencionar todo lo relacionado con su relación con Cole. Gamal molió granos de café y lo preparó con la borra dentro: era muy fuerte, era delicioso.

Como la capacidad de Gamal para escuchar parecía ilimitada, el relato de Tarik prosiguió después de terminado el café. Cuando Kady bostezó, Tarik la hizo apoyar la cabeza en su regazo, Gamal extendió una manta vieja sobre ella y se durmió.

Mientras dormitaba a la luz del fuego, oyendo las dos voces gruesas de esos dos hombres tan parecidos, se sintió bien. En un momento Tarik le hacía a Gamal preguntas con respecto a todos sus parientes y antepasados, como si también lo fueran de él. Sonriendo, se dio la vuelta, apartando la cara del fuego, acurrucándose contra el vientre tibio y duro de Tarik, mientras él le acariciaba el cabello detrás de la oreja y le pasaba las manos por la espalda.

Una vez más, sintió que estaba donde tenía que estar, y sonrió comprendiendo que la fecha y el lugar no tenían importancia. Si uno estaba con la persona justa, estaba en el lugar correcto.

-Te amo -murmuró, tan bajo que casi no pudo oírse ella misma.

Pero Tarik sí la oyó, porque interrumpió un segundo las caricias, y Kady sintió bajo la mejilla cómo se tensaban y luego se relajaban los músculos del estómago. Sin embargo, no dio ninguna señal que Gamal pudiese ver, y eso hizo sonreír otra vez a Kady. «Disciplina», pensó, cerrando los ojos. Durante años, se había disciplinado a sí mismo para ocultar sus verdaderos sentimientos. Sonriendo, se dejó hundir en el sueño.

29

Mientras Kady dormía, Tarik y Gamal hablaron toda la noche, y sólo cuando amaneció Kady se despertó, se sentó y se estiró. Y cuando terminó de bostezar, vio que Tarik estaba mirándola con ojos tan ardientes que de repente, su ropa le pareció demasiado ajustada.

Tal vez Gamal también lo vio, porque se excusó en silencio, y cuando quedaron solos Tarik la atrajo a sus brazos y la besó.

Cuando se apartó, la miró a los ojos con tanto amor que Kady se maravilló. Ningún hombre la había mirado así, pero quizá los ojos de él fuesen un reflejo de los de ella.

-Has arriesgado tu vida para protegerme -susurró la mujer.

-Claro. ¿Qué otra cosa podía haber hecho?

-Volver a trabajar y dejar que me las arreglase.

-¿Y perder a una mujer como tú? ¿Capaz de ceder millones porque no estaba convencida de que le correspondieran?

-Hablando de ese dinero tuyo, casémonos en condición de propiedad común.

Tarik rió.

-¿Ah, sí? ¿Entonces quieres casarte conmigo?

En respuesta, lo besó en el cuello.

Pero Tarik la apartó para mirarla, serio.

-Kady, ¿estás segura? ¿Y qué pasa con tu Cole? ¿Y Gregory?

-Estoy segura -respondió- ame a Gregory. Sólo que tenía miedo de no tener jamás a nadie. En cuanto a Cole...

Las manos le apretaron los hombros.

-¿Qué pasa con Cole?

Kady estuvo a punto de hacer un comentario ingenioso, pero los ojos del hombre eran demasiado intensos.

-Cole podría haber amado a cualquier mujer entre muchas y todas le habrían correspondido. Pero tú me haces sentir como si yo fuera la única a la que puedes amar. Pienso que podrías compartir conmigo cosas que no compartes con ninguna otra persona de la tierra.

Tarik empezó a sonreír paulatinamente.

-Sí, me haces sentir eso, como si te hubiese conocido desde siempre y formaras parte de mí. -Aun sonriendo, se echó atrás para mirarla- No soy la persona más fácil para convivir.

-¿En serio? Y yo que pensé que lo eras... Tienes un carácter tan regular, eres tan fácil de conocer, tan...

-Está bien, tengo algunas aristas ásperas.

-Yo las tallaré, más o menos como cuando tallo algo hermoso en una cebolla.

Riendo, la besó de nuevo y luego lanzó un gran bostezo.

-Pienso que tengo que acostarme. No querrás venir conmigo, ¿no?

-Mmmm -dijo, como sí estuviese pensándolo. Podría...

-¿Qué diablos es eso? -dijo, alzando la cabeza y escuchando.

-Yo no oigo nada.

-Parece un motor. Más precisamente, uno de dos cilindros.

Kady miró alrededor, hacia la casa de los Jordan que se veía a lo lejos, las construcciones exteriores y el cobertizo. Eran nuevas, como debían de serlo en 1873.

-No habremos sido transportados otra vez, ¿verdad? -preguntó, un poco en broma, y de pronto abrió grandes los ojos-: ¡Wendell! -susurró.

Tarik se puso alerta de inmediato.

-¿Qué pasa con ella?

-Yo... eh, olvidé decírtelo.

Tarik la aferró de los hombros.

-¿Cómo es eso de que te olvidaste de decírmelo? No querrás decir que Wendell está aquí, ¿verdad? Por favor, dime que no quieres decir eso.

-Bueeno... -dijo Kady, dando un paso atrás.

-¿Con la motocicleta? -preguntó Tarik, con los ojos como ascuas.

Kady puso los brazos en jarras.

-Yo tenía prisa, y ella me trajo por la montaña y pasó por la entrada detrás de mí. ¿Acaso esperabas que detuviese a esa mole? Tal vez tú puedas enfrentarte a mujeres como ella, pero lo único que puedo hacer yo, salvo asarla, es decirle que me espere. Y lo hizo, pero me olvidé de ella y, ¿te has acostado con ella, con tu propia prima?

Por un momento, Tarik miró a Kady consternado, esforzándose por entender su lógica, pero se dio por vencido a los tres segundos.

-Quédate aquí -le ordenó-. No te muevas de aquí, ¿me entiendes?

Cuando se volvió hacia los establos, Kady lo siguió y tuvo que correr para alcanzarlo.

-¿Qué vas a hacer? Tal vez sería preferible que no atraigas la atención sobre ti mismo, porque podrían pensar otra vez en ahorcarte. Quizá debería ir yo en tu lugar, y...

Tarik se detuvo y se volvió hacia ella.

-¿Ibas a decir que convendría que yo me quede aquí y espere, mientras tú vas a un sitio donde los hombres usan pistolas sujetas con cinturones a las caderas? ¿No crees que debería dejar que tú calmaras a mi corpulenta y enfurecida prima?

Para Tarik era una pregunta retórica, porque echó a andar antes de que Kady pudiese responder.

-¿Cómo sabes que está enfurecida? -pregunto Kady corriendo junto a él.

En realidad, se sentía culpable por haber olvidado a Wendell.

-Mi prima está siempre furiosa. Desde que nació. -Cuando llegó a los establos, la miró- ¿Cómo pudiste olvidar a Wendell? Es como si un general olvidara llevar a su ejército consigo.

-O como si el dueño del circo olvidara a las fieras -musitó, mientras Tarik comenzaba a colocar la montura a un gran caballo negro, que hacía girar los ojos.

Prudente, no entró con él en el pesebre.

-¿Cuánto tiempo llevas montando caballos? -le preguntó.

-No cambies de tema. Quiero que me esperes aquí y que no te metas en ningún lío mientras me ausento. Cuando regrese con Wendell,

volveremos todos a Legend. -Se detuvo un instante- No habrás traído también a Luke y al tío Hannibal, ¿verdad?

-No -respondió, con dulce sonrisa-. Drogué a Luke y le dejé al tío Hannibal comida en el refrigerador. No creo que haya advertido nuestra ausencia.

- la miró hacia abajo,

-Bien -dijo Tarik montando, la miró hacia abajo, con expresión severa-. Llevo montando toda mi vida, Kady -le dijo-, no te vayas de aquí, por favor. Volveré lo antes que pueda, pero Wendell no es fácil de manejar. -El caballo bailoteó un poco y tardó unos momentos en controlarlo-. Ah, y nunca me he acostado con Wendell -dijo, y se marchó, en dirección a Legend, desde donde llegaba el rugido de la motocicleta de Wendell, que hasta Kady podía oír.

En cuanto traspuso la Línea Jordan, Kady se dio la vuelta para mirar a los caballos.

-¿Buscas algo para montar?

La voz que provenía de atrás la sobresaltó. Se dio la vuelta y vio a Gamal de pie en las sombras, con sus fuertes brazos cruzados sobre el pecho. El primer pensamiento de Kady fue que había oído las órdenes de Tarik y que le iría con el cuento.

-No sé montar -dijo, inocente-, y sólo estaba mirando los animales.

Gamal le sonrió y Kady supo que estaba viendo una imagen de cómo sería Tarik a esa edad: «nada mal», pensó.

-En ese caso, ¿debo pensar que eres la única mujer en el mundo que hace lo que le ordenan?

Kady le sonrió.

-¿Qué caballo tendría que llevarme? No puedo dejarlo irse solo. Sólo el cielo sabe lo que le sucedería en el pueblo.

-¿Esta Wendell es bella?

-Despampanante.

Aunque Gamal nunca hubiese oído el término, entendió su significado.

-En ese caso, ¿puedo sugerir que cabalguemos juntos? Mi caballo ya está ensillado y listo.

Poco tiempo después, Kady estaba montada detrás de Gamal.

-Si te sujetas fuerte, pienso que pondré muy celoso al joven Tarik.

-¿Ah, sí? -dijo Kady, riendo-. ¿Así?

Apretó los brazos en torno del hombre y sus pechos se le apretaron contra la espalda.

-Sí, así mismo -repuso él sonriendo.

Al minuto siguiente avanzaban por el camino.

30

Pero Kady jamás llegó al centro del pueblo donde, a juzgar por el ruido, Wendell estaba dando una demostración de lo que podía hacer

una motocicleta del siglo veinte. Le pidió a Gamal que la dejara apearse cuando vio a dos niños pequeños que caminaban hacia el cementerio, con cañas de pescar al hombro.

-¡Aquí! -exclamó, con exagerado brío- Quiero bajarme aquí.

Gamal detuvo el caballo de inmediato; se volvió con una sonrisa en su apuesto rostro y mantuvo el brazo rígido, para que Kady pudiera sostenerse y bajar. Los niños se habían detenido en el camino y contemplaban a las dos personas a caballo. Gamal dijo algo en árabe al niño moreno que, sin duda, era su hijo; luego, tras una cortés inclinación de cabeza y una sonrisa a Kady, se alejó.

Kady permaneció un momento en el costado del camino opuesto a aquel en que se hallaban los niños y los tres no hicieron más que observarse. El joven Tarik pasó la mirada de su amigo, Cole a los nueve años, a Kady, y otra vez a su amigo, porque Cole y Kady se miraban con gran intensidad.

Pasó entre ellos un hombre a caballo y miró a Kady con sonrisa insinuante pero, como ella no le hizo caso, se encogió de hombros y se alejó. Cuando se fue, Kady cruzó la calzada, sin apartar la vista del niño rubio, que estaba callado e inmóvil, junto al amigo de cabello oscuro.

Con sus nueve años, Cole era un niño alto, y mostraba signos del hombre que sería al crecer, y los grandes ojos azules y el cabello aclarado por el sol ya indicaban lo arrasadoramente guapo que sería.

Por un momento, Kady se limitó a contemplar al niño, que era casi tan alto como ella. «Va a vivir», pensó. Gracias a lo hecho por Tarik, Cole y toda su familia vivirían. Y Cole podría construir su elegante casa y hacer lo que pudiese para ayudar al pueblo de Legend.

-Hola -dijo, al fin, sin quitar la vista de Cole, que se limitaba a mirarla como, si hasta entonces, nunca hubiera visto a una mujer-. ¿Vais a pescar?

Cole siguió contemplándola, en silencio, y Tarik habló:

-¿Por qué estaba cabalgando con mi padre?

Kady se volvió a mirarlo y vio que era muy parecido a su padre. Su Tarik tenía la piel más clara y quizá sus facciones no fuesen tan redondas como las del niño, pero se veía que estaban emparentados.

-Estoy aquí con un pariente tuyo, que también se llama Tarik.

El muchacho entornó los ojos, suspicaz.

-Nosotros no tenemos parientes en el país. Mi padre y yo estamos solos.

-Eres la mujer más guapa que he visto jamás -dijo Cole, rompiendo el silencio, por fin, y Kady se volvió a él con una sonrisa.

-¿Quién eres? ¿Para quién trabajas? -le preguntó Cole.

-¿Trabajar? -preguntó, e hizo una pausa-. Ah, ya entiendo -dijo, sabiendo que se refería a las casas de prostitución, tan numerosas tras la Línea Jordan. Era horrible que el chico imaginara que cualquier mujer desconocida trabajaba en una de esas casas-. No trabajo para nadie. Soy cocinera.

Era una tontería pensar que el niño pudiese recordar algo que aún no había sucedido, pero una parte de ella esperaba que...

-No has cocinado para mí -dijo Cole, proyectando hacia fuera el labio inferior, del modo que lo había visto hacer de adulto.

-Sí, lo he hecho -repuso, riendo-. Te cociné una rata.

Al oírla, Cole sufrió un ataque de risa y Kady lo imitó, mientras Tarik guardaba silencio y los miraba como si estuvieran locos.

Cediendo a un impulso, Kady estrechó a Cole contra sí y, en ese momento, toda indecisión desapareció. Hasta ese momento, se había preguntado si su amor por Cole podía interponerse en su amor por Tarik. Si, hubiese tenido la oportunidad, habría vuelto a Cole. Pero siempre había sabido que no era más que un niño. Aun cuando hubiese formado parte del sueño de él, en el que era adulto, hubo en él algo que no terminaba de ser adulto.

Kady se apartó de Cole y lo mantuvo a un brazo de distancia. A lo lejos, el ruido de la motocicleta había cesado de repente y supo que pronto llegaría Tarik.

-Escúchame -dijo, mirando a Cole a los ojos-. No tengo mucho tiempo y necesito decirte algunas cosas. Tienes la responsabilidad de cuidar este pueblo. ¿Me entiendes?

Cole asintió, serio, los ojos muy abiertos.

-Legend te pertenece, y tienes que cuidarlo, pase lo que pase. Estas personas acudirán a ti, sus vidas dependen de ti. Nunca permitas que nada ni nadie te impida cuidar de este pueblo. ¿Me lo prometes? ¿Palabra de honor?

Cole asintió de nuevo.

-¿Qué más? -dijo Kady en voz alta, haciendo memoria.

¿Por qué no se había preparado para este encuentro? A su izquierda oía el retumbar de los cascos de los caballos, Y sabía, sin lugar a dudas, que era Tarik que venía a llevársela de vuelta a su propio tiempo.

-Sé feliz -se apresuró a decir- Te lo mereces, y cuida a tu familia, y saluda a tu abuela Ruth de mi parte, y…

Al girar, miró por el camino y lo que vio la hizo parpadear. Tarik cabalgaba hacia ella y, tirado en la parte de delante de la montura, iba el cuerpo inconfundible de Wendell. Por el modo en que colgaba, supo que estaba inconsciente… si no muerta.

-Tengo que irme -dijo Kady, acercándose a Tarik.

Incluso desde esa distancia, supo que estaba furioso.

-Cole, cásate con una mujer que sepa cocinar, y… y da un banquete. El banquete más grande que haya conocido Colorado. Y construye una mezquita para Tarik y su padre, y…

Se interrumpió, corrió a abrazar otra vez a Cole y lo sintió aferrarse a ella.

-Espero tener un hijo igual a ti -le murmuró, luego lo besó en la mejilla, lo miró a los ojos, y recordó que el señor Fowler le había dicho que las minas estaban casi agotadas-. Si necesitas dinero -le dijo, escudriñándole los ojos-, busca la cara del viejo.

Cuando vio que asentía como si hubiese comprendido, lo soltó e impulsivamente también abrazó a Tarik.

-Sé bueno con Ruth -le susurró-. Será una maravillosa esposa para tu padre.

Lo besó también a él, lo soltó y echó a correr hacia el caballo que se aproximaba rápidamente.

Cuando Tarik la alcanzó, casi no aminoró la marcha del caballo, pero se estiró hacia abajo con la mano tendida hacia ella. Kady la aferró, puso un pie en el estribo, y balanceándose hacia arriba, se subió detrás de él.

-El hijo de tu abuelo -le dijo a Tarik en el oído, mientras le rodeaba la cintura con los brazos e indicaba con un gesto a los dos niños parados al costado del camino, los dos mirándolos boquiabiertos.

Tarik sólo echó una mirada a los niños y espoleó al caballo. Mientras se alejaban, Kady giró para ver a los niños y, alzando una mano, les sopló un beso con las puntas de los dedos.

-Os quiero -les gritó, sin estar segura de si la oirían, pero siguió saludando con la mano hasta que el camino hizo una curva y ya no pudo verlos.

Apretando los brazos alrededor de Tarik, apoyó la cabeza en la espalda de él y se mantuvo así mientras pasaban ante el cementerio, por el camino que llevaba al Árbol del Ahorcado. Quería preguntarle por Wendell, extendida sobre el cuello del caballo, aún inconsciente, al parecer, pero iban demasiado rápido para hablar.

Cuando llegaron al pie de la montaña, el caballo estaba sintiendo el esfuerzo de llevar a tres personas sobre el lomo y un poco cuesta arriba, y Tarik desmontó, llevando al animal a la reata, avanzando lo más rápido posible.

-¿Ella está bien? -le preguntó Kady, un poco preocupada porque Wendell aún no se había movido.

La enorme mujer yacía boca abajo sobre la montura, cosa que debía ser mejor que tener el pomo contra el estómago, y Kady iba a la grupa.

-Está bien -dijo Tarik, pareo, tirando de las riendas para hacer que el caballo pasara sobre una roca suelta.

-¿Ha tenido un accidente?

-Sí, se encontró con mi puño -dijo Tarik con la barbilla rígida.

-Oh -dijo Kady, y lo miró haciendo una mueca-. ¿Me vas a obligar a arrancarte cada palabra? ¿Qué ha sucedido?

-Lo que ha sucedido es que Wendell quería quedarse. Le gusta una época en la que los hombres llevan revólveres de seis tiros. Dijo que ésos eran hombres de verdad, y no como los corredores de bolsa y los banqueros, que no eran nada auténticos.

-Entonces, la golpeaste -dijo Kady en voz queda.

-¡No me mires así! -exclamó Tarik. Darle un golpe fue el único modo que se me ocurrió para hacerla volver. Por experiencia, sé que nunca atiende razones, de modo que no tenía sentido razonar con ella, por eso tuve que hacerlo.

Kady no imaginaba que algo iba a provocarle simpatía por Wendell, pero así fue. Ella sabía muy bien lo que era querer estar en algún lugar donde uno no podía estar.

Cuando llegaron a la roca con los petroglifos, estaba a la vista la abertura de regreso al Legend del siglo veinte. Sin detenerse, Tarik hizo pasar al caballo con todos ellos por la abertura y salieron exactamente al lugar por el que habían entrado, sólo que cien años después. Tarik ayudó a Kady a desmontar, luego bajó de la montura el cuerpo de Wendell. Estaba volviendo en sí y cuando vio a Tarik se puso a forcejear.

-¡Maldito seas! -gritó- Me gustaba estar aquí. Me hallo a gusto con esta gente. Yo...

-No es tu lugar -dijo Tarik con calma, sujetándola con firmeza por la cintura y moviendo la cabeza a un lado cuando ella intentó arañarlo-. No sabes qué clase de daño podrías causar a la historia si te quedaras. Y hay enfermedades pero no hay hospitales, y...

-Cállate -le gritó-. Tú cállate.

Tras eso, Wendell. pareció perder toda la energía; se inclinó adelante y se echó a llorar

Tarik la soltó y fue hacia el caballo. Kady había estado observando tan atentamente a Wendell que no había advertido que la puerta al pasado seguía abierta, pero Tarik sí y dio una palmada a la grupa del caballo, enviando al animal de vuelta a su dueño.

-¿Estáis listas para irnos?

Más tarde, Kady no supo por qué hizo lo que hizo, pero aprendió que esa puerta tenía voluntad propia. Cuando le tocaba pasar a ella, se abrió. Luego, cuando tenía que pasar Tarik, sólo se abrió para él. Ahora que habían regresado, el caballo volvió a su propio tiempo y, con todo motivo, la puerta debía cerrarse. Sin embargo, se mantuvo abierta de par en par, como una boca abierta, como si quisiera algo más... a alguien mas.

Tarik se había interpuesto entre la desolada Wendell y la entrada y, sin duda, esperaba que las dos mujeres empezaran a bajar, para seguir tras ellas. Kady sabía que Tarik no movería una pestaña hasta que Wendell se hubiese alejado de la entrada.

Volviéndose, Kady empezó a bajar, pero al hacerlo pasó junto a Wendell y, con disimulo, le dio un fuerte tirón de pelo. No pudo menos que admirarla porque no gritó para que Tarik se enterase de lo que había hecho Kady. Lo que hizo fue mirarla con aire interrogativo y al segundo siguiente Kady se tropezó de tal modo que cayó rodando por el sendero. Como esperaba, Tarik fue corriendo tras ella, y cuando la alcanzó, los dos vieron que Wendell se zambullía por la abertura.

En cuanto pasó, la puerta se cerró con un golpe contundente.

Al instante, Tarik supo que Kady había ayudado a Wendell a escapar y se volvió a ella con una expresión como si fuese a gritarle. Pero cuando vio el aire de desafío de Kady, se pasó su enfado y sacudió la cabeza, exasperado. ¿Vas a desafiarme en todo momento?

-Por supuesto.

-Bien -dijo, y rodeándola con los brazos, la besó- ¿Ha sucedido de verdad? -susurró- ¿O lo he imaginado todo?

-No lo sé. Pienso que tendremos que ir a ver cómo está Legend para saber si ha cambiado algo.

-No, no me refiero a eso -dijo en voz suave-. Me refería a nosotros. ¿Sigues queriendo casarte conmigo?

-Sí, con todo mi corazón.

-¿Sin pensártelo mejor? ¿Ni siquiera con respecto ... a ... ?

No podía pronunciar las palabras, pero ella supo a quién se refería.

-¿A Cole?

Primero la besó y luego asintió.

-Me alegro de haberlo visto como niño, pues así es como lo recordaré siempre. -Con los brazos en torno del cuello de Tarik, le apoyó la cabeza en el hombro-. Ahora estoy segura. Estoy segura de que eres el hombre al que quiero, el que he amado durante tantos años.

No le preguntó lo que quería decir con eso porque sabía que ya lo averiguaría, porque desde ese momento tenían toda una vida para compartir.

-Ven, habibi -le dijo- Vamos a casa.

-Sí -respondió Kady, tomándole la mano, y empezaron a bajar juntos la montaña.

Epílogo

Ni Kady ni Tarik estaban preparados para el recibimiento que les brindó Legend mientras caminaban entre los árboles. Las casas derruidas habían sido reparadas y, en lugar del pueblo abandonado del que habían salido el día anterior, había un pequeño y bonito pueblo de turistas, con restaurantes y tiendas de regalos. Cada edificio había sido renovado en un estilo muy similar al que hubiese tenido en 1873 y, hasta donde podían ver, se había hecho un intento de recrear el pueblo de los sueños de Cole.

Tomados de la mano, Kady y Tarik entraron al pueblo en silencio, con los ojos agrandados mirando todas las cosas que habían cambiado. El letrero sobre lo que en otro tiempo fue un arruinado y viejo edificio, al que Cole consideraba la biblioteca, ahora decía que se trataba de la Sociedad Histórica. La iglesia tenía bellas vidrieras en las ventanas y el solar de los Jordan estaba convertido en museo. En la encrucijada había tres hoteles que habían sido hechos sobre la base de varios edificios.

Por todas partes había turistas, sobre todo familias con niños, que exclamaban:

-Ven a ver esto. Mira esto. ¡Papá! ¡No vas a poder creerlo!

-Es un pueblo museo -dijo Kady, maravillada, contemplando la reproducción de una tienda.

Junto a ella había un salón para juegos de azar, y afuera, un hombre con chaleco de satén.

-Un museo de fantasía -dijo Tarik, divertido, pues ese pueblo era una fantasía tanto como lo era el de Cole.

No había calles bordeadas de burdeles ni mineros borrachos tambaleándose por ahí, ni calles llenas de barro y de estiércol de caballo.

-Me pregunto si aquí sabrán lo que le sucedió a la familia de Cole -dijo Kady, echando una mirada hacia el edificio de la Sociedad Histórica.

-Y yo me pregunto cuál será mi situación financiera -dijo Tarik, con el entrecejo tan fruncido que Kady rió.

-Si la historia de los Jordan ha cambiado tanto, tal vez ya no seas rico. Quizá tengas que conseguir un empleo, como todos los demás.

Tarik no rió.

-Creo que haré unas llamadas. Nos encontraremos aquí, dentro de una hora.

Le dio un rápido beso en la mejilla y se encaminó al primer hotel.

De inmediato, Kady fue hacia el antiguo edificio de la biblioteca, pero cuando vio que había un paseo al hogar de los Jordan cada quince minutos, fue por el camino hacia la casa.

Una hora después, cuando se encontró con Tarik, tenía mucho que contarle: que Cole se había casado con una tal señorita Kathryn de Long, una de las más grandes jefas de cocina del siglo diecinueve, y que ella había dado un banquete del que todavía se hablaba, cien años después.

Sentándose frente a Tarik a una mesa con mantel a cuadros rojos y blancos, extendió una media docena de folletos que había comprado, referidos al Legend actual.

-Pero esto puede esperar -dijo-. Dime, ¿aún eres rico?

Tarik le dedicó una sonrisa torcida.

-Nos va bastante bien, gracias. ¿Qué has descubierto?

-Prefiero oír lo que has descubierto tú. ¿Qué le pasó a Wendell?

-El tío Hannibal aún vive aquí. Al parecer es dueño de la mitad de las atracciones y las personas que trabajan aquí lo estiman. Tiene un hijo, Luke, que trabaja como abogado en Denver y se ocupa de los asuntos legales de Legend.

-Tarik se inclinó hacia ella-. Pero no tiene hija, y nunca la tuvo. -se reclinó-. Te toca a ti.

Le contó lo relacionado con Kathryn Long y su éxito como cocinera.

-Y... -dijo, estirando las palabras para la pausa dramática-, espera a que te cuente el resto sobre tu familia Jordan. -Empujó hacia él uno de los folletos, que tenía por título Jordan, en la tapa-

En el dorso hay un árbol genealógico.

Tras leer un momento, Tarik levantó la vista hacia ella:

-Interesante.

-Sí, mucho. Pero... -Interrumpiéndose, se volvió hacia la familia sentada ante la mesa vecina-. ¿Podría decirme si fue hallada la mina Lost Maiden?

-No, que yo sepa -dijo el hombre, y miró a la esposa- ¿Y tú, cariño?

Le formularon la pregunta a la mitad de los presentes en el pequeño restaurante, a todo el personal, y todos dijeron que no había sido hallada, y entonces Kady se volvió hacia Tarik.

-Pienso que la encontró Cole -le susurró.

-¿Qué sabes acerca de la Lost Maiden que no me hayas contado?

-Antes de ir a Legend por primera vez, se había descubierto junto a una formación rocosa que parecía la cara de un anciano, y..

-¡¿Qué?! -gritó Tarik, y luego se calmó- ¿Por qué no me lo dijiste?

-¿No tienes suficiente dinero? -repuso, disgustada.

Tarik no hizo caso de la pregunta .

-¿Qué crees que estaba tratando de encontrar el tío Hannibal aquí?

-No tengo idea. ¿Estaría buscando...?

Se interrumpió, al ver que Tarik pasaba con gestos furiosos las páginas de las guías y se detenía en una referida a las minas. Dando la vuelta al folleto, lo empujo hacia Kady. Allí, con el fondo de una foto de la mina Amaryllis (obviamente rebautizada por Cole), había una formación rocosa que tenía la forma de la cara de un viejo.

Tarik se reclinó en la silla y bebió un buen trago de agua del vaso que tenía delante.

-Supongo que tú le dijiste a Cole dónde encontrar la mina-dijo, y Kady asintió.

-Le dije que, si tenía problemas, tenía que buscar cerca de esa piedra.

Esperó a ver qué decía Tarik al respecto. Por mucho que lo amara, había facetas de su personalidad que no conocía. ¿Se enfadaría de que ella, teniendo un secreto tan grande, se lo hubiese dado a otro?

Pero Tarik estiró la mano sobre la mesa y tomó la de Kady.

-No creo que todo esto estuviese aquí de no ser por ti. No me refiero solamente a que impediste que Ruth cerrara el pueblo, sino también al dinero. Tu Cole debió de necesitar dinero, y por lo que me dice mi gente en Nueva York, y por lo que veo aquí, lo usó con sagacidad.

-Sí, creo que así fue. Y creo que fue feliz. En uno de los libros dice que el nombre Legend se debe a que es un sitio de belleza legendaria. Mejor que la verdad, ¿no te parece?

-Quizá. Pero prefiero la verdad. ¿Nos casamos en este pueblo? Parece que aún me pertenece buena parte de él.

Kady rió.

-Sí, casémonos aquí.

-¿Qué quieres como regalo de bodas?, -le preguntó, con expresión burlona.

-Mano libre con la cocina y el jardín de tu casa de Connecticut, un par de niños, una luna de miel en París con un viaje a Dehillerin para comprar ollas de cobre, y..

Tarik reía.

-Tus deseos son órdenes, habibi. Y ahora, ¿qué quieres para almorzar?

Obediente, miró el menú, aunque no lo veía. «Gracias, Ruth -pensó- Gracias a ti y a Cole, y a todo el pueblo de Legend. Yo no estaría donde estoy hoy si no fuera por vosotros. Gracias.»

Fin